

Polenta
Familias italianas en Bolivia

SEGUNDA
EDICIÓN
AMPLIADA



Mauricio Belmonte Pijuán



Polenta

Familias italianas en Bolivia

Mauricio Belmonte Pijuán

A mi abuela, Yolanda Angeleri Z.

Agradecimientos

A todas y cada una de las personas y familias que apoyaron esta idea y le dieron su confianza al depositar testimonios y material fotográfico.

A mis padres, Víctor Belmonte González y Rosa Pijuán Angeleri, por brindarme su apoyo abnegado en todo momento.

A Don Luis Domingo Figliozzi, hombre sereno y de espíritu noble, sus relatos familiares dieron inicio a esta obra.

A Claudio y Wilma Calisti, por creer en la ejecución de este proyecto.

Al directorio del Círculo italiano de La Paz, encabezado por Juan Carlos Fusi y Renato Pucci, por el amplio apoyo brindado para que este trabajo tome forma y cuerpo.

Al profesor Valentino Freddi Tanghetti, pionero absoluto en la búsqueda de huellas italianas en Bolivia. Su inmenso amor a esta tierra se ve reflejado en la labor que cumple.

A Gianni e Ludovica, *per quelle vacanze indimenticabile a Cerro.*

A la embajada de Italia en Bolivia y a su representante: Señor Luigi Di Chiara

A la Sociedad Dante Alighieri (Comité La Paz).

Gracias también a la Editorial Gente Común por la seriedad y profesionalismo a la hora de publicar y difundir este texto.

Finalmente, un reconocimiento especial a la memoria de Víctor José "Pepe" Aloisio, amigo apreciado que alentó esta idea desde el momento de su concepción.

Índice

| | |
|--|-----|
| Introducción | 4 |
| La migración italiana | 14 |
| Garibaldi y los puertos sudamericanos | 32 |
| Un pedazo de Italia en el extremo austral de América | 45 |
| Un pequeño genovés en la pampa | 54 |
| Antecedentes: Un lugar llamado Bolivia | 59 |
| Familias italianas en Bolivia | 75 |
| Bibliografía | 242 |

“Quien ha conocido Italia jamás podrá sentirse infeliz”

Johann Wolfgang von Goethe

Introducción

No se puede tratar de conocer la historia de Italia pasando por alto uno de los fenómenos sociales más importantes ocurrido durante los últimos siglos: la migración.

Por décadas, miles de hombres y mujeres se vieron obligados a dejar su tierra natal para orientar sus pasos hacia otros lugares del planeta. Este fenómeno, impío para cualquier colectividad, arremetió en más de una oportunidad a la península, su estudio –sobre todo en los países receptores de emigrantes italianos– no ha merecido aún la importancia de ser abarcado y conocido por aquellos que, de una u otra manera, “viven” bajo esa sombra: los descendientes.

Esta obra tiene la misión de tocar, someramente, algunos puntos centrales de la migración italiana en los países donde se estableció en mayor número y, a su vez, dar a conocer las características esenciales de las familias italianas afincadas en suelo boliviano.

Cada historia personal, referida en estas páginas, es única y diversa, como diversa fue la causa por la que tuvieron que emigrar adultos, jóvenes y niños desde 1860 hasta mediados del siglo pasado.

Es necesario recordar que antes de 1861 Italia no existía como nación-estado, todas las regiones de la península estaban esparcidas como pueblos diversos y extraños, con costumbres propias y lenguas distintas, ignorando lo que sucedía más allá de sus fronteras provinciales. Las regiones de la Lombardía y del Véneto estaban administradas por el Imperio Austriaco. El Piamonte era conducido por la familia Saboya; Roma y la región meridional eran dependientes del papado. Por último, los pueblos del sur, Nápoles y Sicilia, caminaban solitarios bajo las órdenes de la Casa Real de los Borbones. Para colmo, todos estos estados italianos debían seguir el sistema absolutista que exigía el Imperio de Austria, según lo estipulado en el Tratado de París de noviembre de 1815.

Es por esta razón que se considera justo hacer una mención sucinta de la participación valerosa de Guiseppe Garibaldi y su contribución a la unificación de Italia. El joven marinero de Niza tendrá también un aporte destacado en la consolidación independista de algunas naciones de América Latina. Es en esta región donde podrá expandir sus ideas antiimperialistas y su nombre quedará estampado en la historia de los países americanos. Junto a él, arribaron exiliados

políticos de toda la península, emigrantes que reforzaron la idea y el proyecto de construir naciones libres e independientes en el cono sur de América.

Más tarde, las nuevas oleadas de emigrantes vendrán escapando de las inclemencias políticas, sociales y geográficas de su patria. La tala indiscriminada de los bosques y la aridez que ésta produjo en los campos del sur fue un problema constante para la agricultura, motivo por el cual muchos labradores napolitanos, calabreses y sardos buscaron residencia permanente en las grandes ciudades de los Estados Unidos de América. En el norte italiano la situación política y social tampoco se presentaba halagüeña, la revolución industrial estaba en ciernes y las opciones de empleo para la población juvenil eran escasas, esto –sin contar con el estado calamitoso al que fue sometido el país por la irrupción de las dos guerras mundiales– contribuyó a que la diáspora de italianos al mundo se incrementara considerablemente.

Como se puede observar, la migración italiana tiene causas y orígenes diversos, que se originan a partir de situaciones límite.

Finalmente, es necesario comentar que Bolivia no se caracterizó por ser un país receptor de migración europea. Si hubo un éxodo hacia estas tierras desconocidas, fue producto del atractivo que generaba sus riquezas minerales y la vastedad de su geografía virginal. Es por ello que se puede registrar la presencia de emigrantes europeos en las diversas actividades comerciales que iniciaron su labor a comienzos del siglo pasado. En este caso, los extranjeros llegaban con un contrato de trabajo en la mano o invitados por algún familiar emigrado tiempo atrás. De esta forma, alemanes, ingleses, austriacos, croatas, italianos y españoles conquistaron un espacio de vida dentro del suelo que los acogió y estos le retribuyeron cimentando terrenos propicios para edificar industrias, crear entidades benéficas, promover desarrollo y, por último, diversificando las características etnográficas de la población.

Los italianos en Bolivia lograron posesionarse como la tercera colectividad extranjera más importante del país –detrás de españoles y alemanes. Su obra se refleja en todos los campos y actividades donde incursionaron. Por ello, el esfuerzo de piemonteses, ligures, lombardos, napolitanos, toscanos y sardos debe estar registrado en las páginas de la historia contemporánea boliviana.

El baúl de las gaviotas

No hay mejor baúl, por mas añejo y desvencijado que esté, que el de la memoria de un hombre. En él se depositan infinidad de cosas.

Episodios agrios e indigeribles como la borra del café destilado y recuerdos dulces y gratos que se presentan, esporádicamente, la mayoría de las veces al observar esa vieja fotografía del abuelo depositada sobre la mesita ovalada de la sala.

Es en este extraño almacén, normalmente desprovisto de renovaciones y vulnerable ante el acecho del olvido, donde se encuentra cautivo un tesoro invaluable para todo ser humano: la historia de su familia.

Develar su contenido no es tarea fácil, mas aún si se toma en cuenta el tiempo transcurrido, los años vividos, sus acontecimientos importantes y la ausencia definitiva de los actores principales. Pero siempre habrá un atisbo de luz, un pequeño espacio a través de un intersticio por donde se filtra los recuerdos de los hombres, de sus obras, de sus merecimientos y de sus nostalgias. Es por ello que me propuse llevar a cabo esta empresa. Rescatar de la memoria de hombres y mujeres todo lo que se pueda albergar en una cinta de casete y en las páginas de un libro.

Supe desde el inicio que el trabajo demandaría un tiempo prudente de investigación. Revisando la poca literatura existente en bibliotecas, archivos bibliográficos, y hemerotecas pude constatar que este texto tendría resultados antes inéditos, no abundan trabajos dedicados a la colonia italiana en Bolivia y, los que perduran, están en franco peligro de extinción, al menos así lo demuestran los escaparates de las principales librerías del país.

Recoger datos, buscar huellas de inmigrantes italianos en una nación donde los rumores del océano se oyen en el graznido ocasional de la gaviota visitante podría resultar descabellado, hasta inútil, pero no lo es. En Bolivia, escenario de la pesquisa, la escasa migración italiana tuvo como puerto de desembarque las elevadas mesetas del altiplano, el acogedor clima de sus valles centrales y la llanura cálida de las tierras orientales.

Entonces, no hubo ciudad, pueblo o villorrio boliviano que no recibiera la visita ambulatoria o permanente de un italiano. Lo delata el estilo ostentoso en las fachadas de algunas edificaciones públicas o el venerado sabor mediterráneo de las pastas en cualquier restaurante de barrio. La rúbrica de Italia se halla en el nombre de casas comerciales de viejo prestigio: fabricas textiles, industrias alimenticias y negocios dedicados a la importación y venta de productos europeos de calidad.

En un atillo, un libro y un amigo

En un anaquel de la pequeña sala de reuniones del Círculo Italiano de La Paz, se halla oculto un libro viejo y aparatoso. En su interior, más de mil páginas amarillas y desgastadas cobijan la historia de una colectividad extranjera. El texto, recopilado en Bolivia pero editado en Argentina, hace un registro del trabajo y esfuerzo de los miembros de la colonia italiana residente en este país sudamericano. Comerciantes, constructores, arquitectos y fotógrafos exponen su labor y muestran las conquistas obtenidas en años de sacrificios permanentes y jornadas agotadoras.

Este tomo, grueso y antiguo como una Biblia de catedral, fue publicado en 1928. En ese entonces, los diferentes puertos de América del Sur seguían recibiendo cantidades ingentes de inmigrantes italianos. Pero el aspecto más interesante de esta obra vetusta radica en describir las características básicas de los negocios y actividades que desempeñaban los residentes italianos.

La primera impresión que recibí al leer alguna de estas historias fue de nostalgia. Si bien la mayoría de las personas reseñadas en el libro trabajaban en distintos lugares y se desenvolvían en actividades diversas, todas tenían algo en común, un cordón umbilical que las unía y les recordaba sus orígenes, eran emigrantes y provenían de una misma patria, Italia.

Y estos emigrantes contribuyeron de manera decisiva para brindarle ayuda y progreso a Bolivia. Levantaron industrias solos, aportaron con sus conocimientos y habilidades a la urbanización de las ciudades, trajeron tecnología de punta, formaron hogares y, muchos, hoy, descansan sus restos en este suelo al que amaron como cualquier boliviano. Entonces, ¿Por qué no reeditar las historias de vida que nutren al libro gordo del Círculo Italiano?

El primer paso estuvo centrado en develar el aporte silencioso, pero importante, de la colonia. No es justo –me decía una y otra vez– que no se hubiera realizado hasta ahora un reportaje sobre los aspectos más relevantes de la sociedad italiana en Bolivia y su contribución al desarrollo del país.

Entonces, con el entusiasmo de un niño ante una masa amorfa de plastilina, levanté la guía telefónica y me puse a buscar apellidos italianos. Recordaba con precisión los nombres de aquellos industriales y constructores pujantes, motivo por demás suficiente para dar con el paradero de algunos descendientes y solicitarles puntualmente una entrevista.

Fueron necesarias dos semanas para concluir el reportaje soñado. Tres cintas de casete alistadas una tras otra, un par de baterías en la reportera y, finalmente, rogar la aprobación del tema por parte de la editora de la revista dominical "Escape", del periódico *La Razón*.

Cuatro familias "hurgaron" en sus recuerdos y pusieron sobre la mesa todo cuanto sabían sobre sus antepasados. Las visitas a los distintos hogares y oficinas se programaron de acuerdo a la disponibilidad de tiempo de cada descendiente. Una vez concertadas las citas –previa revisión técnica de la reportera– empecé mi trabajo recorriendo las calles de la ciudad de La Paz.

Es curioso, pero cuando uno incursiona en el campo de la historia y desea rastrear las huellas del pasado, una extraña sensación de aventura se apodera de la mente y la imaginación parece recorrer un camino alterno. En este sendero de tiempos guardados y relatos escondidos las apariencias de casas, calles y personas cobran fortaleza insospechada para desempolvar la autenticidad de sus orígenes.

Esta peculiar sensación se manifiesta en un viejo edificio azul de la avenida Montes. En su interior, las gruesas paredes aplacan por completo el barullo carrasposo de los vehículos de servicio público. La luz tenue y pálida de una lámpara sucia alumbra el pasillo por donde se inicia el ascenso hacia los departamentos.

A medida que se sube por las escaleras –el ascensor duerme el sueño de los mortales– ese olor indescifrable de los objetos guardados se apodera del ambiente. En el quinto piso, donde los amplios ventanales permiten el ingreso vespertino de la luz solar, se encuentra solitario el departamento del señor Luís Domingo Figliozzi.

No hace falta tocar el timbre por segunda vez, debajo del umbral de la puerta de pino aparece el rostro risueño de un hombre de bigotes pequeños y mirada expresiva.

–Adelante señor Belmonte, siga y póngase cómodo– sonríe Luís Domingo Figliozzi, mientras acomoda con dificultad sus ochenta y dos años en un sillón cercano.

Antes de iniciar la entrevista, el señor Figliozzi inspecciona meticuloso con las palmas de sus manos los bolsillos del pantalón para extraer un paquete de cigarrillos rubios. Con la cajita de cerillos en la mano y el cigarro incrustado en la boca, el anciano enciende la charla y nuestra conversación se prolonga a lo largo de dos horas.

–Mire, no quisiera desanimarlo antes de tiempo, pero la tarea que usted se propuso llevar adelante puede resultar más difícil de lo que

cree– apunta certero con su melodioso acento argentino, incorporado en los años de su residencia en el país vecino.

Antes de proseguir con la entrevista, don Luís Domingo succiona con deleite el humo de su cigarro para luego expulsarlo con vehemencia en forma de una nube acrisolada que se va extendiendo por toda la sala.

–Temo ser demasiado discreto en mi relato, pues yo pasé parte de mi niñez y juventud entre Italia y Argentina. Mi padre me envió muy pequeño a la casa de mi abuela, allá en Génova, puesto que mi madre murió después de darme a luz–. Hasta acá, la firmeza y la soltura habían sido compañeras inseparables de la conversación del señor Figliozzi, de pronto, las pausas prolongadas en la charla invocan notas de tristeza, dando paso a un repentino instante de silencio.

–Como le decía, mi padre me llevó a Italia, al hogar de mis abuelos, allí pasaría gran parte de mi infancia. Mientras aquí, papá y sus hermanos se encargaban de administrar sus negocios y sacar adelante la fábrica– agrega melancólico a tiempo de depositar su mirada verde en la fotografía apergaminada de la boda de sus padres.

Mustio y con la impotencia de no poder reencauzar la conversación hacía lugares y momentos menos tristes, dejo que mi entrevistado termine su narración.

–Todos los italianos que llegaron a este continente montaron industrias para luego cosechar el fruto de su esfuerzo. A mi familia le fue bien en determinado periodo, hasta que los problemas se presentaron de diversas formas. No se dispuso de herramientas idóneas para aplacar estos males, el negocio se vino a pique desencadenando una serie de factores negativos, finalmente se vendió la empresa. Como ve, de esos tiempos sé muy poco, lo único que recuerdo es que la colonia italiana era grande, importante, y sus miembros se juntaban en grupos numerosos. Hoy, creo que no queda nada, sólo vestigios esparcidos y olvidados. ¿Me entiende ahora porqué le digo que su trabajo será un poco difícil?

Don Luís Domingo no puede contener la emoción de su relato, se levanta ansioso del sillón para dirigirse a una pieza contigua. No transcurre ni medio minuto cuando está de vuelta y sus manos trémulas sostienen un sobre color ocre. Del interior saca un fajo de fotografías amarillentas. En algunas se lo ve pequeño, de unos cinco o seis años, en otras, resalta la compañía de sus parientes italianos a bordo de un vapor. Pero es una foto pequeña la que llama mi

atención. En ella se lo ve posando, firme, con el brazo derecho extendido haciendo el típico saludo fascista.

–Imagínese, desde niños los italianos debían prestar lealtad al régimen de Mussolini. Muchos infantes eran inscritos en las organizaciones juveniles llamadas “*Opera Nazionale Balilla*”. Estos grupos prestaban instrucción a menores de ocho a quince años, la idea de los gobernantes estaba centrada en buscar mayor adhesión popular al régimen– explica con cierto aire doctoral.

–Como verá, yo no pude escabullirme del “*Duce*”, hasta me extendió su mano cuando pasaba revista en una concentración. Total, como anécdota sirve, ¿no creo que me vayan a juzgar por ello?– sonrío ameno.

Las horas pasan y las agujas metálicas de mi reloj de pulsera sentencian implacables el final de mi primera entrevista. Luis Domingo Figliozzi se levanta con dificultad del sillón para estrecharme la mano.

–Le deseo suerte en su trabajo, la merece, ah, y no se olvide de volver, tal vez le tenga más datos sobre la colonia– agrega despreocupado, mientras sus dedos juegan intranquilos con la colilla del cigarro.

Esa tarde, cuando el sol comenzaba a parapetarse detrás de los cerros pacaños, empezó la búsqueda insaciable de huellas. El relato del señor Figliozzi, junto al de las familias Lupo, Gismondi y Forno fue apenas el inicio de una cadena extensa de investigaciones, entrevistas y obtención de material fotográfico.

El reportaje de las cuatro familias entrevistadas se publicó en mayo de 2004 en la revista “*Escape*”, con el título “*Italianos, los primeros que llegaron*”. Seguramente en otras regiones del país muchos descendientes de italianos habrán objetado este titular y con razón justificada. La presencia italiana en Bolivia es anterior a los inicios del siglo XX. El artículo tomó como referencia la primera década del siglo pasado.

La nota en la revista satisfizo a medias mis inquietudes periodísticas. Estaba seguro que existía infinidad de datos y hechos dignos de ser destacados; los testimonios recogidos en mis primeras indagaciones fueron reveladores para dar paso a la idea de escribir un libro. Un texto sobre la migración italiana no resultaría, de ninguna manera, tarea sencilla de realizar, pero el proyecto estaba en marcha y no tenía vuelta atrás.

La bota del bisabuelo

De las múltiples conversaciones que sostenían mi abuela y su hermana en la vieja alcoba del departamento de la calle Pichincha, logro retener con cierta dificultad aquellas que hacían referencia al bisabuelo Juan –Paolo Giovanni desde que supe que era italiano.

Recuerdo que mi abuela se esmeraba por satisfacer la curiosidad de su hermana menor cuando ésta –ansiosa por desempolvar la novela familiar– le solicitaba datos sobre los pormenores de la llegada de su progenitor a tierras americanas.

No puedo negar que eran tardes enteras donde me pasaba la mayor parte del tiempo escuchando su charla. Prefería prestar atención a las inéditas aventuras del bisabuelo –desde que dejó su Italia natal hasta el posterior arribo a las planicies del altiplano boliviano– antes que encender el televisor y distraerme con las cómicas morisquetas del Chavo del Ocho o las entrañables travesuras de Heidi y su rebaño de cabras en los Alpes suizos.

De los labios de la abuela brotaban sorprendentes narraciones de abandonos obligados en el país de origen y adaptaciones forzadas en regiones y lugares insospechados para una gran mayoría de italianos. Estas aventuras daban vueltas en mi cabeza, como polillas inquietas alrededor de una lámpara, y lo reconfortante estaba en el rol protagónico que tenía asignado el bisabuelo Juan. Él, inmigrante piemontés, entraba en escena como actor principal de toda esta historia que finalmente se denominó “Familia”.

Hace bastante tiempo que no escucho la voz dulce y cascada de mi abuela. Sin embargo, sus relatos familiares se hallan inextricablemente ligados a las historias de miles de italianos que un día decidieron dejar su patria para buscar mejores perspectivas de vida en otras latitudes.

Tres platos de grano turco y una cucharada de nostalgia

En un rincón de la alacena, escondida entre frascos de orégano y sobrecitos de pimienta, se encuentra manchada y ajada la receta de la señora Matricotti. Desde que murió nadie se acuerda de buscar esta hojita de papel pintarrajeado para seguir con el ritual de las mañanas. Los nietos ignoran por completo la utilidad del cernidor, del incansable cucharón de madera, de la fina jarrita de metal y de ese pedazo viejo de hule plástico que cubría la mesa del comedor y al que cuidaba con tanta prolijidad la abuela italiana.

Atrás quedaron esas jornadas en que la señora de carnes nías y ojos azules se levantaba de cama –antes que el reloj despertador de cuerda estremezca la mesita de noche– para preparar la primera comida del día.

Ni mirlos ni gorriones podían despertar antes que ella. La señora Matricotti tenía preparados todos los pertrechos en la mesa de la cocina desde el día anterior. Sobre el cernidor caía un manto liviano de polvo amarillo que, luego, era depositado en la jarrita de metal. Después –con precisión matemática– las manos tumefactas de la lombarda escogían, uno por uno, los objetos infiltrados en la harina amarilla, la mayoría de las veces piedrecillas diminutas como un grano de quinua. Toda la operación se realizaba encima del consentido hule de plástico.

A medida que el sol se incorporaba por levante, la anciana despertaba a sus nietos:

–Mis guaguas a levantarse, hoy le puse a la mazamorra el queso rayado que tanto les gusta– anunciaba en su castellano atravesado.

De menor a mayor, los nietos de la señora Matricotti hicieron su ingreso a la cocina. Los tres –dos varones y una niña– terminaron de desperezarse extendiendo de par en par sus brazos para luego poner fin al sueño con un último bostezo.

–Cierra esa boca tan grande Mateo, que de tanto abrirla se te entrará una mosca a buscar su desayuno– conminaba la abuela al más grande.

De pronto, el más chico de los tres levantó la cuchara y empezó a remover con desgano la sopa amarillenta que contenía su plato.

–Nonna, ¿por qué cada vez que venimos a dormir a tu casa tenemos que desayunar mazamorra? Ya no vives en Italia, además tú ya no eres pobre, mira, hasta tienes tu propia casita y nos tienes a nosotros.

Haciendo esfuerzos infinitos por contener las lágrimas, la abuela se acercó al pequeño y, mientras le acariciaba la mejilla, le dijo:

–Hijo, el tesoro más grande que pudo darme la vida y este país que me recibió, son ustedes. De eso pueden estar seguros. Ahora, si no te gustan las mazamorras que preparo, eso se lo puede remediar de mil maneras. No tienes que comerla para contentarme. Mira, allí, encima de la nevera encontrarás un paquete de cereales –alentó al menor de los nietos a que buscara el envase, para luego continuar con el diálogo.

–Esta su abuela anda tan alocada como siempre. Les pido disculpas si es que los cargoseo con mis costumbres. Pero son tan sólo eso, costumbres.

La señora Matricotti hizo una pausa ligera en la charla para aproximar su mano a un porta servilletas. Las lágrimas acechaban a sus ojos y ella no quería que sus nietos la vieran llorar. Después de restregarse suavemente la servilleta en el rostro –fingiendo que se iba a limpiar la nariz– decidió culminar la conversación.

–Yo todavía era una niña, incluso más pequeña que Franco –gira la cabeza en dirección al más pequeño para después seguir hablando– cuando mi padre tuvo que viajar a la Argentina en busca de trabajo y mi mamá se encargó de las labores de casa. Ella era joven, bonita, su piel era casi tan blanca como las pequeñas conchas de las *chioccirole* marinas, como se dicen en español; las... caracolas abuela –le corrige Silvana, la única mujer de los nietos quién, además, no pierde oportunidad para hacer gala de las lecciones aprendidas de italiano.

–Si, gracias dulzura –sonríe satisfecha la abuela– como decía, mi madre se hizo cargo de todos nosotros, éramos cuatro hermanos y los cuatro nos alimentamos por un buen tiempo con una sopa amarilla bastante parecida a ésta, su nombre era polenta y estaba elaborada en base al grano turco que tenemos en Italia. Esa sopa aplacó el hambre de nuestros estómagos, gracias a ella me tienen aquí con ustedes.

Los niños, en una muestra insólita de ternura, empezaron a comer entusiasmados la sopa, como queriendo demostrar a la abuela su admiración y respeto.

La migración italiana

El inicio de la adaptación

Desde tiempos inmemoriales la evolución humana ha tenido como fiel representante de su condición reformista a la migración. Miles de hombres han atravesado fronteras o cruzado océanos para establecerse en lugares distintos al de su nacimiento y poder reiniciar un proyecto de vida. Estas circunstancias fueron propicias para el intercambio cultural y la provechosa –en la mayoría de las veces– adaptación social.

Silvia Escobar y Carmen Ledo¹ señalan lo siguiente a propósito del fenómeno migratorio: “La característica esencial de la migración es que implica el desplazamiento de individuos con traslado de residencia, temporal o permanente, desde un lugar de origen a otro de destino”.

Una vez establecidos en el país de destino, los inmigrantes deben asumir su condición de foráneos para luego insertarse en las prácticas sociales y culturales de la nación que los cobija. Para sobrellevar estos cambios, el emigrado deberá sortear una serie de obstáculos que, finalmente, le harán disponer de cierta estabilidad emocional.

Al respecto, León y Rebeca Grinberg² explican algunos de los trastornos producidos durante el proceso de adaptación:

La migración es un cambio, sí, pero de tal magnitud que no sólo pone en evidencia, sino también en riesgo la identidad. La pérdida de objetos es masiva, incluyendo los más significativos y valorados: personas, cosas, lugares, idioma, cultura, costumbres, clima, a veces profesión y medio social o económico, etcétera, a todos los cuales están ligados recuerdos y afectos intensos.

Entonces, las personas que migran deben incorporar a sus hábitos de vida las costumbres y tradiciones que impone la sociedad receptora para no quedar al margen de los derechos y obligaciones que adquieren. Esto no impide que el individuo propague sus hábitos y costumbres dentro del medio que lo hospeda. En el texto de Margo

¹ Cf. Silvia Escobar/Carmen Ledo, *Urbanización, migraciones y empleo en la ciudad de Cochabamba*, La Paz, CEDLA-CIDRE 1988, p.23.

² Cf. León & Rebeca Grinberg, *Identidad y Cambio*, Buenos Aires, Editorial Paidós 1976, p.139.

Glantz³, periodista y escritora mexicana de origen judío, se encuentra lo siguiente:

Toda inmigración conlleva una paradoja: la amenaza de la pérdida de las tradiciones y de valores propios para adaptarse a una cultura diferente; y la esperanza de continuar y evolucionar la cultura a la que se pertenece en un territorio ajeno al de nuestro nacimiento.

Por cierto, los inmigrantes italianos que arribaron a los diversos puertos americanos –entiéndase por “americano” el territorio comprendido desde Alaska hasta la patagonia argentina– lograron adaptarse a las costumbres y tradiciones de sus nuevos espacios de convivencia, lidiando –como era de suponer– con una serie de factores adversos e impredecibles que se presentaban de manera rutinaria en las actividades que emprendían.

La discriminación y excesiva susceptibilidad por parte de las poblaciones nativas o colonias extranjeras asentadas con anterioridad en suelo americano (mayormente la española y la inglesa), puso en alerta a las colectividades italianas, que veían sorprendidas cómo el recelo y la animadversión se apropiaba de determinados ámbitos en el espacio colectivo.

Al principio, un número importante de campesinos calabreses, sicilianos y napolitanos fueron duramente discriminando y resistido por la sociedad anglosajona en las principales ciudades de los Estados Unidos. Con frecuencia se les atribuía la organización desmedida de grupos delictivos bajo los lineamientos y sugerencias de la “mafia siciliana” y la “camorra napolitana”⁴.

En Norteamérica, estas organizaciones criminales administraban el ingreso y la distribución de estupefacientes, bebidas alcohólicas, trata de blancas y disponían del tiempo y dinero suficientes para dirigir las principales casas de juego en ciudades como Nueva York y Chicago.

³ Texto extraído de la novela de Margo Glantz, *Las genealogías*, México, Editorial Alfaguara 2002.

⁴ La camorra napolitana nace alrededor del siglo XIV, sus miembros, los “camorristi” se relacionaban con actividades de contrabando, chantaje, soborno, robo y asesinato. En América, la camorra –a diferencia de la mafia– operó como una organización independiente, sin ningún tipo de jerarquías.

La mafia siciliana surge en los albores del siglo XIX y es a partir de la creación de la confederación italiana “*Cosa Nostra*” que sus actos delictivos cobran mayor vigor. En los Estados Unidos de América, la mafia siciliana tuvo periodos importantes de apogeo, sobretudo con la comercialización ilegal de bebidas alcohólicas en la época de la famosa “Ley Seca”. La mafia empieza a perder impulso en la década de los 80.

En 1969, Mario Puzo, escritor ítaloamericano, saltó a la palestra pública con su libro titulado *El padrino*, texto en el que recrea con ingenio y sutileza las actividades ilegales de algunas familias italianas asentadas en la periferia de Nueva York.

Pero la totalidad de la esencia italiana en el país del norte estaba muy lejos de pertenecer al crimen organizado. Hacer una generalización de esta naturaleza sólo podría infringir un daño severo e irreparable a una colectividad que se encargó de esparcir progreso y bienestar en la sangre de muchos ítaloamericanos que, posteriormente, ocuparon sitios de privilegio en distintas ramas del arte, la política y el deporte norteamericano.

Esto demuestra que una de las características más sobresalientes en los inmigrantes italianos fue la inmediata inserción en las costumbres y formas de vida de las sociedades receptoras. Esta fácil adaptación trajo adherido un sentimiento arraigado de agradecimiento que nunca tuvo límites establecidos a la hora de ponerse a prueba. Un claro ejemplo de ello es la participación decidida de cientos de jóvenes ítaloamericanos en las diferentes batallas durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando Estados Unidos decidió intervenir en el conflicto bélico, residían en suelo estadounidense aproximadamente 6 millones de italianos junto a sus descendientes⁵. Muchos de estos jóvenes voluntarios de origen ítaloamericano se alistaron en el ejército para buscar trincheras y ofrecer resistencia al enemigo.

Estos jóvenes soldados "forasteros", de aspecto mediterráneo, tuvieron que sortear infinidad de problemas mientras estuvieron en el frente de batalla. Apartado de cualquier acto mercenario, el mayor obstáculo del soldado ítaloamericano estuvo puesto en equilibrar los sentimientos a la hora de enfrentar a las tropas italianas. Es de imaginarse lo difícil que habrá sido hacer fuego contra los "paisanos de papá", pero la mira estaba puesta en un solo blanco: combatir y entregar la vida por esa nación americana que en determinado momento atendió las necesidades más apremiantes de la familia.

Es probable hallar una corroboración a esto en el momento del desembarque norteamericano en Sicilia. Los habitantes de la isla depositaban afecto y esperanza con sus saludos efusivos a los miembros de las tropas aliadas; tenían la certeza de que los militares extranjeros iban a desalojar a las huestes fascistas de la península y terminar de esta forma con periodos prolongados de angustia e

⁵ La mayoría de los inmigrantes italianos se afincó en los Estados Unidos durante la llamada "Gran Migración" en el periodo de 1880 a 1924. Para mayores detalles sobre la presencia italiana en Norteamérica: Cf. Peter Belmonte, *Italian Americans in World War II (voices of America)*, Chicago, Ed Arcadia Publishing 2001, p.9.

incertidumbre. Pero jamás se imaginaron encontrar detrás de esos pertrechos de guerra a un descendiente de algún familiar emigrado tiempo atrás.

Los emigrantes italianos encontraron más escollos durante la navegación, su arribo a tierra americana no estuvo colmado de dicha y alegría como usualmente se piensa. Entre 1857 y 1899 desembarcaron un millón cien mil italianos en las costas argentinas⁶. En definitiva, se establecerían 650 mil personas en ese periodo de tiempo. En esa época, las principales ciudades del país austral gozaban del respeto y admiración por parte de las naciones vecinas. El ego en el vulgo era tan grande como la geografía nacional y muchas familias tradicionales –aquellas que incrustaban su apellido patricio en las puertas de las casas residenciales– privilegiaban lo francés, aceptaban lo inglés y despreciaban lo español. ¿Dónde quedaba lo italiano?

La xenofobia afloró a medida que los inmigrantes desembarcaban. Eran acusados de portar en sus costumbres la infección anarquista, de exaltar huelgas y vivificar manifestaciones obreras. Volodia Teitelboim⁷ comenta sobre aquellas jornadas difíciles para la colonia italiana:

Saltaba a la vista que no todos los argentinos tradicionalistas concordaban con su compatriota Juan Bautista Alberdi, desterrado en Chile durante la dictadura de Rosas, que escribía en *El Mercurio* de Valparaíso: “cada europeo que viene nos trae una civilización en sus hábitos...”. Para el grupo que se sentía dueño del país, por el contrario, esos intrusos eran la hez, la escoria de la tierra. Como en Roma, los bárbaros venían de afuera aunque también de tierra adentro.

Sin duda, los italianos tropezaban a menudo con la quisquillosidad de los terratenientes, quienes, a menudo, pensaban que los extranjeros les usurparían la vastedad de sus tierras fértiles pero desatendidas o que les implantarían idioma y costumbres distintos, modificando de esta manera los valores y rituales de la pacata sociedad argentina.

A tal punto llegaba la antipatía hacía lo italiano que, incluso, algunos escritores satirizaban la figura de los inmigrantes. No en vano José Hernández escribiría en su conocidísimo poema *Martín Fierro* algunos versos alusivos:

Allí un gringo con un órgano
Y una mona que bailaba

⁶ Cf. Volodia Teitelboim, *Los dos Borges: vida, sueños, enigmas*, México, Ed Hermes 1997, p.17.

⁷ Ibid., p.18.

Haciéndonos rair⁸ estaba
Cuando le tocó el arreo
¡Tan grande el gringo y tan feo,
Lo viera como lloraba!⁹

El "gringo" al que se refiere el poema no es otro que el italiano advenedizo que merodeaba por la pampa argentina. Para la época era bastante común denominar a los forasteros con el sobrenombre de "gringos", y como se comentó oportunamente, los italianos eran la colectividad extranjera más importante y numerosa de la Argentina junto a los españoles.

Por su lado, el nacionalismo exacerbado de las elites argentinas reprochaba constantemente el arribo masivo de inmigrantes italianos. No deseaba incorporar en el seno de la sociedad "patricia" elementos foráneos que poco bien le harían al "alma nacional", corriendo el riesgo de perder por completo los valores e ideales del ser argentino.

A comienzos del siglo XX, algunos intelectuales y periodistas de clase media orientaban sus discursos a exaltar el verdadero nacionalismo argentino. Aquél que creían puro y concebido en la supuesta sangre hidalga de los primeros colonos españoles. Para la clase elitista, este sentimiento nacionalista debía fluir exento de las manchas anárquicas y degenerativas que el elemento itálico traía en sus costumbres.

Este aborrecimiento hacia el inmigrante italiano empezó a adquirir nuevas formas de rechazo. En 1936 se publicó el libro *La italianización de la Argentina*, del periodista Carlos Néstor Maciel¹⁰. El texto alentaba en sus páginas el ideal nacionalista para buscar una solución eficiente al grave problema de la "invasión cosmopolita". Maciel, al igual que muchos otros intelectuales de la época, resaltaba la importancia de promover una migración "sana" y acorde a los intereses de la nación:

No podemos ni debemos considerar en un mismo pie de igualdad a la inmigración española con cualquiera otra inmigración. Los españoles en América son americanos, hoy como ayer. La identidad de sentimientos, de idioma, de sangre, de tradiciones y hasta de apellidos, los transforma inmediatamente en argentinos tan arraigados a este suelo, que solo les falta el nacimiento para ser hermanos nuestros con todas las prerrogativas de la consaguinidad.

⁸ Se mantiene el texto original.

⁹ José Hernández, *Martín Fierro*, Bogotá, Ed Oveja Negra 1987, p. 20.

¹⁰ Cf. Carlos N. Maciel, *La italianización de la Argentina: tras la huella de nuestros antepasados*, Buenos Aires, Nueva Ed1936, p. 157.

Como se observa, la elite argentina prefería el asentamiento de colonos españoles para comulgar en un mismo idioma y poder, así, revitalizar la sangre hispano-criolla que irrigaba las venas de la mayoría de los habitantes en ese entonces. No se puede descartar el temor que desataba el arribo multitudinario de los italianos a la clase latifundista argentina. Era obvio que los inmigrantes llegaban para poblar y trabajar un territorio vasto y deshabitado; que la disminuida y fanfarrona "aristocracia" ostentaba sin sacarle ninguna utilidad. De esta forma, los propietarios de grandes extensiones de tierra veían amenazados sus intereses y buscaban, a toda costa, desprestigiar con cualquier tipo de falacias a los recién desembarcados.

Otro aspecto importante que causó rechazo en la sociedad argentina fue el establecimiento de las colectividades italianas. Tomando en cuenta la gran cantidad de italianos que residían en la Argentina, era lógico suponer que buscarían restablecer relaciones sociales entre ellos. Buena parte de los inmigrantes desconocía la lengua o disponía de un vago conocimiento del español –en muchos casos del mismo italiano por la influencia desbordante del dialecto regional– motivo por el cual se congregaron en colectividades. Éstas, normalmente, se organizaban de acuerdo al lugar de procedencia, de ahí surgieron las diversas agrupaciones italianas, como la lombarda, la toscana o la piamontesa.

Pero esto nunca fue comprendido y dio lugar a malentendidos y tergiversaciones constantes, llegando a pensar, incluso, que el aluvión inmigratorio era un simple pretexto para establecer nuevas colonias italianas más allá de los límites de la península:

Nuestros gobiernos han ayudado con su pasividad a los italianos que aspiraron a formar entre nosotros la "pequeña Italia", una de las tantas que anhelan establecer en todos los países de la tierra¹¹.

Acusados de invasores y anarquistas, los "italianos del Río de la Plata" sortearon con entereza un sinfín de obstáculos para luego encaminar a la nación austral hacia el engrandecimiento de sus industrias y a la renovación de sus instituciones públicas y privadas. Es por ello que el alma de miles de inmigrantes italianos perdura en la conciencia argentina y los frutos de su esfuerzo se cultivan en cada huerto de progreso y desarrollo.

Los orígenes de la diáspora

Aún hoy, es difícil precisar con exactitud la fecha en que se originaron los diversos éxodos europeos hacia el continente

¹¹ Ibid., p.159.

americano. Lo único cierto es que las primeras expansiones europeas al mundo no estuvieron caracterizadas por establecer rutas migratorias. Al contrario, fueron concebidas para desarrollar nuevos destinos comerciales y tener acceso a los recursos naturales que albergaban los territorios descubiertos.

Cientos de miles de hombres emprendieron viajes extensos y agotadores por regiones agrestes, donde la flora y la fauna prosperaban libremente y no se divisaban vestigios de la presencia del hombre caucásico. Sin embargo, algunos de los viajeros decidieron –en el acto– establecer sus hogares en estas tierras, para asimilar después y con cierta dificultad los hábitos de vida de los indígenas.

De esta manera, no resulta arriesgado considerar a estos mercaderes aventureros como los primeros inmigrantes europeos que atravesaron el planeta de un extremo a otro. En un principio, estos “pioneros de la migración” establecieron sus rutas marítimas en las regiones del Asia –intercambiando mercaderías con los nativos y, a la vez, adquiriendo productos desconocidos– para después desembarcar en las costas americanas.

Y es en estas costas donde se bregaron por primera vez –aunque algunos se empeñen en rechazar esta teoría¹²– las carabelas que navegaban al mando del genovés más conocido de la historia, Cristóbal Colón.

A propósito de Colón, en el siglo XVI, el escritor Matteo Bandello argumentaba lo siguiente refiriéndose al distinguido navegante:

Nos pasamos los días enteros oyendo que el nuevo mundo ha sido descubierto por los españoles y los portugueses, cuando fuimos nosotros, los italianos, los que les mostramos el camino¹³.

Es posible afirmar que el antecedente más remoto de la migración italiana se encuentre en los primeros pasos que dio Colón al depositar los pies sobre suelo americano. Por ello, muchos estudiosos del fenómeno migratorio italiano no dudan en denominar como “hijos de Colón” a los inmigrantes peninsulares y de las dos islas¹⁴ que arribaron posteriormente a América.

¹² Algunos estudiosos del tema sostienen que antes del desembarco de Cristóbal Colón en las “Indias”, se produjo el arribo de embarcaciones escandinavas o “vikings”.

¹³ Cf. Christopher Duggan, *Historia de Italia*, Nueva York, Ed Universidad de Cambridge 1996, p. 5.

¹⁴ Cerdeña y Sicilia, las dos islas más conocidas de Italia cuando se habla, sobretodo, de la presencia italiana en los Estados Unidos de América.

Por otro lado, la característica más sobresaliente de la migración italiana estuvo en su dispersión geográfica. Resultó extremadamente amplia y numerosa, ya que se encontraron rastros de la presencia de italianos en casi todos los continentes del mundo, salvo excepciones marcadas como el centro y norte del Asia.

Pero ¿cuál fue el motivo esencial para que millones de hombres y mujeres decidieran abandonar patria, hogar y familia?

A lo largo de los siglos Italia tuvo serios problemas para enfrentar las diferentes crisis sociales y políticas que la asechaban. La misma geografía circundante jugó en su contra cuando se buscaba paliar los males. Tal como lo señala Christopher Duggan¹⁵ en su texto *Historia de Italia*:

Si la posición de Italia en Europa y el Mediterráneo ha marcado la pauta de gran parte de su historia, la geografía interior de la península también ha dictado los aspectos principales de su vida económica y social.

En el norte, Italia se halla rodeada por una cadena importante de montes elevados y altitudes extremas. Los imponentes picos nevados de los Alpes señalan la ruta que debe seguirse hacia los Apeninos, y es en medio de esta sucesión de montañas y laderas accidentadas donde se encuentra el valle del Po, hondonada de campos fértiles y aptos para el cultivo de legumbres y cría de ganado. Más abajo, la gran faja montañosa de los Apeninos se dirige hasta el sur, atravesando Italia meridional y Calabria, para luego desembocar en la isla de Sicilia.

A un costado de la península y separada por las aguas del mar Tirreno se encuentra la isla de Cerdeña. Esta región sureña, de montañas robustas y paisajes áridos, se erige indómita sobre el mar generando esa sensación peculiar de poder observar las costas del Mediterráneo a través de un balcón natural.

Algunas regiones italianas, como las tierras bajas de la Maremma Toscana, la Campagna Romana y la Llanura de Lentini en Sicilia, fueron, durante mucho tiempo, escenarios constantes de inundaciones, facilitando la formación de pantanos, los cuales se encargaron de propagar el paludismo a las diferentes comunidades aledañas¹⁶.

Como se observa, buena parte del territorio italiano está conformado por montes infranqueables y costas marítimas de franja delgada. Los

¹⁵ Christopher Duggan, op.cit., p.20.

¹⁶ Ibid., p.21.

bosques –escasos con relación a otras épocas– son un patrimonio invaluable para la mayoría de los habitantes, puesto que la población tomó conciencia de los daños severos producidos por la mano dañina del hombre en determinadas zonas forestales del país. La deforestación desproporcionada que se produjo años atrás provocó la erosión de grandes hectáreas de tierra en campos y valles.

Este último aspecto fue decisivo a la hora de encontrar respuestas a las principales causas del aluvión migratorio de los campesinos del sur italiano. Las capas de la tierra se tornaron inapropiadas para la siembra y el ganado no encontró campos propicios donde poder pacer tranquilo. Los fertilizantes extraídos del abono animal eran insuficientes, por lo tanto, el suelo se empobrecía con facilidad, dejando improductivas grandes parcelas de tierra. A todo esto se debe añadir la carencia total de conocimientos técnicos por parte de los labradores para mejorar las condiciones de la agricultura.

Durante 1870 y 1880 la población rural italiana vivía en condiciones extremas de pobreza. Los productos agrícolas, como el maíz, eran consumidos casi en su totalidad por los mismos campesinos. Los habitantes del campo gastaban sus ganancias en la adquisición de comida, por lo tanto quedaba descartada la compra de manufacturas o productos agrícolas de mejor calidad. El dinero escaseaba en las aldeas y sólo podía encontrarse en los grandes centros urbanos del norte. Es por esta razón que el pago se hacía en especias, como la sal y la pimienta.

La situación del comercio no era menos alentadora. La carencia de infraestructura caminera agobió por décadas al sector campesino y fue un escollo duro de superar para el comercio interno. Para algunos, la migración o el robo se presentaba como un camino seguro para escapar del hambre y la miseria.

En estos años de restricción absoluta, la mayoría de los labradores del norte italiano se alimentaba con “polenta”, plato elaborado con el maíz cultivado en los campos. Por su parte, en el sur, los jornaleros preferían preparar el pan con viejas recetas familiares, las cuales incluían bellotas, avena, centeno y otras legumbres que le daban consistencia a la harina¹⁷.

Pero el consumo exagerado del maíz iba a traer consecuencias nefastas para la salud de una gran parte de la población. La carencia de vitaminas en los alimentos digeridos sembró en el cuerpo de los hombres la pelagra, enfermedad que acompañó por mucho tiempo a los campesinos de las mesetas en el norte de la península.

¹⁷ Ibid., p.211.

Junto a la pelagra llegaron la malaria y el paludismo, enfermedades que sólo el avance científico ayudó a combatir. Recién en 1940, con la introducción desde América del insecticida DDT, se pudo controlar el deterioro de la salud italiana.

Es necesario recordar que muchas familias de labradores estaban destinadas a convivir con estas enfermedades, ya que sus hogares no reunían las condiciones necesarias de higiene. Christopher Duggan sostiene que en la zona del bajo Po era común encontrarse con los miembros de una familia entera durmiendo en una sola habitación. El sitio estaba desprovisto de espacio y el lodazal del piso cubría cada ámbito de la casa.

Bajo estas circunstancias –insostenibles para la dignidad de cualquier persona– cantidades inmensurables de campesinos italianos migraron al extranjero buscando una vida más llevadera en el seno de sociedades extrañas y distantes.

Adherida a los gravísimos inconvenientes generados por la erosión de la tierra y la escasez de recursos agrarios llegó el problema de la superpoblación. A partir de finales del siglo XVII, Italia, al igual que otras naciones europeas, empezó a comprobar una caída importante de los índices de mortalidad en su población. Como resultado de ello, se tuvo el incremento desproporcionado de los habitantes causando angustias imprevistas en la economía nacional.

Para Duggan¹⁸, la situación demográfica de la península resultó extremadamente preocupante:

El resultado fue que la población se disparó, pasando de unos 11 millones en 1660 a dieciocho en 1800 y casi veintiséis en 1860. Este hecho trajo consigo una crisis de la que los estados del *ancien régime* no lograron desligarse. Tampoco la unificación resolvió el problema como revela el hecho de que las producciones agrícolas solo mejorarán de manera insignificante durante las décadas posteriores a 1860 mientras los ingresos per cápita comenzaron a descender en muchos lugares, como pueden indicar la incidencia de la enfermedad de la pelagra en el norte o las altas cotas de criminalidad en el sur.

La migración fue un paliativo eficaz a la hora de combatir los complejos problemas que generaba la superpoblación italiana.

A comienzos del siglo XVI no era extraño encontrar artesanos italianos por las diferentes ciudades y comarcas europeas. Estos inmigrantes trabajaban enseñando habilidades específicas, como la

¹⁸ Ibid., p.26.

fabricación del vidrio, el tejido del brocado o la elaboración de la mayólica¹⁹.

Pero es a partir del siglo XIX donde se origina la verdadera diáspora de italianos al exterior. Según Gianfausto Rosoli²⁰, este lapso de tiempo está considerado como la “etapa clásica de la inmigración atlántica de trabajadores europeos”.

Más de 50 millones de europeos dejaron el continente entre 1800 y el periodo que comprende la Primera Guerra Mundial. Un buen número de estos inmigrantes se estableció en territorio norteamericano motivado por la cantidad, nada despreciable, de tierras cultivables (*immigrazione stanziata*). La gran mayoría de inmigrantes arribaba con la premisa de encontrar un trabajo asalariado (*labor migration*). Éste podía ser permanente o temporal (*sojourners*)

De estas 50 millones de personas, once partieron hacia América Latina, quedándose en territorio argentino un 46 %, mientras que en el Brasil el 33% encontraría albergue temporal o definitivo. El 14% de europeos se estableció en Cuba, 4% en Uruguay, 3% en México y finalmente 2% decidió fijar residencia en Chile.

Desde su inicio, fueron los italianos quienes encabezaron este gran movimiento migratorio europeo. Un 38% del total de personas emigradas a América y el resto del mundo en el siglo XIX provenía de Italia.

Según los datos recogidos por Rosoli, de 1876 a 1980 más de 26 millones de italianos emigraron al exterior, esta cifra era la misma que tuvo Italia cuando se produjo su unificación en 1861.

Por otro lado, se puede observar que la mayoría de inmigrantes italianos prefería establecerse en las costas de Norteamérica. 5.7 millones arribaron a territorio estadounidense. En cambio, en Europa, Francia recibió a 4.4 millones de italianos, Suiza albergó a 4 millones mientras que en Sudamérica la Argentina contabilizó un número de 3 millones. En Alemania desembarcaron 2.5 millones y Brasil abrió las puertas a 1.5 millones de inmigrantes²¹.

En Sudamérica, los italianos desembarcaron preferentemente en los puertos brasileños, uruguayos y argentinos, aunque algunos países como Perú ofrecían condiciones óptimas para el establecimiento de inmigrantes. En 1872 el gobierno de Pardo decidió crear la *Sociedad*

¹⁹ Ibid., p.27.

²⁰ Gianfausto Rosoli, *Un quadro globale della diaspora italiana nelle Americhe*, en: [http:// www.altreitalie.it](http://www.altreitalie.it) diciembre 1992.

²¹ Ibid.,

Europea de Inmigración con el objetivo de promover y facilitar la llegada de mano de obra proveniente del viejo continente²². En el Perú los italianos constituyeron el grupo más grande de inmigrantes europeos, siendo numerosas y conocidas las colectividades lombardas, piemontesas y ligures. Mientras que en el extremo septentrional del continente miles de sicilianos, sardos, calabreses y napolitanos pugnaban incesantemente por establecer sus hogares en las grandes urbes de Canadá y Estados Unidos.

La migración italiana hacia las ciudades norteamericanas se vio favorecida por el notable abaratamiento de las tarifas trasatlánticas que trajeron consigo los barcos a vapor. Entre 1881 y 1900 un millón y medio de campesinos se estableció de forma permanente en el extranjero, principalmente en el continente americano²³.

El "*Risorgimento bélico*" de Crispi

En el periodo 1893-1896, los italianos vivieron nuevas escenas de incertidumbre y desesperación. Francesco Crispi²⁴, ex demócrata y antiguo discípulo de Garibaldi, gobernaba Italia tratando de suministrar fuertes dosis de patriotismo a una población que se debatía entre la indiferencia y la expectación.

Crispi tenía como ideal supremo concienciar al pueblo sobre la urgencia de disponer de una "educación política" que sea generadora y fuerza motriz de la unificación "real" de Italia. No soportaba la idea de presenciar una posible desintegración moral y geográfica de la patria de Garibaldi y del rey Víctor Manuel II. (Ambos padres políticos del Primer Ministro y héroes del "*Risorgimento*" italiano).

Para Francesco Crispi, la única forma de crear un sentimiento de nación era conduciendo al país a una confrontación bélica, y Francia era el mejor pretexto para exponer su política exterior beligerante, tal como lo explica Duggan:

La principal preocupación de Crispi era la política exterior. Aseguraba que Francia era obsesivamente hostil hacia Italia –por razones históricas y geográficas, y a causa de las disputas de Italia con el

²² Ronald Bruce S, *La Política Exterior del Perú*, Lima, Exituno 1999, p. 87.

²³ Christopher Duggan, op.cit., p.224.

²⁴ Francesco Crispi (1819-1901). Político siciliano de arraigadas tendencias anticlericales. De temperamento enérgico, fue amigo y admirador declarado del estadista alemán Bismarck. Crispi ocupó la presidencia de Italia en 1887-1891 y en el periodo 1893-1896.

Vaticano– y que el país galo buscaría cualquier pretexto para atacar a Italia²⁵.

Este tipo de demostraciones sólo exteriorizaban el sentimiento personal de animadversión hacia el pueblo francés por parte del gobernante italiano. Ambas naciones eran rivales en el Mediterráneo y Francia disponía de cierta hegemonía moral sobre Italia gracias a su larga y conocida tradición militar y revolucionaria. Por lo tanto, Crispi quiso de una buena vez que los italianos tomarán conciencia de su propia valía para así extirpar cualquier indicio de sumisión.

Esta actitud desafiante, colmada de soberbia y beligerancia, sólo sirvió para desencadenar una serie de problemas internos. El Primer Ministro dedicaba toda su atención a los aspectos externos y descuidaba por completo la economía de la nación.

Las inversiones en los sectores industriales se agotaron gracias, en parte, a la guerra arancelaria con Francia que Crispi desencadenó con su mentada política exterior. La confianza empresarial andaba por los suelos y este decaimiento produjo un retroceso dramático en las exportaciones:

El volumen de intercambio comercial entre Francia e Italia disminuyó de una media de 444 millones de liras en el periodo 1881-87 a sólo 165 millones en 1888-89. Tan sólo un pequeño porcentaje de este comercio perdido pudo recuperarse en otros mercados²⁶.

Algunos especialistas sostienen que estos años fueron los más “oscuros” de la economía italiana. El desempleo merodeaba en los centros urbanos y la pobreza era insostenible en el área rural; nuevamente la migración tocaba con insistencia a las puertas de la península.

Giolitti: entre el auge económico del Norte y la migración descontrolada del Sur

Tras el ventarrón desencadenado por las fallidas políticas retrogradadas y belicosas de Francesco Crispi, surgió un soplo suave y apacible para la economía italiana.

En 1901, Italia, de la mano de Giovanni Giolitti²⁷, reencauzó su política económica hacia terrenos más estables y propicios para el

²⁵ Christopher Duggan, op.cit., p.234.

²⁶ Ibid.,

²⁷ Giovanni Giolitti (1842-1928) De cuna piemontesa, Giolitti se consolidó por su pragmatismo a la hora de ejercer la política. Este abogado gobernó Italia en varios

crecimiento de la industria y el comercio. La gestión de Giolitti (1901-1914) se caracterizó por el fortalecimiento y la propagación de la modernización económica en el norte italiano. Este “periodo giolittiano” es recordado por la promoción inusitada que recibió el sector industrial. Para Giolitti, este sector era el soporte y motor fundamental de la economía italiana. Bajo su administración nacieron y se fortalecieron industrias químicas y grandes fábricas de automóviles como la FIAT de Turín, la Isotta Fraschini, Lancia y Alfa Romeo. La empresa Pirelli se convirtió en la pionera de la producción de caucho y de sus galpones salió un producto desconocido, hasta ese entonces, para el mundo entero, el cable de aislamiento.

Este surgimiento de la economía fue notable y sus repercusiones fueron destacadas en el continente europeo. El aumento del Producto Interno Bruto (PIB) excedía al crecimiento de la población. El incremento medio per capita del PIB durante este periodo fue del 2,1% anual, comparado con el 0,9% del Reino Unido y el 1,8% de Alemania²⁸.

Así mismo, otros sectores industriales se vieron favorecidos por este auge económico. La producción de azúcar pasó de menos de 6.000 toneladas en 1898 a más de 130.000 en tan sólo cinco años. El ácido sulfúrico –principal producto químico industrial italiano– aumentó un 10,6% anual entre 1896 y 1913.

periodos. Además fue diputado, ministro del tesoro y de régimen interior. Dentro de sus políticas de gobierno se destacan la aprobación de la Ley de Seguridad Social y el Sufragio Universal.

²⁸ Christopher Duggan, op.cit., p.243.



Foto 1. Giovanni Giolitti –de traje y sombrero oscuros– recorre las instalaciones de una escuela pública durante una visita oficial. A pesar de que en su gobierno se produjo el auge económico italiano, el número de personas que abandonaban la península siguió siendo elevado. Foto: Obtenida en la página web: www.Grupponline.it 2006.

Como se aprecia, el "*periodo giolittiano*" se caracterizó por brindar un amplio apoyo al sector de la industria. Durante esta época, los italianos– sobretodo los del norte de la península –fueron testigos participativos del cambio radical y positivo que se gestó con sus políticas modernistas en el campo de la producción nacional.

Sin embargo, estas políticas innovadoras y modernizantes del gobierno se inclinaron demasiado en favorecer al sector industrial descuidando por completo al amplio y no menos importante sector de la agricultura. En ese entonces Italia mantenía su condición de país expulsor de capital humano y los principales puertos italianos seguían despidiendo cantidades ingentes de campesinos y obreros. Es en esta etapa donde se descubre el valiosísimo aporte que traían las divisas que provenían del exterior enviadas por los inmigrantes. Estas remesas sirvieron para fortalecer la balanza de pagos italiana y contribuyeron decididamente para adquirir la maquinaria con la que buena parte del auge industrial comenzó a forjarse.

La migración trajo consigo cambios importantes en la agricultura de las campiñas del sur. De 1900 a 1910 más de seis millones de italianos migraron al extranjero. Estos inmigrantes –jóvenes obreros

de estrato rural– viajaban motivados por los sustanciosos sueldos que se pagaban en el ramo de las construcciones americanas. El dinero que conseguían, por medio de los ahorros, les permitía cubrir deudas adquiridas años atrás y podían disponer de un monto para comprar una parcela de terreno a su regreso a Italia. Esta situación alentaba a muchos estadistas a comentar que el grave problema del sur se vería resuelto con la migración masiva de sus habitantes. Pero no se contaba que la mayoría de la tierra comprada por los inmigrantes retornados era demasiado pequeña o de poca utilidad, lo cual se convertía en un perjuicio para las labores agrícolas; muchas de estas propiedades fueron vendidas y nuevamente los labradores tuvieron que buscar fortuna fuera de Italia.

Más allá del auge económico que trajo el "*periodo giolittiano*", Italia siguió siendo una sociedad de esencia netamente rural. Las ciudades del norte italiano crecieron desproporcionadamente contrastando con la realidad que se vivía en el sur. Un buen número de italianos no pudo disfrutar de las bondades económicas del gobierno de Giolitti y su situación financiera empeoraba a medida que pasaban los años, la pobreza cundía en aldeas y pueblos enteros.

Fascismo, el aderezo que le faltaba al pastel

Desde su ascenso al poder, el Partido Nacional Fascista (PNF) de Benito Mussolini²⁹ se propuso, como meta primordial, extirpar de la sociedad italiana todas las costumbres y políticas que había sembrado el antiguo gobierno liberal.

A menudo, los fascistas argumentaban que la pobreza de Italia se debía a la pésima administración del Estado por parte de la elite liberal. Para los seguidores del Duce, el país necesitaba la incorporación de un espíritu emprendedor que despertara las pasiones dormidas del pueblo. Pero el nuevo Estado Corporativo de Mussolini y Rocco³⁰ estaba lejos de ahuyentar el hambre y la pobreza que agobiaba a un buen sector de la población italiana.

²⁹ Benito Mussolini Maltoni (1883-1945) Fue el mayor exponente del régimen fascista y uno de los dictadores de más renombre a nivel mundial. Durante su gestión de gobierno recibió el apelativo de "Duce" (líder, caudillo). Fue jefe de estado entre 1922 y 1943, en este último periodo se consolidó como dictador. Su alianza con Hitler cobró importancia durante la Segunda Guerra Mundial.

³⁰ Alfredo Rocco (1875-1935) Ministro de Justicia durante el régimen fascista y gran colaborador de Mussolini. Suya fue la idea para aprobar la instauración de la "Ley Sindical" en abril de 1926.

El "Estado Corporativo" sería cualquier cosa menos sindicalista; como tampoco beneficiaría a la clase obrera. A pesar de la elaboración de documentos tan ostentosos como la Carta del Trabajo de 1927, donde se proclamaban una serie de garantías en diversos aspectos sociales y laborales (de los que casi ninguno se cumplió), quedaba claro que el fascismo no tenía gran cosa que ofrecer ni a los obreros industriales ni a los campesinos. Al final del decenio de 1920 se redujeron de forma sustancial los salarios como consecuencia de una importante revaloración de la lira, y aunque se suponía que los recortes salariales irían paralelos a una bajada generalizada de los precios, el hecho es que millones de obreros experimentaron un empeoramiento en su nivel de vida³¹.

Mussolini quiso estampar—con sus alocuciones iracundas y su lenguaje ampuloso—en las cabezas de cientos de jornaleros sureños el sello de la esperanza y la ilusión. Antes de iniciar la "Marcha sobre Roma"³² su discurso se basaba en resolver el viejo problema del sur, sin embargo, lo primero que hizo fue meterse al bolsillo la simpatía y la admiración de los ricos terratenientes. El Duce quería prever con esta actitud cualquier tipo de inconvenientes con la elite latifundista en su futura gestión.

La calidad de vida de miles de obreros y campesinos decreció considerablemente en este periodo. La migración dejó de ser una salida a la grave crisis social, ya que desde 1921³³ los Estados Unidos —uno de los principales países receptores de inmigrantes italianos— habían decidió imponer cuotas en el número de inmigrantes europeos. De esta manera, una de las válvulas de escape más importantes se cerraba, al igual que la esperanza de los hogares más afectados por la crisis.

Durante la época del fascismo, muchos microempresarios cayeron en la banca rota a consecuencia de la revalorización de la lira. No pudieron pagar las deudas adquiridas y terminaron vendiendo sus propiedades y negocios. A todo esto se debe agregar el impacto negativo que vino junto a la recesión mundial de 1929, ya que

³¹ Christopher Duggan, op.cit., p.303.

³² Se dio el nombre de "Marcha sobre Roma" al acto multitudinario por el cual Benito Mussolini llegó a asumir el poder en Italia en octubre de 1922. Con este acto se inicia formalmente la era del fascismo y el final del régimen liberal.

³³ Ese año el gobierno norteamericano decide imponer un número preestablecido de cuotas anuales para los inmigrantes europeos. El cupo para los ingleses era de 60.000 personas, para los alemanes y franceses de 50.000 y sólo 4 000 personas para los eslavos e italianos. A propósito la política migratoria norteamericana deseaba copar estas cuotas de inmigrantes con elementos afines a la colectividad anglosajona residente en ese país. De esta forma los emigrados itálicos fueron presa fácil del racismo y la xenofobia de algunos medios escritos estadounidenses. Éstos señalaban a los italianos como colectividades improductivas y de costumbres malsanas como las de los hombres de *piel amarilla*. Carlos N. Maciel, op.cit., p.163.

generó un descenso importante en las exportaciones de productos naturales, como los cítricos. Del comercio de estas frutas vivía un grupo importante de agricultores que tuvo que recurrir a otras alternativas para no morir de hambre. La pobreza se tornó insostenible para los campesinos, estos, a su vez, empezaron a retomar el camino de la migración como única vía para salvar sus hogares. El régimen no hizo nada para evitar esta situación; lo esencial para Mussolini y sus súbditos era crear una verdadera identidad colectiva por medio de la propaganda y la incitación permanente a la guerra. A finales de los años treinta la situación económica de muchas familias sicilianas era extremadamente preocupante. La gente vivía hacinada en las calles de los barrios más humildes y algunos niños se iban a la cama sin probar bocado alguno.

Italia se debatía entre la intolerancia de su gobernante de turno y el hambre agobiante de sus hijos. En los puertos nuevamente se blandían miles de pañuelos blancos despidiendo a algún ser querido que partía a ultramar.

El éxodo se va extinguiendo

A principios de los años cincuenta Italia continuaba sumergida en el subdesarrollo. Más allá del importante crecimiento de sus industrias automovilística y química, los italianos disponían de un nivel de vida relativamente bajo, como lo explica Duggan³⁴:

Una encuesta llevada a cabo por el gobierno entre 1951-52 reveló que cerca de un millón de familias, casi todas del sur, nunca comían carne o azúcar, y que más de 2.700.000 familias estaban dentro del umbral de 'pobreza' o 'necesidad', lo que equivalía a la cuarta parte de la población. Quizá los que peor estaban eran los jornaleros del sur, cuyos salarios con frecuencia estaban por debajo de la mitad que los de sus colegas del norte. Buena parte de las viviendas del país carecían de comodidades. Así, sólo el 7% de las viviendas tenía electricidad, agua potable y aseos interiores. El analfabetismo seguía estando muy extendido, y en algunas localidades del sur el único material impreso lo constituían los panfletos políticos o las hojas parroquiales.

A pesar de esto, Italia estaba encaminada a fortalecer sus industrias y adjudicarse un espacio importante dentro de los países más desarrollados de Europa. Las corrientes migratorias empezaron a bajar su caudal y la población encontró terreno suficiente para reorganizar el país. No cabe duda que la migración jugó un rol destacado dentro del desarrollo italiano y aportó progreso y bienestar a los países donde tuvo que llegar.

³⁴ Christopher Duggan, op.cit., p.367.

Garibaldi y los puertos sudamericanos

Bajo la luna de Marsella aparece el Lobo

En 1830, cuando las llamas de la revolución burguesa parisina hacían crepitar la silla del monarca Carlos X, en Italia un grupo selecto de intelectuales a la cabeza del joven abogado Giuseppe Mazzini³⁵ abrió las compuertas de la esperanza y el optimismo a cientos de miles de italianos. Antes, este joven genovés tuvo que soportar los padecimientos y vejámenes de la cárcel por cuatro largos años, para luego escapar y buscar exilio en Marsella. Allí, bajo la mirada atenta y protectora del rey burgués Luis Felipe, daría rienda suelta a su talento político para fundar una "*Congrega*" que llevará el nombre de "Joven Italia"³⁶.

Este movimiento insurreccional –extracto del antiguo Partido Liberal– invocaba la Unidad de Italia y la expulsión inmediata de los gobiernos extranjeros que tenían sometido a todo el país. Manzini, convencido de sus dotes de liderazgo, prefería buscar sus adeptos dentro de los estratos sociales más humildes de la población. Fue precisamente en una de estas convocatorias donde se consiguió la adhesión de un personaje singular e inolvidable para la historia de Italia y el mundo.

Marinero de oficio y guerrero por convicción, Giuseppe Garibaldi³⁷ extendió su mano cálida y amigable para estrechar la de Mazzini y consolidar, de esta forma, un pacto que tendría como objetivo único

³⁵Giuseppe Mazzini (1805-1872) Este filósofo, abogado y político genovés fue miembro fundador de la asociación secreta "*carbonari*" en Italia. Más tarde, y movido por la consolidación de una verdadera identidad italiana, creará la sociedad política "*La Giovine Italia*". A pesar de los pocos años de vida que tuvo esta organización, su misión es reconocida, sobretodo, por haber contribuido al proyecto unificador italiano.

³⁶ Cf. Gaio Gradenigo, *Italianos, entre Rosas y Mitre*, Buenos Aires, Ediciones Ediliba 1987, p.10.

³⁷ Giuseppe Garibaldi (1807-1882) Emblemático militar y político italiano, Garibaldi nació en Niza, cuando esta región pertenecía al reino del Piamonte. Su actitud temeraria, sumada a la nobleza de sus actos fueron determinantes para enmarcar su figura como "héroe de dos mundos". Este noble soldado luchó por la liberación y la unificación de Italia y su nombre fue reconocido más allá de las fronteras peninsulares. Tuvo una participación destacada en la revolución de la República Riograndense del Brasil y su nombre es sinónimo de grandeza para el pueblo uruguayo, donde combatió en la Guerra Grande de 1859. Garibaldi muere un 2 de junio de 1882 en la isla de Caprera.

la independencia de Italia, para luego poder garantizar la ansiada unificación del país.

Una vez establecida la incorporación de Garibaldi a filas de "Joven Italia", el marinero de barba rubicunda y rostro risueño –muchos asemejaban su apariencia a la de Cristo– se puso en campaña para poner al servicio de la patria oprimida su vocación guerrera y el coraje y la temeridad que sólo se encuentran en el espíritu combativo de un lobo herido y mancillado ante los ojos impasibles de su "manada".



Foto 2. Reconocido como el "héroe de dos mundos", Garibaldi ostenta la figura emblemática del guerrero aventurero y apasionado que fue capaz de combatir en tierras distintas y lejanas. Su imagen constituye un hito para la migración italiana. Foto: Fratelli Alinari, Florencia 2006.

Pero el Lobo, junto a Mazzini y sus acólitos, ignoraba por completo que los planes trazados para buscar la independencia de Italia sufrirían un revés imprevisto y devastador. Mazzini, entusiasta y alentado por su "joven ejercito", optó por el Piamonte como centro de operaciones. El genovés creía en la buena voluntad del rey Carlos Alberto, quién, una década atrás, había propiciado un fugaz amotinamiento proponiendo la Constitución para Italia. Este antecedente hacía suponer a Mazzini que el monarca comulgaba

todavía con la ideología del partido liberal y por ello era necesario iniciar las acciones en territorio piamontés³⁸.

Las efusivas muestras de apoyo y solidaridad expresadas por algunos miembros del ejército piamontés a la propaganda de "Juventud Italia", contribuyeron decisivamente a insuflar confianza y optimismo en las huestes "*mazzinianas*". Los revolucionarios, henchidos por estas muestras de apoyo, decidieron llevar adelante su programa de operaciones para después exponérselo al rey. Fue por una casualidad del destino –de aquellas a las que el hombre les debe agradecimiento por el resto de sus días– que las tropas de Mazzini descubrieron la traición que se tramaba por parte del rey Carlos Alberto. El plan de independencia se vino a bajo y todos los intentos para salvar a Italia tuvieron que ser abortados.

Por su lado, Garibaldi guiaba con cautela sus pasos desde la marina del reino sardo por orden expresa de los superiores de "Juventud Italia". El Lobo estaba enrolado en la marina como contramaestre a bordo del buque "Almirante De Geneis". Astuto y desconfiado, optó por un disfraz y a bordo se lo empezó a conocer como Cleombroto.

Cuidadosamente agazapado, Garibaldi contemplaba cada ámbito del Arsenal de Génova esperando con prudencia que el resto de la tropa levantada saliera a la calle. La espera fue inútil, eran las seis de la tarde de un 4 de febrero de 1834 cuando su instinto, agudo y certero como todos los de su especie, le confirmaba que su estado era de rebeldía y por lo tanto lo iban a declarar traidor.

El único camino estaba en poner los pies en polvorosa. Pero no como lo hace la presa débil y aturdida por el espanto al verse acorralada y sin salida, él era un líder y por lo tanto debía marcar su territorio para regresar cuando las cosas hubieran mejorado. El viento le trajo el clamor de ayuda desde otros confines, lugares a los que debía llegar a través del océano para poner a resguardo su vida y salvar la de otros. El joven marinero de Niza –tenía 27 años en ese entonces– salió de Génova rumbo a Marsella. Aquí, reposado y más tranquilo, se enteró que el tribunal genovés lo había condenado a la pena de muerte. A estas alturas era impensable regresar a Italia y menos quedarse en Francia, sus pasos debían orientarse lo más lejos de Europa. Lo haría a bordo de un vapor rumbo a Sudamérica.

³⁸ Gaio Gradenigo, op.cit., p.12.

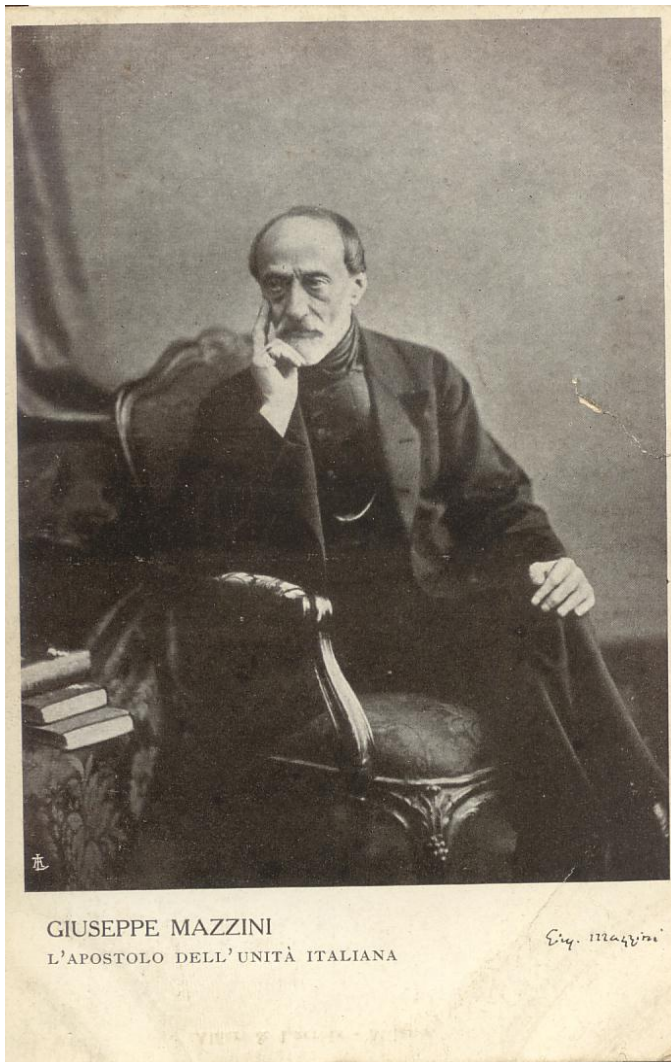


Foto 3. Mazzini está considerado como el padre ideológico de la Unificación de Italia. Para el filósofo y abogado genovés el elemento espiritual era esencial en la consecución de la perfecta y armoniosa unidad del pueblo italiano. Foto: Members. Screenz benny postcards. 2006.

Huellas de Lobo en la ribera del río

Antes de abordar el vapor que lo trasladaría a tierras sudamericanas, Garibaldi contemplaba absorto el vuelo liguero de las gaviotas. Al igual que él, los otros viajeros –la mayoría inmigrantes que iban a buscar fortuna fuera de Europa– se distraían con el barullo que armaban las escandalosas aves cuando eran espantadas súbitamente del muelle por los estibadores. Éstas, molestas por la acción de los hombres, descargaban su ira con un ataque coordinado de deyecciones. Que uno de estos proyectiles diera en el blanco era mas fruto de la casualidad que de la puntería de la gaviota enfadada.

La distracción del marinero italiano duró poco. A tiempo de ingresar al camarote su mente se pobló de preocupaciones principalmente por la incertidumbre que le deparaba su viaje a territorio desconocido.

Ya en el mar, las jornadas se hicieron menos aburridas gracias a la afabilidad con la que se conducía el marinero. La permanencia a bordo del vapor era propicia para entablar conversación con algunos tripulantes italianos y poder, de esta manera, intercambiar ideas políticas. Un buen número de sus paisanos eran exiliados políticos y todos ellos tenían la intención de arribar con premura a las costas de Sudamérica donde se tejían frecuentemente revoluciones. El ambiente convulsionado de las jóvenes naciones americanas era la miel que buscaban los revolucionarios europeos.

Giuseppe Garibaldi, fiel a su temperamento extremadamente inquieto, no podía sustraerse a esta realidad. Ni bien hubo puesto los pies sobre las blancas arenas en las playas de Río de Janeiro, buscó afanoso a los miembros de la "*Congrega*" de Mazzini apostados con anterioridad en la región brasileña. En la primavera de 1836, Garibaldi se enteró –por medio de los adeptos "*mazzinianos*"– de los planes secesionistas que se preparaban en el sur del Imperio que administraba Pedro I.

Cuando el joven marinero llegó al Brasil, esta inmensa nación sudamericana –a diferencia de sus vecinas– optó por mantener la forma de gobierno monárquico. Pedro I, primer emperador brasileño, era el príncipe heredero de la corona lusitana y, por lo tanto, tenía plenos derechos sobre este país. Con seguridad, al Lobo le habrán impresionado las políticas feudales y esclavistas que sometían a una parte importante de la población brasileña. Ésta, a su vez, cansada y aburrida por el constante sojuzgamiento del imperio, decidió iniciar una revolución en la provincia meridional de Río Grande do Sul, que, al ser los "*gaúchos*"³⁹ actores protagónicos de esta asonada, llevaría el nombre de "*farrupilha*", expresión equivalente a "traperío"⁴⁰.

Los *farrupilhos* iniciaron una verdadera revolución proletaria, cuyo objetivo principal estaba centrado en buscar la secesión del sur brasileño para, posteriormente, anexar este territorio a Uruguay y la Argentina formando, de esta manera, un nuevo Estado.

Estos revolucionarios liberales deseaban aprovechar la peculiar coyuntura política que imperaba en el Brasil. La visión humanista de

³⁹ Nombre o distintivo que se emplea para designar a los habitantes del estado de Río Grande do Sul.

⁴⁰ El autor hace una equivalencia del término portugués *farrupilha* con *traperío*. Éste último tiene, para el diccionario de la lengua española, el significado de sitio o lugar donde se compran y venden trapos y objetos usados. Gaio Gradenigo, op.cit., p.15.

estos hombres comulgaba íntegramente con la ideología "*mazziniana*" de los miembros de la "*Congrega*" afincados con anterioridad en la ciudad de Río de Janeiro.

En este punto –previo a la activa participación del Lobo en los acontecimientos sucesivos– es necesario recordar que, tanto Garibaldi como los diferentes exiliados políticos italianos que habían llegado a las costas brasileñas, tenía insertado en la mente los preceptos básicos de la conducta política de Mazzini. El gran filósofo italiano reiteraba puntualmente a sus acólitos que en esta vida cada uno tenía una misión que cumplir y que ésta constituía, para quién militara en su *Congrega*, un deber de luchar por esta idea en cualquier terreno, lugar y frente en el que se encontrara, pues el adversario era siempre el mismo⁴¹.

Inspirados profundamente por estos ideales políticos, Garibaldi y sus compatriotas no dudaron en tomar partido por la causa *farrupilha*.

Así las cosas, los soldados italianos, fieles a los principios de Dios, patria y familia de la Joven Italia, aportaron valerosamente al ejército *gaúcho* buscando la libertad de un pueblo, extraño pero amigo, sometido a las exigencias y caprichos de un gobierno injusto y déspota. Una vez establecidas sus posiciones, las huestes italianas se pusieron bajo las órdenes del grupo liderizado por el caudillo brasileño Bento Gocalvez y por el ideólogo boloñés Tito Livio Zambeccari. Cuando Garibaldi inscribió su nombre en la larga lista de revolucionarios; Gocalvez y Zambeccari se encontraban prisioneros en las celdas imperiales de la fortaleza de Santa Cruz, en las afueras de Río de Janeiro.

Ávido de aventuras y con la imaginación puesta en la futura batalla, el marinero de Niza propuso iniciar los combates en el océano. El objetivo del italiano estaba puesto en atacar por sorpresa las naves imperiales al más puro estilo de los corsarios ingleses. Sabotear el comercio del imperio no era ninguna idea descabellada, al menos así lo pensaba Garibaldi.

Pero todo buen comandante sabe que para entrar en guerra lo mínimo que se necesita son armas y medios de transporte. Despierto y con la mente trabajando a mil por hora, el Lobo colaboró activamente en la compra y posterior armado del barco que llevaría el nombre de "Mazzini". A bordo de este lanchón de 20 toneladas se izó desafiante la bandera del Estado de Río Grande. Entonces, con el ánimo excitado y la embarcación flotando sobre aguas turbulentas, Garibaldi y su tripulación se dispusieron a llevar adelante una empresa naval colmada de sobresaltos inverosímiles y peripecias

⁴¹ Ibid., p.14.

arriesgadas que sólo las páginas de un libro de aventuras pueden guardar.

Así como la manada de lobos acecha sigilosa detrás de la arboleda a un alce desprotegido para después acorralarlo y darle caza, los revolucionarios *farrupilhos*, bajo las órdenes de Garibaldi, observaban con cautela como las aguas del mar mecían displicentes una goleta brasileña. El barco, llamado "Luisa", transportaba a cinco esclavos negros que iban arrimados junto a un cargamento de café. El ataque fue más rápido de lo pensado, la "Luisa" cayó sin prestar resistencia y tanto los esclavos como el cargamento de café pasaron a manos de los corsarios. La goleta confiscada era de mayor tamaño y estaba mejor equipada, por lo tanto, los revolucionarios decidieron cambiar el lanchón por esta nave a la que finalmente rebautizaron con el nombre de "Mazzini".

Con la presa entre los dientes, la tripulación del "Mazzini" retornaba satisfecha al puerto uruguayo de Maldonado, lugar elegido para ser la base de operaciones de la Revolución, donde pondrían en libertad a los esclavos junto al propietario de la "Luisa". Sin embargo, la dicha por la primera captura se vino abajo cuando los *farrupilhos* se enteraron que en el Uruguay mandaba otro gobernante y que éste era enemigo declarado de la Revolución. El general Manuel Oribe había tomado posesión del gobierno –supliendo a Rivera– y era él quién aclamaba una pronta alianza con el imperio brasileño. La primera medida que se tomó fue retirar la patente de corsario que tenía Garibaldi y la tripulación del "Mazzini". El Lobo veía seriamente comprometido el proyecto revolucionario y decidió en el acto enviar a Montevideo a uno de sus hombres de más confianza, el teniente Rossetti, para que éste notificara a los miembros de la *Congrega* sobre los planes adversos de Oribe. En la capital uruguaya Rossetti fue recibido por Giovanni Cúneo y Napoleón Castellini, inmigrantes que representaban a "Joven Italia" y amigos personales de Garibaldi⁴².

Las órdenes para el joven teniente italiano eran explícitas y debían cumplirse al pie de la letra. Rossetti tenía que solicitar ayuda a los agentes de la *Congrega* afincados en el Uruguay y pedir, al mismo tiempo, una nueva base de operaciones para reencauzar la Revolución, puesto que la de Maldonado no prestaba ningún tipo de seguridad. Las parcialidades de Oribe habían tomado el control del puerto oriental y desde ese momento Garibaldi y sus aliados perdieron la patente de corsarios.

Es así que para evitar cualquier tipo de imprevisto o sorpresas desagradables, el Lobo trasladó a su manada hacia el estuario del Río de La Plata. Desde el poblado de Colonia del Sacramento Garibaldi

⁴² Ibid., p.18.

observaba inquieto el horizonte esperando noticias del joven teniente Rossetti.

Por su parte, Cúneo logró fletar en Montevideo una barcaza para transportar víveres y munición hasta las riberas del río. Pero el agente *mazziniano* no contaba con la vigilancia silenciosa y eficaz que le había puesto la policía uruguaya. Los guardias apresaron al italiano y decomisaron todo el cargamento destinado a los insurgentes; con este hecho empeoró aún más la situación de Garibaldi y sus *farrupilhos* que aguardaban ansiosos la ayuda desde Montevideo.

Mientras Cúneo permanecía cautivo y la incertidumbre se apoderaba de cada uno de los revolucionarios, el imperio, por medio de su representante diplomático en el Uruguay, buscaba afanoso la manera de capturar al "pirata" europeo y a sus súbditos revoltosos. Don Manuel de Almeida Vasconcellos, Ministro Representante del Brasil ante el gobierno uruguayo, inició una campaña inlaudicable de sugerencias y presiones para que el gobierno de Oribe ponga fin a las aventuras de Garibaldi. Oribe cedió ante tanta insistencia y finalmente envió dos lanchones equipados para dar caza al Lobo. Las embarcaciones "*oribistas*" encontraron al "Mazzini" en la desembocadura del río y en ese mismo punto se dio inicio a la batalla. Durante el combate un *farrupilho* resultó muerto y el Lobo vio como una bala se le incrustaba a un lado del cuello. Pálido y con el semblante desencajado ante estas circunstancias, el contraamaestre Caniglia logró ocultar la embarcación en las espesas capas de neblina que se forman cuando el invierno cae sobre el Río de La Plata.

Como el timonel no conocía el lugar, puso el barco a la deriva llevándolo involuntariamente hasta el Delta del Paraná. Unos días más tarde el "Mazzini" fue hallado por una embarcación argentina. A bordo de este bergantín se encontraba el gobernador de la provincia de Entre Ríos, Pascual Echagüe y su médico personal, el italiano Ramón Del Arca. Éste último asistió oportunamente al marinero y le extrajo con oficio la bala incrustada en el cuello. Gracias a la pericia del galeno y a la portentosa constitución física del Lobo, la "revolución *farrupilha*" cedía terreno pero no perdía la pisada de sus enemigos.

Por su lado, Pascual Echagüe ordenó remolcar al "Manzini" hasta el puerto de Gualeguay, en Argentina, donde quedó confinado con toda la carga que llevaba, inclusive con algunos de los esclavos negros⁴³.

⁴³ Ibid., p.22.

Al permanecer cautivos en territorio argentino, Garibaldi, y el resto de su tripulación, estaba sometido a las normas y leyes de la justicia de ese país. Por este motivo, el caso del marinero italiano y de sus hombres pasó a ser un asunto federal y de competencia exclusiva de las autoridades de la Confederación Argentina. El gobierno confederado se había declarado neutral ante los hechos bélicos que se venían produciendo en el país vecino, sin embargo, esto no impidió que mantuviera relaciones diplomáticas con el Imperio.

Mientras el gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, buscaba la manera de solucionar el problema de los corsarios carbonarios⁴⁴, el Lobo recorría desesperado de un extremo a otro la celda donde estaba prisionero. Ignoraba por completo lo que estaba sucediendo fuera de la prisión y –cansado de no tener noticias sobre su situación legal– decidió emprender la fuga. Garibaldi conocía muy bien el territorio y contaba con una buena base de castellano, entonces, nada le impedía escapar y buscar ayuda para socorrer al resto de la tripulación del “Mazzini”. En los planes del italiano estaba llegar a Ibicuy para luego abordar una nave que lo trasladará a Río Grande o hasta las costas montevidéanas. Pero las autoridades argentinas ya estaban enteradas de los planes furtivos del marinero y enviaron una tropa para capturarlo. La partida que trajo de vuelta al italiano estaba comandada por el mayor Millán, enemigo acérrimo de la causa unitaria, quién no dudó un segundo en propiciarle una golpiza severa.

Adolorido y con el rostro lívido por la feroz golpiza, el nizado no claudicó en sus planes, consiguiendo así escapar del lúgubre cautiverio. Es muy probable que Garibaldi lograra fugarse con la ayuda del gobernador de Entre Ríos, aunque esto no está plenamente comprobado, lo único cierto es que nadie puede pasar por alto la simpatía que profesaba Echagüe hacia el italiano. Unos días más tarde, el Lobo recobraba su fortaleza física y partía inmediatamente hacia Montevideo, allí retomará el contacto y la protección de Castellini y Cúneo por dos largos meses. Luego, galopando en la grupa de un jamelgo criollo y de pelaje brioso, se internará en territorio brasileño para reinscribir su nombre en las listas de los revolucionarios *farrupilhos*. Durante este tiempo, conocerá en la ciudad de Laguna a una mujer de nombre Anita. Con ella tendrá su primer hijo a quién bautizarán como Menottí en homenaje al prócer liberal italiano⁴⁵.

⁴⁴ Los carbonarios formaban parte del movimiento liberal revolucionario y antinapoleónico europeo que aparece en 1812. Su principal demanda se centraba en la instauración de un régimen constitucional.

⁴⁵ Ciro Menotti es recordado por haber sido condenado a la horca durante la gestación de la revolución liberal contra el Imperio Austriaco. La historia acusa al conde de Módena de traicionar a Menotti mientras se ejecutaban los planes conspirativos en contra de los invasores austriacos.

Garibaldi, a menudo, pensaba en su patria con la añoranza y la nostalgia que sólo el exilio incrusta en el corazón de los hombres. Italia estaba presente en su mente y espíritu, por ello, juzgó oportuno bautizar a su primogénito con el nombre del inmolado revolucionario.

La paternidad era algo nuevo para él y la había experimentado muy lejos de casa, es por esto que, deseoso de organizar una verdadera familia y tener la posibilidad de dar un giro completo a su vida, el Lobo se dio una tregua y cambió las armas por los libros. Por las mañanas trabajaba como corredor en una firma comercial italiana y en las noches enseñaba matemáticas en un instituto privado.

Sin embargo, el destino le tenía deparado otras misiones insospechadas en las entrañas de esas tierras distantes y convulsionadas.

Por ese entonces Buenos Aires y Montevideo se encontraban inmersos en una dura batalla ideológica y política. Rosas, a través del ex presidente uruguayo Oribe⁴⁶, deseaba la pronta anexión de la Banda Oriental⁴⁷ a la Confederación, mientras que Rivera pretendía conseguir la consolidación de un "Gran Estado" logrando la unión de Río Grande do Sul y la Mesopotamia argentina. El gobernador de Buenos Aires contaba con el apoyo decidido y eficaz del almirante irlandés Guillermo Brown, quién comandaba la escuadra confederada.

La Confederación, bajo la batuta de su comandante irlandés, había infligido serios daños a las tropas "*riveristas*" y gran parte de la flota naval montevideana estaba destrozada. Acorraladas, las autoridades orientales solicitaron al ministro uruguayo Vidal que convoque con urgencia a Garibaldi para que éste se haga cargo del barco "Constitución" y colabore así en el frente de batalla.

El gallardo marinero, fiel a su costumbre, no se hizo esperar y prestó la colaboración necesaria. Su figura se irguió desafiante sobre la popa de un barco, esta vez navegaba a bordo del "Constitución". El italiano tenía la orden de arribar hasta Corrientes para reforzar a las huestes de Rivera, para ello, contaba con la ayuda del comandante genovés Giuseppe Murature y del capitán español Arana Uriarte, este último debía encargarse del mando a bordo del bergantín "Pereyra".

La escuadra uruguaya, con Garibaldi a la cabeza, abandonó el puerto de Montevideo rumbo al río Paraná en plena madrugada del 22 de

⁴⁶ A estas alturas de los hechos, Oribe había sido depuesto del poder, cediendo el mando a Rivera.

⁴⁷ Actual territorio del Uruguay.

junio de 1842. Se tenía planeado ingresar al río pasando muy cerca de la isla argentina de Martín García. El Lobo, astuto y dinámico como pocos, había disfrazado hábilmente las dos embarcaciones - "Constitución" y "Pereyra"- para lograr despistar a las tropas de Rosas.

La mayoría de los "*garibaldinos*" tenía puesto el uniforme rojo de los confederados, con esta artimaña los orientales deseaban engañar a sus enemigos. Pero la estratagema duró poco, un disparo imprevisto de cañón soltó la alarma y los argentinos que estaban apostados en el lugar abrieron fuego contra las embarcaciones. En medio de las escaramuzas el italiano, furibundo y con el brazo en alto, dio la orden de izar la bandera uruguaya cruzando a toda máquina el Canal del Diablo. Cuando el "Constitución" se iba alejando de la isla Martín García, tropezó con un banco de arena quedando varado por largas horas. Los marineros, junto a los jóvenes grumetes extranjeros que componían la tripulación del "Constitución" y del "Pereyra", descargaron los 18 cañones que llevaba el barco de Garibaldi sobre la cubierta del Pereyra. Una vez aliviado de su peso y con la marea crecida nuevamente, la embarcación uruguaya emprendió la marcha hacía territorio aliado. Guillermo Brown, anoticiado de la presencia del Lobo en terreno argentino, dispuso de su nave preferida, el "9 de julio", para perseguirlo y darle caza como lo hace el cazador que desea atrapar una presa codiciada. Brown no esperaba tropezar con el mismo banco de arena que horas antes había obstaculizado el tránsito del "Constitución". Tras largos y molestos esfuerzos, el "9 de julio" pudo salir airoso y continuó la persecución sobre el río.

La picardía y la temeridad del italiano tenían en ascuas a Rosas y a su almirante irlandés. El forastero barbado llevaba más de 300 kilómetros recorridos dentro del territorio confederado y no había escollo o barrera que pudiera detenerlo. Rosas temía que este acto desafiante, colmado de osadía y desenfreno, provocará una nueva ola de insurrecciones en el interior de la Argentina. Por ello, en la provincia de Santa Fe se ajustició a un grupo de partidarios unitarios para sentar precedentes y calmar las ansias revolucionarias de algunos pobladores. De todas formas, no había medio o acción que detuviera la avanzada del marinero italiano; los argentinos trataron de obstruir el paso del río, por donde Garibaldi pasaría, instalando media docena de lanchones, lo único que lograron fue dotar de más embarcaciones a la flota oriental.

Las esperanzas de la Confederación estaban puestas en el accionar del "9 de julio" y su almirante irlandés. Los partidarios de Rosas pensaban sacar el mayor provecho del ingenio y temperamento de Brown para así poder terminar de una vez por todas con las andanzas del nizado y sus aliados. De esta forma ingresó en escena la silueta robusta y gibosa de otro lobo viejo y experimentado que

podía fácilmente intimidar al italiano y poner fin a sus ideas independentistas.

Brown persiguió sin descanso al italiano a lo largo y ancho de la ribera del río. El irlandés estaba impresionado por la actitud temeraria y valiente que Garibaldi ofrecía en cada incursión que llevaba a cabo. Mientras empezaba a mesarse los cabellos y la barba al ver lo dificultoso que era atrapar al corsario unitario, éste, fondeando con cautela las aguas ocres del río, había conseguido capturar una embarcación paraguaya llamada "Joven Esteban". El capitán de este carguero decomisado protestó airadamente sin darse cuenta que sus reclamos eran estériles como el berrincho caprichoso de un niño consentido. De esta forma, el "Joven Esteban", junto a la goleta "María Luisa" y el lanchón "Gualeguaychú", pasaba a engrosar la flota de la escuadra oriental. La tropa de Garibaldi se sentía segura y optimista por estas nuevas adquisiciones y, sobretodo, porque al llegar al pueblo de La Paz un grupo numeroso de aliados correntinos saldría a su encuentro con tres embarcaciones cargadas de tropas y un cañón; estos barcos estaban al mando del teniente Villegas⁴⁸.

La dicha parecía inundar el corazón del marinero italiano y de buena parte de la tripulación. Los planes estaban saliendo tal como se los había previsto y nada hacía presagiar que los acontecimientos futuros tendrían un cambio brusco y desolador, pues el día 14 de agosto, cuando la tropa arribaba relajada al paraje de Costa Brava, en el extremo norte de la provincia de Entre Ríos, donde el Paraná se ensancha y sus aguas no dan calado suficiente para que un barco de las dimensiones del "Constitución" pueda navegar, la escuadra uruguaya y su capitán italiano iban a encontrar un obstáculo natural que sellaría su suerte. Muy cerca al lugar de arribo la misión naufragaba junto a los sueños libertarios de Garibaldi.

Brown atacó sin contemplaciones y con todo su armamento a la flota varada; en el fragor de la batalla se perdieron hombres y embarcaciones enteras. El "9 de julio" destrozaba con sus cañones todo lo que tenía al alcance. El Lobo, herido en su orgullo y dignidad, y viendo que el enemigo había logrado una victoria contundente, optó por marcharse con todos los sobrevivientes de la escuadra oriental, sin embargo, a tiempo de abandonar la lucha hizo explotar una de sus naves para persuadir a los confederados. Esta acción no cobró ninguna víctima al bando contrario gracias a la aguda intuición del almirante irlandés.

Como el halcón despliega altivo sus alas victoriosas después de haber eviscerado a la paloma desprevenida, del mismo modo Brown observaba satisfecho como Garibaldi se retiraba abatido en un bote

⁴⁸ Gaio Gradenigo, op.cit., p.42.

lleno de heridos. De pronto, el ímpetu de un joven oficial argentino se hizo sentir cuando le propuso a Brown dar alcance al italiano y eliminarlo de una buena vez, a este impulso dio respuesta el almirante de la Confederación con una confesión inesperada: "Dejenlo ir, Garibaldi es un valiente"⁴⁹.

En 1847, cuando habían transcurrido cinco años de la batalla de Costa Brava, Brown se aproximará hasta Montevideo con la intención única y exclusiva de saludar a Garibaldi. Allí, le reiteró su respeto y admiración y juntos se estrecharon las manos como hombres de honor. Con todo, esta actitud del almirante irlandés hace suponer que el marinero italiano se había ganado la admiración de propios y extraños, ya que sus actos intrépidos y valientes a la hora de defender con gallardía un pabellón que no era el suyo, provocaron respeto y simpatía hasta en las huestes enemigas.

De esta forma, los actos heroicos y abnegados del marinero nizado traspasaron las fronteras y sin mucho esfuerzo inscribieron permanentemente su nombre en la memoria colectiva de dos continentes: América Latina y Europa.

Giuseppe Garibaldi, –coronel para ese entonces– junto a un grupo numeroso de valientes inmigrantes y exiliados italianos, organizó la Legión italiana del Uruguay⁵⁰ para combatir a las fuerzas opresoras de Oribe que deseaban invadir Montevideo en 1843. Durante esta época tendrá la oportunidad de estrechar la mano del joven oficial argentino Bartolomé Mitre, años más tarde presidente de la Argentina, quién quedará gratamente impresionado por el carisma del militar italiano. Garibaldi regresó definitivamente a su patria para ponerse a disposición del rey Carlos Alberto en 1848. Su paso por América del Sur es recordado con veneración y agradecimiento, y por ello no es extraño escuchar, cuando el viento azota la ribera del río, el aullido desafiante del Lobo nizado.

⁴⁹ Ibid., p.47.

⁵⁰ En 1843, la población de Montevideo estaba compuesta por inmigrantes franceses e italianos en su mayoría. Los primeros en organizarse en legiones fueron los franceses, posteriormente lo harían los italianos. Ambas colectividades europeas deseaban retribuir favores a la nación que les hospedaba con la instauración de este tipo de agrupaciones benéficas.

Un pedazo de Italia en el extremo austral de América

El aluvión inmigratorio en la Argentina

En un rincón del puerto de La Boca, donde el óxido y el olvido carcomen lentamente el metal de los vapores desguasados y la pestilencia de las aguas estancadas del río termina por espantar a una gaviota distraída, se encuentra archivada la historia de una colectividad europea que se encargó de esparcir esfuerzo y tesón a todo lo largo y ancho del territorio argentino. Desde este cementerio de embarcaciones transoceánicas se empieza a reconocer el rostro cosmopolita de la ciudad de Buenos Aires y el preponderante apellido italiano de la sociedad argentina. Aquí, las huellas de cientos de miles de inmigrantes italianos se encuentran estampadas en las costumbres y fisonomías de los habitantes porteños, y no existe zona o arrabal bonaerense que no porte la esencia itálica en sus tradiciones.

Para José Sáez Capel⁵¹, es probable que los genoveses hayan sido los primeros italianos asentados en Buenos Aires.

Si nos remontamos a 1810 había 42 genoveses en la ciudad, años después, con motivo de las sangrientas revueltas de 1820 y 1821 ya incorporada Génova al Reino de Cerdeña, se asilaron muchos en las Provincias Unidas del Río de la Plata, más precisamente en la Boca del Riachuelo, por entonces puerto de ultramar, donde constituyeron una población exclusivamente de ligures. Refiere Nícolo Cúneo, que en 1838 cerca de ocho mil poblaban sus costas, tres mil de los cuales se dedicaban a la navegación. En esa época el puerto de Buenos Aires estaba bloqueado por la flota francesa, obligando a los genoveses de la Boca para eludirlo, a ondear en sus mástiles el pabellón de la Casa de Saboya, lo que al Gobernador de Buenos Aires y Representante de las Relaciones Exteriores de la Confederación, D. Juan Manuel de Rosas, le resultaba de gran utilidad.

De esta forma, estos pioneros genoveses convirtieron al actual barrio de La Boca en un pequeño puerto italiano, con sus pintorescas y variopintas casas de madera y chapa multicolores, absorbiendo con sus goletas, tartanes y otros navíos la casi totalidad del comercio internacional argentino, llegando con sus embarcaciones a cubrir diferentes países del mundo.

⁵¹ José Saez Capel, *Los emigrantes y la discriminación en la Argentina*, Barcelona, revista electrónica de geografía y ciencias sociales Scripta Nova 2001, p.3.

Con el transcurso del tiempo, la migración italiana hacia territorio argentino fue creciendo de manera desproporcionada. Entre 1876 y 1976 se dio un desplazamiento humano de magnitudes inverosímiles. Desde los puertos italianos emigraron a América aproximadamente 25 millones de personas, un gran número de estos emigrados se radicó en Argentina. En el periodo de 1871 a 1900 llegaron a las costas rioplatenses 2.700.000 inmigrantes, de los cuales se establecerían definitivamente 1.700.000. De 1900 a 1914 arribarían otros 3.100.000 inmigrantes. Durante esta época se llevó a cabo un Censo Nacional donde se determinó que de 7.900.000 habitantes en la Argentina, el 43 por ciento eran extranjeros, de estos, el 50,1% provenían de Italia, el 20,2% de España, el 9,6% eran franceses y el 3,2% inmigrantes ingleses⁵².

La ley Avellaneda y el impulso a la inmigración

Fue a partir del gobierno del presidente Nicolás Avellaneda⁵³ donde se sancionó la llamada Ley de Colonización y Tierras Públicas; con esta norma se dio paso a la edificación de grandes centros urbanos desde 1886 y al inmediato asentamiento de inmigrantes europeos⁵⁴. Pero los intentos de poblar la Argentina se remontan a 1853, cuando la Constitución de aquel entonces promulgaba en sus artículos la necesidad de una unión federal y, así mismo, invitaba a los extranjeros –preferentemente hombres y mujeres de Europa– a poblar su territorio. El artículo 20 del mentado documento señalaba lo siguiente con relación a los inmigrantes:

Los extranjeros gozan en el territorio de la Nación de todos los derechos civiles del ciudadano. Pueden ejercer su industria, comercio y profesión, poseer bienes raíces, comprarlos y enajenarlos...

En la misma Carta Magna se encuentra el artículo 25, que también tiende a favorecer el asentamiento de inmigrantes europeos en suelo argentino:

El gobierno nacional fomentará la inmigración europea y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias e introducir y enseñar las ciencias y las artes...

Con todo, las autoridades argentinas estuvieron dispuestas, desde un principio, a fomentar el arribo de colectividades europeas para poblar un territorio que ofrecía espacios amplios y propicios para cultivar la

⁵² Ibid., p.5.

⁵³ Nicolas Avellaneda (1874-1880) presidente argentino

⁵⁴ José Saez Capel, op.cit., p.5.

tierra y crear nuevos asentamientos humanos. Seguramente los primeros italianos que decidieron desembarcar en la Argentina habrán quedado asombrados por la inmensidad de las llanuras australes y los campos fértiles que se les extendían en el horizonte.

La Boca del Riachuelo, un puerto genovés

Si hay algo que caracteriza al puerto de La Boca es la esencia genovesa que se manifiesta en sus calles bullangueras de tango y milonga y en la vistosidad de sus chabolas multicolores decoradas ingeniosamente con la pintura excedente de los vapores. En este peculiar extremo de Buenos Aires las dársenas guardan silenciosas, con cierta discreción, el origen genovés de muchas familias argentinas. Y es que en este lugar se dio albergue y protección a la humilde y abnegada mano de obra italiana que, con esfuerzos innumerables y sacrificios constantes, erigió los cimientos necesarios para levantar una verdadera mole urbana como es la actual capital argentina.

Es así como el barrio ribereño de La Boca albergó a un número incalculable de inmigrantes italianos, quienes provenían de diversos lugares de la península, siendo los genoveses los más numerosos y de fácil adaptación en este nuevo escenario geográfico. Por ese entonces, hablamos de finales del siglo XVIII, era común observar a los inmigrantes trabajando junto al puerto en los talleres de reparaciones navales o descargando de sus gabarras la pesca obtenida durante la jornada para poder aprovisionar los principales mercados de la ciudad. Mientras algunos comerciaban con lo que el mar y el río les ofrecían, otros empezaban a recibir ganancias importantes con las primeras curtiembres emplazadas en la vera del riachuelo. No resultaba extraño encontrar a muchos labradores italianos trabajando los campos y produciendo una variedad generosamente surtida de verduras y legumbres.

Las transformaciones no se dejaron esperar, en poco tiempo grandes extensiones de tierra improductiva se convirtieron en parcelas aradas, sembradas y aptas para la cosecha de trigo. Los italianos empezaban a retribuir con sus ganancias el apoyo recibido por parte del pueblo argentino. Y es en estas circunstancias particulares donde se da inicio a la edificación de entidades sociales y deportivas de prestigio y trascendencia internacional.

Entre goletas hundidas y balones perdidos

En el barrio de La Boca no sólo se daba lugar al trabajo forzado y a las jornadas agotadoras, también se hallaba el espacio oportuno para dar rienda suelta al talento y la imaginación deslumbrante de los más

jóvenes, todo con la intención de recrear el ambiente que los rodeaba. Es así que, cansados de escuchar las mismas reprimendas en dialecto genovés de la madre al niño consentido que no paraba de llorar, o de ver hastiados el rostro impasible y agotado del padre cuando regresaba del trabajo al hogar, los jóvenes italianos nacidos en este rincón de Buenos Aires se las ingeniaron para eludir la rutina y encontrar entretenimiento en el cuerpo abombado de una pelota de cuero marrón. La diversión no tenía porque ser exclusivamente inventiva inglesa, ellos demostrarían que el fútbol también era parte de los italianos del Riachuelo y por ello decidieron fundar equipos que, de alborotar una callejuela mal iluminada, se convertirían en alma y pasión del deporte argentino.

Para Italo Garibaldi⁵⁵, los dos equipos de fútbol más importantes de la Argentina, River Plate y Boca Juniors, nacieron de un mismo vientre genovés:

River primero se llamó Rosales en homenaje a una goleta que se había hundido. El club se constituyó el 25 de mayo de 1901, según lo recuerda la placa que se encuentra en el atrio de la iglesia de San Juan Evangelista en La Boca. Luego, un grupo de jóvenes italo argentinos que practicaban fútbol en un baldío de la barraca de carbón Wilson, quiso hacer del equipo una verdadero club de fútbol, y lo llamó Santa Rosa, por el 30 de agosto, día que así lo resolvió. Los dos equipos se unieron y decidieron ponerle un nombre en inglés que tomaron de unos cajones amontonados en un rincón de la cuadra.

Lo cierto es que ambas iniciativas se fundieron en una sola idea para dar paso al popular club River Plate. Con el transcurso de los años la institución "millonaria" mudaría de sede cambiando los potreros humildes de La Boca por los campos vastos y deshabitados de la hoy exclusiva zona de Nuñez.

Pero en la vereda del frente nadie se quedaba pasivo y cruzado de brazos, menos un grupo de cinco jóvenes, todos de origen italiano, que gestaba un proyecto ambicioso para darle mayor emoción y sentido a las jornadas futbolísticas del barrio. El 5 de abril de 1905, cuatro años más tarde que su eterno rival, Alfredo Scarpatti, Santiago Pedro Sana, Esteban Baglietto y Teodoro y Juan Antonio Farenga fundaban el club Boca Juniors, equipo que desde sus inicios tuvo apellido y cuna genovesa y a partir de ese momento, tanto en la gloria como en la derrota, se lo denominó "*xeniexe*", es decir, los nacidos en Génova.

⁵⁵ Italo Garibaldi, *Los genoveses en Buenos Aires: la fe y el trabajo*, Buenos Aires, Talleres Publimpres, 1983.s/p

Como estas, son muchas las instituciones deportivas y sociales de renombre y trascendencia internacional que la extensa colonia italiana fundó en suelo argentino. El aporte de la migración se encuentra presente en la memoria colectiva de este país sudamericano y son numerosos los actos benefactores donde se halla la mano solidaria de los inmigrantes italianos.

La fiebre amarilla y el Hospital Italiano

No fue sencillo habituarse al cambio, arribar a un país donde la lengua era distinta y las costumbres ajenas, resultaba difícil y desalentador, sin embargo la mayoritaria presencia de los *connazionali* en las principales ciudades argentinas hacía menos fatídica la vida de muchos inmigrantes. Las extensas colas en las afueras del Hotel del Inmigrante –hoy la Estación de Trenes de Retiro– causaban zozobra e incertidumbre a todos los hombres y mujeres que pisaban por vez primera la Argentina. Adaptarse a una vida nueva fue complicado, pero con el transcurso de los días se pudo superar los distintos inconvenientes que se presentaban. Además, la migración italiana contaba con el apoyo interesado de las autoridades argentinas, quienes deseaban presurosas el desembarque masivo de los europeos para así poder poblar regiones enteras. Faustino José Sarmiento, presidente por ese entonces, vio con buenos ojos la llegada de los italianos al Río de La Plata, él pretendía atraer con sus políticas migratorias la mayor cantidad de inmigrantes, sobretodo labradores, para mejorar la producción agrícola de los campos y lograr un incremento demográfico importante que tanto bien le haría a esta nación despoblada. Cuando Sarmiento asumió como presidente, el número de italianos en las principales urbes argentinas era considerable. Esto dio pie para pensar en la posible nacionalización de los europeos y brindarles, de esta manera, mayores beneficios en su “nueva patria”. Pero Sarmiento, infatuado con todo lo relacionado a lo francés y norteamericano, descartó esta medida y tiró por la ventana la carta de ciudadanía argentina para los italianos. El presidente, uno de los mayores artífices de la migración italiana en la Argentina, fue presa fácil de las ambivalencias, ya que pensaba que al incluir políticamente a los italianos como ciudadanos argentinos el país perdería prestigio a nivel internacional. Las voces de protesta no tardaron en hacerse escuchar y los reclamos airados no cesaron por un buen tiempo, al final no se logró persuadir a Sarmiento quedando de esta manera los italianos al margen de este beneficio.

Pero la vida se encarga de cobrar todas las cuentas pendientes y fue más temprano que tarde cuando las autoridades argentinas tuvieron que agradecer la ayuda abnegada y solidaria de la colonia italiana. En 1870 los habitantes de Buenos Aires vieron angustiados y sorprendidos como la fiebre amarilla hacía su ingreso en la ciudad y

empezaba despiadadamente a flagelar a la población capitalina con sus brazos purulentos e infecciosos. Faustino Sarmiento, anoticiado de la llegada del inesperado y despreciable huésped, decidió buscar protección para su persona fuera de la ciudad, internándose en el campo lo más lejos posible de Buenos Aires. La vida política y social de los argentinos quedó totalmente paralizada ante este flagelo mientras un buen número de personas perdía la vida ante la mirada impotente de las autoridades sanitarias. En medio de los lamentos y la agonía de la gente se levantó erguido el brazo de los italianos para socorrer a los habitantes bonaerenses y prestarles el auxilio correspondiente. El Hospital Italiano, aquel que fuera donado a la Argentina por el rey Víctor Manuel II en 1853, abrió sus puertas a todos los enfermos que requerían atención médica inmediata. Indistintamente se atendía a personas de procedencia diversa, sin importar sus ingresos ni la clase social a la que pertenecía, menos la ciudadanía que portaba. Los italianos, una vez más, se granjearon la simpatía de todo un país con este acto humanitario colmado de solidaridad. Sin embargo, un hecho peculiar llamó la atención de la ciudadanía entera, la gran mayoría de los hogares italianos salieron bien librados del acoso de la fiebre amarilla, registrándose pocas bajas en esta colectividad. Gradenigo⁵⁶ recurre a las palabras de Bartolomé Mitre para explicar esta situación:

Pues ustedes pueden ver que las casas de los italianos, por humildes que sean, son limpias, aseadas y ellos mismos y sus familias se presentan todos los días al trabajo perfectamente aseados, con ropa lavada y, aun modestamente vestidos, nunca se los ve andrajosos.

Mitre publicó este texto en la prensa para dar a conocer los valores morales y las virtudes internas que exponían los emigrados. El futuro presidente argentino iba conociendo de a poco los rasgos esenciales del pueblo italiano a quién, a lo largo de su existencia, terminó entregando su admiración y respeto.

El toque italiano en las artes argentinas

La presencia de la migración italiana en el país más austral de América del Sur es tan grande e importante que no se encuentra pueblo, ciudad o provincia que escape a su influencia. Las artes y la arquitectura no son la excepción a este fenómeno, ya que miles de obreros genoveses, sardos, piemonteses y napolitanos levantaron los cimientos de las grandes urbes argentinas. Por su parte, también se tiene registrada la labor de escultores, pintores, arquitectos e ingenieros que llegaron hasta esa parte del mundo con la intención de aportar técnicas y conocimientos innovadores. Por ello, es

⁵⁶ Gaio Gradenigo, op.cit., p.298.

necesario hacer una mención sucinta de la contribución italiana en la arquitectura y las demás artes argentinas desde finales del siglo XVIII.

Con apellido italiano

Al principio no resultaba difícil dar con el paradero de los genoveses en los puertos argentinos. Estos se organizaban en grupos numerosos y herméticos ya que, incluso lejos de su pueblo natal, seguían comunicándose en dialecto y trataban, en lo posible, de relacionarse con personas provenientes de Génova. A menudo, cuando estos se reunían después de sus jornadas laborales, sus risotadas desmedidas y las exclamaciones de júbilo que emergían desde sus gargantas cavernosas producían alarma en los moradores de la vecindad. Hasta un viejo gato gris, malevo como ninguno en las noches serenas, maullaba desesperado ya que el barullo de los europeos espantaba el andar sigiloso y desconfiado de su presa, la rata bodeguera. Más allá de la incomoda situación de inmigrante y de las extenuantes jornadas de trabajo, los genoveses siempre hallaban pretexto para ponerle buena cara al mal tiempo. Marineros, estibadores, grumetes y comerciantes solían reunirse en grupos compactos para recordar con nostalgia los tiempos idos en su lejana Italia.

Para Hebe Clemente⁵⁷, la historia de muchas familias argentinas de renombre tiene su origen en el Riachuelo de La Boca. Incluyendo al propio presidente Manuel Belgrano⁵⁸.

Ese enjambre de embarcaciones fueron genovesas y sardas en enorme mayoría desde fines del siglo XVIII, y de esos marinantes surgieron familias que decorosamente aparecen entre las destacadas de la ciudad de Buenos Aires, verdadero ombligo del área de la Cuenca, por destino geográfico y por dinámica propia y específica. El padre de Manuel Belgrano es uno de estos comerciantes genoveses, y a su hijo se debe la creación del Consulado que propone al Rey de España, y que propició la libertad de comercio que despertó el pulso del área, y su primo, Juan José Castelli, patriota de la Primera Junta, es hijo de un médico y farmacéutico también italiano.

Por esa misma época, muchos genoveses, sardos y venecianos empezaban a instalar un verdadero monopolio en el comercio marítimo. Las aguas de los ríos y del estuario argentino eran trajinadas de día y de noche por estos mercaderes que se

⁵⁷ Cf. Hebe Clemente, *Artistas italianos en la Argentina*, Buenos Aires, Fundación PROA 1998, p.1.

⁵⁸ Manuel Belgrano. (1770-1820) Prócer argentino que participó valerosamente en la guerra de la Independencia de su país y a él se debe la creación de la bandera argentina.

encargaban de negociar el precio de las carnes y del cuero por encima de cualquier otro producto. Es por esta razón que los puertos de La Boca y San Fernando fueron escenarios propicios para el comercio de cabotaje.

Proyectando obras de gran alcance

Desde que los inmigrantes pusieron los pies sobre territorio argentino, la historia de este país latinoamericano cambió por completo. Las industrias empezaron a crecer y las urbes mudaron de forma hasta transformarse en verdaderas metrópolis. Las autoridades argentinas, convencidas de que los europeos del mediterráneo venían a ponerse la carga sobre los hombros, abrieron amistosas sus brazos para entregar proyectos de gran alcance a muchos profesionales italianos. Uno de ellos fue el ingeniero saboyardo Carlo Enrico Pellegrini. Éste italiano tuvo la oportunidad de exponer su talento y lucidez al edificar obras significativas como el Puente del Riachuelo y el trazado del puerto de La Boca. Sin embargo, su apellido quedará estampado en la memoria colectiva por ser el progenitor de uno de los presidentes argentinos de mayor trayectoria política, Carlos Pellegrini.

Más adelante llegará el constructor Nicolás Descalzi para abrir la vía de comunicación con Bolivia, a través de los ríos Bermejo, Paraguay y Paraná. Descalzi es recordado por su espíritu aventurero y emprendedor, el cual lo llevó a recorrer pueblos agrestes y trazar planos catastrales. Así mismo, es necesario recordar el aporte imperecedero de Pompeyo Moneta, profesional que se hizo cargo del Departamento Nacional de Ingeniería. Moneta fue uno de los pioneros en la construcción de los primeros ferrocarriles argentinos.

En 1881 llega a la Argentina Francesco Tamburini, italiano contratado por el gobierno para dirigir el Departamento de Arquitectura de la Nación. Tamburini se hizo cargo de las reformas del edificio de la Casa Rosada y de la construcción del antiguo Hospital Militar Central. Su mano laboriosa también se halla presente en la edificación de la escuela de profesores, el Arsenal de Guerra y el Teatro Colón. Este último edificio sería terminado por el arquitecto piemontés Víctor Meano, quien tuvo la posibilidad de levantar el palacio del Congreso Nacional, trabajo que obtiene gracias a su ingenio y capacidad.

Explorando en el fin del mundo

A Santiago Bove no le bastó con migrar hacia América dejando atrás los recuerdos más entrañables de su niñez y adolescencia. Él quería romper horizontes y llegar lo más lejos posible. Así, convencido y seguro de sí mismo, se propuso recorrer de cabo a rabo la Argentina y pasó gran parte de su vida viajando por los lugares más inhóspitos

del país, viendo, a su paso, imágenes de paisajes, hombres y animales que hasta ese momento sólo había encontrado en las páginas de un libro de aventuras.

Entonces, ávido de emociones, Santiago organizó una expedición con destino a los mares y tierras antárticas de Cabo de Hornos. Los gastos de esta nueva odisea estarían cubiertos con los recursos del gobierno argentino. Además, Bove iría acompañado por destacados profesionales italianos, como el botánico Carlos Spegazzini, el geólogo Domingo Lovisato, el zoólogo Juan Roncagli y Pablo de Gerardis, periodista y corresponsal de algunos diarios italianos. La intrépida expedición exploró el Canal de Beagle, el Estrecho de Magallanes, los canales fueguinos y finalmente se detendría en Río Gallegos. Bove estuvo de vuelta en Buenos Aires en 1882 para luego salir entusiasta hacia su patria. Se desconocen los criterios vertidos por este italiano cuando estuvo de vuelta en su país, pero es de imaginarse que habían sido halagüeños, ya que la Sociedad Geográfica de Roma lo envió, al año siguiente, a explorar Misiones y Alto Paraná para regresar nuevamente a Tierra del Fuego. En esta oportunidad, Bove dejó testimonio de sus viajes en un libro que relata las costumbres de los hombres americanos que habitaban estos parajes y de las actividades que emprendían los inmigrantes italianos asentados en esas tierras lejanas. De esta manera, Santiago Bove es recordado por su valentía y atrevimiento a la hora de organizar sus expediciones pero, sobretodo, por haber seducido con el asombro de sus narraciones a Edmundo D´Amicis, escritor italiano de renombre internacional que encontró en los escritos de Bove el pretexto ideal para visitar la Argentina y conocer de cerca la realidad y el contexto en que se desenvolvían sus paisanos emigrados.

Un pequeño genovés en la pampa

No fue sino hasta 1885 cuando la gente en Italia empezó a sentir curiosidad por la suerte de los emigrados en el exterior. A menudo, las noticias de los inmigrantes italianos en la Argentina eran escasas y con frecuencia se extraviaban en el océano antes de llegar a suelo italiano. Era común que muchos hombres y mujeres emigrados hace algún tiempo perdieran toda clase de contacto con sus familiares y amigos. Pero la aparición súbita de un libro de cubierta sencilla hizo que el público italiano se interesara por saber más sobre la Argentina, país que por ese entonces había recibido la mayor cantidad de inmigrantes. *Corazón*, novela escrita por Edmundo D´Amicis, narra con fidelidad los aspectos más sobresalientes de la sociedad italiana de aquella época y promueve, a través de las

experiencias de vida de sus personajes, un grupo de escolares, la unidad del pueblo en su conjunto y el respeto a los valores morales que en él gobiernan. Pero es la historia de un pequeño niño genovés la que sobresale ante todas. Marco, un muchacho de trece años, decide cruzar el océano solo y con la firme intención de buscar a su madre para traerla de vuelta a casa. La madre de Marco, movida por las angustias y desesperantes circunstancias, tiene que migrar unos años antes hacia la Argentina para buscar empleo y lograr, de esa manera, conseguir dinero para después enviarlo a Génova. El niño no aguanta más la incertidumbre de no tener noticias de ella y confiado en recuperar a su ser querido se embarca en un vapor rumbo a Buenos Aires. Al llegar, Marco deberá sortear un sin fin de obstáculos para finalmente encontrar a su madre en un pueblo remoto de la pampa argentina. Esta historia, narrada en uno de los cuentos de la novela –“De los Apeninos a los Andes”–, muestra con exactitud los avatares y las desventuras que padecían los inmigrantes italianos cuando realizaban sus agotadores viajes transoceánicos.

Sin duda, D´Amicis tuvo que llevar a cabo una serie de empresas importantes para darle mayor naturalidad a su novela. Los viajes y las entrevistas fueron decisivos para que el piemontés inicie su proyecto literario. Es por ello que aceptó gustoso la invitación del conocido escritor argentino Lucio Vicente López para visitar la Argentina y poder, de esta manera, recoger los diversos testimonios de los inmigrantes que iba encontrando en su camino⁵⁹.

Edmundo D´Amicis llegó a Buenos Aires el 1 de abril de 1884 y su arribo produjo interés y entusiasmo no sólo a los miembros de la colectividad italiana, también a gran parte de la población de este país sudamericano. Fue declarado huésped ilustre por las autoridades bonaerenses. Durante su estadía en territorio argentino, D´Amicis dio una serie de conferencias sobre la realidad política italiana de esos años. El pragmatismo del italiano, unido a su carisma y elocuencia, hizo que en los distintos escenarios donde se presentaba –entre ellos el famoso Teatro Colón– reventaran colmados de espectadores. Nadie quería perderse las conferencias del piemontés, y de éstas, las más aplaudidas fueron las que trataron sobre el accionar político de Mazzini y la vida del rey Víctor Manuel II. Autoridades de gobierno, intelectuales, maestros y estudiantes, junto a personalidades de las letras y demás artes se dieron un verdadero festín literario con cada una de las disertaciones del italiano.

Una vez habituado a la zalamería burguesa y a las constantes y exageradas muestras de aprecio y afecto del pueblo culto, D´Amicis decide llevar a cabo sus planes. No había recorrido miles de

⁵⁹ Gaio Gradenigo, op.cit., p.306.

kilómetros sobre un vapor durmiendo encima una litera que muchas veces le resultaba incomoda para recibir aclamaciones y vítores cada vez que abría la boca; el motivo principal de su viaje estaba puesto, desde un comienzo, en conocer la realidad que vivían sus compatriotas emigrados. El 3 de mayo, el escritor abordará un barco para trasladarse a Rosario y desde allí continuará el trayecto en una carroza para luego llegar hasta San Carlos. Durante el recorrido, el autor de *Corazón* verá como cientos de italianos junto a sus familias se le aproximan curiosos pero con el espíritu resplandeciente de vigor y entusiasmo para extraerle de forma descontrolada cualquier noticia de la lejana Italia. "Yo era, para ellos, la patria, que llegaba hasta allí para abrazarlos" dirá emocionado el letrado del Piamonte.

Enternecido y todavía con los ojos acuosos por la emoción recibida, el novelista pensará por un instante que se encuentra conversando en alguna plaza de su tierra, allá en Biella o Casale Monferrato. Por donde dirija la mirada observará banderas tricolores y personas vestidas con la indumentaria típica del norte italiano. Antes de despedirse de sus paisanos, él mirará el paisaje por última vez para retenerlo en su mente y así, más tarde en su escritorio, poder trasladarlo a una hoja de papel.

Después de haber revisado someramente algunos rasgos de la migración italiana en la Argentina, se puede afirmar que este país sudamericano renovó y potenció sus estructuras comerciales, políticas y sociales gracias al trascendental aporte de los inmigrantes italianos. No en vano el mítico escritor Jorge Luis Borges dirá, al contemplar los rasgos de los viandantes de su querida y entrañable Buenos Aires, "Los argentinos son italianos que hablan español".

4

Antecedentes: Un lugar llamado Bolivia

El arribo de los inmigrantes europeos.

Si hay algo que caracteriza a Bolivia, sobre otras naciones sudamericanas, es su vigorosa esencia "amerindia". Este país mediterráneo de climas extremos y topografía accidentada alberga en la diversidad de sus tierras a 8.274.325 millones de personas⁶⁰, de las cuales, 60% son indígenas⁶¹ pertenecientes a los 36 grupos étnicos que habitan los llanos, el altiplano y los valles de esta nación incrustada en el corazón de Sudamérica. Aymaras y quechuas constituyen la mayoría de sus habitantes y su presencia se halla dispersa casi en todo el territorio nacional. Sin embargo, Bolivia no escapó al influjo europeo que llegó, en primera instancia, bajo las capas y corazas de los primeros conquistadores españoles para, posteriormente, instalarse con el arribo de religiosos, expedicionarios, científicos y hombres de aventura que provenían de diversas zonas de Europa.

Pero es a finales del siglo XIX cuando algunos inmigrantes alemanes, eslavos, españoles, italianos e ingleses (estos últimos en menor medida) deciden incursionar en territorio boliviano atraídos, sobretodo, por la gran actividad minera. La riqueza mineral que guardaba en sus entrañas esta nación desconocida despertó la curiosidad de aquellos que llegaban a este continente con la intención de mejorar su calidad de vida.

Ya en los albores del siglo XX, la inmigración de ciudadanos europeos a estas latitudes cobrará más fuerza con la irrupción violenta de las dos grandes guerras mundiales. Familias enteras deberán desplazarse a lo largo y ancho de América buscando refugio y bienestar para cada uno de sus miembros. En este periodo, Bolivia acogerá a muchos refugiados judíos que escapaban del intolerante régimen nazi. En 1940 el Congreso Nacional boliviano emitía un informe dando a conocer el número de refugiados europeos. Según

⁶⁰Según datos del INE (Instituto Nacional de Estadística), Bolivia, 2001.

⁶¹ En página Web: <http://www.notas de prensa.com.es/tag/bolivia>. 21 de febrero de 2007

los datos que manejaba esta institución, en enero de 1938 ingresaron alrededor de 13. 253 inmigrantes semitas a territorio nacional⁶².

Por ese entonces, Bolivia se encontraba entre los pocos países que expedía visa para grupos familiares de origen judío. Sin embargo, los inmigrantes semitas, una vez que el conflicto bélico internacional llegara a su fin, decidieron abandonar su refugio temporal para encontrar residencia en los países limítrofes o cruzar nuevamente el océano con la idea de organizar sus hogares en la recién establecida nación de Israel. Apenas una tercera parte de estos refugiados fijaría residencia en este país sudamericano. Paradójicamente, junto a los judíos llegaron sus perseguidores, los nazis. Nicolaus Altmann o "Klaus Barbie", más conocido como el "Carnicero de Lyon", estuvo también en Bolivia y cuentan, los que lo conocieron, que tenía una conversación exquisita y amena –nada, en su proceder y en la forma de conducirse ante los demás hacia suponer su pasado nefasto– cada vez que se sentaba en alguna mesa del céntrico café del Club de La Paz. Así mismo, algunos oficiales nazis, hombres que esquivaron el Juicio de Nuremberg, llegaron al oriente del país para internarse en los caseríos de la selva boliviana.

Pero la inmigración europea en Bolivia va más allá de episodios casuales y minúsculos. Se remonta a distintas épocas y su legado filantrópico parece consolidarse más a medida que transcurren los años. Por ejemplo, a nadie le es ajena e indiferente la valiosa participación del irlandés Tomás O'Connor D'arlach o del germano Otto Felipe Brauwn, valerosos militares que llegaron para asesorar y combatir a lado del Mariscal Andrés de Santa Cruz, cuando las buenas intenciones primaban en Bolivia ante cualquier sentimiento egoísta y funesto para los intereses del país. Tampoco queda rezagada la misión científica y expedicionaria de los alemanes Ulrico Schmidl Tadeo Haenke, Otto Ruck y Arturo Posnansky⁶³, cuya labor trascendió por la grandeza de sus obras y emprendimientos de carácter social y cultural.

Como se observa, Bolivia no estuvo exenta de recibir la visita de la inmigración europea. Algunos inmigrantes decidieron fijar su residencia en esta noble tierra mientras que otros sólo buscaron protección y refugio temporal hasta que las tempestades políticas y sociales de Europa se disiparan por completo.

⁶² Cf. Guillermo Wiener, *La década olvidada de Bolivia (Los años 40)*, La Paz, CIMA 2005, p.12.

⁶³ Cf. Alberto Crespo, *Alemanes en Bolivia*, Cochabamba, Los Amigos del Libro 1978, p.15 sq.

La llegada de los primeros paisanos y la organización de la colonia

Es difícil precisar con exactitud la fecha o el año en que el primer italiano hizo su ingreso a territorio boliviano. Como en otras colonias europeas, los italianos que arribaron a Bolivia, después de la conquista española, eran hombres que se dedicaban a la exploración de las tierras recién descubiertas o religiosos que llegaban con la Biblia bajo la sotana dispuestos a propagar la fe católica en las distintas comunidades de indígenas. Estos hombres, que más que inmigrantes eran misioneros o expedicionarios, dejaron pocos testimonios de su estadía en Bolivia. Tal vez uno de los más importantes sea el legado cultural del sacerdote jesuita Doménico Zipoli⁶⁴ en las misiones jesuíticas de la región de Chiquitos, allá por el siglo XVIII. Zipoli, junto al religioso suizo Martín Schmid, compuso y adecuó posteriormente música del barroco europeo que fue magistralmente emulada por los indígenas chiquitanos. El sacerdote italiano tuvo la oportunidad de enseñar las melodías barrocas a los distintos jóvenes y adultos, logrando, de esta forma, que estos consigan componer sus propias partituras musicales y se organicen armoniosamente en coros de canto comunitario.

Así como Zipoli logró inculcar la pasión por la música barroca en esta remotísima comunidad indígena del oriente boliviano, otros religiosos italianos se destacarían en diversos campos del arte y la construcción a lo largo de los años. Ya en 1800, llegará a la ciudad de La Paz Santiago Righeti Giani proveniente de la región de San Lázaro de Breno, obispado de Como. Righeti, ingeniero y arquitecto, vino a Bolivia con la misión de construir caminos rurales y brindar asesoramiento en el terreno militar y político. Según Nicanor Aranzáes⁶⁵, el italiano tuvo a su cargo la dirección de la Fortaleza del Desaguadero en 1822 y también participó en la ejecución de la Fortaleza de Socabaya en 1835, esta última cuando ya estaba instituida la República. Righeti fue capitán de caballería de los reales ejércitos y culminó su carrera política y militar ocupando el cargo de Alcalde Depositario de la Real Aduana de La Paz. Como constructor se le adjudica la apertura del camino carretero a Coroico en el norte del departamento paceño. Santiago Righeti Giani contrajo nupcias con María Josefa Vázquez en 1805, de ese enlace matrimonial nacería una hija a la que llamaron María Josefa Gabriela. Este militar, ingeniero y arquitecto italiano murió en 1847.

Como se puede observar, la presencia de inmigrantes italianos en Bolivia a inicios del siglo XIX fue prácticamente escasa. La historia

⁶⁴ Embajada de Bolivia en Colombia, *Bolivia, misiones jesuíticas de Chiquitos*. Bogotá, Convenio Andrés Bello 2000, p. 6.

⁶⁵ Cf. Nicanor Aranzáes, *Diccionario histórico biográfico de La Paz*, La Paz Casa Editora La Prensa 1915, pp. 645-646.

aislada de Santiago Righeti, o de otro italiano radicado durante este periodo de tiempo en suelo boliviano, simplemente confirma el poco conocimiento que tenían los europeos sobre la existencia de Bolivia. Además, durante esos años, la migración italiana estaba orientada a establecerse en los países del centro y norte europeo. Por lo tanto, eran reducidos los grupos de inmigrantes que se aventuraban a desembarcar en los puertos sudamericanos.

Es a partir de 1880 cuando se empieza a registrar un número mayor de súbditos italianos en las principales regiones de Bolivia. El incipiente crecimiento territorial y demográfico de las urbes en el occidente del país fue un factor importante para atraer la atención de mercaderes, constructores y profesionales italianos. Estos, en la mayoría de las veces, se encontraban trabajando en países limítrofes (Argentina, Chile o Perú) y sólo se enteraban de la existencia de Bolivia gracias a la proximidad territorial del país en que residían o por las referencias de algún familiar o amigo que había visitado las tierras altas bolivianas. A decir de Guarnieri Caló Carducci⁶⁶, el número de inmigrantes italianos en Bolivia nunca fue considerable, y las razones de esta escasa presencia pueden ser halladas desde la condición mediterránea de esta nación –Bolivia perdió el acceso soberano al mar durante el desafortunado conflicto bélico contra Chile (Guerra del Pacífico, 1879-1883)– pasando por la carencia de una buena infraestructura caminera que articule las vías de las principales ciudades del país, hasta las condiciones climáticas y geográficas poco hospitalarias de la Sede de Gobierno. La ciudad de La Paz surge a más de tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, esta condición natural fue determinante para que muchos inmigrantes desistan en su intento por arribar a la sede altiplánica.

Sin lugar a dudas, la confrontación bélica del Pacífico constituye uno de los episodios más oscuros y nefastos para la historia boliviana. Allí no sólo se perdió el acceso soberano al mar, también se extraviaron las posibilidades de generar recursos con el arribo de la mano de obra italiana.

El país, en 1879, en vísperas de la desastrosa guerra contra Chile, parecía ofrecer buenas perspectivas a quién estuviera interesado en emigrar e invertir capital. Pero el conflicto se encargó de interrumpir esta afluencia de capital extranjero⁶⁷.

Las dificultades para los inmigrantes se encontraban no sólo en las particularidades de la geografía nacional, también los incesantes

⁶⁶ Guarnieri Caló Carducci, *Dizionario storico-biografico degli italiani in Ecuador e in Bolivia*, Bologna, Ed Il Molino 2001, p. 227.

⁶⁷ *Ibid.*, p.228.

disturbios políticos y sociales jugaban un rol importante para que los italianos opten por buscar otro destino fuera de Bolivia.

Dadas las condiciones políticas a menudo inestables del país, algunos italianos fueron víctimas de los eventos tumultuosos que se presentaban con relativa frecuencia. Por ejemplo, Agostino Vignolo, comerciante de La Paz, vio como su negocio era incendiado por unos malentretidos, para su fortuna, obtuvo un resarcimiento del gobierno de turno⁶⁸.

En 1884, el cónsul italiano en La Paz, Roberto Magliano, dará a conocer una lista de las principales casas comerciales italianas que operaban en el país. En este documento se comunicaba a la opinión pública que en Bolivia estaban registrados trescientos ciudadanos italianos como residentes. Estos son los nombres de algunos comerciantes censados:

Raffaele Bertini, dueño de dos farmacias y una droguería; Giovanni Torti, negociante en comestibles y tejidos; Agostino Vignolo, comerciante de tejidos; Doménico Lorini, propietario de una farmacia y dueño de un laboratorio para el análisis de los metales. En esta misma lista también se hace un registro de los comerciantes Pasquale Cesarino, Doménico Linale, Guglielmo Mazzolini, Giuseppe Arata y los hermanos Paronzini. A parte de estos empresarios y comerciantes, la colonia italiana estaba compuesta por ciento cincuenta frailes franciscanos y treinta y seis religiosas de la orden de las hijas de Santa Clara. La situación general de esta colectividad pequeña era buena. Al menos ninguno de los italianos residentes en Bolivia se encontraba en situación de miseria, mas al contrario, muchos empezaron a acumular un patrimonio importante con el transcurso de los años⁶⁹.

Por otro lado, Magliano veía en los campos extensos y despoblados de esta joven república sudamericana un lugar por demás propicio para acomodar a los inmigrantes italianos. El funcionario pensaba que tanto Bolivia como los inmigrantes se verían mutuamente beneficiados con la colonización de tierras. Los italianos tendrían un lugar donde vivir tranquilos y los bolivianos podría verse favorecidos con el ingenio y la laboriosidad de los europeos. El cónsul afirmaba que las tierras fértiles de los valles cochabambinos podrían germinar racimos de uva aptos para la elaboración de buen vino. Esta idea, como las otras que iremos desglosando posteriormente, quedó simplemente en teoría, nunca se la pudo llevar a la práctica.

⁶⁸ Ibid., p.229.

⁶⁹ Ibid., p.228.

Mientras tanto, la colonia italiana iba creciendo acorde al número de inmigrantes que se establecía en suelo boliviano. De esta manera, pequeña pero ya organizada, la colectividad será testigo de la creación del consulado italiano en 1885. Las oficinas de esta entidad se instalaron en la ciudad de La Paz, por ser la sede del gobierno boliviano y fue nombrado como cónsul Raffaele Bertini. Más adelante desempeñaron ese cargo diplomático otros ciudadanos italianos residentes en el país, como Emilio Di Tomasi y Luigi Torti⁷⁰.

Y será este mismo consulado el que en 1889 arroje un nuevo censo de la población italiana residente en Bolivia. Los nuevos datos señalaban que en la Sede de Gobierno vivían cuarenta italianos, veinte tenían como residencia Oruro; veintinueve se habían establecido en Cochabamba; en Sucre se encontraban treinta y uno; cuarenta y cuatro prefirieron poblar las cálidas tierras de Santa Cruz, treinta y ocho personas buscaron refugio en Tarija y dieciséis tenían como domicilio Potosí. A todo esto se debe añadir el centenar y medio de italianos que se hallaba disperso por otras localidades bolivianas, haciendo un total de trescientas cincuenta personas. De estos, un número considerable se dedicaba a las actividades comerciales⁷¹.

Pero la idea de atraer más inmigrantes para poblar los vastos suelos bolivianos seguía merodeando por la cabeza de algunos funcionarios italianos. El cónsul Bertini, al igual que su antecesor Magliano, pensaba que era inaudito dejar pasar más tiempo sin consolidar una verdadera política migratoria y comercial entre Bolivia e Italia. Bertini estaba totalmente convencido de que los inmigrantes que arribasen hasta esta parte de Sudamérica deberían tener un perfil profesional. El arribo masivo de obreros italianos –como sucedía en Estados Unidos y Argentina– no habría encontrado espacios laborales suficientes para ejercer sus actividades. Los centros urbanos bolivianos eran construidos con la mano de obra indígena, y para los inmigrantes hubiese sido prácticamente imposible competir contra las cantidades ingentes de albañiles bolivianos. Lo que Bolivia necesitaba, según Bertini, eran profesionales y técnicos italianos que se dedicasen a asesorar en el campo de la minería, la construcción y la agricultura. Para el cónsul italiano las minas de oro, estaño, zinc y plata deberían ser trabajadas por geólogos especialistas, mientras que ingenieros calificados se encargarían de mejorar las vías de comunicación con la construcción de caminos, puentes y ferrocarriles.

Finalmente, en 1901 se realiza otro censo de las casas comerciales italianas donde figuran los siguientes ciudadanos italianos:

⁷⁰ Cf. Dante Sabbioni, *El censo comercial e industrial de la colonia italiana en América*, Ed Río de La Plata 1928, p. 1054.

⁷¹ Guarnieri Caló Carducci, op.cit., p.229.

En La Paz: Pasquale Cesarino, mercaderías varias; Vincenzo Castagnola, mercaderías varias; Orsucci y Valle, farmacia y droguería; Doménico Lorini, farmacia; Giovanni Torti, tejidos; P. Bianchi, comestibles; Alberto De Andreis, comestibles. En Oruro: Filippo Nannetti, comestibles. En Cochabamba: Aurelio Pacieri, tejidos.

La Sociedad Italiana de Beneficencia Roma

A Giovanni Torti le gustaba insuflar sus pulmones con el mejor aire de la mañana. Animado y con el semblante optimista, Giovanni encaraba cada jornada laboral con la energía de un novillo inquieto y rebosante de vida. Él era conciente que sus nuevas funciones y responsabilidades traspasaban el umbral de esa tienda de tejidos que poseía en una calle concurrida y escarpada del centro paceño. Ahora, como cónsul italiano, debía velar por los intereses de los paisanos radicados en Bolivia, una misión que definitivamente le llenaba el espíritu de orgullo. Giovanni dispuso, como primera medida consular, convocar a una asamblea extraordinaria para dar a conocer sus ideas y proyectos. Después de largas y extenuantes horas de deliberación los italianos, reunidos en esta asamblea, decidieron fundir en una sola institución las entidades italianas “Sociedad de Beneficencia” y “La Italia” para dar lugar a la nueva “Sociedad Italiana de Beneficencia Roma”.

Esta sociedad, creada en 1910, empezó a organizar en torno suyo a todos los residentes italianos que vivían en territorio boliviano. Desde un principio, su esencia fue netamente social y estuvo orientada en servir como instrumento de beneficencia. El 21 de julio de 1919, por iniciativa del entonces presidente de la Sociedad Italiana de Beneficencia Roma, Vincenzo Fabiani, se decide iniciar la construcción del Edificio Social con los fondos de todos los socios italianos. Pero la obra deberá ser interrumpida ya que una parte importante de este capital es enviado a Europa para socorrer a la Cruz Roja Italiana, entidad que prestaba ayuda a las víctimas de la Primera Guerra Mundial. Una vez restablecido el gasto, la obra continúa para así poder dotar a los residentes italianos de una sede propia ubicada en la céntrica avenida Montes de la ciudad de La Paz⁷².

Pero las obras y emprendimientos de la colonia italiana alcanzarán a toda la sociedad paceña. Es así que, movidos por un sentimiento fraterno de agradecimiento y solidaridad para con el pueblo que les prestó asilo y ayuda, los miembros de la Sociedad Italiana de Beneficencia Roma encargan la construcción y posterior

⁷² Dante Sabbioni, op.cit., p.1056.

levantamiento del monumento al gran navegante genovés Cristóbal Colón. El ornamento es ubicado en el Prado de La Paz y su entrega coincide intencionalmente con el centenario de fundación de Bolivia. Al acto público acude el presidente de la república Hernando Siles acompañado por destacadas autoridades oficiales y reconocidas personalidades públicas.

A propósito de este monumento, el Honorable Consejo Municipal de La Paz promovió de esta manera la ordenanza del 9 de febrero de 1926⁷³ para la ubicación de la estatua de Colón:

El H. Consejo Municipal

Considerando:

Que la Colonia Italiana residente en esta localidad inspirada en un sentimiento de cariño a la ciudad de La Paz, desea testimoniarla contribuyendo al ornato y embellecimiento local, con la erección de un monumento.

Que el monumento cuya ubicación se ha solicitado por la Colonia Italiana, representa a Cristóbal Colón, descubridor de América, a quién el H. Consejo de La Paz, debe rendir homenaje.

Resuelve:

Artículo único. –Autorizar a la Colonia Italiana, para que proceda a construir y ubicar el monumento del Almirante Cristóbal Colón en el centro de la Avenida 16 de Julio.

Es dada en el salón sesiones del H. Ayuntamiento, a 9 de febrero de 1926.

Por tanto la promulgo para que se dé el debido cumplimiento.

Eloy Álvarez Plata, Presidente del H. Consejo. –
Donato Birbuet, Secretario.

Así, los italianos residentes en La Paz iniciaron su camino solidario, sus muestras de agradecimiento hacia Bolivia se empiezan a observar en todas las actividades colectivas o personales que llevan adelante. En el Centenario de la República (1925), esta asociación benéfica estaba presidida por el señor Vincenzo Fabiani y la comisión

⁷³ H. Consejo Municipal, *Recopilación de Ordenanzas y Reglamentos municipales*, La Paz, Ed Tipografía La Prensa 1935.

directiva la componían los socios Domingo Cartasegna, Pierino Salvietti, Rosario Campione, Dante Sabbione y Andrea Chiochetti. Todos ellos trabajaron para que la Sociedad Italiana de Beneficencia Roma cumpla las funciones de un hogar italiano para los inmigrantes que arribaban a Bolivia. Además, pretendían que la asociación pueda colaborar, en la medida de sus posibilidades, con el progreso y engrandecimiento del país que les abrió las puertas.



Foto 4. La Sociedad Italiana de Beneficencia Roma (1926) durante un banquete en la sede de la avenida Montes. Abajo, sentados a la derecha, aparecen los directivos Andrés Chiochetti, Vicente Fabiani y Esteban Riccio. Fotografía: Luís D. Gismondi, 1926.

En 1928, el censo de extranjeros indicaba que la colonia italiana se ubicaba tercera después de las colectividades española y alemana. Los residentes italianos en Bolivia llegaron al número de 310 miembros, mientras que los españoles alcanzaron la cifra de 465 personas y los teutones 380 miembros⁷⁴.

La colonia crecía y se hizo indispensable edificar una nueva sede social para la asociación de italianos. En el año de 1934, la Sociedad Italiana de Beneficencia Roma adquirió unos terrenos en la avenida 16 de julio con el fin de construir un nuevo edificio para albergar a la

⁷⁴ Guarnieri Caló Carducci, op.cit., p.231.

institución. La flamante Casa de Italia se levantó, al igual que la primera sede, con los fondos de los socios y con dinero que fue enviado por el gobierno italiano. La obra se la asignó a la empresa constructora De Col, propiedad del reconocido ciudadano piemontés Giovanni De Col. La alegría y conformidad de los miembros de la colonia era tal, que muchos no veían la hora en que se acabaran de afinar los últimos detalles para abalanzarse sobre la nueva sede e inaugurarla con bombos y platillos. Lamentablemente el destino le tenía preparada una sorpresa desagradable a la colectividad de La Paz. En Europa, Italia estaba comprometida hasta los huesos con los proyectos expansionistas de Hitler, y el bloque de los países aliados había tomado la decisión de aislar completamente a los alemanes y sus políticas conspirativas. La Italia de Mussolini, al igual que Japón, eran parte de este eje, por lo tanto, la guerra la habían iniciado ellos y media humanidad los censuraba. El gobierno boliviano, enterado de los luctuosos hechos acaecidos en el Viejo Continente, no quiso hacerse de ningún problema y tomó la vía más fácil y menos conflictiva, decidió brindarle todo su respaldo a las naciones aliadas.

Con este pacto sellado entre las autoridades bolivianas y las norteamericanas, los italianos de Bolivia empezaron a vislumbrar negros nubarrones sobre sus cabezas. Todos sus bienes inmuebles serían decomisados y ellos tendrían que abandonar la patria que empezaban a querer. La deportación era algo impensable y nadie quería someterse a esa experiencia. Así las cosas, la mentada inauguración de la casa del Prado de La Paz –hoy Ministerio de Salud– quedó en el olvido. Para salvar el capital invertido en la construcción se optó por vender el edificio a un precio diez veces reducido.

Durante la década de los años cuarenta, surgieron episodios esporádicos de segregación e intolerancia por parte de algunos miembros de la colonia hacia inmigrantes italianos de origen judío y personas del sexo femenino. Las ideas de la asociación denominada Fascio Italiano de La Paz –creada en 1928– y la admiración comprometida hacia el Duce Mussolini provocaron extremismos injustificables en determinadas actitudes de un grupo de inmigrantes. En 1944, Georgina Levi⁷⁵, italiana de raíces semitas, comprobó en carne propia cómo los súbditos de origen hebreo también eran discriminados fuera de Europa. Ella se hizo partidaria del movimiento antifascista “Giuseppe Garibaldi” a raíz de un episodio lamentable. Georgina, junto a su marido, un judío de origen alemán, llegó a Bolivia escapando de las tristemente conocidas “Leyes Raciales”⁷⁶

⁷⁵ Cf. Marcella Filippa, *Hubiera sacudido las montañas, Georgina Levi en Bolivia, 1939-1946*, La Paz, CIMA 2005, p. 142.

⁷⁶ Las Leyes Raciales fueron un conjunto de disposiciones legales dictadas en 1938 por el gobierno fascista de Benito Mussolini. Con esta normativa se impedía prestar

que había promulgado con celeridad el gobierno de Benito Mussolini. Una vez en Bolivia, Levi quiso participar de las reuniones y asambleas de la Sociedad Italiana de Beneficencia Roma, pero fue excluida por su condición de semita y mujer combativa.



Foto 5. El monumento a Cristóbal Colón en el Prado de La Paz simboliza el respeto y agradecimiento de los italianos hacia el país que les brindó acogida. Este conocido ornamento paceño fue donado por la Sociedad Italiana de Beneficencia Roma en el centenario de la nación (1925). En esta gestión eran socios los señores: Filiberto Vaccari, Vicente Fabiani, Herminio Forno, Esteban Riccio, Cesar Gestri, Pascual Lupo y Rosario Campione. Fotografía: Marcelo Belmonte, 2006.

el servicio militar a los judíos italianos y además estos no podían poseer bienes inmuebles y tampoco trabajar como funcionarios públicos. El fascismo fue implacable con esta medida, ya que un buen porcentaje de semitas italianos quedaron al margen de la enseñanza pública primaria y secundaria.



Foto 6. A la izquierda, los miembros de la Sociedad Italiana de Beneficencia Roma observan complacidos como se deposita la piedra fundamental para dar paso a la construcción de la Casa de Italia. Los símbolos fascistas estuvieron presentes en el acto. Algunos italianos de la asociación lucen camisas negras y los niños visten el típico traje "balilla" de las escuadras juveniles del fascismo. Fotografía: Luís D. Gismondi, 1934.



Foto 7. El edificio de la Casa de Italia en la última fase de su construcción. La obra de Giovanni De Col nunca llegó a ser estrenada por los residentes italianos. Actualmente alberga las oficinas de un ministerio público. Fotografía: Luís D. Gismondi, 1935.

Años más tarde, cuando Europa se iba reponiendo paulatinamente de las heridas y laceraciones que le produjo la Segunda Guerra Mundial, la colonia italiana en La Paz pasaba por su peor momento desde que se instaló en suelo boliviano. La desorganización y el desaliento campeaban a sus anchas y no había persona que pudiera revertir el orden de las cosas.

Según el presidente de la Casa de Italia en La Paz, Ercole Porcasi, la situación en la que se hallaba la comunidad italiana era de un absoluto abandono moral y material. Los representantes del gobierno italiano brillaban por su ausencia y el fascismo se había encargado de desorganizar a la colonia dividiéndola en grupos irreconciliables⁷⁷.

Porcasi tomó conciencia del mal momento que vivía la colectividad. Es por ello que, movido por un sentimiento de lealtad y pundonor, decide hacerse cargo del maltrecho consulado italiano. Las cosas mejoraron con el transcurso de los días generando un ambiente propicio para restablecer el dialogo entre las partes distanciadas. Así, una vez despejado el cielo de rencores y diferencias marcadas, Ercole Porcasi depositó el cargo de cónsul en las manos del recién arribado funcionario diplomático Giardini⁷⁸. Éste, ni corto ni perezoso, decide aventurarse por algunas regiones de Bolivia para conocer de cerca la situación de los inmigrantes italianos. En 1948, Giardini encuentra en la ciudad de Oruro a treinta compatriotas dedicados exclusivamente a la actividad empresarial. Un buen número de ellos se dedicaba al comercio y su situación económica era de las mejores. Aquí pudo conocer al agente consular Luís Ghezzi, un hábil comerciante que gozaba del afecto y la simpatía de la colonia entera. El diplomático, antes de partir hacia Cochabamba, inspeccionó el colegio de las Hijas de Santa Ana, el hospital que éstas administraban, y finalmente concluyó el peregrinaje visitando la sede de las Siervas de María. En su viaje al valle central boliviano, Giardini conoció el colegio y la casa de mendicidad que administraban las mismas religiosas italianas de Santa Ana. Con toda seguridad, el viaje fue de suma utilidad para el funcionario, ya que a su regreso confesó haber encontrado un ambiente armonioso y conciliador entre los italianos que residían en Bolivia. Eso sí, Giardini observó, en los lugares donde estuvo, que la mayoría de residentes italianos sobrepasaba los cincuenta años de edad, confiriéndole a la colonia un carácter senil. El diplomático italiano expuso motivos sobrados para promover una nueva migración hacia estas tierras, al parecer muy pocos tomaron en cuenta sus crónicas de viaje porque el número de inmigrantes que ingresó a suelo boliviano en los años posteriores fue reducido.

⁷⁷ Guarnieri Caló Carduci, op.cit., p.236.

⁷⁸ En el texto consultado no se tiene registro del primer nombre de esta persona.

Pero la colonia italiana afincada en Bolivia no se iba a quedar con los brazos cruzados ante la adversidad y el desasosiego. Un grupo de hombres emprendedores se reuniría para levantar los cimientos de una nueva institución que cobije los intereses de Italia y aporte a las necesidades del pueblo boliviano. Así, entusiastas y alegres como se los reconoce en cualquier parte del mundo, los italianos Gino Forgnone, Marco Bertoldo, Vittorio Aloisio y Dante Salvietti se reunieron para posibilitar la entrega de una nueva sede en los predios que tenía la colonia en la avenida 6 de agosto del residencial barrio de Sopocachi. El 21 de diciembre de 1949, el presidente de la colectividad italiana, Gino Forgnone, recibía de manos del constructor Flavio Ricignuolo las llaves de la casa que se denominaría de aquí en adelante Círculo Italiano. El sueño, tantas veces deseado, del "Hogar italiano" se concretaba de una vez por todas.

Al año siguiente—5 de diciembre de 1950—los residentes italianos participarían de otro acto público cargado de emoción. Alentado por un sentimiento fraterno y colmado de civismo, el gobierno italiano obsequia a la ciudad de La Paz el símbolo inconfundible de la italianidad en el mundo: "La Loba Capitolina". El monumento es instalado en la plaza Italia, antiguo parque Colón, de la zona de Obrajes⁷⁹.

Bolivia tuvo espacio suficiente para albergar mano de obra italiana.

Durante los años cincuenta la situación económica y social de la colonia italiana era la misma y no se vislumbraba la posibilidad de incrementar el número de inmigrantes en las principales ciudades bolivianas. Más al contrario, la mano de obra que vino con la inmigración prefería asentarse en los países costeros del extremo austral de Sudamérica, puesto que el clima y las condiciones político-sociales de estas naciones eran más afines a la experiencia de vida de cientos de italianos. En Argentina, Brasil o el mismo Perú las colectividades italianas se organizaban de acuerdo a la región de procedencia. Es así que lombardos, piemonteses, toscanos, napolitanos y sardos tenían la facilidad de agruparse para crear instituciones regionales en el país extranjero donde residían.

Ni siquiera con el arribo y posterior formalización de una representación diplomática italiana, acorde a las relaciones bilaterales de ambos países, pudo cambiar el panorama de los

⁷⁹ H. Municipalidad de la Paz, Departamento de Prensa y Difusión, *Compilación de Ordenanzas Municipales 1945-1954*, La Paz 1955.

inmigrantes. Ahora era el embajador quién se hacía cargo de la misión diplomática junto a un equipo de funcionarios designados por el gobierno de Italia. También se debe sumar la carencia de iniciativas o políticas migratorias idóneas por parte de las autoridades locales para fomentar la llegada de inmigrantes con mano de obra calificada hacia suelo boliviano. El excesivo fervor político de los gobernantes de turno hacia sus reformas modificatorias – nacionalizaciones de empresas y tratamiento del tema tierra– hizo que no se ejecutara un verdadero tratado de comercio entre Bolivia e Italia.

En 1951, el Ministro de Comercio italiano, Hugo La Malfa, expuso dos proyectos tentativos para concluir un acuerdo migratorio con Bolivia basado en el sistema *clearing*⁸⁰:

Puesto que Bolivia es un mercado cerrado, ausente de las grandes corrientes internacionales de tráfico comercial y no dispone de medios para pagar la importación de mano de obra italiana, se puede pensar en importar de ese país mercadería, en particular estaño y otros minerales.

Esta iniciativa, como tantas otras, quedó en el limbo. Sin embargo, en este mismo periodo, surgen otras ideas para robustecer la presencia italiana en el país. Se hace un estudio para crear un banco italo-boliviano en La Paz y se analiza la posibilidad de inaugurar un centro cultural italiano en Bolivia. Finalmente, se gesta un proyecto de colonización a gran escala en la zona tropical de Roboré, en el departamento del Beni. Todas estas iniciativas vuelan esparcidas por los aires gracias a la falta de estructuras de apoyo del Estado boliviano y al desinterés de las autoridades diplomáticas italianas asentadas en la Sede de Gobierno.

A pesar de todo, las propuestas para traer inmigrantes persistían. En mayo de 1961 el embajador italiano, Pío Ricardo Januzzi, declaraba que un grupo de ciudadanos italianos arribaría a Bolivia para dedicarse exclusivamente a la actividad agrícola en la zona rural del país. Éste era un nuevo plan de inmigración italiana que debía ser concretado entre ambos gobiernos. Para el diplomático, la llegada de este primer grupo de personas tenía un carácter experimental y, de los resultados que se obtuvieran, se daría paso a una Convención de Inmigración entre Italia y Bolivia. Este proyecto también albergaba la posibilidad de brindar asistencia técnica a los labradores bolivianos. El compromiso nunca se realizó y, como todas las anteriores propuestas para traer inmigrantes italianos a Bolivia, quedó en la

⁸⁰ Guarnieri Caló Carduci, op.cit., p.237.

nada⁸¹. En agosto de 1973 el gobierno militar del coronel Hugo Bánzer Suárez, recibió, a través de un despacho efectuado por la embajada boliviana en Roma, una nota que contenía la proposición de las autoridades italianas para implementar un ambicioso proyecto de desarrollo económico y social en el fértil noroeste del país. A juicio de los europeos, con la realización de este plan se pretendía mejorar el desarrollo agrícola y ganadero de los departamentos de La Paz, Beni y Pando; además, el proyecto elaborado por el gobierno italiano contemplaba crear modernas poblaciones en el lugar con la llegada de medio millón de hortelanos trasalpinos quienes portarían un aceptable nivel de cultura y formación técnica⁸². Esta singular propuesta de desarrollo consideraba, entre sus principales objetivos, ejecutar la producción de energía en el sector denominado "El Bala" para obtener, según los expertos, medio millón de kilovatios. Finalmente, para ser efectivo el proyecto necesitaba una inversión aproximada de 1.500 millones de dólares de financiamiento y su implementación duraría diez años desde su puesta en funcionamiento.

Como se ve, tanto las autoridades italianas como algunas bolivianas tuvieron la sana intención de ocupar los espacios vacíos e inconmensurables que se presentaban en el escenario laboral boliviano recurriendo a la mano de obra italiana. Esta no llegó en un número deseado, pero las pocas personas que se establecieron en Bolivia dejaron testimonio de su presencia con la laboriosidad de su esfuerzo y la grandeza de sus actos.

Según Guarnieri Caló Carducci, para el año de 1997, la colectividad italiana residente en suelo boliviano alcanzó el número de 1830 personas, y estaba dividida geográficamente de la siguiente manera: En el departamento de Santa Cruz habitaban 801 personas; en La Paz se hallaban registrados 506 ciudadanos italianos; en Cochabamba residían 379; en Chuquisaca 48; Tarija contaba con 40 residentes; Beni 19, Oruro 13, Potosí 15 y Pando 7. En esta lista el autor no incluyó a los descendientes.

⁸¹ Giuseppe Nobile, *Bolivia e Italia, Brevi cenni di orientamento sulle relazioni culturali e commerciali fra due paese*, Genova 1962, p.25.

⁸² Última Hora, *Italia ofrece plan para el Noroeste*, La Paz, 24 de agosto de 1973.



Foto 8. La fuente de Neptuno en el Montículo de la ciudad de La Paz. Este ejemplar ornamento de mármol es fruto del talento y la creatividad del arquitecto italiano Guiseppe Magnani. A inicios del siglo pasado, el monumento se hallaba en el tradicional paseo del Prado. Fotografía: Marcelo Belmonte, 2006.

Familias italianas en Bolivia

Foto 9. José Figliozi posa junto a su familia en el puerto de Génova momentos antes de abordar el vapor que los trasladaría a Sudamérica. Archivo: Domingo Figliozi. 2006⁸³.

⁸³ Año en que se obtuvo el material fotográfico

“La estrella” de Luigi Aimaretti

Es muy probable que Luigi y Carlos hayan coincidido en muchos aspectos antes de asociarse y dirigir las riendas de una fábrica de fideos y caramelos. Ambos eran concientes de su condición de forasteros en un suelo extraño y casi ignorado por los cartógrafos europeos. Pero esta misma situación de aislamiento total los motivó a emprender un proyecto lucrativo e innovador en el interior de aquella sociedad boliviana de industrias incipientes y convulsiones sociales frecuentes. Así, un día cualquiera de 1925, el italiano Luigi Aimaretti y el argentino Carlos Righetti –juntos formaron la Aimaretti & Cia– compraron la fábrica de pastas y golosinas La Estrella, negocio creado en 1907 por el piemontés Herminio Forno⁸⁴.

Durante muchos años, el vecindario de La Paz acostumbró su paladar a la exquisita consistencia de los fideos y pastines que se fabricaban en La Estrella. Sin embargo, la creatividad italiana de los dos socios permitió innovar una serie de productos que tendrían la misma aceptación de las pastas. Las diversas tiendas y almacenes de abarrotes de la Sede de Gobierno empezaron a surtir su mercadería con una variedad interesante de productos que salían del negocio de la calle Comercio. De esta forma, las bolsas de harina y sémola junto a los paquetes de café tostado que llevaban incorporados la etiqueta de La Estrella, ocupaban ostentosos el primer lugar a la hora de llenar la canasta familiar boliviana. No era para menos, Carlos y Luigi sonreían satisfechos ya que difícilmente se podía tener la fortuna de tocar con ambas manos un cielo tan azulado y limpio de nubes como aquel que los veía prosperar. Animados a producir más, Amaretti y su socio argentino Righetti, dispusieron de una nueva sección en la fábrica para elaborar chocolates y caramelos. El éxito de esta nueva iniciativa fue tal, que muchos compradores preferían a ojos cerrados adquirir los chocolates de La Estrella antes que cualquier otro producto importado.

Minero y constructor

De temperamento inquieto, como el de muchos de sus compatriotas, Luigi no sólo se dedicaría a la elaboración de productos alimenticios, también tendría tiempo para incursionar en la actividad minera. Bolivia, desde la época colonial, fue escenario idóneo para trabajar en este amplio sector, por lo tanto, el italiano se adjudicó la concesión de una mina de oro en Tipuani y una calera en Chacaltaya, para después esparcir sus actividades al ramo de la construcción⁸⁵.

⁸⁴ Dante Sabbioni, op.cit., p.1086.

⁸⁵ Cf. Valentino Freddi Tanghetti, *Presencia Italiana en Santa Cruz, actores y pioneros en el desarrollo cruceño desde 1900 al 2000*, Santa Cruz, Empresa Editora Sirena 2003, p.78.

El turinés Luigi Aimaretti Garetti contrajo matrimonio con la señora Lastenia Arguedas y de esa unión nacerían Luisa y José. Luisa Aimaretti es reconocida por sus labores sociales en beneficio de la región de Santa Cruz de la Sierra.



Foto 10. La imagen muestra al personal de la fabrica "La Estrella" durante una de las muchas jornadas laborales en 1929. Archivo: Margarita Comboni Aimaretti, 2006.



Foto 11. Luigi Aimaretti, con sus hijos Luisa, José y Catalina. Foto 12. Alceste Venturini, cónsul de Italia en Cochabamba, con Luigi Aimaretti en 1949. Archivo: Margarita Comboni Aimaretti, 2006.

Vittorio Aloisio: El ingeniero del Art Deco

"En la vida todo se puede perder, porque todo con esfuerzo es recuperable menos el valor, porque el valor es la esencia de la vida de todo aquel ser que no se debe rendir" **Vittorio Aloisio M.**

Pantaleo tenía motivos suficientes para esbozar una sonrisa. Su hijo Vittorio había culminado satisfactoriamente la carrera de ingeniería y ahora portaba con orgullo el título que le había conferido la Escuela Superior Politécnica de Nápoles. De esta forma, la tradición familiar en la casa de los Aloisio seguía invulnerable, y la dinastía de los ingenieros constructores perduraba por un tiempo más sin alterarse.

Sin embargo, una extraña sensación agri dulce empezó a germinar dentro del alma de Pantaleo. El experimentado ingeniero napolitano no concebía que su hijo se marchase al extranjero después de haber conseguido logros importantes en un lapso de tiempo corto. Vittorio era joven y tenía un futuro brillante que le aguardaba deseoso en su propia tierra. Fueron vanas las súplicas y las persuasiones por parte de la familia para que el muchacho desistiera y desechara estos pensamientos. El hijo de Pantaleo se mostraba contrario a las ideas políticas del fascismo y en su mente estaban instalados otros proyectos de vida distantes a los que la Italia de ese entonces le ofrecía. Ni siquiera lo tentó la idea de asumir algún día el mando de la empresa constructora de su progenitor. Vittorio se mantuvo firme hasta el final, su vida tenía que comenzar de nuevo y lejos de casa.

Así, entusiasta y con los ánimos encendidos, el joven ingeniero napolitano partió rumbo al Perú. De sus objetos más preciados llevó la medalla de "La Cruz al Mérito de Guerra", condecoración que le fue otorgada por su valiosa participación en el campo de batalla durante la Primera Guerra Mundial. Una vez instalado en territorio peruano, Vittorio empieza a trabajar en el sector minero de aquel país. El esfuerzo constante y la actitud emprendedora nata en el napolitano le posibilitaron mejorar sus ingresos económicos y acrecentar sus perspectivas profesionales. En 1928, obtiene un contrato de trabajo con una empresa inglesa para trasladarse hasta Bolivia y realizar allí diversos estudios en el campo de la ingeniería. Es en esta nación sudamericana donde el italiano consolida su vocación hacia el arte de la construcción. Vittorio Aloisio esparcirá su talento y creatividad por distintos lugares de Bolivia, pero será en el departamento de La Paz donde se concentrarán casi la totalidad de sus obras. En este suelo creará su propia empresa y, al igual que su padre, ésta llevará su nombre. En la tierra del coloso Illimani, el entusiasta napolitano edificó iglesias, fábricas, cines y residencias particulares. También su trabajo estuvo presente en la apertura de caminos y en la incorporación de instalaciones eléctricas.

Y es la sede del gobierno boliviano la que le debe gratitud, su mano hábil y generosa impulsó la construcción de obras de gran alcance. Aquí, se destacan la edificación del colegio Don Bosco y su teatro, el levantamiento de los templos del colegio Inglés Católico, del Cementerio General y del Lanificio Domingo Soligno. De igual manera, su firma se halla inscrita en la construcción de muchas residencias en el tradicional barrio paceño de Sopocachi. Quizás su trabajo más logrado se halle en la Iglesia María Auxiliadora. Este templo fue catalogado en el libro de los *Guinness Records* por su brillantez y originalidad. El arquitecto e historiador boliviano José Mesa⁸⁶, dice al respecto:

No menos importante es la obra de Vittorio Aloisio, ingeniero italiano cuyo principal y más valioso trabajo constituyó la iglesia de Don Bosco, muy buen ejemplo de '*Art Deco*', de líneas verticalizadas que no emplea una sola curva en su composición. Internamente es de gran armonía y simpleza, manteniendo la tradicional disposición de plata en cruz latina. Esta obra se desarrolla un poco en el estilo del Perret de Notre Dame de Reiney.

En 1939, el prestigioso ingeniero italiano ejercerá como profesor titular de la Universidad Mayor de San Andrés. Labor que ejecuta con profesionalismo hasta el año 1955. Antes, en 1952, Vittorio obtiene el diploma de honor de la muestra de Ultramar de Nápoles, gracias a la exposición fotográfica de sus principales obras en Bolivia. Diez años más tarde, recibe el diploma al Mérito Profesional por parte de la Confederación de Profesionales Bolivianos, distinción que reconoce los más de cuarenta años de actividad profesional y universitaria del ingeniero italiano. En 1971, por su magnífico aporte a la obra de los italianos en el exterior y por consiguiente al desarrollo de Bolivia, el ingeniero de la Escuela Superior Politécnica de Nápoles obtiene la condecoración al Mérito de la República Italiana con el grado de "*Commendatore*". Por otra parte, Vittorio tuvo una participación no menos importante en el campo empresarial e institucional. Fue miembro y fundador de numerosas instituciones paceñas, como la Sociedad de Ingenieros, el Círculo Italiano, la Cámara de Comercio Italiana en Bolivia, El Rotary Club, el Automóvil Club Boliviano, el Club de Tenis de La Paz y finalmente el Club de La Paz.

Vittorio Aloisio Molinari (1898-1980) contrajo nupcias con la señora Angelita Bustillo, de ese enlace matrimonial nacieron: Mario Víctor, María del Carmen y Víctor José.

⁸⁶ José Mesa, *Cien años de arquitectura paceña 1870-1970*, en: Colegio de Arquitectos de La Paz, Editorial Educacional, 1990.



Foto 13. Vittorio Aloisio, notable ingeniero civil napolitano. Sus obras son dignas de estudio y admiración. Archivo: familia Aloisio Zenteno, 2006.



Foto 14. El joven ingeniero napolitano posa en un campamento durante el receso laboral. Foto 15. Una postal familiar, Vittorio aparece rodeado por su esposa Angelita y sus hijos Maria del Carmen, Víctor José y Mario Víctor. Archivo: familia Aloisio Zenteno, 2006.

Domingo Andreatta: Desde Treviso a Sucre

En el poblado de Paderno del Grappa se esperaba con ansiedad el arribo del hijo de Sebastián. La familia de Giovanni Battista Andreatta había dispuesto hasta el último detalle para recibir al joven que visitaba por vez primera la tierra de sus ancestros. De este modo, Luís llegaba a Italia convencido de forjar su destino en el país que viera nacer a su padre. Una vez instalado en el hogar de sus tíos, el muchacho italo boliviano no escatimará palabras a la hora de narrar lo acontecido con la familia de Sebastián en esa desconocida nación sudamericana llamada Bolivia. Pero será su primo Domingo quién preste mayor atención a las crónicas del viajero. El hijo de Giovanni quedará encantado con las narraciones de Luís. Así, Domingo, movido por el deseo personal de conocer otras latitudes, decide comunicarse cuanto antes con su tío Sebastián. Éste, conmovido por la inquietud de su joven familiar, no lo hace esperar más y lo invita a conocer Sudamérica.

Domingo desembarcó en la Argentina y su estadía en las tierras rioplatenses fue muy corta. La intención del italiano estaba en llegar con premura a la capital boliviana para emplearse como constructor. "Mi padre era perito constructor, por lo tanto trabajó casi toda su vida en este campo", complementa su hija Lelia.

En Sucre, Domingo encontraría inesperadamente el amor en la sonrisa dulce y discreta de Vienna, joven boliviana descendiente de italianos. Por ese entonces, Vienna Bruzzzone se hallaba de regreso en la capital después de haber permanecido largos años en Génova, lugar de donde provenía su padre, Ruggero, prospero ciudadano italiano afincado en el departamento de Chuquisaca.

Pronto, el hogar de los Andreatta Bruzzzone empezará a crecer con la llegada de dos niñas, Lelia y Vilma. Domingo asume con esmero y entusiasmo esta nueva responsabilidad entregando mayor entereza a sus funciones laborales.

Sin duda, las jornadas de trabajo en la fábrica de cemento Fancesa eran agotadoras y rutinarias, pero el constructor italiano las combatía con el entusiasmo y la energía de un chiquillo. Allí, Domingo desplegaría parte de su actividad profesional.

Un apasionado por el fútbol

Si algo diferenció a Domingo de los demás, era su afición desmedida por el balompié. No había día en que el italiano no hable de su deporte favorito. A tal punto llegó esta pasión por el "rey de los deportes", que la Asociación Chuquisaqueña de Fútbol le concedió un diploma de honor por haber organizado uno de los primeros equipos de fútbol de la capital, el Club Deportivo Fancesa. En la ciudad de

Potosí, Domingo también tendrá la oportunidad de propagar su fiebre futbolera fundando un nuevo club, el Atlantis de Potosí. Este equipo se creó mientras el italiano trabajaba en la construcción del edificio que alberga en la actualidad a la universidad pública potosina. Domingo Andreatta fue miembro activo del Circulo Italiano de Sucre junto a los señores Ido Civardi y Alfonso Lorenzetti. Este italiano apasionado por su trabajo falleció en 1972 dejando un legado importante en la sociedad chuquisaqueña.



Foto 16. Domingo y Vienna Andreatta disfrutaban del verano romano. La imagen es del año 70. Archivo: Lelia Andreatta, 2006.



Foto 17. Lelia Andreatta junto a sus nietos. Archivo: Lelia Andreatta, 2006.

Paolo Giovanni Angeleri, el "Gringo" piamontés

Durante mucho tiempo no hubo persona o medio que calmará el dolor de Rosa. Vanos eran los esfuerzos de Don Giuseppe para tratar de aliviar un poco la aflicción que invadía el alma de su mujer. Rosa lloraba incluso cuando dormía, a tal punto que las mismas lágrimas ya no acudían con la facilidad de los primeros sollozos. El dolor y la desesperación permanecían incrustados en su pecho, y no era para menos, Paolo, su hijo adolescente, se había marchado repentinamente.

Con tan sólo diez años, Paolo Angeleri tuvo que prepararse para asumir con firmeza los cambios bruscos que registraría su vida. Él era conciente –o al menos esa idea cruzaba por su mente– que no tendría más al alcance de las manos las caricias dulces de su madre ni los consejos y admoniciones severas de Don Giuseppe. Por ello, quería sentirse seguro de la decisión que había tomado. De ninguna manera sería sencillo cambiar el viejo y ancestral calor de hogar que emanaba de la casa de Cerro Tanaro por la fría incertidumbre que le aguardaba agazapada en el vapor transoceánico que lo transportaría hasta la Argentina. Paolo deseaba cuanto antes ser un hombre completo, seguro de sus actos y firme en sus decisiones. Por lo tanto, había que desechar lo más pronto posible la idea de haber actuado con la ingenuidad de un chico piemontés que se dejaba llevar como un borrego por las ofertas e ilusiones de ultramar que le ofrecía el tío Giovanni. No, Paolo estaba seguro de cada uno de sus actos y debía actuar según los dictados de su corazón. En Sudamérica le esperaba un destino que sólo él podría amoldar a su conveniencia.

Así, Giovanni Pisterna arribó a la costa Argentina acompañado por su joven sobrino y su pequeña hija María Cristina. La intención del grupo familiar estaba en continuar el viaje hasta los valles templados bolivianos. En ese lugar aguardaban los posibles contactos y el negocio que Giovanni quería llevar adelante. De esta forma, los tres italianos llegaron hasta esta remota y pintoresca región boliviana dispuestos a iniciar una empresa de largo alcance. Paolo quedó maravillado ante la armonía del paisaje que lo rodeaba. No era el verde valle piemontés colmado de parrales, que sus ojos todavía se empeñaban en retener, el que tenía al frente, pero la tranquilidad y frescura que esparcían aquellas campiñas le reconfortaban el espíritu. No pasó mucho tiempo y Giovanni ya estaba insertado en las costumbres de la sociedad cochabambina. Su vocación y talento para emprender cualquier negocio le empezaban a dar réditos. En cambio, su joven y desorientado sobrino optó por adentrarse en las entrañas de aquella agreste tierra que los acogía.

Paolo hizo su equipaje para viajar hacia las tierras altas de Bolivia. Sus ojos verdes –como la vid de su tierra natal– no daban crédito

ante la naturaleza espléndida que asomaba por el camino. Sin duda, este país vecino de la Argentina de los inmigrantes ejercía un magnetismo incomprensible en el subconsciente del muchacho italiano. Los rostros taciturnos y cobrizos de los pobladores indígenas robaban frecuentemente su atención junto al desconcertante contraste que ofrecía el paisaje. Ya en Oruro, ciudad de elevadas mesetas altiplánicas y de arraigada estirpe minera, Paolo encontrará trabajo temporal como ayudante transportando el mineral que se extraía de los gélidos socavones. Sin embargo, las extenuantes y poco remuneradas jornadas laborales darán lugar a que el joven italiano proveniente de Asti dirija sus pasos hacia otros confines de este llamativo país.

Motivado y con la esperanza de centrar sus energías en un verdadero proyecto de vida, Paolo recaló en la frontera con el Perú. En el poblado de Yunguyo conocerá a Giovanni Passano, italiano afincado con anterioridad en esta zona del altiplano peruano. El hijo de Don Giuseppe trabajará sin tregua en el almacén de su amigo y paisano obteniendo un capital suficiente para independizarse y poder así instalar su propio negocio. Con el transcurso del tiempo encuentra respaldo y amistad en la persona de Nicolás Audibert, piemontés emprendedor que lo ayudará en la consolidación de sus negocios. Juntos, construyeron el edificio de la guardia policial, y los productos que ambos importan y comercializan ayudan notoriamente a nutrir la vida económica de esa pequeña provincia peruana. El Gringo Angeleri, como se lo conocía en ese entonces, logró prosperidad y renombre en toda la comarca. Con frecuencia viajaba hacia la ciudad de La Paz para depositar las libras esterlinas, que sus ganancias le otorgaban, en el Banco Alemán de esta urbe.

Sin embargo, en los planes de Paolo nunca estuvo previsto regresar a su tierra natal. De nada valió el viaje extenso y agotador de Don Giuseppe para persuadirlo. Él estaba acostumbrado a pasearse por el pueblo en las grupas de su yegua preferida y sus viajes los hacía a bordo de un aparatoso pero eficiente bólido Harley Davidson. Además, Paolo ya no estaba solo, hace un tiempo atrás se había casado en la localidad de Zepita con la hija de un prospero hacendado boliviano. De su matrimonio con Elena Zapata tendrá seis hijos: Ernesto, Yolanda, Juan, Graciela, Juana y Julio. Nada lo hacía más feliz que haber consolidado un hogar, así fuera lejos de Italia.

Paolo Giovanni Angeleri (1901-1953) muere en La Paz, cuando los árboles empezaban a despojarse de sus primeras hojas bajo un sol tibio de otoño.



Foto 18. Paolo Angeleri durante la época en que tuvo mayor prosperidad. Archivo: Rosa Pijuán, 2006.



Foto 19. Graciela y Yolanda pasean por los alrededores de la finca de su padre.
Foto 20. Los hermanos Angeleri, Juan y Ernesto, posan en un banco de la plaza de San Pedro, Archivo: Rosa Pijuán, 2006.

Giuseppe L. Antognelli M.

A pocos kilómetros de Florencia, entre la frontera de Umbría y Las Marcas, se encuentra la ciudad de Cagli. Fue precisamente en esta

región, enclavada en los montes apeninos y próxima al mar Adriático, donde Luigi Antognelli y Nazarena Menzalli aventuraron la idea de unir sus vidas. En Cagli la pareja tuvo dos hijos: Giuseppe y Giulia.

Giuseppe estudió en Florencia desde muy joven. Aplicado y responsable, el estudiante anhelaba, para sí, un futuro promisorio en el exclusivo mundo de la diplomacia. Transcurrieron los años y Giuseppe sorprendió a sus padres cuando llegó a casa sonriente y, sin preámbulos, les comunicó que su nombre había sido escogido para representar al país como *Charge d´Affairs* en Santiago de Chile. Giuseppe organizó su equipaje y pronto se vio embarcando hacia Sudamérica; sin embargo, ignoraba que al otro lado del océano le esperaba un destino completamente distinto al esperado.

El viaje de Antognelli estuvo delineado por contrariedades distintas. En Santiago no fue fácil desenvolverse porque el ambiente era poco favorable para ejercer la diplomacia: en particular la italiana. Por ese entonces, en Europa se empezaban a agrietar los muros de la paz ante el inminente estallido de la Primera Guerra Mundial la cual tenía su cauce en las pretensiones imperialistas de algunos países. En Chile no se veía con buenos ojos el accionar de la política de los gobernantes alemanes y de ciertas autoridades italianas, por lo tanto se diseñaron estrategias para desentenderse de los súbditos teutones y trasalpinos que habitaban en ese país. De esta manera comenzó a elucubrarse una "lista negra" para expulsar a elementos foráneos ajenos a los intereses políticos chilenos. Ante este panorama poco alentador, Giuseppe tuvo que abandonar Santiago y buscar protección en otras latitudes. Felizmente llegaron hasta sus oídos noticias esperanzadoras respecto a la política internacional que ejercía el gobierno de Bolivia. En el país altiplánico se venía sosteniendo una línea política tolerante respecto al trato que se confería a los residentes italianos. Luego de sopesar los riesgos que debía afrontar con su ingreso a un país desconocido y en el cual no podría disponer del *status* y los privilegios anteriores, arribó sin inconvenientes a La Paz. Entretanto, los conflictos bélicos recrudecieron en Europa y la estadía de Antognelli en Sudamérica se prolongó más de lo debido.

Sin proponérselo Giuseppe terminó residiendo en Bolivia. El país lo tenía entretenido y las costumbres de su gente cautivaban su atención. Todo lo que observaba a su alrededor era nuevo y desconocido. El incipiente desarrollo urbano desplazaba lentamente la fisonomía rural de los arrabales y las comarcas aledañas mudaban de forma para convertirse en una prolongación de la ciudad. Aún así, la persistente presencia del pasado precolombino se percibía en el ambiente. Dueño de un carácter ameno, Giuseppe empezó a frecuentar hogares diversos y en muchos de ellos cultivó amistades

inquebrantables. Al poco tiempo conoció a Hortensia Gallardo quien después se convertiría en su esposa. Hortensia dio a luz a dos niñas que fueron bautizadas como Mafalda y Yolanda. A pesar de ello la dicha no se detuvo en el hogar de Guiseppe. Hortensia falleció prematuramente ocho años después de haber contraído nupcias.

A los dos años de haber perdido a Hortensia encontró de nuevo al amor en la figura de una distinguida dama paceña, Emma Laura Sanjinés. Con Emma tuvo un solo hijo al que llamaron José Antonio. De esta manera Giuseppe se dio una segunda oportunidad para cambiar la desolación por la esperanza y con los cambios de ánimos adoptó también la versión castellanizada de su nombre. Desde ese momento todos lo conocerían como Don José o Don Pepe. José Antonio, a su vez, contrajo matrimonio con Carmiña Sánchez Bustamante Perou y tuvieron tres hijos: Gina Silvana, Carmiña Daniela y José Patricio.

Don José no se amedrentaba ante cualquier desafío y eso le sirvió para incursionar en diversas actividades empresariales. Fue propietario y fundador de la fábrica de jabones "La Genovesa"; de la fábrica de telares "Mercurio"; de la importadora de casimires y vinos "Italica"; de la fábrica de curtiembres "Bolitrade" y de la fábrica de vidrios "Relux Vidrios". Fue también accionista de Manufacturas Textiles Forno y de la Cervecería Boliviana Nacional. Asimismo fue socio activo y fundador de la Sociedad Italiana de Beneficencia Roma al igual que del Circulo Italiano. Don José patrocinó como miembro activo las siguientes instituciones: Club de La Paz; Club de Tenis La Paz; Automóvil Club Boliviano y el Club de Pesca Miramar en Ancón, Perú.

Entre sus pasatiempos favoritos estaban la caza de la perdiz y la pesca. Mientras el tiempo se lo permitía, salía de cacería con sus amigos y paisanos Nicola y Pedro Linale, Anselmo y Mario Salvietti, Emilio Di Martín y otras amistades bolivianas. Sin embargo tenía predilección por la pesca, es por ello que viajaba hasta el Perú dos veces al año para pescar en alta mar con distintos amigos extranjeros. En su hogar, los domingos estaban destinados a reunir a los amigos más íntimos. La jornada se iniciaba con un antipasto bastante surtido que los alegres comensales acompañaban con Vermouth Cinzano o Campari, luego venía el turno de la pasta que en algunas ocasiones se acompañaba con la carne blanca de las presas obtenidas en la cacería. Finalmente se disponía sobre la mesa un plato de fondo y el almuerzo culminaba con un postre de frutas y una variedad destacada de quesos. Casi siempre las viandas se servían con los mejores vinos. Los amigos cantaban dulces melodías en su lengua nativa y por lo general el almuerzo se extendía por tres horas. Entre los barítonos y tenores destacaban las voces de Nello Vacari, Agustin Forno, José Séneca y Agustin Madrazo.

Don José fue respetado y querido por todos los que le conocieron y se destacó como benefactor de la Sociedad de San Vicente de Paul y del Colegio San Calixto, institución donde estudiaba su hijo "Peppe".

Don José Antognelli quedó viudo nuevamente cuando su esposa Emma Laura falleció prematuramente a la edad de 47 años. En soledad se dedicó íntegramente a atender sus asuntos empresariales, dejando de existir en pleno conocimiento de sus facultades a los 87 años en marzo de 1978.



Foto 21. Nazarena Menzalli y Luigi Antognelli. Archivo: José Antognelli S, 2011.



Foto 22. Giuseppe Antognelli y Emma Sanjinés. Archivo: José Antognelli S, 2011.

Gaetano, el emprendedor napolitano

A Gaetano Barbato no lo obligaron a marcharse lejos con las tropas de Garibaldi. Él siempre estuvo seguro de las acciones que tomaba y esta decisión temeraria no iba a romper la regla de sus convicciones más íntimas. Viajar al otro extremo del mundo para involucrarse en

una causa independentista y aparentemente ajena más parecía una idea extravagante que algo razonable. Sin embargo, Gaetano se fue sin decir nada para luego regresar con la frente en alto y el deber cumplido después de haber combatido en los campos de batalla americanos al lado del afamado líder nizado. Con el correr de los años este hecho particular pasaría a la vitrina familiar de las anécdotas. Allí descansa y no será hasta que alguno de los descendientes la abra para luego exponerla con entusiasmo.

Pero la vida del intrépido napolitano no se estancaría en los relatos ostentosos del pasado. Él tenía un negocio para administrar y de su buen manejo dependía la situación de la familia entera. Movedizo y ágil, como las laboriosas termitas obreras dentro de su nido, Gaetano condujo las riendas de la empresa textilera de la mejor manera posible. Sin duda alguna, él había nacido para ser comerciante y en esa actividad debía apoyar todo su esfuerzo y talento. Así, en su natal Capo di Chino, organizó la tienda exportadora de casimires.

Con el negocio establecido y marchando a paso de locomotora, los primeros pedidos de mercancía provenientes del exterior empezaron a tocar la puerta. A los Barbato les faltaban manos para cubrir las solicitudes que llovían a cántaros y Gaetano empezaba a desesperarse. Un día, mientras la rutina se deslizaba impasible por los pasillos del negocio, llegó un pedido desde un país nunca antes nombrado en aquella casa, la solicitud de mercadería la firmaban unos italianos residentes en Bolivia. El ágil mercader hizo los trámites pertinentes para enviar la mercancía solicitada. Al cabo de unos meses recibió una nueva misiva en la cuál se lo conminaba a rebajar el precio de los casimires enviados. Los supuestos compradores, ávidos de conseguir una ganancia a como de lugar, empleaban arteramente un chantaje para obtener el consentimiento del comerciante napolitano. Gaetano debía reducir el precio inicial de los casimires o caso contrario estos no serían retirados de las instalaciones de la aduana boliviana. Molestó y con la cabeza roja de la ira, el ex partidario de Garibaldi convocó con premura a sus dos hijos para que juntos puedan resolver de una vez por todas, aquel meollo molesto como una piedrecilla en el zapato. La solución no tardó en llegar. José y su hermano Gaetano deberían trasladarse hasta Sudamérica para culminar aquel negocio maltrecho y fastidioso.

Los dos jóvenes italianos zarparon en el vapor "Vittorio Emanuele" decididos a recuperar la mercancía estacionada. Ambos llegaron a la localidad portuaria de Arica para luego emprender el camino hacia Bolivia por vía terrestre.

Los casimires se venden y los italianos se quedan

Los hermanos Barbato no hallaron más escollos en su camino y, pragmáticos como eran, lograron destrabar la venta de los mentados casimires. Gaetano podía respirar tranquilo, sus hijos habían cumplido a cabalidad con la empresa asignada. Pero la dicha duró poco en Nápoles, los dos jóvenes iban postergando la fecha de su regreso mientras el padre empezaba a desalentarse a medida que transcurrían cansinos los días en el calendario. Al final, José y el joven Gaetano optaron por descubrir qué tipo de vida les esperaba lejos de casa.

Ambos habían crecido bajo las normas espartanas de su padre, y de él habían heredado el oficio y la habilidad para vender casimires. José partió hacia los templados y acogedores valles cochabambinos, mientras que su hermano menor buscó fortuna en las presuntuosas calles de la capital boliviana. José Barbato, fiel a la tradición de su familia, instaló un almacén dedicado a la venta y confección de telas, logrando de esta manera una posición óptima dentro del comercio cochabambino.

Gaetano, en cambio, vislumbró la posibilidad de generar ganancia y estabilidad laboral ingresando al rubro del transporte. En Sucre conoció al italiano Angelini y con él adquirieron una flota de camiones de la reconocida marca Inter. La sociedad entre ambos italianos dio sus frutos por un tiempo determinado. Los camiones que Gaetano había adquirido de la casa importadora Mc Donald, transportaban constantemente gasolina desde la plácida capital boliviana hasta la ignota población de Camiri. Así, el menor de los Barbato pudo conquistar un mercado seguro y en esa misma vecindad de casonas elegantes y apellidos de prosapia rebuscada, encontró el amor en la cálida y afable figura de Gabriela Lah. En esta tierra, el napolitano de Capo di Chino tendrá dos hijos: Gaetano y Olga.

Confiado en su habilidad y seguro de lograr grandes proyectos, Gaetano y su familia boliviana parten rumbo a la ciudad de La Paz. Antes, en esta urbe de montañas ocre y callejuelas angostas, Gaetano había tenido la oportunidad de conocer a la señora Brígida Della Torre, dama italiana de excelso respeto en el medio paceño. La señora Della Torre gozaba del aprecio de la población local gracias a su espíritu generoso y caritativo para con la gente necesitada. Ella arribó a Bolivia junto a su esposo, el comerciante Domingo Soligno.

Reunidos con la intención de crear una verdadera empresa textilera, Brígida Della Torre, Domingo Soligno, Gaetano Barbato y Agustín Forno acordaron estrecharse las manos para sellar un pacto fraterno a fin de establecer el negocio que les acarrearía ganancias importantes. Durante la gestación del proyecto, las diferencias entre los socios italianos afloraron súbitamente produciéndose rencillas que terminarían con la salida definitiva de Gaetano y Agustín Forno.

Soligno continuó solo la ejecución del proyecto logrando levantar los cimientos del que a la postre sería el Lanificio Boliviano Domingo Soligno.



Foto 23. Los italianos de La Paz hacen un alto en sus actividades para disputar un partido de fútbol. Arriba: Chiochetti, Berto, Mancini, Caborelli, De Col, Vaccari, Torello, Abajo: Bertoldo, Barbera, Barbato, Magnani y Forno. Archivo: Gaetano Barbato Lah, 2006.

Contrariado, pero con la firme decisión de no bajar la cabeza ante la adversidad, Gaetano emprende una nueva actividad, esta vez dentro del campo de la construcción. La Paz, ciudad que prestaba calido hospedaje al italiano y su familia, iniciaba por esa época –comienzos de la década del 30– una expansión demográfica y territorial de proporciones interesantes. Los valles del sur, hasta ese entonces lugar preferido de los paceños para encontrar diversión en sus tibias y acogedoras campiñas, se poblaban de a poco mientras los cerros aledaños veían prosperar cientos de diminutas casitas a sus pies. La urbe crecía lentamente y Gaetano quería contribuir con este proceso.

Haciendo uso de su ingenio y adjudicándose un pedazo de tierra en las postrimerías de la zona de San Pedro, el emprendedor napolitano inicia el diseño y la posterior construcción de la urbanización Bello Horizonte. Gaetano era conciente de su talento y creatividad, por lo tanto, pensaba obtener ganancias compartidas haciendo un buen uso de lo que tenía a mano. Así, la ciudad se beneficiaría con la ampliación de su espectro urbano gracias a la iniciativa del italiano. Algo similar ocurriría en las pampas gélidas y áridas de El Alto, región donde Gaetano construyó una nueva urbanización –Tilata–, allá por los años cuarenta, cuando esa urbe era apenas una extensión ventosa del inmenso altiplano paceño.

Sin embargo, dentro de su ser había un sentimiento que lo incitaba a recorrer antiguos caminos y recordar viejas sensaciones. Gaetano no pudo con su genio y la tradición familiar se impuso nuevamente. Era necesario abrir un almacén para confeccionar y vender casimires. De esta forma, Gaetano Barbato hilvanó su historia lejos de la vitrina familiar de Nápoles dejando como herencia para sus descendientes una verdadera muestra de valor y tenacidad.



Foto 24. Gaetano Barbato rodeado por su esposa Gabriela y sus hijos Gaetano y Olga. Archivo: Gaetano Barbato Lah, 2006.



Foto 25. José Barbato y familia, Cochabamba, 1942. Archivo: Gaetano Barbato Lah, 2006.

Camilo Bianchi: el flautista de Pavia

Cuando el siglo IX llegaba a su término un joven lombardo de nombre Camilo Bianchi quiso quebrantar la rutina para darle mayor sentido a su existencia. Cansado del peregrinaje constante de su casa a la escuela y de la escuela a las clases de música, Camilo se aferró con ilusión a la única oportunidad que tenía en las manos para cambiar aquel desapasionado estilo de vida. Conforme pasaban los días se incrementaban las posibilidades para que la compañía de

ópera del pueblo incursione en otros escenarios dispuestos en ultramar. Como buen flautista, Camilo formaba parte de este selecto grupo de músicos y veía en el posible viaje a la Argentina una ocasión inmejorable para demostrar su talento y las lecciones aprendidas en la *Scala di Milano*. Finalmente el viaje se concretó y el joven Bianchi obtuvo de sus padres el permiso correspondiente para cruzar el océano junto a la compañía de ópera. Al principio, los progenitores de Camilo se habían manifestado contrarios a esta idea porque presagiaban con angustia que su hijo no iba a retornar a Italia. El desenlace de los sucesos posteriores confirmó las sospechas del matrimonio Bianchi Bisttieri, Camilo no regresó más.

El desembarco de la compañía de músicos en Buenos Aires fue precedido por cierta ansiedad en el ánimo de los más jóvenes integrantes de la orquesta. Camilo empezó a vislumbrar para sí mismo un futuro prometedor en esos escenarios donde él y su flauta serían capaces de seducir al selecto público asistente. Por su parte, las distintas funciones que presentó la compañía de ópera se realizaron sin inconvenientes de consideración. El público asistente llenó las butacas y al término de los conciertos salió poco más que satisfecho con el espectáculo presenciado. Eso sí, antes de regresar a Europa los italianos pudieron vanagloriarse de haber presentado sus conciertos en el reconocido Teatro Colón de la capital argentina. Camilo no era ajeno al frenesí que vivía el grupo de músicos y con el entusiasmo que absorbía cada ámbito de su ser proyectó un plan para quedarse en Argentina un tiempo más. El día que la compañía de ópera debía embarcarse en el vapor para partir el joven Camilo Bianchi se esfumó sin dejar rastro alguno.

Conciente del acto que acababa de realizar pero no arrepentido, el lombardo consideró prudente desorientar a quien estuviera dispuesto a seguir sus huellas. Al menos deseaba ser prevenido ante alguna acción que pudieran ejecutar las autoridades argentinas, por encargo de su familia, para dar con su paradero. Se dirigió hacia el norte del país y asumiendo nuevos riesgos cruzó la frontera con el objetivo de buscar mayores aventuras en Bolivia. Camilo viajó por diferentes regiones del país andino y para costear sus gastos y necesidades acudía sin preocupaciones a su talento: tocar la flauta le venía bien pero tampoco se hacía de problemas si tenía que acudir al piano o la guitarra para distraer a su público ocasional. Viajando de día y de noche Bianchi disfrutaba de esa nueva vida, aunque desordenada, colmada de aventuras y riesgos que debían ser sopesados al instante para tomar con celeridad una decisión. El intrépido forastero acudía con frecuencia al ingenio para no sucumbir ante el hambre. Unos días se lo veía amenizando con sus instrumentos musicales las plazas de algún poblado, mientras que en otra ocasión era común observarlo dibujando en la calle con papel y carboncillo el rostro de los viandantes que se interesaban por su trabajo. Para el italiano estar

vivo cada jornada eran motivo suficiente para dar rienda suelta a la alegría y el entusiasmo. Vista de esta manera, la existencia no debía orientarse solamente a las preocupaciones materiales de este mundo, Camilo era un bohemio y esta circunstancia lo hacía, indefectiblemente, atractivo ante los ojos de los demás.

Visitando las placidas calles de Santa Cruz el singular artista de Pavia conoce a una atractiva jovencita llamada Antonia Costas. Los dos entablan amistad pero como lo suyo no estaba orientado solamente a conservar un simple vínculo de amigos, deciden mutuamente sellar su compromiso de amor en una relación seria. Antonia acepta la clase de vida que le propone su enamorado y juntos se encaraman en trenes, camiones o cualquiera de los medios que tenían al alcance para recorrer el país y registrar con una cámara fotográfica-también utilizaban el pincel y la pintura-paisajes y rostros de los lugares y personas que frecuentaban. Durante un tiempo la pareja fotografió la fachada de los pueblos y el aspecto de las ciudades y en la lista de las personas que retrataron figuraban los nombres de personajes importantes como los presidentes bolivianos Herzog, Peñaranda y Urriolagoitia. A pesar de ello, Camilo dedicaba mayor empeño e interés al arte militar dejando como muestra de esta afición pinturas al óleo que exponen las figuras altivas de Simón Bolívar y Antonio José de Sucre.

Dedicado a consumir sus metas, Bianchi no escatimaba recursos para lograr los objetivos señalados. En una ocasión, llamado por ese instinto natural de aventura y riesgo, partió hasta la región de Villamontes donde se libraba el conflicto bélico del Chaco. En ese sitio fotografió a la soldadesca boliviana y paraguaya a tiempo de sortear la balacera que cruzaba de un extremo al otro. Camilo no podía quedarse quieto por mucho tiempo, incluso cuando ya tenía un hogar estable añoraba trazar mapas geográficos en su mente para luego planificar nuevos recorridos. Junto a su pequeño hijo Hugo partió al Brasil montado sobre la carga de un camión. Antes de llegar a la población brasileña de San Luís de Cáceres, destino final de la excursión, padre e hijo disfrutaron del entorno natural que ofrecía las poblaciones de San José de Chiquitos y Roboré. Tomaron fotos de la fauna y la flora sin descuidar el registro fotográfico de las imágenes de las aldeas y sus moradores. Después de ausentarse de casa por varias semanas, los Bianchi regresaron por avión desde la nación vecina. Al respecto, Hugo recuerda algunos pormenores de aquellas lejanas jornadas: -Con mi padre hicimos ese viaje al Brasil que duró muchos días. En las noches, cuando debíamos detenernos en algún lugar del camino para descansar, él solía contarme aspectos relevantes de su vida en Italia y de los libros que leía por ese entonces. Antes que los cuentos de niños prefería divertirse leyendo novelas como Los Miserables, tenía un sentido muy agudo y perceptivo para el arte.

Camilo dispuso siempre de tiempo y ánimo para instalar sus estudios fotográficos en los distintos lugares a los que tuvo como residencia, aunque cuentan también que en sus visitas a determinadas regiones rurales solía disponer de un espacio para acomodar la cámara y los demás implementos. El arte lo cautivaba en todas sus manifestaciones y esta *passione mediterranea* la heredaron sus descendientes. El artista lombardo tuvo cuatro hijos: Camilo, Amalia, Emma y Hugo. El flautista de Pavia murió el año 1949.



Foto 26. El polifacético Camilo Bianchi. Archivo: Familia Aguilera Bianchi, 2011.

Biganó y la leyenda del "tapado" de Taraco

Juancito, el hortelano, trabajaba la tierra de la hacienda sin descanso bajo los rayos inclementes del sol altiplánico. Aquella faena a orillas del sagrado lago de los incas no iba a ser distinta de las otras salvo por un curioso episodio que afectó la existencia del campesino aymara. Juancito removía el suelo áspero con el arado hasta que un objeto sólido se interpuso en el camino imposibilitando que la yunta continué con su trabajo. Al percatarse de lo sucedido, el joven indio intentó desalojar el objeto que estaba estorbando sus labores pero para su sorpresa descubrió que el escollo no era una roca; el obstáculo constituía algo complejo de retener con la mirada y la

razón humana no estaba capacitada para comprender a cabalidad su significado real. El pongo de los Biganó no pudo sobrellevar la impresión que su accidental hallazgo le impuso y durante una noche estuvo divagando ebrio por los alrededores de la comunidad mientras profería lamentos y de su boca salían cánticos incomprensibles. A la mañana siguiente el cuerpo de Juancito fue hallado rígido y sin vida en un terreno baldío. Uno de los campesinos presentes en el lugar que llegó a escuchar las lamentaciones del malogrado hortelano la noche anterior, dijo que éste había descubierto con el arado un "tapado" y por esa razón exclamaba en su borrachera que su vida se extinguiría ese mismo día.

Los rumores de este extraño suceso llegaron hasta los oídos de Ambrosio Biganó, patrón de la finca de Taraco donde trabajaba Juancito, quien deseoso por recibir mayores detalles sobre el final de la vida de su pongo mandó a llamar a los indios más viejos de la comunidad para que le explicasen el significado de aquel incidente. Temerosos y desconfiados, los indígenas de la comarca sólo respondieron lo que consideraban pertinente. Sus ritos y creencias ancestrales les impedían revelar más de lo necesario. Con mayor razón si tenían que hacerlo a un "gringo" ajeno a la sabiduría del pueblo. Ambrosio tuvo que contentarse con saber que el dichoso tapado que horas atrás había producido tan infortunado desenlace estaba relacionado con ciertas piezas precolombinas de cerámica, piedra y metales preciosos desparramadas por el lugar. Sin embargo la curiosidad del patrón no parecía mermar. En un último intento por descifrar aquellos oscuros acontecimientos los campesinos de la hacienda, con el consentimiento de Ambrosio, realizaron una sesión de espiritismo para invocar el alma de Juancito. Después de intentar sin éxito el diálogo con el más allá, el hortelano se manifestó contrariando a los presentes porque ante todo requerimiento sólo se limitaba a responder con una negativa. Ambrosio, desesperado al no obtener respuesta que satisfaga sus inquietudes, le consultó al espíritu del pongo por última vez sobre el sitio exacto donde había hallado el tapado. Juancito le respondió entre burlesco y sarcástico: - ¿Para qué quieres más plata *tata*, no te basta con la que tienes? A raíz de este extraño episodio Ambrosio Biganó incrementó sus deseos por conocer de cerca la cultura andina y los tesoros que retiene en las profundidades el lago Titicaca. Con el tiempo y gracias al interés por descubrir piezas de arte precolombino, el hacendado proveniente de Monza se granjeó la amistad de personalidades rutilantes en el campo de la arqueología boliviana como Wendell C. Bennett y Arturo Posnasky.

De Buenos Aires a Coripata

Como se menciona líneas arriba, Ambrosio Biganó Morgante vino de Monza, región próxima a Milán, en 1896. El italiano llegó a Buenos

Aires para trabajar como empleado del servicio local de ferrocarriles. Posteriormente se trasladó, junto a otros italianos, a Bolivia con la intención de mejorar su estabilidad económica. Biganó hizo su arribo a La Paz acompañado por uno de sus paisanos. La Sede de Gobierno ofrecía espacios laborales suficientes para los viajeros, pero éstos prefirieron montar unas acémilas para trasladarse a la zona subtropical de Los Yungas. Después de recorrer varios kilómetros de sendas angostas y precipicios los forasteros llegan al poblado de Coripata. Biganó tenía dinero suficiente para montar un negocio en esas latitudes y como la región era propicia para el cultivo de la fruta y otros productos naturales, decide invertir los ahorros acumulados durante su estadía en Argentina adquiriendo tierras. Trabajando en esos suelos fértiles de naturaleza exuberante conoce a Gumercinda Castañon, dama coripateña que le ofrecerá su corazón y la disponibilidad para organizar un hogar. La pareja tendrá en total tres hijas; Zoila, Neftalí y Blanca.

Ambrosio ejerció un rol aceptable como jefe de familia. Si bien sus hijas crecieron en un ambiente bucólico durante la primera infancia, las escuelas de Coripata eran precarias y los estudiantes necesitaban instruirse con un programa elemental de estudios, mostraron probidad y disposición para recibir la ayuda de una institutriz traída desde la ciudad. Posteriormente las tres niñas partieron a La Paz para ser matriculadas en el colegio. Ambrosio y Gumercinda continuaron en Los Yungas trabajando con ahínco en la actividad agrícola. Con el paso de los años la familia se reencontró en la urbe del Illimani. La situación económica familiar era ampliamente favorable y Ambrosio tuvo tiempo para comprar dos fincas más en la región de Taraco, cerca al Lago Titicaca. Las últimas actividades del emprendedor lombardo estuvieron concentradas en la conducción de la Junta de vecinos de Churubamba, barrio donde tenía su domicilio. Después de haber cosechado éxitos importantes, Biganó dejó este mundo en la ciudad de La Paz en el año de 1957.

La encomiable actividad de Zoila

Zoila no se amilanaba fácilmente ante cualquier eventualidad. Desde niña, apenas contaba con nueve años, adquirió fortaleza para poder valerse sola en un territorio complejo como el que ofrecía la urbe. Dejar el hogar paterno en Coripata fue difícil, pero la pequeña sabía que este distanciamiento temporal sería útil para sus futuros propósitos. Inscrita en el Liceo de Señoritas de Venezuela, la hija de Biganó y Gumercinda demostró aptitudes para el estudio. Posteriormente llegó hasta las aulas de la Universidad Mayor de San Andrés y en esta casa de estudios obtuvo la licenciatura en Derecho y Ciencias Políticas. En una época desfavorable para las aspiraciones profesionales de la mujer Zoila Biganó expuso coraje y ejerció su

profesión libremente como cualquier abogado. Por esos mismos años tuvo como colega a la señora Josefa Saavedra, destacada profesional que fue la primera mujer en ocupar un cargo en la Corte Suprema de Justicia. A medida que Zoila se internaba en los ámbitos enrevesados de las leyes, pudo comprobar con sorpresa como el Código Civil emparejaba los derechos de la mujer con las normas y leyes dispuestas para los infantes y discapacitados mentales. Esta situación le indignó. Conocía de cerca el trato que la sociedad tradicionalista y machista dispensaba a las mujeres sometiéndolas a un *status* inferior sin poder ejercer a cabalidad sus derechos civiles. De la misma forma que una leona defiende con garras y colmillos a su camada de cachorros, la combativa Biganó se endosó el traje de mando para comenzar la lucha por los derechos y políticas de la mujer. Durante quince años estuvo peleando para que éstos sean reconocidos plenamente por el Estado; al final, en 1947, se obtuvo un cambio en el Código Civil a través del cual se consagraba la igualdad de condiciones entre hombres y mujeres respecto al ejercicio de los derechos civiles. Antes, en 1935, Zoila fundó la Unión de Mujeres Americanas (UMA) Capítulo Bolivia y el Ateneo Femenino de Bolivia respectivamente, con el objetivo de vigorizar la batalla que sostenía con las autoridades. El combate fue largo y extenuante, a pesar de ello Zoila no desmayó en la consecución de sus objetivos. Si tenía que escribir artículos en la prensa para difundir las condiciones de sometimiento a las que estaba expuesta la mujer lo hacía sin vacilar. Su actividad feminista incluyó también la defensa de los derechos políticos del sexo femenino en particular el derecho al sufragio.

En 1936, Zoila conoció a Franklin Antezana, destacado profesional cochabambino, con quien conformó un hogar decente y sometido a las normas del respeto. Mientras enamoraron, Franklin fue objeto de ciertas bromas y comentarios desatinados que le hacían sus amigos respecto a las actividades que desarrollaba su prometida: éstos solían espetarle al oído que “tenga cierta cautela con Zoila porque es guapa pero intelectual”. Zoila y Franklin tuvieron tres hijos, Guido, Fernando y Franklin.

Aunque casada y con la responsabilidad de cuidar el hogar, Zoila no varió las ideas con las que comulgaba a diario, beneficiar al prójimo sea éste mujer o no, le satisfacía el espíritu, por ello decidió continuar con las actividades que se había trazado. Junto al sacerdote Tumiri creó la Acción Católica Rural para promover la edificación de iglesias y parroquias en el campo. También tuvo tiempo de incursionar en la política y fue elegida diputada nacional por La Paz en 1960. Ya en 1984 fue acreedora del premio internacional “Mujeres de las Américas ” en Nueva York y el gobierno boliviano, reconociendo su labor abnegada en beneficio de los derechos de la mujer y el niño, le confiere en 1990 el “Cóndor de los Andes”.

Activa hasta los últimos instantes de su vida, esta noble mujer de ojos grandes y sonrisa afable muere el año 2006.



Foto 27. Zoila Biganó. Foto 28. La señora Biganó, de abrigo gris oscuro, posa a la izquierda del presidente Juan Perón durante su visita a la Argentina. Archivo: Guido Antezana Biganó, 2011.



Foto 29. Zoila y Franklin en 1948. Archivo: Guido Antezana Biganó, 2011.

Mario Bortolini, “El Capitán de la compañía”

Navegando a bordo de su pequeño barco llamado “Montello”, Mario se desplazaba confiado por las aguas del irreverente río Chapare. Ni la penumbra acosadora de la selva frondosa ni el rugido esporádico del jaguar hambriento podían turbar la tranquilidad que reinaba en la embarcación de madera. El italiano se las sabía todas. Conocedor de cada uno de los recodos del río, no existía bosque o jungla del exuberante trópico cochabambino que sus pasos aventureros no hubieran explorado. Esta peculiar experiencia le permitió ostentar conocimientos y anécdotas que ni el más avezado de los exploradores bolivianos pudo igualar. Al menos, así lo señalan las páginas históricas del libro familiar de los Bortolini.

Sin embargo, Mario Bortolini tiene una historia que contar y ésta nace más allá de la ribera de los ríos amazónicos bolivianos. En un

lugar donde el barullo madrugador de los loros y el seductor paisaje anaranjado del amanecer tropical son algo impensado o simplemente extraído de alguna mente fantasiosa. Como fantasiosas y extravagantes resultaban las palabras de Emilio Bottega cuando éste se refería a su viaje por las inhóspitas selvas de Bolivia. Todo aquel que prestaba oídos y atención a las inverosímiles narraciones del viajero, quedaba gratamente fascinado y con el deseo de embarcarse con prontitud hacia la lejana Sudamérica. Emilio Bottega había regresado a Italia con la finalidad de recoger sus pertenencias más queridas –mujer e hijos incluidos– para luego mandarse a jalar de un empujón hasta las tierras cautivantes de ese remoto paraíso terrenal. Fluyendo como ráfagas de viento, las alucinantes crónicas del expedicionario llegaron hasta Santi Angeli, poblado de Treviso, donde un grupo entusiasta de jóvenes quedó maravillado por los relatos que sacudían la imaginación de los pobladores.

De esta forma, Antonio Dametto, Mario Bortolini y Rafael Cazzol, junto a su hermano Félix, alistaron equipajes para abordar el vapor que los trasladaría hasta las costas sudamericanas. Como es de suponer, en el hogar de Mario, sus padres, Constante y Bernarda, tuvieron que asentir resignados ante la insistencia del muchacho. La situación económica de la familia no era de las mejores, por lo tanto se abrigaba la esperanza de que el joven encontrara empleo lejos de Italia. Unos años antes, los Bortolini habían perdido a su hijo Antonio en una trinchera mientras combatía en la guerra, ahora, el otro hijo varón se ausentaba de la casa insinuando un viaje extenso y quién sabe sin retorno. Como presagiando un adiós definitivo, Mario observaba emocionado los candidos rostros de sus hermanas. En la casa de Santi Angeli del Montello iban a quedar Angelina, María, Annetta, Prima y Seconda.

En las entrañas de la selva

El 17 de marzo de 1926 el puerto de Génova amaneció colmado de gente. En las dársenas, la actividad de los estibadores transcurría febril y sin pausas; mientras en el muelle los pasajeros –la mayoría de ellos inmigrantes con boleto para abordar los camarotes de tercera clase– musitaban entristecidos las últimas palabras de despedida a sus familiares antes de encaramarse sobre la embarcación que los trasladaría a Sudamérica. En esos instantes, Mario, Antonio, Rafael y su hermano Félix contemplaban emocionados la proa imponente del barco “Giulio Cesare”. Ésa era la nave que los transportaría a través del océano, rompiendo olas y soportando tempestades intempestivas para luego atracar en las aguas ocres del Río de La Plata.

Los jóvenes viajeros italianos permanecieron pocas horas en la capital argentina. En torno a sus cabezas giraba, como moscardas

cargosas, la impaciencia y sobretodo la incertidumbre. Ellos deseaban llegar lo más pronto posible a la lejana ciudad de Cochabamba. En esa región meridional boliviana de clima agradable y paisaje vistoso alquilarían una recua de mulas para luego trasladarse hasta el agreste villorrio de Todos Santos. La particular caravana tardó nueve días en llegar al pequeño poblado cochabambino. En todo ese tiempo, los europeos pudieron observar paisajes, hombres y animales que hasta ese instante creían ser propiedad exclusiva de las narraciones fantasiosas de Julio Verne. Así, asombrados por la magnificencia del lugar y la inverisimilitud de las criaturas que lo habitaban, los amigos de aventura decidieron instalarse en Todos Santos, dispuestos a trabajar en esas atractivas tierras salvajes.

Todos Santos fue, por un tiempo limitado, uno de los puertos fluviales más solicitados en la región del Chapare. Esta población servía de puente para comunicar el occidente minero del país con las vastas serranías del oriente boliviano. Y fue en este escenario, propicio para ejercer la agricultura, donde los italianos encontraron sosiego para su espíritu y ocupación para el cuerpo. Emilio Bottega instaló una casa comercial para abastecer al pueblo entero; los hermanos Cazzol incursionaron en la producción de leche y sus derivados, mientras que Antonio Dametto buscó ganancias criando ganado vacuno. Finalmente, Mario Bortolini decidió trabajar los campos verdes y húmedos de la selva para dedicarse de lleno a las faenas agrícolas. Allí, Mario sabía desde un inicio cortejar con el río. Lo conocía de cerca y sabía de sus arrebatos violentos y su bravura indomable. En más de una ocasión habían tenido encuentros cercanos. El río le despojó sus bienes y el italiano, molesto pero no abatido, optó por sacar provecho de la insolencia de su adversario natural utilizando su corriente para navegar.

Desde ese momento, Mario hizo escuela y pronto adquirió los conocimientos necesarios para ejercer las tareas de un verdadero almirante en río revuelto. No aprendió como cualquier grumete en la popa de un buque ni recibió lecciones de navegación básica; sin embargo, el hombre de Santi Angeli ejercía como capitán y timonel en su propia gabarra. Así, sin necesidad de utilizar catalejos ni dar órdenes estrictas a ningún subalterno, el italiano recorría con la tranquilidad de una garza los meandros y las ciénagas de los principales río amazónicos bolivianos. Él transportaba todo tipo de productos, sobretodo goma, castaña y cueros bovinos hacía las regiones benianas de Trinidad y Guayaramerín. Pero Mario no quiso estar más solo. Cansado de coquetear con las aguas revoltosas del río, el joven inmigrante buscó complemento y felicidad en la atractiva compañía de Irma Ehrmantraut, muchacha de origen francés residente en Todos Santos. Irma bendijo el hogar del italiano con ocho hijos: Constantino, Angelina, Marcelo, Celia, Doris, Lidia, Mario

y Elise. Una familia grande como las que se formaban en Italia, aquella patria distante en el tiempo y el espacio.

La familia creció en un marco de respeto y solidaridad. Día que pasaba, Mario se encargaba de solidificar los valores y la decencia de sus jóvenes hijos. Incluso el pequeño Giovanni, sin ser italiano de sangre y mucho menos tener la apariencia de su padre, adquirió gustoso estas enseñanzas. Él fue adoptado por Mario cuando sus padres biológicos –indígenas sirionós– abandonaron la aldea donde el niño se criaba.

Diestro para la mecánica y hábil confeccionando sus propios zapatos, Mario Bortolini trabajaba de sol a sol. Nada lo mortificaba, ni siquiera la leishmaniasis que contrajo durante una de sus múltiples incursiones a la selva. El italiano era fuerte y decidido como el jaguar solitario que acechaba sus pasos en el monte.

Ya en el ocaso de sus días, cuando las visitas se hacían frecuentes en la casa de los Bortolini, Mario se sumergía en la nostalgia para traer del pasado las canciones de su niñez. Así, "El Capitán de la compañía", "*La Villanella*", "*E pichia pichia*" y "*La Valsugana*" recorrían armoniosamente los parajes de la vecindad de Todos Santos. Mario entregó la vida al trabajo duro y el corazón a su familia.



Foto 30. Mario Bortolini antes de cumplir los veinte años. Edad con la que partió a Bolivia. Archivo: Celia Bortolini, 2007.



Foto 31. Una verdadera postal familiar. Mario posa junto a su esposa, hijos y nietos en la casa de Todos Santos. Archivo: Celia Bortolini, 2007.

El inolvidable Héctor Bubba

–Nunca vayas al cerro sin calma y paciencia, de nada te servirá llevar la mejor de las escopetas si es que antes no vas sereno y dispuesto a engullirte un par de horas esperando a que aparezca la *pisaka*⁸⁷. Ésta vuela apenas se siente acorralada. Es en ese preciso momento cuando debes disparar. Si tienes buena puntería tranquilízate, el resto lo harán los perdigones– le explicaba seguro y con aires doctorales Héctor Bubba a su joven acompañante de cacería.

Y no era para menos, el italiano conocía aquel territorio como la mismísima palma de su mano. Tanto los paredones escarpados donde acomodaban su inaccesible madriguera las vizcachas, como los pajonales amarillentos de la pampa orureña eran parte de los dominios inextricables de Héctor. Él, cada vez que tenía la oportunidad, hacía gala de sus amplios conocimientos geográficos sobre el suelo del país que lo acogía.

–Ustedes, como bolivianos, no conocen casi nada de su tierra, en cambio yo, que vengo desde el otro lado del mundo, atravesando mares y atracando en puertos distintos, puedo jactarme de conocer muchos departamentos y provincias de este país– complementaba, sin olvidar las típicas gesticulaciones que hacen los hombres del mediterráneo.

Antes de buscar residencia en Oruro y, por ende, asechar permanentemente a las atolondradas gallináceas, Héctor hizo una aparición repentina en la ciudad de Sucre. Su estadía en la capital boliviana no tenía otro objetivo que instalar la fábrica de pastas y fideos del tío Pedro en las antiguas instalaciones del negocio de Luis Zamora. “Él vino a Sucre en 1952 para recoger la fábrica que tenía mi papá. Allí instalaron la sucursal de la Ferrari de Oruro y por esas fechas nos conocimos” recuerda, con la emoción y nostalgia de una adolescente enamorada, Gladys Bubba.

Héctor no sólo trabajó como encargado de planta en la nueva fábrica de fideos de la capital, allí contrajo matrimonio con Gladys Zamora y en esa tranquila región boliviana nació su afición por la cacería de perdices. En una ocasión, cuando la pareja de recién casados empezaba a conocer las mieles del amor, el italiano cayó detenido en la estación de policía por haberse excedido supuestamente en sus afanes cinegéticos.

“No hay manera de olvidar aquel episodio. Por aquella época Héctor, un primo hermano mío, mucho más joven que mi marido, y un grupo de muchachos del lugar se aprestaban a cazar *pisakas* por vez primera. La fortuna no los acompañó, y al final la cacería fue un

⁸⁷ En lengua aymara, perdiz. En la zona del altiplano boliviano se conoce con el nombre de *pisaka* a la perdiz andina.

rotundo fracaso. Los jóvenes que acompañaban a Héctor se hallaban sumergidos en un mar de aburrimiento y, como no encontraron ninguna perdiz, decidieron hacer fuego con los pollos que merodeaban por ahí. Más de diez gallinas estiraron la pata al recibir una nube plumiza de perdigones. Los cuerpos emplumados todavía calientes fueron depositados en el interior del automóvil. Si no me equivoco dentro del motor. Mi esposo no sé dio cuenta del hecho y desilusionado al no haber conseguido ninguna presa partió iracundo hacía la ciudad. Los jóvenes se dieron un banquete con el picante de gallina que prepararon en sus respectivos hogares. Mientras Héctor, sorprendido por una repentina citación policial, tuvo que rendir cuentas al dueño de los pollos abatidos”, rememora Gladis, haciendo a un lado el cigarrillo para emitir una sonora carcajada.

Sin embargo, Héctor tenía otras habilidades y no sólo se contentaba con ir a cazar aves al campo. En Piacenza, su tierra natal, había aprendido a recrear el ocio dibujando con lápiz y carboncillo, habilidad que la solía acompañar jugando al fútbol con sus amigos. Por ese entonces no era extraño observarlo con la cabeza inclinada sobre una hoja de papel dándole forma a una silueta con el lápiz o correteando en la cancha tras el cuero marrón de la pelota. Estaba tranquilo haciendo lo que más le gustaba y eso lo tenía relajado, hasta que se produjo la repentina llegada del tío Pedro Ferrari. El familiar –empresario consagrado en un extraño y distante país sudamericano– invitó a su joven sobrino a seguirlo en esa nueva aventura donde el muchacho fácilmente podría encontrar prosperidad ayudándole en la conducción de los negocios de ultramar. Héctor aceptó de buenas a primeras la oferta y partió con los primeros rayos del sol, incluso antes que las madrugadoras gaviotas del puerto se despezasen.

En Bolivia las cosas no serían distintas. Tanto en Oruro como en Chuquisaca, Héctor Bubba gozó de la consideración y el respeto de la comunidad entera. Su charla afable y seductora atrapaba hasta al más taciturno de los vecinos. Ameno y dedicado a complacer a los demás, Héctor trabajó incluso como representante de su patria en Sucre. Durante dieciocho años estuvo al mando del consulado italiano en esa ciudad. Allí recibiría la visita de diplomáticos y embajadores europeos. El italiano había alcanzado la felicidad en esta tierra lejana y tenía motivos suficientes para expresarlo. El matrimonio de Héctor Y Gladys alcanzó la cima de la alegría con el nacimiento de tres niñas: Cristina, Gioconda y Mónica.

Desde hace un tiempo, las *pisakas* corretean cautelosas por el pajonal orureño, saben que por ese mismo territorio alguna vez merodeo la escopeta implacable de un simpático italiano.



Foto 32. Tanto en Italia como en Bolivia el afable Héctor Bubba supo elaborar amistades inquebrantables. Archivo: Gladys Zamora, 2006.



Foto 33. Héctor y los pequeños hermanos de Gladys, juntos eran amigos y compinches de aventura. Foto 34. Armando Ferrari, hijo de Pedro, y Héctor Bubba durante un encuentro familiar en Oruro. Archivo: Gladys Zamora, 2006.

El maître Buscaglione

Mario contaba las horas de forma pausada y segura mientras la mula que estaba montado ascendía por quebradas accidentadas y

peñascos puntiagudos. El andar cansino pero firme del robusto animal cauterizaba cualquier indicio de preocupación. Esto, sin duda, tranquilizaba al italiano, ya que su mente necesitaba relajarse lo más pronto posible para ayudarlo a pensar detenidamente en la decisión tomada hace un par de semanas cuando todavía se encontraba trabajando como conductor en la estación de tranvías de la capital argentina. Allí, Mario había decidido dejar de lado aquella aburrida y monótona ocupación. La paga no era mala pero tampoco le permitía soñar con un futuro cómodo y apartado de las bulliciosas calles porteñas. Por la cabeza le rondaba constantemente la idea de dirigir sus pasos hacia Bolivia, nación cercana a la Argentina y conocida por su riqueza mineral. Así, decidido a cruzar la frontera a como de lugar, el romano se hizo de una mula para emprender tamaña aventura. Durante muchos días tuvo que soportar estoicamente el ardor y los calambres que le producía el roce de la montura en la entrepierna. Esto, claro, para citar uno de los muchos inconvenientes que iban apareciendo en plena travesía. Al final, Mario Buscaglione llegó a su destino después de haber recorrido kilómetros enteros sobre el lomo pardusco del híbrido.

Cuando Mario llegó a La Paz, se encontró con una urbe tranquila, de temple sereno y adormecido similar al de algunos poblados argentinos donde había tenido la oportunidad de pernoctar durante su extenso viaje. Las callejas angostas y poco transitadas contrastaban notoriamente con el trajín atosigante de las grandes rutas bonaerenses. Incluso, por aquellos tiempos, no era para extrañarse observar en pleno centro de la ciudad los movimientos toscos y presurosos de un campesino tratando de dirigir los pasos cerriles de una recua numerosa de llamas. Sí, las diferencias eran notorias entre una urbe y otra, el inmigrante italiano lo sabía, sin embargo, el cambio fue de su agrado y allí quiso establecerse.

Mario encontró trabajo en menos de lo que canta un gallo. Su oficio, como era de suponer en una persona activa y de imaginación desbordante, estaba en organizar –nada más y nada menos– los banquetes de la casa presidencial. La habilidad culinaria que tenían sus manos unida a la pericia innata que el romano poseía a la hora de disponer las viandas en la mesa, le valieron un reconocimiento impensado en esa pequeña sociedad clasista de maneras afrancesadas. Las felicitaciones circulaban de boca en boca, sobretodo cuando estas masticaban gustosas las delicias que el equipo del *maître* italiano había preparado. La atención dispensada por Mario era exquisita y fina, a tal punto que, en más de una oportunidad, sus eficientes servicios hicieron ablandar los rasgos fríos y teutónicos del presidente German Busch.

–Amigo, invíteme aquello que huele sabroso, deseo ser el primero en probar sus manjares antes que los demás empiecen ha atragantarse

con estas exquisiteces– le decía el mandatario, con ese acento grave y sonoro tan propio de él, cuando se aproximaba a la cocina.

Ante estos cumplidos presidenciales, el *maître* romano se limitaba a esbozar una sonrisa discreta. Él era conciente de la calidad de su trabajo, por ello, su esfuerzo se incrementaba a medida que transcurrían los días. Ninguna tarea debía quedar inconclusa. Los mozos y las cocineras tenían obligaciones asignadas y no podían darse el lujo de cometer falta alguna. Mario disponía de un carácter cordial y amigable con sus empleados pero no soportaba en absoluto la dejadez, menos la displicencia. Pero el *maître* no sólo se dedicaba a impartir ordenes, también utilizaba la cocina como un verdadero salón de clases. Cuentan que en una de estas ocasiones, a Mario se le dio por difundir una de sus recetas mas valoradas. Recogiendo huevos, limones, aceite y quién sabe algún ingrediente más, el italiano, con una practicidad única, elaboró una salsa de mayonesa de sabor y consistencia inigualables. De esta forma, los canapés de Mario adquirieron fama y prestigio en los diversos salones donde fueron servidos.

Definitivamente la fortuna se había afincado en el hogar de Buscaglione. Para ese entonces estaba casado con Petronila Motta y tenía tres hijos: Martha, Georgina y el pequeño Mario. Claro, el *maître* nunca se olvidaba de su hija mayor, Livia, fruto del amor que éste prodigó a Rebeca Rodríguez, dama arequipeña que conoció cuando recién iniciaba su exitosa carrera.

Mario Buscaglione ejerció como padre de familia a cabalidad. En su casa –lo mismo se puede decir de su corazón– había espacio suficiente para cobijar a los hijos del primer matrimonio de Petronila con Eduardo Invernizzi, éste último había fallecido muy joven dejando en la orfandad a seis hijos.

Mario vivió el segundo y definitivo periodo de la vida de un hombre con excesos y despreocupaciones. El dinero que el trabajo le reportaba iba destinado al juego y los fines de semana se convirtieron, de forma abrupta, en escenario ideal de encuentros impostergables entre amigos italianos. Sin embargo, el romano de estampa generosa y corazón noble engendró amor en su familia y ahora no faltan lágrimas emotivas cada vez que se lo recuerda como digno padre y destacado presidente del Círculo Italiano.



Foto 35. Mario Buscaglione, el *maître* de los banquetes presidenciales. Archivo: Martha Tellería Buscaglione, 2006.



Foto 36. Mario con sus dos hijas, Georgina y Martha Buscaglione Motta. Foto 37. La hija mayor de Mario, Livia, aparece apoyada en el hombro de su madre, Rebeca Rodríguez. Archivo: Martha Tellería Buscaglione, 2006.

A bordo del "Expreso Camarlinghi"

Conrado creció con la certeza de haber nacido en un mundo distinto al de todo adolescente de su edad. En su casa de Florencia la melancolía y el abandono eran huéspedes permanentes y no había forma de persuadirlos para que abandonasen cuanto antes el lugar. Hasta el elegante reloj de la pared parecía cumplir un rol macabro al marcar con puntualidad horas y minutos desoladores. Pronto, la casa entera adquirió la frialdad y el silencio sepulcral de una cripta. No se vislumbraba ningún cambio en el interior, y los distintos ambientes del otrora dichoso hogar de los Camarlinghi se empeñaban en mantener tibio y palpitante el recuerdo de la tragedia. Ésta había sucedido de golpe, sin previo aviso. El calendario todavía no señalaba el mes de la trágica muerte de su esposa, cuando, movido por la depresión y la angustia que carcomía su alma, el señor Camarlinghi optó por declararse inhábil para seguir viviendo en esta tierra y con sus propias manos le puso fin a su existencia dejando en la orfandad a seis hijos.

Así, abatidos y sin el entusiasmo que sus años juveniles les exigían, Conrado y sus cinco hermanos trataban inútilmente de buscar consuelo. Éste no demoró en llegar, algunos de los familiares más cercanos—conmovidos por los trágicos acontecimientos acaecidos en la familia—decidieron acudir en su auxilio para reacomodarlos en hogares distintos. Diseminados por Europa y América, los hermanos Camarlinghi hallaron con prontitud sentido a su existencia, aunque esto iba a tener un precio elevado, no volver a encontrarse nunca más.

Conrado viajó por muchos lugares antes de establecerse en las tierras altas de Bolivia. Su espíritu estaba fortificado y de su niñez en Florencia sólo quedaba un recuerdo amargo y tenue. Ahora debía empezar a amoldar su destino según su conveniencia. Ya había padecido demasiados sufrimientos y no podía quedarse con los brazos cruzados esperando que la dicha y la prosperidad arribasen solas y sin invitación alguna. Él, astuto e intrépido como una raposa dentro del gallinero, organizó sus ideas para engendrar un proyecto innovador y sin par. Trabajando duro por las mañanas y meditando concentrado por las noches, Conrado pudo, finalmente, establecer en 1929 la empresa Expreso Camarlinghi, negocio dedicado al transporte terrestre de pasajeros. El toscano conocía de motores y esta habilidad le fue sumamente útil a la hora de adquirir automóviles y camiones de alta capacidad y buen rendimiento. La prestigiosa marca de motorizados Saurer fue la elegida por el italiano para iniciar los constantes recorridos de La Paz a Cochabamba. Estos primeros viajes eran largos y agotadores, el camino, diseñado exclusivamente para aguantar las ruedas de una carreta, levantaba contrariado nubes espesas de polvo a cada arremetida del camión, provocando cierto malestar en los pasajeros. El florentino —tolerante y siempre de buen humor— sabía llevar las cuerdas de sus corceles

con destreza cada vez que le tocaba conducirlos. Además, el novel transportista tenía más sorpresas debajo la manga. El ingenio agudo de Conrado le permitió acaparar una nueva ruta en su hoja de viaje. Con sus vehículos de alto tonelaje empezó a cubrir el tramo de Atocha a Uyuni transportando carga y pasajeros hacía la estación de trenes de esa pequeña localidad potosina. Los viajeros veían complacidos el servicio prestado por el italiano, ya que el ferrocarril proveniente de Buenos Aires los dejaba –maletas y todo– en Atocha y desde allí debían ingeniárselas para llegar a la gélida puna de Uyuni. En ese poblado se hacía regularmente la conexión de trenes para arribar a las demás ciudades bolivianas. Conrado sonreía gustoso, las ganancias se incrementaban y el prestigio de su empresa crecía, además tenía la posibilidad de recrear la vista con el paisaje y la fauna del altiplano. A menudo, el toscano solía distraer la vista con el vuelo sincronizado de las bandadas rosas de flamencos. Le costaba creer que esas aves de pico giboso y figura desgarrada coordinasen tan bien el vuelo cortando con sus irreverentes alas el aire de esas alturas inconmensurables.



Foto 38. Conrado hace un alto en el camino para encaramarse sobre el techo de su automóvil. El toscano trasportaba pasajeros y carga hacia otras regiones de Bolivia. Archivo: José Camarlinghi, 2006.

Acostumbrado a lidiar con el clima hostil de las pampas altiplánicas y el ensimismamiento de los habitantes del ande boliviano, Conrado Camarlinghi comenzó a prefigurar una vida servicial en aquellas

vecindades remotas y abandonadas de la mano de Dios. En 1932, cuando Bolivia y Paraguay derramaban dispendiosamente la sangre de sus hombres en las planicies ardientes del Chaco, Conrado ofreció un lote de camiones al ejército boliviano para transportar los víveres que las tropas necesitaban en el campo de batalla. Esta suerte de caravana humanitaria partía desde la ciudad de La Paz para llegar hasta la misma línea de guerra. Es de suponer que durante el viaje Conrado y sus conductores estaban expuestos a todo tipo de peligro, quizás el más serio, caer en una emboscada enemiga. El toscano no ponía reparos cuando de ayudar se trataba. Su compromiso con la causa boliviana iba en serio; por aquellos días nada le satisfacía más que transportar a la tropa en la carrocería de sus motorizados. Le gustaba sentirse útil y esta sensación le fortificaba el espíritu ante tanta adversidad padecida.

Incluso, durante las jornadas extensas de viaje hacia la región inhóspita del Chaco, Conrado no perdía la costumbre de escuchar con deleite el ronquido áspero que producían sus vehículos cada vez que estos reiniciaban la marcha. Desde su arribo, el florentino había dispuesto un monto de dinero suficiente para adquirir una motocicleta Indian. Con ella paseaba envalentonado por las calles empinadas de la ciudad y su aventura terminaba, frecuentemente, en las laderas extremas del arrabal de Sopocachi. Allí, meditaba sereno mientras sus ojos se extraviaban en las atractivas cimas rojizas de los cerros del valle de Aranjuez. Casi siempre la contemplación panorámica del motociclista terminaba de forma abrupta gracias al mugido impertinente de las vacas que pacían por los alrededores.

A bordo de su moto, el italiano era indomable y temerario, condiciones decisivas cuando quiso romper límites y marcar registros. Audaz como pocos, Conrado se ganó el reconocimiento y la admiración del pueblo paceño un 12 de agosto de 1924, obteniendo el primer lugar en el campeonato interdepartamental (La Paz-Oruro) de motociclismo. Todo hacía pensar que su vida estaba ligada a un volante. Sin embargo, la historia de Conrado no sólo estaba compuesta por tuercas y carburadores, también jugaban un rol importante su esposa, Ana Rosas, y sus cuatro hijos: Ada, José, Martín y María Dolores. La familia boliviana que amaba por sobre todas las cosas.

El corazón de Conrado dejó de latir en 1937, ese día cesaron de funcionar los motores del Expreso Camarlinghi.



Foto 39. La imagen de la familia unida. De izquierda a derecha, Ada, Ana Rosas, el pequeño Martín, José, María Lourdes y Conrado Camarlinghi. Archivo: José Camarlinghi, 2006.



Foto 40. Conrado posa satisfecho después de haber conseguido el primer lugar en la competencia motociclista de 1924. Foto 41. El emprendedor transportista pasea en su moto Indian por los alrededores del barrio de Sopocachi. Archivo: José Camarlinghi, 2006.

Capra, talento y creatividad

Paolo Capra jugaba a ser explorador. En sus sueños infantiles el pequeño piamontés de Monte Grosso de Asti se embarcaba, frecuentemente en galeones de gruesa contextura, para desafiar con descaro a las inclementes aguas del océano. En estas aventuras oníricas, el niño descubría mundos nuevos donde los hombres –casi siempre extraños habitantes de piel acanelada y cabellera frondosa– comulgaban armoniosamente con la naturaleza que los rodeaba. En esas tierras colmadas de misterio y de verde vegetación, las caídas de agua cristalina hacían un recorrido eterno y los animales silvestres –seres desconocidos ante los ojos de un niño europeo– sorbían indiferentes el líquido sin temor alguno. Las aves, no más grandes que un moscardón y de plumaje iridiscente como el de un quetzal, batían sus diminutas alas por encima de la cabeza de los humanos. Estos, a su vez, semidesnudos y libres de toda malicia, caminaban despreocupados por las rutas y senderos que la selva les iba ofreciendo. Paolo sonreía gustoso y no quería desprenderse de este peculiar paseo de los sueños. A menudo, las imágenes deslumbrantes de esos paisajes paradisíacos eran difíciles de hallar. Él lo sabía, por eso, la mayoría de las veces debía resignarse a verlas, sin el esplendor que sus sueños le conferían, en las láminas de estudio de la carpeta escolar.

Sin embargo, el piamontés ignoraba que cada hombre tiene asignada en la vida una ruta por recorrer y ésta, salvo contadas excepciones, no tiene marcha atrás. Paolo, joven y con la madurez suficiente para elegir su camino, optó por vestirse de inmigrante y lanzarse tras la búsqueda de sus lejanos sueños infantiles. En las remotas tierras del caribe sudamericano esperaba encontrar lo que sus sueños le musitaban cuando estaba dormido. El viaje lo hizo en un vapor y su destino preliminar estaba puesto en arribar lo más pronto posible a las costas venezolanas. Confiado y seguro de lo que hacía, no esperaba encontrar en el trayecto un país de climas diversos y geografía interesante. Lo curioso es que Paolo, empedernido en hallar con prontitud las bondades que ofrecía el ardiente trópico americano, recaló en las elevadas montañas del ande boliviano. Habitándose al soplido impío de los nevados, Paolo impuso serenidad a su espíritu y comenzó tranquilo a ejecutar su plan de vida lejos de casa. En 1939, pondría a la práctica los conocimientos de ingeniero que adquirió en el Tecnológico de Milán y, junto a su colega y paisano, Mario Bonino, fundaría la empresa constructora Sudamericana en la ciudad de La Paz. Entre Mario y Paolo había un mar de afinidades y éstas no tardarían en ser avistadas. Ambos hablaban un mismo dialecto, el piamontés, y los dos sentían un deseo apremiante por hacer grandes obras en esas tierras de hombres silenciosos.

La empresa constructora de los italianos catapultó obras de gran emprendimiento, como: la construcción del edificio Perrin Pando en la

calle Colón de la Sede de Gobierno; la instalación de la infraestructura del laboratorio químico-metalúrgico Barrande Hesse; la edificación del Colegio Militar de Irpavi (obra ejecutada bajo la supervisión del Ministerio de Defensa en 1941); la construcción de los ambientes del Automóvil Club Boliviano en la nueva zona residencial de Calacoto; y, finalmente, la elaboración del proyecto para construir el camino carretero entre La Gacheta de Lambate y la mina Ucrania en la provincia Murillo de La Paz⁸⁸.

La Sudamericana trabajó con empeño hasta el año 50. De ahí para adelante la sociedad entre ambos amigos se disolvería dejando un legado urbanístico importante en la memoria de los paceños. Mario decidió orientar sus pasos hacia la floreciente ciudad de Santa Cruz de la Sierra, mientras que Paolo, consecuente con su espíritu aventurero, ensayó un nuevo proyecto dentro de su cabeza. En esta oportunidad, incursionaría en la explotación de mineral.

Sigiloso y discreto hasta consigo mismo, el constructor de ojos claros y mirada profunda escarbará por un tiempo determinado en las entrañas rígidas de la tierra extrayendo algunos minerales de valor estimado. Esta actividad le permitirá recorrer impensadamente distancias inconmensurables dentro del territorio boliviano. En 1951, afincado en las húmedas tierras de Rurrenabaque, Paolo hace suya la idea de atraer mano de obra italiana a la región de Ixiamas en el norte de La Paz. Capra, sesudo y claro a la hora de exteriorizar sus pensamientos, deseaba aprovechar la exuberante riqueza virginal de esos campos para abrir una nueva veta de desarrollo en Bolivia. Después de insistir ante las autoridades locales y exponer con elocuencia sus planes, el proyecto navegó sin llegar a puerto seguro y desde aquel día duerme archivado en alguna gaveta pública.

Paolo Capra tuvo tres hijos varones: Freddy, Guido y Juan Carlos, luego de contraer matrimonio con la señora Mercedes Jemio. Desde hace un tiempo, sus restos descansan en un cementerio de la apacible región de Camiri. En vida, este notable piemontés formó parte del grupo de ciudadanos emprendedores que fundaron el Circulo Italiano de La Paz.

⁸⁸ Valentino Freddi Tanghetti, op.cit., p.80.



Foto 42. Paolo Capra (primero a la derecha y de pie) en una de las muchas reuniones de los socios del Circulo Italiano. En la foto también aparecen los señores Todesco, Barbato, Ostuni y Salvietti, entre otros. Archivo: Juan Carlos Capra, 2006.



Foto 43. El ingenioso constructor piamontés en su casa de Camiri, allí pasaría sus últimos días. Archivo: Guido Capra Seoane, 2007.

El doctor Cartasegna

En el laboratorio del doctor Domingo Cartasegna el orden y la disciplina fueron, por mucho tiempo, invitados permanentes. Todos los utensilios e instrumentos de trabajo eran manejados con el mayor cuidado posible y los distintos matraces y tubos de ensayo brillaban relucientes cada vez que el químico turinés encendía la pálida y mortecina luz de la vieja lámpara del techo. El microscopio, herramienta indiscutida a la hora de analizar las diversas muestras minerales, posaba erguido a un costado del frío mesón de cemento y cerámica. En un rincón de la sala, apoyadas junto al mortero, las muestras pétreas exponían sus colores verdes ocráceos y no faltaba alguna que dejaba escapar, de forma intencionada, algún destello dorado. Salvo por ese olor indescifrable y repelente que expelen los compuestos químicos cuando son inhalados, el lugar era apacible e invitaba a la relajación constante. No en vano, los alumnos del doctor Cartasegna acudían presurosos al laboratorio solicitando su ayuda y asesoramiento. Para toda interrogante, el italiano tenía una respuesta clara y sus consejos y palabras doctas satisfacían las necesidades académicas de todo aquel que se aproximaba hasta el lugar. No concebía la idea de negar ayuda a sus pupilos. En la cabeza todavía tenía incrustados los recuerdos distantes de su época estudiantil en Turín. En esos años, era común verlo caminar ansioso por los pasillos de la facultad acechando la espalda de los docentes. No podía irse a casa tranquilo sin antes haber saciado la voracidad de su espíritu inquieto y curioso. En Italia terminó sus estudios y allí obtuvo la especialidad en química-metalúrgica.

Pero Domingo no sabía que todos sus conocimientos, adquiridos durante largos años de estudio en Europa, serían puestos en práctica al otro lado del océano, en un país del cual tenía pocas referencias y que a menudo solía olvidar el nombre. Sin embargo, desde que puso ambos pies sobre suelo boliviano, el doctor Cartasegna encontró el sitio apropiado para verter la ciencia aprendida con esfuerzo y sacrificio en largas y agotadoras jornadas de trasnoche. En un principio, su llegada tuvo un carácter estrictamente laboral. Él debía cumplir un contrato de trabajo en la región del altiplano boliviano. Sus servicios profesionales eran solicitados con premura en el interior de los socavones de la mina Huanchaca. Allí empezó a conocer Bolivia y sólo Dios sabe si el viento gélido que recorre esas planicies le habrá susurrado al oído que en estas tierras desconocidas iba a encontrar su destino.

No pasó mucho tiempo desde su llegada y ya tenía una cantidad importante de actividades que cumplir. En La Paz se hizo amigo de los residentes italianos y con ellos fundó la Sociedad Italiana de Beneficencia Roma. El decoro y la amabilidad con las que se desenvolvía –sumado a su talento como profesional– le permitieron ocupar cargos importantes y su persona cobró trascendencia inigualable en el interior de la colectividad. El ascenso comenzó en la

mismas Sociedad de Beneficencia Roma, allí permaneció por muchos años como dirigente indiscutido gozando del aprecio y respeto de los inmigrantes italianos. Y es que no todo iba a acabar allí, su capacidad como químico-metalúrgico traspasó el umbral de la Casa de Italia para instalarse en las oficinas de Análisis de la Aduana de Bolivia. En esta institución desempeñó con altura el cargo de Director⁸⁹.

Pero si algo le producía satisfacción y regocijo era la enseñanza pública. Puntual y discreto como un anglosajón, el doctor Cartasegna iniciaba sus clases de Ingeniería y Ciencias Exactas en los amplios salones de la Universidad Mayor de San Andrés. El barullo que producían los estudiantes en el salón era aplacado súbitamente cuando la figura espigada del maestro italiano hacía su aparición. Una vez iniciada la clase, el silencio se apoderaba del recinto para luego ser abatido por el fuerte vozarrón del italiano.

Domingo Cartasegna cumplió a cabalidad como profesional, docente y padre de familia. Dos niñas, fruto de su enlace matrimonial con María Rosa Santa Cruz, trajeron la alegría al hogar del piemontés: Lita y Justa. Es a través de ellas que ahora perdura el legado de éste ejemplar ciudadano italiano.



Foto 44. El doctor Cartasegna interrumpe sus actividades en el laboratorio para tomarse una fotografía. Foto 45. Domingo cuando llegó de Italia en los años 20.
Archivo: Clemencia Cuellar de Moura, 2006.

Gino Cattoretti: Un constructor de caminos

La complexión robusta y viril del joven potrillo alentaba un porvenir gratificante colmado de esperanzas y sueños de campeón. Al menos,

⁸⁹ Dante Sabbioni, op.cit., p.1093.

esa era la sensación que percibía Luigi –Gino para sus afectos– Cattoretti cada vez que contemplaba satisfecho los pasos todavía atolondrados del potro recién nacido. A Gino le gustaban los caballos, por ello, hacía con frecuencia un alto en sus actividades rutinarias para luego dirigir religiosamente sus pasos hacia las caballerizas del club hípico “Los Indios”. Una vez en el lugar, el ingeniero lombardo cabalgaba despreocupado sobre la montura de un brioso caballo marrón. Podía pasarse el día entero sobre la grupa de su jamelgo preferido; levantando nubes de polvo en el hipódromo pacheño corría veloz por la pista de tierra hasta que ambos, hombre y corcel juntos, como si fuesen un centauro, empezaban a rezumar sudor y satisfacción mutua. El espectáculo, casi siempre, llegaba a su fin cuando las infaltables obligaciones laborales y familiares del italiano invocaban su presencia inmediata. Entonces, Gino Cattoretti dejaba los estribos y las bridas para otra ocasión.

Sin embargo, la historia de Gino está más allá de los establos y las carreras de caballo. Ingeniero de profesión, Luigi Cattoretti Porrini llegó a Bolivia desde su natal Gallarate con una meta preestablecida: divisar senderos para después abrir caminos. El joven ingeniero creía fielmente en sus aptitudes profesionales y deseaba probarlas lejos, muy lejos de su patria. Para ello, entabló contacto con sus primos hermanos, Virgilio y Francesco, quienes se habían marchado con anterioridad hacia Bolivia buscando mejores días en un horizonte desconocido pero amigable. En La Paz, los familiares de Gino dirigían las riendas de una importante empresa, la Cattoretti & Hermanos, importadora de tractores y maquinaria pesada. Anoticiado del éxito que cosechaban sus primos, Gino emprende el viaje ansioso y con la seguridad de conquistar logros significativos en esa parte de América. El lombardo arriba a la ciudad de La Paz en 1927, y no es hasta que se establece como Dios manda que su nombre empieza a repercutir en aquella sociedad de costumbres decimonónicas. Más rápido de lo pensado, Gino emprende una veloz y ascendente carrera dentro de la ingeniería y la vida pública paceña, y es en estas circunstancias donde conoce a Carmen de la Serna. Con ella contraerá matrimonio un 22 de febrero de 1936 y de esta unión nacerán dos hijos: Gino Humberto y Elisa María Lisette.

Gino aprendió a querer a la patria de su nueva familia con todos los defectos y virtudes que esta portaba. Tolerante y comprensivo, el italiano observaba atento las madrugadas convulsionadas en las que el país entero ingresaba a un nuevo golpe revolucionario. El pueblo boliviano, aquel que conocía calmo y sereno, esa apariencia indígena modesta y el rostro agrietado por el frío viento de la montaña, mudaba súbitamente de temperamento para convertirse en el más fiero e indomable de los leones. Nadie podía contener los arranques de ira de cientos de obreros y campesinos que, casi siempre, ponían a la nación entera patas arriba sacudiendo los estamentos más

sólidos del gobierno. Gino, cauteloso y prudente, contemplaba los cambios abruptos que proponía el indómito vulgo. Incluso su propio temperamento tuvo que ponerse a prueba aquella vez en que estalló la mentada revolución agraria del 52, allí perdió parte de las tierras que había comprado en La Paz con sacrificio incansable y privaciones permanentes. A pesar de todo, Gino Cattoretti sentía en lo más profundo de su ser formar parte de esa sociedad hospitalaria pero de mirada montaraz y desconfiada. Antes de producirse la remoción social, el ingeniero de Gallarete estuvo trabajando por un periodo de tiempo importante en la empresa Patiño Mines & Enterprises.

Prevenido, pero con el ánimo imbatible, Gino empleaba a fondo todos los conocimientos de ingeniería que había aprendido en Italia para extender puentes y abrir senderos. Como constructor se le adjudica la ejecución de los siguientes caminos: Carretera La Paz-Quime-Inquisivi; el camino Caracollo-Oruro; el tramo carretero entre Chapare-Cochabamba y finalmente, un sector de la vía La Paz-Beni. Su excelsa labor fue premiada al concederle, el gobierno boliviano, el cargo de Director General de la Sección Máquinas y Motores del Ministerio de Obras Públicas.

Gino también participó activamente en otras actividades empresariales. En el sector de la minería, fue gerente de las minas Colquiri y Kami, ambas pertenecientes a la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL). La visión progresista de sus ojos agudos y su capacidad innata para hacer negocios le permitieron incursionar en el ramo maderero, dirigiendo las acciones de la empresa Johansson & Cia.

A Gino le tocó vivir activa y febrilmente. Su mano laboriosa nunca dejó de producir y, mientras a su lado estuvo instalada la salud, las iniciativas y las obras solidarias florecieron por doquier. Pero su verdadera pasión estuvo ligada al hipismo, de ella no se desprendió nunca, en sus recuerdos más preciados estuvieron presentes los relinchos caprichosos de un corcel.



Foto 46. Luigi "Gino" Cattoretti, ingeniero lombardo recordado por su trabajo loable en Bolivia. Archivo: Elisa María Lisette Cattoretti, 2006.



Foto 47. Gino Cattoretti practicando hipismo en el desaparecido club hípico "Los Indios". Foto 48. Cattoretti impulsó la apertura de caminos en Bolivia; la imagen fue tomada durante un recorrido en la vía a Irpa Irpa. Archivo: Elisa María Lisette Cattoretti, 2006.

Ido Civardi, un león de corazón noble

Ido Civardi no sólo le propuso matrimonio y lealtad eterna a Giuseppina, también le ofreció embarcarse en un navío trasatlántico para poder descifrar juntos la historia de amor que el destino les había preparado al otro lado del mar. Giuseppina Mascándola no la pensó dos veces y, junto a su compañero, emprendió una aventura de la que nunca se iba a olvidar. De esta forma, la pareja de italianos llegó hasta las frías mesetas altiplánicas de la ciudad de Oruro en 1948⁹⁰ cargando, apenas, valijas repletas de ilusión y entusiasmo. El cambio de hogar y de costumbres –brusco pero no inesperado– fue amortiguándose a medida que pasaban los días. Además, la adaptación a este nuevo suelo fue más fácil gracias a la decidida colaboración de Don Pietro Ferrari, hermano de la madre de Ido y exitoso empresario en la región. Ido no dejó pasar el tiempo y, entusiasta como era, se puso el overol para trabajar en la fábrica de su tío, la Ferrari Ghezzi Ltda. Las jornadas laborales eran extensas y la mayoría de las veces agotadoras, la empresa marchaba firme y veloz como una locomotora otorgando pocos espacios de descanso y esparcimiento. Sin embargo, Ido se las ingeniaba para dar rienda suelta a su carácter ameno y emprendedor. En los arenales de Oruro gozaba del paisaje local y de las curiosidades que en él se encontraban, caminar en esas dunas de arena era como desplazarse por el medio de un gran desierto africano, y los fines de semana los tenía dedicados al paseo familiar y a la caza de la escurridiza perdiz. Casi siempre solía acompañar las excursiones al campo con sus amigos entrañables: Guillermo Salvietti y el primo Héctor Bubba. Pero el destino le tenía preparado otros viajes y emociones distintas en el seno de ese país que empezaba a conocer. Después de haber dedicado seis años de trabajo constante en Oruro, Ido y Giuseppina se trasladan a Sucre. Allí criarán a sus tres hijos: Agostino, Ana María Silvana y Fabricio.

En la capital boliviana las cosas no serían distintas. Ido siguió ligado a la empresa Ferrari Ghezzi Ltda., mientras que Giuseppina se dedicó a tiempo completo al cuidado de su hogar. En esta ciudad de aspecto sereno y estampa colonial, los Civardi entablarían amistad con otras familias de inmigrantes italianos. A menudo, las familias Poggi, Lorenzetti, Andreatta y Linale visitaban complacidas el hogar de Ido y Giuseppina. Así, las tardes de cálido sol chuquisaqueño transcurrían amenas y los italianos refrescaban sus recuerdos más remotos al compás de una charla encendida por el buen humor del grupo y matizada por las anécdotas de otros tiempos y lugares entrañables.

Cuando el cielo de Sucre se pintaba de azul y blanco

⁹⁰ Dato extraído del artículo "Don Ido: Del Juventus al Stormer´s". Suplemento deportivo "El Rayo", Sucre, 9 de agosto de 1999.

A Ido le gustaba pasear por los alrededores de la ciudad y casi siempre lo hacía acompañado de la mano de uno de sus hijos. Cada vez que salía de su casa, el cónsul honorario de Italia –distinción que lo llenaba de orgullo– andaba firme y con ese indiscutible aire garboso que heredó de sus antepasados en Piacenza. Ido tenía los ojos bastante claros, a tal extremo que muchas veces su mirada parecía retener la tonalidad celeste del inmaculado cielo boliviano. Nada le llamaba más la atención que observar todo cuanto le rodeaba. Su vista era aguda y detallista como la del milano cuando contempla los saltos dubitativos de la liebre. Durante el habitual paseo era inevitable encontrarse con gente conocida. Los amigos bolivianos le guardaban un afecto único y el respeto hacia su persona dentro de la pequeña colectividad italiana crecía desmesuradamente. Y este reconocimiento de ciudadano ejemplar no era solamente producto de la afabilidad con la que frecuentemente conducía su trato y conversación. Ido se hizo conocido por su espíritu altruista y fue a través del balompié donde su generosidad y pundonor deportivo cobraron notoriedad y significación social. El italiano amaba el deporte y no existía situación más desoladora para él que observar la derrota de sus dos grandes pasiones futbolísticas, la Juventus de Turín y el Sporting Club Stormer´s de Sucre. A esta última institución le dedicaría tiempo, cariño y dinero. “El 25 de enero de 1914, se funda el Stormer´s, siendo uno de los equipos de fútbol más antiguos del país. Esta institución, la primera de Chuquisaca, albergó a jugadores de primer nivel que procedían de toda Bolivia. Mi padre, como dirigente, los contrataba para que jueguen en el equipo y también les facilitaba el acceso al estudio. Es por esto que, muchos jugadores, una vez terminado su ciclo como futbolistas, pudieron culminar una carrera profesional y ahora se desempeñan en cargos importantes en sus respectivas profesiones”, agrega orgullosa Ana Civardi.

El decano del fútbol chuquisaqueño brilló con luces propias mientras Ido Civardi estuvo al frente de la dirigencia. El italiano preparó el terreno para que la escuadra blanquiazul obtenga su primera copa Simón Bolívar y la posterior inserción en la Liga del Fútbol Profesional Boliviano, estos destacados hechos –inéditos hasta ese momento para cualquier institución futbolística chuquisaqueña– hicieron del Stormer´s un equipo a considerar.

Ahora, de esas jornadas gloriosas queda muy poco. Ni siquiera el viejo estadio de Surapata, testigo ocular de aquellas tardes de victoria azulada, sigue en pie. Ido se fue y sólo una mirada melancólica y por momentos absorta en el horizonte mantiene intactos los recuerdos de aquel tiempo. Son los ojos de Giuseppina que esperan pacientes por la sonrisa cómplice de su compañero.



Foto 49. Ido, Giuseppina y el pequeño Agostino almuerzan en el comedor del vapor "Julius Cesar" que los traslada a Italia. Archivo: Ana Civardi, 2006.



Foto 50. Los jugadores del Stormer's, Lima y Carvajal posan junto al niño Fabricio Civardi. Foto 51. Ido Civardi y su grupo de amigos italianos y eslavos comparten un día de excursión en las afueras de Oruro. Archivo: Ana Civardi, 2006.

Colanzi: El labrador de la esperanza

Pedro Colanzi caminaba descorazonado por las calles de Vasto, su pueblo natal. La hambruna colectiva junto a la desesperante situación de pobreza en la que se hallaban sumergidos miles de agricultores italianos lo tenía hastiado y con los ánimos por el suelo. Esta vez, el golpe macabro que la Segunda Guerra Mundial había asestado a la península entera fue devastador. Los hombres, casi siempre jóvenes enérgicos y con ansias de producir la tierra que sus antepasados les habían heredado, se veían obligados a dejar sus hogares para luego hacer una fila interminable en las agencias de trabajo de las principales ciudades italianas. Era un hecho seguro que muy pocos lograrían emplearse en algún oficio de subsistencia, la gran mayoría estaba obligada a encaramarse sobre un vapor para después partir hacia América. Pedro no quería tomar una decisión precipitada. Él era conciente de la caótica situación que vivía su patria, por ello, debía ser sensato a la hora de elegir una salida a la crisis feroz e impía que empezaba a gobernar las almas de los más necesitados y que pronto se apoderaría de la suya. Sin embargo, fue bajo esas circunstancias extrañas e inexplicables que trae el destino, donde pudo hallar un atisbo de luz, suficiente para creer nuevamente en la vida y albergar alguna esperanza. Un día, mientras andaba bajo el sol abrasador del verano romano, tuvo la fortuna de encontrar a un funcionario diplomático de alto rango. El hombre era sudamericano y en Roma cumplía las funciones, nada más y nada menos, de embajador. Pedro congenió desde un principio con la autoridad extranjera y logró granjearse su amistad. El italiano conquistó la confianza del diplomático boliviano y éste, aprovechando las influencias que el cargo le otorgaba, obtuvo el permiso para firmar un contrato dando paso a la creación de una Cooperativa Agrícola en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Colanzi no creía lo que sus ojos miraban, presa de un júbilo súbito se marchó hasta Vasto y allí empezó una verdadera campaña de reclutamiento. El agricultor recorrió de un extremo a otro la región del Abruzzo para finalmente convocar a los hombres más aptos y dignos de llevar adelante aquel proyecto de trabajo en tierras sudamericanas. Es así, que junto a Pedro zarparon los señores Colamarino, Ciancaglini y Salles para, una vez instalados en tierra boliviana, crear la Cooperativa Agrícola San Miguel⁹¹.

Los italianos encontraron una ciudad pequeña y de apariencia modesta. El calor, la humedad y la vegetación exuberante de los llanos adyacentes contrastaban notoriamente con la información que tenían de Bolivia. Las calles, salvo las que estaban próximas a la plaza principal, tenían el piso cubierto por una arena rojiza que, a no ser por las indómitas ráfagas de viento, delataba constantemente la huella pesada de los carretones jalados por unos bueyes de cornamenta monda. Es muy probable que por la mente de los

⁹¹ Valentino Freddi Tanghetti, op.cit., p.142.

Europeos haya cruzado la idea de toparse frente a frente con la fría mole de un nevado andino. Pero en Santa Cruz, el paisaje era distinto y la vastedad de las tierras verdes invitaba a soñar con un futuro prometedor.

Luego de cumplir un año de estadía, trabajando sin las herramientas adecuadas bajo un calor insoportable y soportando la presencia indeseable de los mosquitos, el entusiasmo y la entereza del grupo fue decayendo y pronto el desgano cundió en el ánimo de los agricultores. El gobierno de Bolivia había cumplido a medias sus palabras, puesto que las tres mil hectáreas de tierra fueron entregadas en las proximidades del Ingenio Azucarero Guabirá pero sin la maquinaria ofrecida. Algunos de los hombres se marcharon desalentados a Italia mientras Pedro aunó fuerzas para buscar un nuevo emprendimiento en aquellos parajes del oriente boliviano.

Pedro anduvo sin detenerse buscando oficio por toda Santa Cruz. Algo en su interior le decía que aquella tierra lejana, de porvenir expectante, iba a convertirse en el hogar de su futura descendencia. Pedro creyó sin desfallecer y pronto obtuvo empleo. Trabajó como administrador de la Propiedad Agrícola San Lorenzo, en Montero Hoyos, y luego administró la empresa de cerámica del piamontés Mario Bonino. Por un tiempo determinado fue proveedor de materiales de construcción para la empresa Techint en la construcción del puente de Pailas⁹².

Pedro Colanzi murió en la ciudad de Cochabamba en 1970 después de haber trabajado honrosamente en distintas actividades. Sin embargo, su legado no pereció con él. Sus hijos: Rocco, Rony Pedro, Alejandro, Carlos, Pedro y Consiglia heredaron el vigor y la aptitud de su padre a la hora de engendrar ideas y proyectos de vida.

⁹² Ibid., p.143.



Foto 52. Pedro Colanzi, su hijo Rocco y el entrañable amigo Giuseppe Sallese en la ciudad de Cochabamba, allá por los años 50. Archivo: Renzo Colanzi S, 2006.

Los Comboni: Entre santos y condes

Desplazarse por los acogedores vergeles del valle cochabambino fue, desde siempre, el pretexto ideal para agasajar al espíritu y reconfortar los ánimos exhaustos. La naturaleza que prospera en el ambiente atrapa implacable la atención del viajero ocasional o de aquel que sólo busca un espacio para reacondicionar los pensamientos y descansar de las opresiones rutinarias que trae la vida. Y, si no, basta con preguntarle a esa pareja escandalosa de horneros que revolotea inquieta del piso al poste de luz. Allí construyeron su nido con barro y paja al mejor estilo de las chozas de adobe levantadas por los campesinos del altiplano boliviano. Pero las avecillas de plumaje rojizo no son barullo y espectáculo todo el tiempo, también saben de confidencias humanas y por ello guardan un secreto que pocos conocen. Es más, son testigos discretos de la historia de amor entre un noble italiano y una atractiva viuda cochabambina. Cuentan que un día Silvio Comboni, químico industrial que llegó desde Milán, cabalgaba despreocupado por los atractivos parajes del valle de Mizque, su montura aparentaba ser segura y nada hacía pensar que iba a sufrir un contratiempo. El caballo, conocedor del lugar, trotaba a paso liguero cada vez que el jinete se lo exigía con los estribos. De pronto el animal emitió un relincho desconcertante, los ojos le brotaron rabiosos y sus belfos llenos de saliva espumeante se estiraron flexibles destapando una mueca espeluznante. Enloquecido incomprensiblemente, el caballo arrojó por los aires al extranjero, éste cayó al piso fracturándose uno de los brazos. La ayuda no tardó en llegar y Silvio fue trasladado hasta el pueblo, allí tuvo que reposar hasta que sus heridas cicatrizasen y el brazo afectado mejorase. De no haber sido por la atención esmerada y comedida de una joven viuda, su estancia en aquel villorrio habría transcurrido colmada de tedio y desesperación.

Honorata Taborga, dama cochabambina respetada y conocida en la sociedad de ese entonces, conquistó con celeridad el corazón del infortunado lombardo. Silvio quedó prendado de la belleza y carisma de Honorata y más pronto de lo pensado le propuso matrimonio. La bondadosa viuda no lo pensó dos veces y exaltada por el gozo que le transmitía su corazón le dio el sí un día cálido de 1911. De esta unión nacieron tres hijos: Leopoldo, Emma María y Roberto⁹³.

Silvio trabajó en su campo con el entusiasmo de haber podido consolidar un hogar en Bolivia. En la ciudad de La Paz, el italiano organizó una fábrica de jabones y ceras satisfaciendo las necesidades de la población local. Durante mucho tiempo estuvo entregado a las exigencias y demandas de su oficio. Su fortaleza y emprendimiento eran consistentes como la madera de un roble y no fue hasta 1944 – año en que se produjo su deceso– cuando la energía que irradiaba su espíritu emprendedor se apagó repentinamente. Pero el afable Silvio

⁹³ Ibid., p.91.

Comboni, conde De Fantoni, tuvo en Italia un pariente –tío para ser precisos– que no iba a pasar inadvertido ni siquiera ante los ojos del mismísimo Papa.

Daniel, el obispo de Brescia

En torno a la figura de Daniel Comboni se extiende una estela de admiración y respeto consagrados. Y es que el obispo de Limone obtuvo después de muerto recompensas impensadas gracias a su orientación altruista cuando todavía posaba los pies sobre esta tierra de sonrisas escuetas y lágrimas extensas. Daniel fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 17 de marzo de 1996⁹⁴. Desde esa fecha, el camino hacia su santificación quedó expedito y ahora sólo resta que se erija una imagen suya para que todos los devotos de su causa acudan en masa al templo y, a tiempo de depositar un ramillete de flores, puedan encomendar el alma al benefactor que, un lejano día de 1831 vio la luz en las orillas del lago de Garda.

De carácter inquieto y desafiante, Daniel asumió el liderazgo de una lucha interminable. Él quiso, un buen día, que los distintos pueblos africanos sean protagonistas de su propia historia aceptando la evangelización como un plan divino de reconciliación e integración. Misionero incansable, Daniel fue nombrado como primer obispo efectivo del África Central. Además, pudo fundar la Obra del Buen Pastor para la regeneración del África con la ayuda de las hermanas y los padres “combonianos”. En Italia se lo recuerda con cariño ya que creo infinidad de institutos seculares y pudo impulsar la impresión de la primera revista misionera *Nigrizia*. Con esta publicación buscó afanosamente concienciar a la sociedad italiana sobre la crisis humanitaria que padecía el continente negro. Daniel Comboni en vida hizo mucho por los necesitados y su esfuerzo colmó de gracia y bendición a quienes lo conocieron.

⁹⁴ Ibid., p.90.



Foto 53. Honorata Taborga y Silvio Comboni. Archivo. Margarita Comoboni Amaretti. 2006.



Honorata, Emma, Silvio,
y Roberto.

Foto 54. Leopoldo, Emma y su padre Silvio. Foto 55. La familia Comboni posa en el jardín de su casa. Archivo: Margarita Comboni Aimaretti, 2006.

La vidriería de Elio Crispieri

En la casa de Doña Elena Crispieri todavía se respiran aires melancólicos. Y no es para menos. Ella acaba de sostener una lucha

cuerpo a cuerpo con la muerte y para su fortuna salió bien librada. Ahora, contempla exhausta desde la cabecera de su cama las pálidas e intrascendentes imágenes que proyecta la televisión local. No le fastidia en absoluto la compañía de otras personas, siempre y cuando estas no vengán a perturbar la tranquilidad del lugar, pero si halla molestos y hasta despreciables los tratamientos médicos que debe seguir religiosamente cada día. Doña Elena está cansada y sabe que el tiempo y la enfermedad son implacables a la hora de cobrar cuentas. “Más aún cuando se ha vivido tanto y en buena compañía” reitera una y otra vez buscando afanosamente la foto de su marido, Manolo. Pero ella desea evocar las escenas memorables del pasado y no pierde oportunidad para contar la historia de su familia. No quiere más sorpresas desagradables que puedan privarla de sus recuerdos entrañables y por ello activa con precisión sistemática su memoria para luego ir desglosando pausadamente los capítulos familiares.

–Ahora sé de donde llegó mi abuelo, Mario Crispieri. Él vino desde Taranto, y una vez desembarcado en las costas chilenas atravesó la frontera para encontrar estabilidad laboral en suelo boliviano– empieza narrando con una lucidez imprevista.

A medida que va desentrañando el relato, sus ojos pardo verdosos empiezan a contener, como dos grandes diques de concreto, las aguas emotivas que trae el recuerdo. Acaba de enterarse que en Italia existe una antigua fortaleza llamada “Castello di San Crispieri”, la cual fue instalada en las faldas verdes de la Sierra que lleva el mismo nombre. En este paraje remoto, los bosques de hayas y los animales salvajes se encargan de capturar la atención del visitante.

–Es para no creerlo, hasta un castillo tenemos en Europa– sonríe la convaleciente señora mientras sus manos temblorosas sujetan con dificultad el documento escrito en italiano que acredita sus palabras.

Sin embargo, la historia de los Crispieri tiene eco propio en Bolivia y es en este país sudamericano donde se desarrolla la actividad del primer miembro de la familia. Mario llegó hasta la ciudad de La Paz con la intención de instalar un negocio que le proveyera satisfacciones económicas. Por ello, en una céntrica y concurrida calle de la Sede de Gobierno abrirá una vidriería. Antes, Mario había conocido en Quillota, Chile, a una dama de nombre Josefa con la que tuvo cuatro hijos: Domingo, Deisa, Mario y Elio. Éste último heredará el talento y la creatividad de su padre al momento de esmerilar con destreza los cristales. Elio Crispieri amaba el trabajo y esta actitud le concedió un lugar privilegiado dentro de la sociedad paceña. No sólo administró con solvencia la vidriería de su progenitor, también trabajó junto al italiano Alceste Venturini en una marmolería frente al Cementerio General. Pero Elio gozaba al contemplar el reflejo de su

rostro en el cristal y fue al esmerilado y biselado de vidrios a los que les puso más empeño.

–La dirección de la vidriería, si mal no recuerdo, estaba ubicada en la calle Loayza número 599. Los vidrios y espejos llegaban encajonados desde Bélgica. En la medida de mis posibilidades, yo lo ayudaba cuidadosamente a acomodar la mercadería. Me gustaba colaborar–
recuerda nostálgica Doña Elena.

Elio tuvo dos hijas de su matrimonio con Carmen Nardín Rivas: Elena y Yolanda. Pero la figura atractiva y esbelta del vidriero no pasaba desapercibida en la sociedad de ese entonces. Pronto terminó la relación con Carmen para organizar un nuevo hogar junto a Clara Valdés. De esta nueva empresa amorosa Elio tuvo tres hijos más: Lido, Augusto y Ricardo.

Por muchos años la vidriería Crispieri gozó del aprecio y la confianza del pueblo entero. La elegancia y durabilidad de sus cristales eran famosas y no había pacheño que no conociese el lugar. Elio construyó, sin darse cuenta quizás, un hito dentro de los negocios más importantes de la época. Antes de retirarse a su exilio voluntario en Chile, Elio comerció con lo más selecto de las porcelanas y cristalerías europeas.

El vidriero más famoso de La Paz murió en Arica después de haber cristalizado sus sueños comerciales.

Hoy, en su alcoba, Elena Crispieri hace un último intento por recordar nombres y lugares. Su mente ya no le responde como antes, pero ella se niega a entregarse a las manos del olvido, y su corazón, algo débil todavía, palpita la exquisitez de los años pasados.⁹⁵

⁹⁵ Elena Crispieri falleció poco después de brindar esta entrevista, creo que le habría gustado ver este libro.



Foto 56. Elio Crispieri, el vidriero más famoso de La Paz. Archivo: Elena Crispieri, 2006.



Foto 57. Elena Crispieri y Manuel García en el día de su boda, detrás se ve a su padre Elio. Foto 58. Una imagen de la señora Carmen Nardín Rivas. Archivo: Elena Crispieri, 2006.

Anna Cultrera; la dama de la ayuda social

Cuando Anna llegó a Bolivia era tan sólo una jovencita simpática, de sonrisa fácil y mirada aguda que se desvivía por descifrar la extraña pero a la vez atractiva silueta de los cerros paceños. Su espíritu inquieto comulgaba a cabalidad con la ansiedad y el entusiasmo desbordante que imprimían sus años juveniles. Sin embargo, Anna sabía guardar las apariencias cuando las circunstancias así lo exigían, después de todo era la hija del nuevo embajador italiano y ella era conciente de la tarea importante que debía cumplir su padre en esta urbe de riscos accidentados y hondonadas profundas. Por su parte, Alessandro Cultrera trajo desde Italia la misión específica de rehabilitar las relaciones diplomáticas entre su país y Bolivia. Relaciones, por cierto, fracturadas a raíz del tormentoso conflicto bélico que instauró en el planeta la Segunda Guerra Mundial. Una vez acomodada en la residencia de la plaza Avaroa, la familia de Anna empezó a relacionarse con la camarería y trato delicado que dispensaba el cuerpo diplomático acreditado en La Paz. Las fiestas y banquetes eran pan de cada día y la joven siciliana no perdía la oportunidad para encontrar nuevas amistades. Así, entre vinos exquisitos y canapés apetecidos, la hija del embajador Cultrera adquirió significación social en ese medio y la afabilidad que irradiaba su carácter comenzó a cautivar a propios y extraños. Y fue, precisamente en una de estas recepciones sociales, donde conoció la figura cultivada del ingeniero Roberto Dalenz. La atracción entre ambos jóvenes fue inmediata y más pronto de lo pensado la italiana traspasó el umbral de la iglesia vestida de novia. Anna y Roberto congeniaron desde el principio y sólo la sombra inevitable de la muerte pudo separarlos. Claro, después de haber compartido 53 años de matrimonio y criar, nada menos, ocho hijos: Rafael, María Grazia, Isabel, Alfredo, Roberto, Gabriela, Patricia y Ana María.

Criada bajo los principios elementales del hogar italiano, Anna se encargó de difundir en todos sus hijos el amor por las cosas esenciales de la vida.

–Como buena italiana pienso que todo gira en torno al amor y que los conceptos de tradición y familia son la base del éxito para que la vida esté adornada de todo este arte que por tradición nos pertenece– apuntaba segura de sus palabras cuando tuvo la oportunidad de ser entrevistada por un medio escrito local⁹⁶.

Pero Anna Cultrera tenía más cartas bajo la mesa. La sensibilidad y cariño de su corazón se esparcían más allá de las paredes de su

⁹⁶ Elsa Dorado, *Anna Cultrera de Dalenz. Digna representante de la alta expresión artística y humanística de Italia*, (La Paz) Suplemento Femenina, El Diario, 28 de marzo de 2002.

hogar y cada vez que sentía la necesidad de ayudar a alguien, no había medio o persona que se lo impidiese. Es más, desde que puso los pies sobre suelo boliviano pudo palpar con la fragilidad de sus manos consentidas la miseria en la que se debatían cientos de personas. Sin perder más tiempo, la joven siciliana se inscribió a la Asociación de Damas Italianas y ocupó las funciones de Secretaria de Actas. Más tarde, y como Presidenta del Comité de esa institución benéfica, haría entrega de una serie de donaciones importantes al Hospital de Clínicas. Durante su gestión se construyó el "Pabellón Italia" y se aprovechó la ocasión para donar 40 camas; equipos de diagnóstico con rayos X y un número significativo de implementos para laboratorio.

Anna prefiguraba un mundo menos hostil para los niños de Bolivia, es por eso que en 1968 fundó la Asociación de Damas pro Niños Desamparados. Ella, junto a un grupo generoso de mujeres voluntarias, sabía de las graves falencias que padecía la salud y sobretodo la educación infantil, entonces, ágil y comedida como solía ser, decidió contribuir a los estudiantes de escasos recursos con becas de estudio. Pero la señora de Dalenz tenía un espíritu vigoroso e inquieto, y no podía quedarse con los brazos cruzados viendo como la gente necesitada aprovechaba su ayuda y colaboración desinteresada. También tendría participación activa en otros escenarios. Por ello, su presencia no fue menos importante dentro de la Asociación de Damas Diplomáticas y Extranjeras. Allí trabajó arduamente y, como no podía ser de otra manera, ocupó el cargo de presidenta. Así mismo, es necesario recordar que estuvo al mando de la Asociación Banco de Sillas de Ruedas (BANDESIR).

Anna no cesó nunca de andar en su marcha generosa por la vida. Ella sonreía constantemente y le gustaba contagiar esa sonrisa a los demás. El gobierno italiano, enterado de la labor altruista que cumplía, le otorgó la condecoración de la Orden de la Estrella de la Solidaridad Italiana en el grado de Cavalliere. Por su parte, la Asociación Cristiana Femenina de La Paz le hizo entrega de un diploma al mérito por su extenso trabajo de voluntariado en los campos social y cultural.

Ahora, Anna descansa junto a su marido después de haber cumplido decorosamente con su proyecto de vida.



Foto 59. Roberto Dalenz y Anna Cultrera entrelazan sus corazones en el altar, a su lado aparece el señor Gino Forgnone. Archivo: María Grazia Dalenz, 2006.



Foto 60. Anna, a la izquierda y de pie, posa junto a sus hijos y los miembros de la nunciatura. Archivo: María Grazia Dalenz, 2006.

El pionero Dino D'addario

En una concurrida y alborotada calle de la ciudad de Santa Cruz se encuentra instalado el edificio que alberga las oficinas de la marroquinería D'addario. En el interior, una fila interminable de escaleras conducen hasta el despacho del gerente y propietario. La oficina guarda un orden impecable y la frescura artificial del ambiente pone fin, de manera abrupta, a las embestidas constantes del calor y la humedad. De pronto, Dino D'addario reclina el sillón del escritorio para poder extender su mano poderosa y así estrechar con fuerza contenida un saludo amigable.

–¿Cómo llegué a Bolivia?– empieza relatando el italiano con una sonrisa afectuosa. –Bueno, al principio estuve en Buenos Aires, allá por el año 50. En la Argentina trabajé varios años, hasta el 54, produciendo cereales primero y dedicándome al cuero después. Pero un día, viene un amigo boliviano, el era cochabambino y apellidaba Díaz, y me pide humildemente que le haga un favor. Como nosotros los italianos tenemos un corazón grande y siempre estamos dispuestos a colaborar al necesitado, le presté la atención que el demandaba. Díaz quería llegar a tiempo al matrimonio de su hija, pero ésta se iba a desposar en Bolivia y mi buen amigo no tenía recursos para trasladarse hasta ahí. El cochabambino estaba desesperado y con la voz afligida me imploró que lo acercase hasta el país vecino. Yo no me hice ningún problema, arreglamos nuestro equipaje y luego emprendimos la marcha hacia la frontera. Cuando llegamos, supe desde el inicio que en estas tierras estaba mi futuro. Tartagal, el pueblo fronterizo, me pareció una buena plaza para armar una barraca y trabajar el cuero. Allí mismo empecé a comprar todo el material que necesitaba. Después, emocionado por la riqueza natural que ofrecía el país y la hospitalidad que emanaba de su gente, viajé por algunas regiones de los departamentos de Santa Cruz y Beni. En este último instalé una curtiembre, siendo exacto, en la ciudad de Trinidad. Posteriormente, establecí otra en Santa Cruz y en esta ciudad noble abrí un hotel. No me puedo quejar, me va bien desde entonces y yo me siento muy cómodo. Ésta es mi casa.

Y no hay forma de negarlo. Dino vierte las palabras con una firmeza y convicción únicas. Santa Cruz lo tiene enamorado y su relación con esta cálida ciudad boliviana se remonta a la década del cincuenta, cuando la tierra cruceña despertaba aletargadamente al desarrollo bajo las sombras extensas de los cupesís y toborochis. Fue en esos años donde empezó a cultivar fortuna y afecto.

Además, para el empresario marroquintero no existe mejor lugar que aquel donde se siente atrapado por la belleza natural del entorno. Santa Cruz expone paisajes paradisíacos y esto conmueve

constantemente al espíritu sensible del italiano, dando lugar a la nostalgia y la remembranza:

–Yo nací en Colle di Mezzo, provincia de Chieti, pueblo pequeño incrustado en el Parque Nacional de Abruzzo. Un pedazo exclusivo del paraíso, y que se me perdone la falta de humildad, pero, para mí la zona más bella de Italia. Todavía tiene sus campos y bosques immaculados, allí merodean animales silvestres como lobos y venados y uno que otro oso negro. La gente es muy trabajadora y responsable. Por cierto, algunos de sus habitantes han logrado insertarse en el escenario político italiano llevando con orgullo el nombre de la comunidad– apunta D’addario.

Con 52 años de trabajo en las espaldas, Dino no oculta su satisfacción cuando se habla del negocio familiar:

–En la fábrica de marroquinería se hace todo tipo de productos. Carteras, zapatos, cinturones, en fin muchas cosas que son del agrado y la aprobación del cliente cruceño y también del extranjero. Hace un par de años que venimos exportando nuestro producto. Algo que, definitivamente, nos tiene que llenar de orgullo y satisfacción.

Dino D’addario es un pionero, pero no sólo por haber instalado la primera marroquinería cruceña en el año 78 e impulsar la creación del Circulo Italiano de Santa Cruz, también por creer en las bondades de un suelo ajeno, desconocido y distante, que hoy celebra su bienestar junto a su familia.



Foto 61. Dino D'addario, pionero en la marroquinería de Santa Cruz. Fotografía: Mauricio Belmonte, 2006.



Foto 62. Instalaciones de la "Marroquinería D'addario" en Santa Cruz. Foto 63. Una postal del pueblo de Colle di Mezzo. Archivo: Dino D'addario, 2006.

Giovanni De Col: Levantando ciudades y extendiendo puentes.

Quién crea conocer todo acerca de la historia urbanística de la ciudad de La Paz no deberá, ni por casualidad, omitir el nombre y apellido de un destacado constructor italiano que un día vino a Bolivia contratado por alguna de las múltiples empresas que tenían los "barones del estaño"⁹⁷. Giovanni De Col arribó en 1924 con un objetivo preestablecido: remover las entrañas de la tierra para luego explorar con facilidad los yacimientos minerales que ésta retenía en su vientre. Durante unos años, el perito minero nacido en Belluno trabajó sin darse pausas ni consentimientos en la prospección y proyección de minas viajando infatigablemente por muchas regiones bolivianas. Buen conocedor de sus funciones y seguro de lo que hacía, De Col también aprovechó la ocasión para indagar en el interior de las canteras de mármol observando cuidadosamente el proceso de individualización de los yacimientos de calcita, elemento imprescindible a la hora de elaborar cemento. Esta experiencia le resultó atractiva y fue, al mismo tiempo, determinante para que unos años después el italiano instalase una marmolera en las afueras de la urbe paceña (1948).

Desde su llegada, De Col supo sobrellevar con entereza los diversos inconvenientes y dificultades que presentaba una nación joven y de poco desarrollo social y político. A él le apetecía sopesar los desafíos, por ello, una vez habituado al cambio y a gusto con la particular geografía boliviana, el perito minero toma como labor impostergable la construcción del sistema de irrigación en Paluayo, poblado perteneciente a la provincia Muñecas de La Paz. Luego, su talento y creatividad le permitieron adjudicarse la conducción de los trabajos del nuevo tramo de descenso del Ferrocarril Bolivia Railway hacia la Sede de Gobierno, obra encargada a la empresa de construcciones Beresfor y Cesani. Ya en 1926, The Fundation Company encomienda a De Col el estudio y análisis de los depósitos de cal que tenía la principal fábrica de cemento del país. La probidad del italiano traspasaba cualquier muralla y ese mismo año fue contratado por la Casa Hoschild para ejercer las funciones de ingeniero informador y así realiza estudios de minería en toda Bolivia. Pero Giovanni tenía el entusiasmo inquebrantable y la fortaleza y vigor de un paquidermo. A principios del mes de junio, en 1928, regresa a la empresa The Fundation Company para dirigir el trabajo de pavimentación en la ciudad de Oruro. Sin embargo, es a partir de 1929 cuando su talento reclamaba luz propia. En esa oportunidad, colaborando arduamente a The Bolivian Power, ocupará el puesto de Director de Obras en la apertura de un camino interprovincial y en el levantamiento de una

⁹⁷ Nombre con el que se designaba a los tres grandes empresarios mineros que tuvo Bolivia: Mauricio Hoschild, Simón Patiño y Avelino Aramayo.

planta hidroeléctrica en la cabecera del valle de Zongo. También su trabajo se verá registrado en la construcción de la primera planta hidroeléctrica en la región de Choqueyanga (Quime).



Foto 64. El dique de Zongo, una verdadera muestra de alta ingeniería. Archivo: Battista Todesco, 2006.

A pesar de los logros alcanzados en un lapso de tiempo corto, De Col tenía la necesidad de organizar su propio negocio. Así, motivado y entusiasta, el italiano fundará en 1933 la empresa constructora Giovanni De Col. Con las oficinas instaladas y la carpeta de trabajo puesta a disposición de los primeros clientes, las diversas solicitudes de trabajo empezaron a crecer desmesuradamente. La Paz, ciudad donde De Col había fijado su domicilio, iniciaba una lenta pero paulatina expansión urbana. Por ello, era necesario levantar construcciones imponentes, de gruesa contextura y fachada atractiva para brindarle la apariencia moderna y sofisticada que toda capital latinoamericana venía exponiendo. En esos años de actividad febril, De Col colaboró activamente, junto al español Rafael Gisbert, en la construcción del edificio de la Universidad Mayor de San Andrés. La

obra estuvo bajo la dirección del célebre ingeniero y arquitecto Emilio Villanueva⁹⁸.

Así como las zetas invaden inesperadamente el espacio verde de la pradera después de un día húmedo y de lluvia copiosa, las ideas se multiplicaban en la mente del constructor italiano cada vez que éste empezaba a maquinar un nuevo proyecto. En esa época prolífica, De Col levantó los cimientos del Ministerio de Salud –Casa de Italia en ese entonces–, las instalaciones de la Biblioteca Municipal, el edificio Almaráz, y construyó los galpones y oficinas de la Fábrica SAID. Pero las innovaciones en materia de construcción no acabarían allí. El prestigio aglutinado prácticamente desde su arribo a Bolivia le valió oro en lingotes. Por aquel entonces, las autoridades bolivianas encargadas de abrir sendas y mejorar el sistema caminero del país, lo convocan una vez más a formar parte del equipo profesional de constructores. El hombre de Belluno no se hace rogar y sin titubeos se encarama en esta nueva propuesta laboral. Son bastantes los caminos y puentes que el habilidoso italiano instaló en suelo boliviano. Sus obras, muestra clara de ingenio y creatividad, se hallan dispersas por donde se deposite la mirada, y no existe camino o sendero que sus pies temerarios no hubieran visitado. Para De Col, la construcción era un arte al que se debía suministrar respeto y devoción, por ello depositaba el mayor de los entusiasmos a la hora de encumbrar un edificio en la ciudad o extender un puente sobre la vera indomable de algún río. Trabajando para la Bolivian Power construyó cuatro plantas hidroeléctricas y los diques de Zongo y Jampaturi. Con la materialización de estos proyectos se lograba conducir el agua potable hacia la ciudad de La Paz.

Giovanni De Col, el infatigable constructor de realidades, abandona definitivamente Bolivia en 1955, dejando su huella perentoria en diversas edificaciones de alto prestigio nacional.

⁹⁸ Emilio Villanueva Peñaranda (1882-1970). Fue un destacado ingeniero, arquitecto e intelectual boliviano. Su vasta obra se caracteriza por seguir el estilo neotiwanakota.



Foto 65. Giovanni De Col, talento y creatividad pura en materia de construcción. Archivo: Battista Todesco, 2006.



Foto 66. El edificio del "Monoblok" en plena construcción. En la ejecución de la obra participaron activamente las empresas de Giovanni De Col y Rafael Gisbert. Foto 67. Así se levantaron los cimientos de la fábrica SAID de La Paz. De Col fue el encargado para llevar adelante la edificación. Archivo: Battista Todesco, 2006.

Los De Maman

Desde un malecón en el puerto del Callao, Antonio De Maman observaba con desánimo evidente la caída de la tarde en el mar peruano. En su mente ya no florecía la esperanza, el espacio guardado para albergar las ilusiones adquiridas junto al billete de barco se había diluido casi por completo. Las jornadas del constructor bellunense eran opacas y se teñían a menudo de un triste gris ceniciento que combinaba a la perfección con los tonos inanimados que exhibía diariamente el cielo. Estaba enfermo y no lo ignoraba. El asma se apoderó de su cuerpo y éste, cautivo y frágil, sucumbía cada vez que la tos hacía una nueva incursión en el pecho. Así, tosiendo y esgarrando sin pausas, Antonio les robaba el ocio y la calma a cientos de gaviotas y pelícanos que se apostaban cerca del muelle.

No, definitivamente éste no era el viaje que el joven nacido en la provincia de La Valle, allá en la región montañosa del Veneto, había programado para encontrar el bienestar económico que tanta falta le hacían a él y a su familia en Italia. Si bien el contrato con la empresa norteamericana se cumplía a cabalidad, la salud se le resquebrajaba, poniendo al filo del acantilado su existencia. Por lo tanto, era inútil y hasta dañino, tomando en cuenta la situación hartamente incómoda del italiano, la depresión y la soledad lo atormentaban, pues no dejaba de recordar los paisajes alegres y variopintos del remoto terruño natal. Atrás quedaron las imágenes de quebradas abruptas y montañas empinadas donde las arboledas interminables de avellanos, hayas, enebros y abedules constituían un verdadero ejército forestal, sin hacer mención de la fragancia suave y nostálgica que expelían las flores amarillas del *maggiciondolo*; ahora todo era distinto y debía batírse las solo.

De esta forma, decidido a recuperar la salud y reponer las energías perdidas, Antonio terminó el contrato laboral con los empleadores anglosajones para después emprender camino hacia territorio chileno. En el país trasandino el panorama no sería diferente, la inquietud y la zozobra lo tenían angustiados y su espíritu no hallaba motivación alguna. En estas circunstancias de congoja y apremio, Antonio decide una vez más seguir los dictados de su intuición. En el norte, cruzando la frontera, se hallaba una nación modesta y de nombre poco difundido entre los emigrados que llegaban a Sudamérica. De Maman, anoticiado de la existencia de este país, no la piensa dos veces y alzando el peso ligero que acumulaban sus valijas enjutas parte con la mirada puesta en un mejor porvenir. Algo, sin saber a ciencia cierta que, el destino o la voz de la conciencia quizá, le susurraba frecuentemente al oído palabras alentadoras respecto a ese desconocido pueblo sudamericano. Y será en esa tierra de nombre Bolivia donde reiniciaría su historia personal, que a la postre convergerá en la de su familia.

De Maman tenía un sentido agudo y bastante equilibrado a la hora de asumir compromisos y demostrar responsabilidades. Durante los primeros años de trabajo arduo y permanente en Bolivia, depositó sus primeros ingresos en las arcas de la Banca del Lavoro. Sin embargo, la suerte no estaba de su lado, puesto que esta entidad extranjera entraba esa misma época en quiebra total, llevándose al fondo del abismo los ahorros que al italiano tanto le habían costado. Molesto y con el ceño fruncido ante la adversidad latente, Antonio De Maman opta por regresar a Italia para, estando en la patria añorada, serenar los ánimos y reajustar los planes y proyectos que se había trazado al otro lado del globo. En Europa se encontró con una situación no menos alentadora. Otra vez los vientos de guerra soplaban con vehemencia desgarrando la calma de varias naciones del Viejo Continente. El recuerdo imperecedero de violencia e ignominia que depositó la Primera Guerra Mundial en la memoria de miles de personas se expandía por doquier, y su esencia siniestra se hallaba todavía fresca y con una cicatrización aún dolorosa en muchos hogares. La familia De Maman, en aquellas jornadas luctuosas de tormentas iniciadas bajo nubes de pólvora y sangre, vio perecer a más de un miembro bajo el plomo avasallador de las armas inclementes y las ideas intolerantes. (Para comprobarlo, basta con aproximarse a la plaza central de La Valle y reconocer en el monumento que allí se yergue los nombres de los familiares desaparecidos). No, el asunto no daba para pensarlo. Antonio y su mujer, Angela Dell'Osbell, temían una nueva embestida bélica, de la cual, sólo Dios sabe, no tendrían la oportunidad de salir bien librados. Ese temor, unido al futuro aciago que le esperaba a su pequeño hijo Pierino, los empujó a dar un nuevo paso hacia adelante. Recoger las prendas necesarias y embutirlas a como de lugar en el vientre de su equipaje fue lo primero que se les vino a la cabeza. El lugar hacía donde deberían dirigirse ya estaba asignado. Angela siguió sin hacer mayores observaciones a su marido, Antonio conocía el destino que les aguardaba y éste no era otro que Bolivia. La migración tocaba por segunda y última vez a la puerta de los De Maman.

En 1936 la ciudad de Oruro acogía a un centenar de técnicos y profesionales europeos. La región andina boliviana era, por ese entonces, centro de atención para quienes querían incursionar en las labores de minería y comercio. De Maman, con el aplomo y la solidez que exponía su carácter, no tuvo inconveniente alguno a la hora de hallar trabajo. Es más, su condición de técnico constructor especialista en el manejo del hormigón armado le permitió intervenir activamente en el levantamiento topográfico de la "ciudad del Pagador", para después, realizar las labores de pavimentación de las principales vías urbanísticas. Se notaba a leguas que la ingenuidad y la falta de iniciativa no tenían cabida dentro de la mente de los De Maman. Aprovechando el interés y la codicia que despertaba en los visitantes extranjeros y nacionales las diversas actividades que se

desarrollaban en Oruro, el inmigrante proveniente de La Valle suspende los cimientos del Gran Hotel Firenze; albergue reconocido y recomendado por todo el vecindario local, y para no quedarse relegada en sus menesteres de ama de casa, Angela asume la ejecución de otras funciones y toma el timón de la fábrica de tejidos que fue instalada bajo la supervisión celosa de Antonio y la participación activa de la empresa Forno, la cual proveía con material de primera calidad al negocio de los bellunenses. Así, estables pero siempre alertas a los cambios bruscos que suele enviar indistintamente el destino, la pareja de italianos encomendó la educación de su joven hijo al reconocido Colegio Alemán de esta ciudad. Pierino fue inscrito en dicha institución y su estancia en este centro educativo no fue más larga y auspiciosa gracias a los tentáculos lúgubres e irreductibles que extendía la Segunda Guerra Mundial. El conflicto bélico internacionalizó su accionar sin marginar a la tierra que cobijaba a los padres de Pierino. La colonia alemana, propietaria del afamado centro educativo orureño, tuvo que renunciar a sus bienes gracias a las contrariedades que se daban en la política exterior. Entonces, a cambiar de planes y lanzarse al éxito nuevamente. Parecía que el destino se ensañaba con ellos permanentemente sembrándoles desventuras y obstáculos de todo tipo. El hijo casi adolescente de Antonio y Angela estaba apto y necesitado de conocimientos. Era impensado a estas alturas de la vida negarle el acceso al estudio que, por cierto, debía ser de primerísimo nivel. Ni pensarlo, el hijo de un inmigrante no debe quedarse expuesto ante las manos abominables y acechantes de la pereza, la cuál no conoce el sueño y siempre permanece atenta y sigilosa rondando a sus víctimas como lo hace una raposa ladina con el manso cordero. Es así que Antonio ejecuta con cierta satisfacción un nuevo traslado de vivienda. Atrás, en las planicies arenosas de Oruro, dejando atrás recuerdos y experiencias continúa con el periplo que la vida le había impuesto. Con la cabeza altiva, maquinando a toda hora nuevos planes y proyectos por desarrollar en esas tierras de paisajes asombrosos e historias insospechadas, los de Maman descienden desde las alturas indomables de la puna hasta el acogedor y risueño valle central boliviano. En Cochabamba, Pierino ingresa al Colegio La Salle para recalar en las prestigiosas aulas de la Universidad de San Simón, mientras sus padres, prácticos y sin margen de especulación, organizaban un nuevo emprendimiento, ofrecer a la sociedad cochabambina las bondades culinarias del mediterráneo. Sí, Antonio y su mujer inauguran sin ningún tipo de preámbulos estrafalarios la fábrica de fideos Santa Ana. El negocio, desde un inicio, no fue concebido como los italianos deseaban, las desavenencias con los socios se manifestaron dando paso a disputas permanentes y diferencias insalvables, la fábrica se vende al mejor postor, la pareja con la voluntad de hierro endosada en el espíritu parte hacia Sucre.

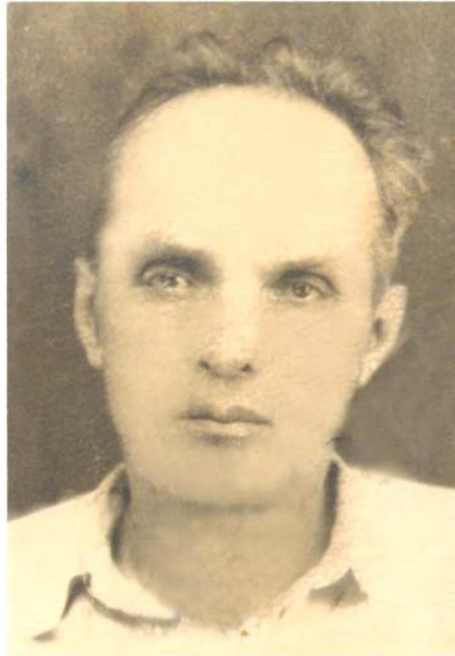


Foto 68. A pesar de los constantes e inesperados reveses que encontraba en su camino, Antonio De Maman jamás renunció a reconstruir una vida fuera de Italia. Archivo: Maria Antonieta De Maman, 2006.

En la capital de Bolivia Antonio tuvo que usar nuevamente los guantes y el overol de constructor al ser contratado por la Fábrica de Cemento de Sucre. En esta ocasión le encomiendan la tarea de construir los lagares donde se depositaba el material de trabajo. Una tras otra, las jornadas se presentaban agotadoras, pero no lo suficientemente agobiantes para mermar las energías y el emprendimiento del italiano. Fiel a su costumbre, Antonio y Angela, o Angela y Antonio, da lo mismo, –ambos eran uno solo cuando se tenía que hablar de tenacidad y compromiso– instalan un restaurante al que bautizan como “Quinta de Recreo Venecia”, inaugurando al mismo tiempo una curtiembre. Sin embargo, Sucre no estaba señalada en su hoja de ruta como final del destino, el recorrido se extendería hasta las llanuras cálidas del oriente boliviano. En la joven ciudad de Santa Cruz, los esposos de La Valle riegan de harina la mesa para posteriormente hornear con esmero la masa fina y dócil que devendrá en un pan francés delicioso, considerado, por quienes lo degustaron en su momento, precursor y ancestro inmediato de las modernas “marraquetas” bolivianas. Todo marchaba viento en popa, la prosperidad iba de la mano con las actividades comerciales de De Maman, nada hacía suponer que un nuevo contraste los pondría en aprietos, Santa Cruz presentaba un semblante acogedor y en esa sociedad de costumbres tradicionales la candidez y respetabilidad

solían marcar la pauta en la conducta de sus habitantes y de los forasteros que residían allí. Claro, Antonio creía que todos los emigrados italianos obraban con justicia y honorabilidad, ignorando que en un rebaño, cualquiera sea su procedencia, siempre nacerá un borrego tiznado con hollín y malos hábitos. De esta forma, confiado en extremo y seguro de la decencia de sus paisanos, De Maman realiza un préstamo en dinero, la suma era elevada, y los acreedores cumplen deshonradamente con su benefactor estafándole. Los juicios se instalan con celeridad y en menos de lo pensado, Antonio gana la causa –durante el proceso se tuvo que apelar a la misma Corte Suprema de Justicia en Sucre– pero es vilmente burlado por el propio abogado que siguió el juicio, quién, no contento con el pago de sus honorarios, opta por fugarse a la Argentina con todo el dinero que había recogido en Sucre gracias al poder que De Maman le confirió.

Antonio estaba cansado, veía transcurrir los días en años calmo y con la parsimonia que el tiempo maduro concede a las personas que ingresan a la recta final de la vida. Su existencia nunca fue serena y siempre estuvo marcada por sobresaltos y frustraciones constantes, aunque, ciertamente, esto no impidió que él amara por sobre todas las cosas a su familia y las labores que realizaba. Por ello, antes de que el telón de la vida baje y cierre con sus cortinas infranqueables el escenario de su existencia, dedicaba horas enteras a la música. El incansable constructor compró una propiedad en el apacible poblado de Samaipata y, en ese rinconcito tibio del oriente, las noches se empezaron a vestir de gala para recibir entusiastas las inmortales arias de Donizetti, Verdi y Puccini interpretadas por el propio De Maman. En este escenario natural parecía tejerse una confabulación asombrosa, debajo de los parrales, grillos y cigarras hacían una pausa obligada en sus serenatas diarias para dar paso a las incursiones musicales del italiano.

Antonio De Maman vivió con intensidad cada día de su existencia, sin renunciar jamás a los objetivos que se trazó en vida. El 18 de septiembre de 1963, en el verde parral de Samaipata, donde se oía constantemente el “Vai Pensiero” de Verdi, los grillos y las cigarras hicieron un minuto de silencio al enterarse de la ausencia definitiva del “cantor de ópera”.

Pierino

Si Antonio gozaba, y mucho, con la música, sobretodo si ésta estaba representada por la ópera, su hijo Pierino no tenía porque ser la excepción. Desde pequeño tuvo como manía predilecta coger la mandolina para luego extraerle con insistencia pueril melodías alegres y contagiosas. No había día en que el joven no cesara de tocar los instrumentos que tenía a su alcance, si la mandolina había

cumplido ya su ciclo dentro del aprendizaje musical, era el turno del refinado violín. De esta forma, practicando sin descansos, Pierino logró ingresar al Conservatorio Musical de Don Teofilo Vargas, para, después, ser parte activa de la Orquesta Sinfónica de Cochabamba, dirigida con probidad el maestro Manuel Rodríguez. El hijo de Antonio se hallaba colmado de dicha y su entusiasmo le permitía superar cualquier tipo de barreras. Los sueños del muchacho no tenían límites y hasta la muralla más sólida podía ser fácilmente traspasada por la voluntad y entrega propias de quien deseaba llegar a la cima del peculiar mundo artístico. En este emotivo ascenso, el italiano tendría la oportunidad de enrolarse al selecto grupo cultural "Gesta Barbara". Así, de tertulia en tertulia, conociendo personajes diversos y fascinando con sus dotes artísticas a todo aquel que lo conocía, Pierino De Maman obtiene la consagración anhelada por su inolvidable participación como tenor en las obras musicales del propio Teófilo Vargas: "Aroma" y "Coronilla".

Pero Pierino tenía otra historia que contar –y ésta no tendría que ser necesariamente distinta a la de sus progenitores. En la misma ciudad de Cochabamba, aquel valle florido y sensual de su primera juventud, conoce a su mujer, Mercedes Rodríguez, y con ella tendrá dos hijas: Ítala y Maria Antonieta. Casado y con la responsabilidad de cumplir a cabalidad con su rol de padre, Pierino inicia sus primeros pasos como comerciante al organizar una empresa frigorífica. Durante un tiempo, De Maman transportaba el pescado desde la región de Villamontes para comercializarlo en los mercados y negocios de la urbe cochabambina. De pronto, cuando el terreno estaba preparado para cimentar estabilidad y cosechar progreso, Pierino decide cambiar de planes y se traslada súbitamente –al igual que su padre– hacia las llanuras sofocantes del oriente. Será en estas tierras donde su trabajo, y sobretodo su espíritu solidario, se empotre definitivamente en el corazón y la memoria del pueblo. Tanto en Mairana como en Samaipata, esta última cuna de sus recuerdos familiares más preciados, fundará siete escuelas y a todas ellas las dotará con un sinfín de servicios educativos básicos. No contento con ello, implementará la educación nocturna para aquellos trabajadores del campo que no puedan acceder a las aulas durante el día. De Maman funda, junto a don Afi Talamas, la Compañía de Electricidad de Mairana y le otorga carácter cooperativo, también ambos instalaron las primeras estaciones de radio y televisión en la región. Pierino, infatigable y caritativo como sus antecesores, recibe sendos homenajes de la Jefatura de Distrito Escolar del departamento de Santa Cruz por la ponderable labor que llevó a cabo mientras la salud se lo permitió. Pierino De Maman Del Osbell muere en Cochabamba el año 2003.



Foto 69. Pierino De Maman Del Osbell. Archivo: Maria Antonieta De Maman, 2006.

La jerarquía de Fabiani

Don Vicente Fabiani era hombre de principios sólidos y maneras afectadas. En su proceder no existían indicios de improvisación y la educación y camaradería que su personalidad exportaba a raudales

provenían de una cuna respetable instalada con anterioridad en el pequeño poblado de Cappadocia, allá, en la lejana cadena montañosa de la Italia meridional, donde todavía los niños, jóvenes y ancianos desfilan invariablemente ante la figura venerada de San Biagio, patrón y guardián absoluto de los fieles lugareños. Sí, de aquella región distante y extraviada en las entrañas del Abruzzo provenía Don Vicente. Constructor diplomado en Roma y viajero ocasional – llegó a Bolivia para cumplir contratos laborales en 1890– Fabiani empleaba en cada uno de sus actos la firmeza y seguridad que su espíritu templado sugería. No en vano fue su persona la elegida para presidir las riendas de la, por ese entonces, flamante Sociedad de Beneficencia Roma, cargo que supo llevar con jerarquía y distinción por muchos años. Ni como negarlo, los residentes italianos de La Paz, comerciantes y constructores la mayoría, contemplaban orgullosos el decoro, la amabilidad y el talento que desprendía la figura de su presidente, un genuino italiano de cepa vieja. Por su lado, éste no perdía la oportunidad para recordarle a cada uno de los emigrados el amor que debían profesar por la patria distante y añorada y el respeto y gratitud por el país que ahora les extendía los brazos y les brindaba protección. Así era Don Vicente, claro y directo cuando de actuar se trataba. “Eran bastantes y diversos los comentarios de mi padre acerca de la bondad y carisma de mi abuelo Vicente. Por ejemplo, él no ponía ninguna objeción a la hora de colaborar a los más necesitados, y era tal su compromiso de solidaridad que en más de una oportunidad dejó pasar por alto la renta de los alquileres a muchos de los inquilinos que estaban en una situación apremiante”, comenta con un rasgo de emoción su nieto Ramiro. Pero la huella caritativa del arquitecto italiano no sólo quedó estampada en la memoria de los inquilinos del viejo caserón en la calle Pichincha, también la imagen urbanística de la sede del gobierno boliviano recibió colaboraciones importantes de Don Vicente Fabiani. Su trabajo se halla registrado en el levantamiento de múltiples construcciones en la concurrida avenida Montes y en la posterior remodelación del Teatro Municipal de La Paz.

Discreto y solemne cuando las circunstancias así lo exigían –casi siempre iba vestido con un saco y traje de paño oscuro, sombrero importado y una fina pajarita ajustada el cuello almidonado de su camisa blanca– Fabiani motivaba con su presencia impecable cada una de las sesiones de la Sociedad de Beneficencia Roma. Mientras que en su hogar la dedicación y el esmero por cultivar la mente de sus hijos fue por largos años prioridad inaplazable, así lo entendió su esposa María Vargas, dama cochabambina con la que tuvo 8 hijos: Juan, Cesar, Vicente, Graciela, Crelia, Hebe, María y Haydee.

Hace mucho que no se ve la cálida figura de Don Vicente, los edificios y casas que fueron proyectados por su ingenio van envejeciendo incólumes ante la indiferencia de las nuevas generaciones de

habitantes. Sin embargo, su espíritu descansa tranquilo ya que en esta carrera que se denomina existencia él se sintió vencedor.



Foto 70. Maria Vargas y Vicente Fabiani en su boda. Archivo: Ramiro Fabiani, 2006.



Foto 71. Familia Fabiani Vargas. Archivo: Ramiro Fabiani, 2006.

El imperio de Pietro Ferrari

Aparte de la sempiterna valija de cuero marrón –tan gastada y vieja como un odre en desuso– Pietro solía acompañar sus viajes largos y extenuantes sosteniendo en la mente una carpeta personal colmada de una amplia e interminable pila de proyectos e ideas de largo

aliento. Era este último, sin lugar a dudas, el equipaje máspreciado que transportaba el joven inmigrante. Pietro soñaba con crear un imperio gigantesco de molinos imbatibles y almacenes extensos, donde el maíz y el trigo se multiplicaran indefinidamente para después derivar en una variedad exquisita de productos y recetas óptimas y dignas elaboradas para satisfacer hasta el más quisquilloso de los paladares. De esta forma, el joven carpintero proveniente de Piacenza se impuso una meta clara, consolidar un negocio que le garantice estabilidad económica y, a la vez, le permita acariciar las delicias y bondades que sus recurrentes viajes oníricos le ofrecían. Claro, para iniciar tamaña empresa, primero debía depositar ambos pies en el suelo y cumplir a cabalidad con su labor de molinero en el negocio de los hermanos Figliozzi. Pietro, único hijo varón de la familia Ferrari, era precavido y desde que llegó a la ciudad de La Paz –en el año 1919– la organización y la disciplina jugaron un rol fundamental en la consecución de sus objetivos inmediatos.

La experiencia almacenada durante todo el periodo de trabajo dentro la empresa panificadora Figliozzi, le otorgó luces propias para recorrer su camino y lanzarse solo en busca del lugar exacto donde presumía encontrar su destino. Pietro no anduvo mucho para dar con el paradero idóneo. En una pequeña ciudad del altiplano boliviano, donde el ferrocarril depositaba regularmente la ambición y curiosidad de cientos de viajeros extranjeros deseosos de indagar las vetas mineras de esa misteriosa tierra india, Pietro Ferrari ancla su mirada clara y certera de lince y se propone trabajar en aquel suelo árido y duro como la corteza de un roble. Allí se produjo el primer encuentro entre hombre y tierra, Ferrari experimentó la sensación extraña de pertenecer a ese pueblo sin tener la más mínima gota indígena en sus venas y desconociendo hasta ese entonces las costumbres y tradiciones de la región. Posiblemente la naturaleza virginal del medio, unida a la candidez de sus habitantes, habrá ejercido algún tipo de influencia para lograr que el italiano establezca su hogar sin ninguna objeción. Lo cierto es que fue de esa manera como la ciudad de Oruro, en 1933, le abrió las puertas a quién más tarde consideraría su hijo predilecto.

Nacen las alianzas

Al principio nada fue sencillo. El trabajo exigente y complicado en el interior de las minas no era tarea fácil, y de no ser por la energía y vitalidad que proponía Pietro, su estadía en Oruro no se hubiera extendido por mucho tiempo. Es en estas circunstancias complejas cuando conoce a Emilio Vico, piemontés radicado en Bolivia y poseedor de una cantidad infinita de sueños y anhelos orientados a crecer económicamente en esta vida y por ende mejorar sus condiciones de existencia terrenal. Ambos estrechan las manos sellando simbólicamente una sociedad y juntos empiezan a entrelazar

ideas y proyectos comunes. Su primera actividad conjunta se realiza con la instauración de un molino de trigo, el primero que se implanta en la "tierra del Pagador". Los dos italianos utilizan maquinaria de madera y los primeros resultados se tornan alentadores, permitiéndoles adquirir con cierta inmediatez una pequeña fábrica de fideos. Más pronto de lo pensado –corría el año de 1935– Vico y Ferrari presentan a la sociedad orureña la nueva fábrica de fideos El Pagador, negocio rentable con una capacidad de molienda de 10 toneladas por día y una producción paralela de fideos y barquillos para helado⁹⁹.



Foto 72. Pietro Ferrari, destacado personaje en la ciudad de Oruro.
Archivo: Armando Ferrari, 2006.

Los dos italianos trabajaron con empeño por más de una década, y no fue hasta la muerte de Vico que Ferrari asumiera el mando de la fábrica para continuar conduciendo los destinos del molino. Sin embargo, es a partir de 1951 cuando Pietro inicia el proyecto de su vida. Por aquel año conoce al empresario Luis Ghezzi, y ambos, en menos de lo que sopla el viento de la puna para ser precisos, cierran una alianza que dará lugar al advenimiento de una de las más importantes empresas bolivianas: Ferrari Ghezzi Ltda.

⁹⁹ Valentino Freddi Tanghetti, op.cit., p.92.

Durante mucho tiempo Ferrari Ghezzi proveyó a la canasta familiar boliviana con los mejores productos alimenticios del mercado interno. El sabor y la textura de sus pastas eran inconfundiblemente mediterráneos y las galletas y chocolates que salían horneadas a diario desde los almacenes causaban asombro y placer. “En su momento de mayor apogeo, este grupo industrial abarcó dos molinos, tres plantas procesadoras –fideos, galletas y alimento balanceado–, una moderna imprenta offset y dos empresas importantes: una agropecuaria y la otra de metal mecánica. Mi padre era introvertido, pero eso no impidió que fuera visionario, él, junto a sus socios, promovieron un acuerdo comercial con la línea alimenticia Bagley de Argentina: durante los próximos 14 años se debía exportar los productos de Ferrari Ghezzi al Pacto Andino, pero como esta instancia internacional no llegaría a consolidarse, el negocio se desbarató quedando varado”, aporta con palabras melancólicas Armando Ferrari, mientras su vozarrón se apaga lentamente.

Laborioso y sin concesiones, Pietro fundó un imperio colosal lejos de casa y lo mantuvo firme hasta mucho después de su muerte. Sin embargo, fue la familia que organizó con Emma Quevedo y sus cuatro hijos: Gioconda, Carlo, Armando y Mario, la verdadera piedra fundamental que cimentó su existencia.



Foto 73. Pietro posa junto a su cuatro hijos mientras Ido Civardi se une al grupo familiar. Archivo: Armando Ferrari, 2006.



Foto 74. En la foto Carlo Ferrari, Hector Bubba, Armando y Gioconda Ferrari. Archivo. Armando Ferrari, 2006.

Ferrero y Bertero; una sola familia

En el otoño de 1973, Giuseppe Bertero se encontraba en París junto a su familia observando las sólidas estructuras de hierro pudelado de la Torre Eiffel. El italiano deleitaba su mirada con los rígidos contornos del monumento y sin despegar los ojos de la célebre obra exclamó a sus hijos: "Antes de construirla la tuvieron que soñar". Con esta frase "Beppino", como solían decirle cariñosamente quienes lo conocían, ilustró la pasión que él había prodigado a la realización de cada una de las empresas y oportunidades que se le cruzaron por el camino. Giuseppe creía con fervor que en la vida de cada hombre los sueños suelen anteceder a la consecución de grandes proyectos. Así organizó su existencia desde muy joven, cuando todavía frecuentaba las suaves colinas de su natal Costigliole-Saluzzo en el corazón del Piamonte. Fue precisamente en este pueblo de rasgos medievales donde sus padres, Doménico Bertero y Cristina Barbero, lo trajeron al mundo un 8 de enero de 1924. El pequeño, único varón en la familia, se crió en un ambiente bucólico de naturaleza fecunda que años después le permitió desenvolverse con naturalidad en el sector agropecuario.

Durante su juventud Giuseppe, asiduo lector, eximio músico y dedicado a la producción familiar de frutas y vino, también tuvo que prestar el servicio militar en el Cuerpo Alpino. Pero sus labores y rutina juvenil se verían alteradas a raíz de la invitación que le extendió su tío Costanzo Barbero, quien le proponía llevar a Sudamérica un camión para emplearse en un proyecto gubernamental del Estado boliviano. Beppino debía encargarse del traslado de un vehículo de alto tonelaje *Fiat Federal*, desde Italia a Sudamérica. El joven aceptó la propuesta y navegó varios días a bordo de un buque de la *Navigazione Generale Italiana*. Haciendo planes y soñando con el anhelado advenimiento de la prosperidad, Beppino llega al puerto de Bahía Blanca en la Argentina. El sueño americano había comenzado. Junto a un grupo numeroso de piamonteses y lombardos que llegaban optimistas para emplearse en el mismo proyecto, el joven Bertero recorrió miles de kilómetros desde la Argentina hasta las costas del Perú. En el trayecto pudo conocer la serranía boliviana sin imaginarse que en ese país lo aguardaba su destino.

En Mollendo, después de realizar los trámites pertinentes para recoger el camión- tuvo que visitar seis veces el puerto y la aduana peruanos-Giuseppe entabla amistad con Michele Ferrero - un piamontés afable que ya contaba con una joven y exitosa trayectoria como comercializador de granos en su natal Italia - que había desembarcado en Sudamérica con algunas referencias de la familia Bertero. Ferrero arribó por su cuenta al Perú en el buque John Baker

y es en ese mismo país, donde él, con Giuseppe y el resto de los italianos que traían sus camiones, se enteran que el contrato para trabajar con el gobierno de Bolivia era una farsa bien montada. La frustración fue grande para los extranjeros quienes se hallaban confundidos y sin saber que uso darle a los 105 camiones nuevos¹⁰⁰. A pesar de ello, Michelino y Beppino, con 23 y 24 años respectivamente, se arman de valor y prueban fortuna encaramándose sobre sus vehículos de alto tonelaje para ingresar a Bolivia. Analizando las posibilidades que tenían a la mano, los piemonteses deciden incursionar en el rubro del transporte pesado aprovechando las bondades técnicas de sus flamantes camiones. El primer contrato lo obtienen de la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB). Desde ese momento adquieren la responsabilidad de transportar los derivados del petróleo entre las poblaciones de Camiri y Sucre. Fueron siete años de recorridos constantes uniendo la capital de Bolivia con la cálida población camireña. Al final, con el dinero derivado de las ganancias compran más camiones y fundan su propia empresa: "La Piemontesa". Viajando constantemente a Sucre, fue precisamente en una de estas visitas a la capital chuquisaqueña, donde Giuseppe conoce a su futura esposa: Nelly Gutiérrez. Por esa época, Nelly se encontraba estudiando en la Normal de Sucre después de haber culminado los estudios secundarios en su natal Santa Cruz de la Sierra. Discreta pero sin ser indiferente a la galantería expuesta por Giuseppe, la agraciada muchacha quedó impresionada por la postura del forastero de ojos azules. Poco tiempo después el noviazgo que había comenzado en las parsimoniosas calles sucrenses terminaría en el altar.

Amigos inseparables

Giuseppe y Michele vivían en el barrio de San Roque en Santa Cruz. Eran eficientes prestando sus servicios de transporte y la sociedad cruceña distinguía en ellos estrechos lazos de amistad. Michele, como se dijo en su momento, también provenía del Piemonte pero de la región de Lagnasco, en la provincia de Cuneo. Al igual que su compañero y paisano, se encontraba enamorando con una joven que había conocido en Bolivia. La novia de Michele, Bruna Mantovani, era hija de otro inmigrante italiano que curiosamente había sufrido con él las desventuras ocasionadas por el inexistente contrato laboral que los trajo a Sudamérica. Después de analizar detalladamente en el calendario una fecha propicia para realizar el matrimonio, Bruna y Michele, al igual que Nelly y Giuseppe, jóvenes parejas de profunda fe católica, deciden casarse el 10 de abril de 1955¹⁰¹ en la Catedral Metropolitana de Santa Cruz. Es así que las dos parejas traspasaron

¹⁰⁰ Ibid., p. 119.

¹⁰¹ Ibid., p.118.

el umbral de la iglesia el mismo día para después ir a festejar su enlace matrimonial en el "Café Trieste", establecimiento administrado por el señor Spina, otro conocido inmigrante italiano.

El hogar de Giuseppe y Nelly fue bendecido con la llegada de Doménico, Mauro, Cristina y Verónica, mientras la familia Ferrero Mantovani tuvo cinco hijos: Gian Mario (+1965), Fulvio, María Nadia, Marco y Paolo.



Foto 75. Los inseparables Giuseppe Bertero y Michele Ferrero. Archivo: familias Ferrero & Bertero.

Una vez consolidada la relación laboral entre los amigos piamonteses, llevaban más de diez años trabajando incesantemente con el transporte con notables incursiones en el sector de la construcción de caminos, entablan una sociedad temporal con Jorge Bartos, reconocido constructor de edificios e infraestructura en La Paz, para abrir las rutas del denominado norte integrado cruceño. Esta experiencia fue decisiva para reorganizar los planes y estrategias comerciales de Michele y Giuseppe. Los italianos quedaron deslumbrados por la amplia llanura oriental, la cual ofrecía espacio suficiente para desarrollar actividades agrícolas y ganaderas. Tanto Ferrero como Bertero portaban un ingenio agudo para organizar nuevos proyectos. Esta característica mutua les permitió adquirir una propiedad de la Casa Comercial "Zeller y Mozer". La estancia "Santa Cecilia" estaba ubicada entre las poblaciones de Montero y Okinawa con precarios caminos de difícil transitabilidad. A pesar de ello, hacia fines del año 1958 se firman las escrituras de compra y se constituye la "Sociedad Colectiva Industrial Santa Cecilia" de Ferrero y Bertero. A partir de la creación de esta empresa, se inicia una carrera ascendente en el cultivo de la caña de azúcar y la elaboración del alcohol industrial. Satisfechos con los logros y las utilidades que obtenían, Giuseppe y Michele compran el terreno adyacente a Santa Cecilia. Con la incorporación de Madrejón - el nombre de las tierras adquiridas - el patrimonio total de los italianos alcanzó las 6 mil hectáreas. Su capital se incrementó considerablemente permitiendo a los emprendedores piamonteses

involucrarse activamente en el ciclo productivo del algodón llegando a constituirse en los mayores productores regionales de esta planta y fundadores de la "Cooperativa Algodonera Santa Cruz", empresa pionera dedicada al procesamiento industrial y la exportación algodонера.

Aprovechando coyunturas favorables a sus propósitos empresariales, Michele y Giuseppe adquieren la representación de FIAT en Bolivia para importar tractores agrícolas. Debido al intempestivo crecimiento agropecuario boliviano, las oportunidades se presentaban favorables para los emprendimientos industriales; por ello, Ferrero y Bertero disponen de tiempo para crear una nueva iniciativa, una fábrica ensambladora de tractores agrícolas en Cochabamba: FANATRAM. Las actividades de los laboriosos trabajadores no cesan, al contrario, se extienden al campo de la ganadería intensiva de alta calidad genética, importando reses de raza Nelore, provenientes de la prestigiosa Cabaña "Goya" del vecino Paraguay.

La versatilidad de una unión

Con su reciente pero no menos auspiciosa incorporación en la sociedad cruceña, Michele y Giuseppe formaron parte del selecto grupo de hombres que fundaron el Círculo Italiano de Santa Cruz el 22 de mayo de 1954. Sin embargo, ambos demostraron una gratitud infinita hacia el pueblo que los cobijó, por esta razón contribuyeron al desarrollo de la institucionalidad de la región aportando con su compromiso de trabajo, junto a otros personajes destacados, al fortalecimiento de la Cámara de Industria y Comercio (CAINCO) entidad que hace dos años distinguió a "Ferrero y Bertero" por sus cincuenta años de membresía. También se los conoció como miembros activos del Club Social "24 de Septiembre", del Rotary Club, del Country Club Las Palmas y del Tennis Club de Santa Cruz entre otras instituciones. Por su lado, Giuseppe, que con el paso de los años fue conocido como José (Don Pepe), presidió la Asociación de Productores de Algodón de Santa Cruz (ADEPA). Como se puede observar, los emprendimientos y sus brillantes carreras empresariales les valieron sendos reconocimientos por parte de las autoridades italianas y bolivianas. La República de Italia, bajo la presidencia de Giovanni Leone, les confirió el título de "Maestro del Trabajo" y en 1989 el presidente Francesco Cossiga otorga a los dos el título de "Cavaliere della Repubblica Italiana".

La amistad de estos hijos del Piamonte era inquebrantable y la tozudez y empeño que confirieron a cada uno de sus trabajos les valió el reconocimiento general de dos naciones: Italia y Bolivia. Ni siquiera el sensible deceso de Giuseppe, acaecido en enero de 1992, aflojó los lazos de unión existentes entre ambas familias, más bien entrelazó con mayor vigor el cariño y respeto que Bepino y

Michelino traspasaron a sus descendientes. En 1992, Giuseppe Bertero recibió del Ministerio de Asuntos Campesinos y Agropecuarios la condecoración póstuma al “Mérito Agropecuario”, por su parte la Cámara de Industria y Comercio de Santa Cruz de la Sierra entregó a su Señora Esposa la Condecoración al “Mérito Industrial”.

Actualmente, Michele – activo y permanente emprendedor - preserva en su memoria el recuerdo imborrable de los años vividos junto a su entrañable amigo Giuseppe. Seguramente las remembranzas acuden a él con la imagen de ese muchacho rubio, audaz y con la misma sonrisa afable que presentó cuando ambos estrecharon sus manos al otro lado del Atlántico, lejos de casa pero siempre cerca del sueño que ambos compartieron y supieron construir gracias a una inefable hermandad.



Foto 76. Giuseppe Bertero y Teresa Marino, los abuelos de “Beppino”. Archivo: familias Ferrero & Bertero, 2011.



Foto 77. Cristina Barbero y Doménico Bertero Marino. Archivo: familias Ferrero & Bertero, 2011.



Foto 78. Michelino con sus padres Giovanni Ferrero y María Bodrero. Foto 79. "Beppino" Bertero a bordo de un camión FIAT Federal de la empresa "La Piemontesa". Archivo: familias Ferrero & Bertero, 2011.



Foto 80. La boda de Michele con Bruna Mantovani. Foto 81. Nelly Gutiérrez y Giuseppe Bertero el día de su matrimonio. Archivo: familias Ferrero & Bertero, 2011.

Figliozzi, cuando la marraqueta tenía apellido italiano

Cuando el tiempo y el olvido consolidan intenciones no existe fuerza humana capaz de revertir los efectos y secuelas que ambos van sembrando en la memoria del hombre. Esta facultad psíquica es tan frágil e indefensa que termina, casi siempre, cediendo ante las permanentes embestidas de los confabulados. Y si todavía se persiste en afirmar lo contrario, basta con poner un ejemplo sencillo. Por decirlo así, de los actuales viandantes que circulan presurosos por las vías de la urbe paceña, pocos sabrán responder por el sitio exacto dónde se encontraba la desaparecida calle Recreo, lugar elegido hace muchos años atrás por cinco hermanos para organizar uno de los negocios más rentables y concurridos de la época que permitió, a su vez, popularizar el alimento con el que hoy se da religiosamente la bienvenida a cada jornada. Difícil determinarlo con precisión, más aún si se toma en cuenta los años transcurridos desde aquellos días. La calle mudó de nombre y forma para convertirse en un tramo más de una céntrica y conglomerada avenida; el negocio fue trasladado hasta la zona de San Pedro y de él poco queda, salvo la firma imborrable que lo representó en sus años de esplendor, todo lo demás a desaparecido como si la mismísima tierra se lo hubiese tragado. No, definitivamente nada queda de aquello que fue grande y reconocido por un pueblo entero. Ya nadie pregunta con la exigencia de años anteriores por la exquisitez y consistencia de los afamados panes crocantes que se despachaban desde el horno eléctrico en las primeras horas del día; los vinos, licores, aceites y demás conservas de primera calidad que el negocio de los cinco hermanos importaba, dejaron de circular de la noche a la mañana extinguiéndose irremediablemente, ni que decir sobre los fiambres y pescados frescos que la empresa familiar introducía desde los puertos chilenos para sosegar las apetencias exigentes de muchas familias acomodadas. En esos tiempos –corría el año de 1916- los cinco hermanos italianos; José, Juan, Héctor, Luís y Pía, aglutinando esfuerzo, voluntad y la suma de 100.000 bolivianos de la época, administraban confiados las Provisiones y Abarrotes de Figliozzi & Hnos¹⁰².

La empresa Figliozzi fue acogida con el beneplácito de la población. Además de emplear y prestarles colaboración plena a cientos de obreros indígenas, Luís Figliozzi y sus hermanos lograron insertar, en aquella sociedad discreta pero de insinuaciones pretensiosas, su amabilidad e ingenio. Allí extendieron su entorno social y pudieron cultivar con soltura amistades diversas.

Cambio de capitán, cambio de barco

¹⁰² Dante Sabbioni, op.cit., p.1082.

En el reino de los panes el culto y la subordinación estuvieron desde un principio dirigidos a una única soberana: la marraqueta. Y ésta tuvo un palacio donde reinó a sus anchas, la empresa de los Figliozzi. A esta corte inusual llegaban todos los días pedidos diversos, los clientes, cual cortesanos desesperados por ver a su majestad de cerca, acudían puntuales para adquirir el producto alimenticio que los italianos sobaban con pericia en su cocina. Por años, el pan Figliozzi mereció un sinfín de reconocimientos, y ni siquiera los altibajos, y posterior resquejamiento de los cimientos de la empresa, dañaron el prestigio que el nombre poseía. Pero los hermanos provenientes de Génova no tenían en sus cálculos las intempestivas tormentas políticas que azotaban a Bolivia. El inicio de la caída vertical estaba a la vuelta de la esquina y no había manera de detenerlo. Las series de reformas y contrarreformas que proponían los gobiernos de turno terminaron por minar la economía de cientos de trabajadores nacionales y extranjeros. Los Figliozzi perdieron tierras dedicadas a la producción agrícola en el oriente boliviano, y el colapso de la fábrica fue el punto decisivo para cambiar de planes y dejar Bolivia. Luís entregó los destinos de la empresa al industrial boliviano Jorge Sáenz García y con ello se cerró un ciclo de vida institucional dentro de la reconocida panificadora nacional.

Antes de partir a la Argentina, en Mar del Plata, los italianos tenían un molino, Luís Figliozzi contrajo matrimonio con una dama agraciada de origen italiano, Lucia Linale. Pero las zarpas desgarradoras de la mala fortuna tenían atrapado a José y al menor descuido le arrebataron de las manos a su joven esposa. Lucia muere al dar a luz a su único hijo, Domingo, dejando abatido a Figliozzi.

Domingo fue llevado a Italia rumbo al hogar de su abuela paterna mientras su progenitor se instalaba en la Argentina tratando de aplacar el inmenso dolor que le producía la irreparable pérdida de Lucía. Ahora, después de muchos años y nuevamente residiendo en Bolivia, Domingo Figliozzi sonríe melancólico cada vez que se le consulta por la suerte que corrió el negocio de los suyos. Él desconoce muchos aspectos importantes concernientes a la historia de la empresa y lo poco que su mente retiene empieza a diluirse progresivamente de su memoria. Aún así, él sabe que la marraqueta tuvo alguna vez apellido italiano.



Foto 82. Luís Figliozi y Lucía Linale posan juntos en el día de su boda. Archivo: Domingo Figliozi, 2006.



Foto 83. El pequeño Domingo. Archivo: Domingo Figliozi, 2006.

Foainini: De los Alpes a la llanura oriental

La cuna de Dionisio fue instalada en las alturas casi inalcanzables de los Alpes italianos en 1866. En la aldea de Foian, valle donde a menudo se intercala el silencio perenne de los bosques de pino y el murmullo repentino del viento gélido del norte, sus padres, José y María Foianini, establecieron un hogar sencillo, sin muchas pretensiones económicas pero con la energía y valor suficientes para inculcar en su descendencia un apego irreductible hacia los valores morales y cristianos que todo hombre respetable debe portar por los caminos de la vida. Allí, rodeado por un ambiente bucólico ampliamente favorable para desarrollar actividades manuales como la ebanistería o incursionar en el sector minero, Foian conserva reservas de un mineral llamado amianto, el pequeño piemontés pudo asimilar un carácter decidido a la hora de tomar acciones trascendentales. Ya en 1884, preso de una ansiedad incontrolable por conocer el mundo, el menor de los Foianini Ioli parte hacia Sudamérica con la esperanza de ejecutar puntualmente cada uno de los planes de ultramar que tenía trazados en la mente. Así, Dionisio llegó expectante a la Argentina. En su equipaje sólo cargaba el peso de unos cuantos libros añorados, ropa ligera y alguna que otra herramienta que podría serle de utilidad durante el viaje. En ese entonces Buenos Aires atraía la atención de propios y extraños, por lo tanto muchas de las actividades laborales en la capital argentina se encontraban colapsadas gracias a las cantidades ingentes de inmigrantes italianos que diariamente hacían filas enteras para encontrar algún espacio donde emplearse como albañiles, estibadores o carpinteros. Dionisio las tenía difíciles, sin embargo, su agudo instinto de orientación lo empujó a tomar una decisión en el acto, virar el timón hacia las ignotas tierras del Paraguay.

Con un paisaje totalmente distinto y unas costumbres que se revelaban inéditas ante sus ojos, Dionisio Foianini empezó a hilvanar una nueva historia lejos de casa. La pequeña nación sudamericana era apenas conocida para la mayoría de los europeos y esta misma condición de desconocimiento hacia favorable la búsqueda de trabajo. El piemontés no tardó mucho en conseguir empleo y nuevas amistades, la simpatía y afinidad que halló en la persona de Justo Smith, le permitieron hacer más acogedora su estadía en las llanuras del pueblo guaraní¹⁰³.

Smith era norteamericano, de apariencia amigable y talante optimista. Su rostro inconfundiblemente anglosajón irradiaba respeto pero a la vez confianza, y si en ese preciso instante se encontraba residiendo en el extremo austral del continente, era para dar rienda suelta a sus ansias de riqueza y poder. Soñaba constantemente con encontrar alguna veta de oro o descubrir en las entrañas de la selva amazónica algún yacimiento perdido de piedras preciosas.

¹⁰³ Valentino Freddi Tanghetti, op.cit., p.32.

De esta manera, Justo y Dionisio congeniaron desde el primer momento y juntos comenzaron a diagramar una serie de planes y proyectos que en el futuro deberían acarrearles infinidad de beneficios en esas nobles tierras del Nuevo Mundo. Así, el tesón y entusiasmo se convirtieron en compañeros infaltables en las jornadas de ambos amigos. Su primer proyecto no tardó demasiado en llegar, cuando lograron adjudicarse la construcción de un depósito para la estación del ferrocarril paraguayo. Las primeras ganancias del proyecto estuvieron destinadas, por mutuo acuerdo, a cubrir los gastos que demandarían las futuras incursiones en el sector minero.

Conformes con lo obtenido, y después de haber reunido un capital importante durante su estadía en Paraguay, los dos extranjeros parten hacia el norte de Brasil con la mente puesta en los relucientes yacimientos de oro y diamante que el gigantesco país guardaba celoso en sus selvas. Fueron largas y agotadoras las jornadas de trabajo en la selva brasileña. Las condiciones laborales nunca fueron óptimas, debido, en parte, a la naturaleza indomable del lugar; calor sofocante a toda hora, mosquitos rebeldes acechando diariamente y criaturas ponzoñosas afincadas en cualquier rincón del campamento. Aún así, Dionisio y su amigo norteamericano salvaron la mayoría de los obstáculos que se les presentaban para poder, finalmente, ahorrar una cantidad suficiente de dinero que les permitiría dirigir los pasos hacia otro lugar más habitable. Justo y Dionisio partieron hacia Corumbá, poblado brasileño fronterizo con Bolivia, y en esa población se estrecharon las manos una vez más, prometiéndose amistad eterna y un reencuentro auspicioso en un periodo de tiempo corto. Justo Smith marchó hacia su tierra natal mientras que Dionisio Foianini puso los pies en las sendas que conducían a Santa Cruz de la Sierra. Una nueva historia estaba por comenzar...

EL "Cóndor de los Andes" se posa en el pecho de Dionisio

Dionisio tuvo que soportar un viaje penoso y accidentado por las intransitables sendas del oriente boliviano. Llegar hasta Santa Cruz de la Sierra era toda una travesía y el viajero que emprendía esta empresa estaba expuesto a un sin fin de contratiempos, por no decir peligros. Después de dos inacabables meses de viaje, el italiano llegó exhausto y contrariado a la capital cruceña, en Corumbá había encargado el transporte de sus maletas a la casa Stefen, pero ésta se demoraba demasiado en hacer el envío y esto lo tenía angustiado. Así, atento pero con los ánimos más serenos, Dionisio Foianini empieza a adentrarse en la vida parsimoniosa de aquella coqueta región boliviana. La silueta colonial que presentaban las calles, unida al acogedor ambiente que ofrecían sus habitantes acabaron por conquistar el espíritu aventurero del italiano.

Ya adaptado totalmente a la fisonomía del lugar, y habituado a las costumbres locales, Dionisio empieza a conocer nuevas amistades. Es precisamente en la casa de un amigo, Jorge Banzer, donde su corazón se extravía ante el encanto y la dulzura de Carmen. Sí, el italiano quedó perplejo desde que sus ojos divisaron por vez primera a la hija del hacendado alemán. La joven no dudó de las buenas intenciones del forastero y más pronto de lo pensado el matrimonio se consumó en un ambiente favorable y acogedor. Así las cosas, Dionisio y Carmen empezaron a construir la historia de su familia boliviana, y ésta se enriqueció aún más con el advenimiento de sus siete hijos: Juan, Dionisio, María, Angel, Blanca, Carmen y Elvio.

Inquieto, Dionisio no esperaba que le den órdenes para emprender alguna actividad, más aún teniendo una familia que sostener. La autonomía y el emprendimiento eran una constante en su persona por lo tanto no demoró en hallar una actividad laboral. Esta vez transportaría productos agrícolas y de ganadería desde Santa Cruz hasta el departamento del Beni por vía fluvial. Para ejecutar su labor se valió de las cachas de madera que se fabricaban en la maestranza de otro destacado italiano, José Bruno¹⁰⁴.

Diligente y sensato a la hora de abrir negocios, Foianini incrementaba sus actividades en diversas áreas laborales. Fue parte activa de la Sociedad Minera del Oriente San Simón y, por esa misma época, tenía proyectado instalar una fábrica de seda en la serranía oriental. No contento con esto, organiza la Compañía Petrolera Calacoto-Triple Alianza para la exploración y posterior explotación de petróleo en el altiplano boliviano, lamentablemente el proyecto tuvo que ser desechado prematuramente porque no se disponía del equipo adecuado para iniciar las exploraciones. Pero el interés y la creatividad del italiano no cesaban de funcionar, pronto, su mente prodigiosa estaba concibiendo un nuevo emprendimiento, en esta oportunidad presentaría al gobierno del presidente Bautista Saavedra –era el año de 1923– un proyecto para instalar una hilandería y fábrica de tejidos de algodón en las llanuras cruceñas. Foianini esparcía con soltura y confianza cada una de sus ideas y proyectos, sabía muy bien que no tenía nada que perder, total, si sus inquietudes y propuestas eran rechazadas, o no recibían respuesta alguna, tendría un arsenal a donde acudir para exponer más emprendimientos y lograr consolidar así alguno de sus objetivos preciados. Como aquella inolvidable apertura de la farmacia Nacional, pionera indiscutible a la hora de proveer medicinas y suministrarlas con eficacia cuando la población las requería. La farmacia Nacional fue inaugurada en Santa Cruz y con ella se instaló el Laboratorio Químico del Oriente, ambas entidades jugaron un rol importante a la

¹⁰⁴ Ibid., p.33.

hora de asistir con medicamentos inyectables a las tropas bolivianas durante las campañas bélicas en plena Guerra del Chaco. Con seguridad muchos combatientes habrán salvado la vida gracias a la originalidad del inmigrante de Foian. Ni como dudarlo, Dionisio Foianini amaba lo que hacía y su pasión por la vida se veía reflejada en la voluntad que ponía a cada una de sus ideas. Es por ello que el gobierno boliviano le extiende el mayor de los reconocimientos al otorgarle merecidamente el "Cóndor de los Andes" distinción que da validez a la obra de este piamontés inigualable. Dionisio Foianini Ioli falleció en 1945 dejando como consigna imperecedera la pasión por el trabajo.



Foto 84. Ésta, quizás, es una de las últimas fotografías de Dionisio Foianini Ioli. Acá se lo ve rodeado de sus hijos y esposa. Archivo: Familia Landivar Foianini, 2006.

Cuando los Forno vestían casimires

Un viejo mirlo marrón acaba de posarse con soltura y despreocupación premeditadas en la rama rugosa del eucalipto. Desde allí empieza a sacudir su cola de manera intermitente tratando de llamar la atención de los moradores ocasionales, sean aves o humanos, lo mismo da, para luego imponer con desparpajo su agraciado trino. Abajo, muy cerca del lugar, un grupo reducido de obreros traslada con paso cansino desde un inmenso inmueble deshabitado cientos de residuos plásticos para después depositarlos en un rincón del patio. Una vez cumplida la misión, los hombres retornan con desgano evidente al galpón de paredes descascaradas para continuar con su labor cotidiana. Ni bien la figura del último de los obreros ha desaparecido por detrás de la imponente construcción, el pájaro bullicioso despliega su plumaje oscuro y se lanza en picada desafiante, antes que gorriones y tórtolas, para inspeccionar de cerca y con meticulosidad compulsiva cada uno de los objetos desechados. Vanos son los esfuerzos del emplumado por querer descubrir algo comestible en medio de esos escombros inservibles, esta vez su apetito voraz no encontrará provecho alguno. Humillado y con los crespos hechos, el mirlo regresa a su posadero seguro dispuesto a interpretar una nueva melodía hasta que una siguiente oportunidad le permita llenar el buche. Por el momento sigue siendo dueño indiscutible del lugar y no hay quién lo contradiga. Claro, él sabe muy bien que sus ancestros más remotos empercharon la primera nidada en este rincón de la urbe pacaña, cuando el galpón de paredes descascaradas era parte activa de la gran fábrica de textiles, la cual funcionaba a toda maquina generando empleo a cientos de trabajadores y proporcionando calidad y prestigio a la sociedad de ese entonces. En esas épocas, sus antepasados merodeaban a sus anchas por los jardines del establecimiento degustando con holgura de la variedad de árboles que allí se habían plantado. El clima en el barrio pacaño de Achachicala, durante los años veinte, no fue menos frío y ventoso que ahora, pero eso no significa que en sus espaciosos terrenos escarpados no se pudieran sembrar eucaliptos y pinos.

Definitivamente eran otros tiempos, cuando una generación completa de mirlos le entregaba gustosa sus melodías al sol de levante, adornando con su canto las jornadas laborales de la extinta fábrica de casimires y textiles de Herminio Forno. Por su lado, el piamontés había llegado a Bolivia con la mente puesta en levantar un auténtico templo del buen vestir, donde la producción masiva de trajes y paños gozaría del aprecio de todos y sería al mismo tiempo venerado a lo largo y ancho de aquellas tierras sudamericanas. Forno era optimista aunque reservado, gustaba planificar sesudamente cada uno de sus proyectos y sólo los hacía públicos cuando tenía plena confianza de alcanzar el éxito. Así, enérgico pero retraído, Herminio empezó a gestar su obra cumbre: la Fábrica Nacional de Casimires.

Claro que el proyecto no era de inventiva reciente, éste fue concebido en la lejana población trasalpina de Biella, tierra donde se origina la historia familiar de los Forno. En esta coqueta región del norte italiano se engendra la pasión por la confección de casimires y es el padre de Herminio quien parece impulsar genéticamente esta actividad y la asocia con su apellido. Años más tarde su hijo mantendrá latente este impulso para darle forma y diseño propio lejos de Italia. Y precisamente es en Bolivia donde se funda la empresa, un día auspicioso de 1923 se inaugura oficialmente la construcción que albergará por décadas las instalaciones de la Fabrica Nacional¹⁰⁵.

Puntilloso y severo cuando las circunstancias así lo exigían, Herminio no dejaba pasar ningún detalle, por más pequeño que sea. Detestaba un trabajo a medio realizar y no podía soportar el incumplimiento o la carencia de palabra, además, le mortificaba la sola idea de pensar en la quiebra. En su mente todavía estaba fresco el recuerdo de su primera experiencia laboral fuera de Europa, cuando conoció a un empresario inglés, Frank Michell, y juntos intentaron darle vida a una empresa textilera en el valle peruano de Urcos. La sociedad entre ambos extranjeros no duraría mucho, pues las discrepancias constantes marcaron la pauta en la conducción del negocio. Todo se vino abajo; el inglés siguió su camino rumbo a Arequipa, mientras el italiano cambió de planes súbitamente para luego dirigir sus pasos hacia Bolivia. Allí instalaría a su familia, hizo la América con su esposa Catalina y su hijo Eduardo –el resto de la descendencia: Francisco, Lino, Guido y Luisa nacerán en suelo boliviano– para después buscar un lugar propicio donde incrustar los primeros pilares de su megaproyecto empresarial. El escenario que presentaba la ciudad de La Paz a comienzos de la década de los años veinte era favorable para cualquiera que deseara instalar un negocio de las dimensiones de la Fábrica Nacional de Casimires. Grandes extensiones de terrenos baldíos prosperaban por doquier y el incipiente espectro urbano apenas asomaba con timidez fuera de los límites de la plaza San Francisco. Entonces para que esperar más si se podía adquirir un pedazo de tierra para trabajarlo cuanto antes. Siguiendo esa lógica, Herminio y su familia compraron el primer lote –alrededor de unos 200 metros cuadrados de tierra– que a la postre sería piedra fundamental de un verdadero complejo industrial. La empresa textilera de los Forno alcanzó una extensión física de 27 mil metros cuadrados. Siendo la década del cuarenta la época de mayor apogeo para los empresarios italianos, en este periodo se terminó de levantar el conglomerado de edificios y galpones convirtiéndose en la obra de infraestructura empresarial más grande de Bolivia, denominación que siguió vigente hasta hace un par de años.

¹⁰⁵ Dante Sabbioni, op. cit., p. 1060.



Foto 85. El imponente edificio de las Manufacturas Textiles Forno en una imagen de 1960. Archivo: Eduardo Forno, 2006.

El edificio central, con sus cinco plantas, cada una con una extensión de tres mil metros cuadrados, albergó en su seno por muchos años maquinaria de primerísima calidad procedente de Europa. Los sofisticados telares fabricados en Alemania y el Reino Unido trabajaban sin cesar día y noche elaborando distintas telas para casimires, paños, mantas y frazadas. El material que se empleaba para la confección de las prendas no era otro que la abundante lana de carnero, aunque a la hora de las preferencias, los afamados textileros hilvanaban con deleite finas vestimentas utilizando los suaves vellones de alpacas y vicuñas. Sin embargo, el agudo sentido empresarial de Herminio no se quedaba sosegado ni cuando dormía. En Sucre fundó la fábrica de sombreros Charcas & Glorieta, negocio que llevaba estampada la calidad y prestigio de su firma.

Por décadas la Fábrica Nacional de Casimires –después pasó a llamarse Manufacturas Textiles Forno– contribuyó al desarrollo industrial de esta nación y no es hasta la funesta irrupción del contrabando en el escenario comercial boliviano que se desestabiliza la empresa y las pérdidas económicas se incrementan notoriamente. Ni siquiera con la desaparición física de Herminio se había temido tanto por la suerte de la fábrica. Los sucesores, descendientes del fundador casi todos ellos, mantuvieron en alto las velas del negocio hasta finales de los años cincuenta. De allí para adelante, el negocio que hizo famoso al piamontés se vino en picada y su descendencia

nada pudo hacer para evitar su quiebra en 1985. Ahora, prácticamente quedan ruinas de aquellos prestigiosos años; los galpones y el edificio intentan mantenerse incólumes ante el paso riguroso del tiempo, pero son simplemente un vestigio de una época que fue y ya no regresará más.



Foto 86. Eduardo Forno, hijo de Herminio, posa junto a Rosa Calvet en el día de su boda. Foto 87. Herminio Forno Calvet, artista ilustre y descendiente directo del notable empresario piemontés. Archivo: Eduardo Forno, 2006.

Giovanni Fossati: Un inmigrante en Los Yungas.

Hostigado ante la incomodidad reinante en el lugar y con la paciencia a punto de escurrírsele por las manos, Fossati contemplaba inquieto desde la proa del barco las primeras siluetas difusas de la gran urbe sudamericana. A medida que la distancia se acortaba y la capa traslúcida de la niebla matinal se diluía, los caserones y edificios de Buenos Aires se erguían inmóviles y a la vez impetuosos permitiéndole a la multitud de viajeros exclamar con satisfacción y alivio contenidos toda clase de comentarios favorables respecto al destino que les aguardaba en la capital argentina. Tras meses de navegación a bordo de esa inmensa mole de planchas de metal y calderos inextinguibles, el cuerpo exhausto del italiano no veía la hora en que la nave encallase en el puerto para luego desembarcar y poner ambos pies sobre suelo firme. El tiempo para la mayoría de los viajeros, casi todos, si es que no todos, inmigrantes, mientras permanecían dentro del vapor, parecía confabularse maliciosamente con la pesadez y aletargamiento que producen los días de mar picado. Eran jornadas enteras que fácilmente se podían transformar en semanas completas, cuando el impredecible océano se proponía recrearse con las embarcaciones transoceánicas que cruzaban sus aguas de un extremo a otro. De golpe, la nave se mecía con torpeza como si se tratase de un ligero barquito de papel; en el interior, la ansiedad y nerviosismo cundían en quienes se aventuraban por vez primera en hacer la mar. Los niños reventaban en llantos incontrolables mientras sus frágiles estómagos se empecinaban en desechar violentamente la comida ingerida tan sólo unas horas antes. En cambio por la noche, en los camarotes, el sueño no acudía con la prontitud de otros días y conciliarlo demandaba esfuerzos infinitos. Así, el viaje transcurrió lento y agotador, generando malestares diversos en ese hervidero humano que se preparaba para brindarse una segunda oportunidad de vida lejos de casa. Fossati, ni bien puso los pies en suelo argentino, después de haber descendido casi a empellones por las escaleras del muelle, comprobó que su estadía en Buenos Aires no iba a ser tan alentadora como se la imaginaba estando en Italia. Allá en su casa de Castelletto Sopra Ticino se pasaba el día soñando con las recompensas y satisfacciones que hallaría en esta parte del mundo. Pero la población de la ciudad porteña crecía a pasos agigantados gracias a la llegada de miles de inmigrantes europeos, la mayoría italianos como él, quienes buscaban afanosamente una actividad donde emplearse. Con este panorama adverso las oportunidades laborales empezaron a escasear generando un colapso inevitable. El forastero optó por buscar un nuevo horizonte en el norte de ese país, lejos, donde la presencia de sus paisanos era menos numerosa.

En las faldas de la Cumbre

Ni la decepción ni el desaliento tuvieron cabida en los ánimos del inmigrante. Atrás quedaban, y muy rezagadas, las escenas desmoralizantes de la urbe atestada de realidades diversas y personas desesperadas, donde más fácil era sucumbir ante el desencanto generalizado que generar iniciativas alentadoras. Desde ahora la meta estaba puesta en llegar con rapidez a los pueblos menos desarrollados del norte argentino. Cansado por el extenso viaje, pero con la voluntad inquebrantada, Fossati, acompañado de un grupo reducido de viajeros italianos, llegó hasta la frontera con Bolivia. La gran cantidad de kilómetros recorridos, unida a las vivencias inverosímiles que se encontraban a lo largo del camino desde la capital hasta esta remota población norteña, insuflaron en su espíritu una sed de aventura que ni él mismo pudo apaciguar en sus horas de ocio y relajación. De la boca de algunos comerciantes y viajeros se enteró de la existencia de tierras extensas y vírgenes al otro lado de la frontera, las cuales se presentaban propicias para incursionar en el campo de la agricultura. Además, eran legendarias las diversas historias que se tejían alrededor de la riqueza de las minas bolivianas, codiciadas desde tiempos inmemoriales por el hombre. Fossati no la pensó, y montado encima de una mula, acompañando al dueño de una recua de híbridos, traspasó la frontera dispuesto a jugárselas todas.

La travesía no fue nada halagüeña, sin embargo el italiano de Castelletto Sopra Ticino, después de atravesar valles de geografía accidentada, ascender por laderas inextricables y cruzar punas ventosas, llegó hasta la misma sede del gobierno boliviano, la ciudad de La Paz. Allí tomaría un descanso temporal para nuevamente dirigir sus pasos hacia el norte del departamento paceño. Giovanni Fossati amaba la aventura y a estas alturas este apasionamiento suyo no era ningún descubrimiento nuevo. Con el rostro achicharrado por las impías embestidas del sol altiplánico, y las manos y los pies cubiertos por ampollas, el extranjero, armándose de coraje y valor, inició un ascenso lento y penoso hacia la cordillera. La falta de oxígeno junto al inclemente frío de los Andes eran adversarios de temer, pero ni con sus acechos constantes se podía doblegar la voluntad de hierro que exponía el viajero. Pasado lo peor, vientos gélidos y nevadas frecuentes en las cimas más elevadas, Fossati descendió por una cadena montañosa de contrastes impresionantes. En cuestión de horas había dejado el frío polar de la Cumbre para hallar placidez en los valles templados de la zona de Los Yungas. La naturaleza rebosaba de vida a su alrededor, un acogedor olor a hierba húmeda se apoderaba de sus sentidos haciéndolo levitar por parajes de ensueño junto al vuelo prodigioso de mariposas multicolores y colibríes tornasolados. De esta forma fue recorriendo las rutas pintorescas pero accidentadas de esta interesante región boliviana hasta detenerse en la serena población de Coripata. En este poblado trabajará con ahínco en la destilación del alcohol. Sembrando caña

de azúcar en las zonas bajas cercanas al río, Fossati entregaba a cada jornada tiempo, constancia y sacrificio. Cabe añadir que su agudo sentido comercial le permitió incrementar su patrimonio económico y pronto adquirió una propiedad de dimensiones interesantes en la hospitalaria región montañosa. Así, el comerciante de la caña empezó a trazar su nombre con tinta dorada en el incipiente sector del comercio boliviano. Claro, no iba a disfrutar solo de las bondades que su nueva vida le estaba prodigando. En el mismo pueblo de Coripata conoció a Paulina Flores, dama yungueña con la que organizó su hogar y con quien tuvo a su hijo Humberto. Éste, en el transcurso de los años, llegó a desempeñar funciones de primer nivel en el escenario social boliviano, siendo su principal misión la de presidir el Banco Central de Bolivia.

Giovanni Fossati vivió intensamente cada uno de los años que le fueron asignados en esta vida, hasta que su corazón noble y poderoso dejó de latir cuando la sombra silenciosa y despiadada de la neumonía se apoderó de su salud.



Foto 88. Giovanni Fossati. Archivo: Augusto Fossati, 2006.



Foto 89. Humberto Fossati en plena campaña durante la Guerra del Chaco. Foto 90. Dos amigos, Humberto Fossati y Dionisio Foianini Banzer. Archivo: Augusto Fossati, 2006.



Foto 91. Los hermanos Fossati Gemio, descendientes de Giovanni. Archivo: Augusto Fossati, 2006.

Don José Fusi, el Maestro Ebanista

En la refaccionada sala de recepciones del Circulo Italiano de La Paz un anciano de aspecto apacible y mirada transparente acaba de encender las luces de las lámparas para contrarrestar el influjo melancólico de las sombras oscuras que las últimas horas de la tarde reparten por el lugar. Una vez iluminado el salón y comprobado el orden establecido de las cosas, muebles desempolvados y ventanas limpias, don José Fusi se sienta despacio, como midiendo con cautela cada uno de los movimientos que su cuerpo octogenario realiza, en uno de los sillones exquisitamente labrados por su mano hábil y prodigiosa. Allí, se encuentra esperando por una taza de té caliente con galletas para así desentrañar con mayor soltura la historia de su vida. No hace falta esperar mucho para que el Maestro técnico en ebanistería, Presidente del Circulo Italiano al momento de la entrevista, de paso a la conversación.

–Yo nací en la comuna de Bagolino, perteneciente a la provincia de Brescia, en el hogar de Giovanni y Magdalena Fusi. Fui el único varón de cinco hermanos y mientras estuve en la casa de mis padres todo fue dicha y alegría, hasta que un día del que no quisiera acordarme jamás mi madre fallece prematuramente dejándonos abatidos y al borde de una debacle total. Posteriormente termino los estudios en la Escuela Técnica de Turín y decido en el acto lanzar los dados sobre la mesa y buscar fortuna fuera de Italia—empieza relatando Don José con un liguero amague de lágrimas y consternación en las facciones.

Por aquellos años —finales de la década del cuarenta— José era un joven muchacho inquieto y febril, dispuesto a iniciar su propio proyecto de vida fuera de Italia si las circunstancias así lo exigían. Las oportunidades laborales eran escasas y los bajos salarios no ofrecían ningún auspicio en las principales ciudades italianas. Con este panorama adverso el joven lombardo empieza una búsqueda azarosa y es en ese intento cuando encuentra providencialmente ayuda en la persona del cónsul boliviano en Génova.

–Tuve la suerte de conocer a este funcionario diplomático quien me halló un puesto de trabajo como docente en La Paz. De esta forma y envalentonado ante esta magnífica oportunidad, hice con prontitud todos mis papeles, y más pronto de lo que imaginaba estaba embarcando rumbo a Bolivia. Lamentablemente no pude retener el nombre de mi benefactor, sólo sé que era pariente del ex presidente Enrique Hertzog— añade don José, tratando inútilmente de agregar algún dato complementario.

El italiano llegó a Bolivia con el entusiasmo que sólo un niño pequeño puede tener cuando ve asomarse ante sus ojos la silueta giratoria de un multicolor carrusel. En esta nación trabajó como profesor de dibujo técnico en el Colegio Don Bosco y la Escuela Técnica Pedro Domingo Murillo y como es de suponer, sus clases contaban con la

asistencia de sus conocimientos teóricos y prácticos aprendidos en las aulas de la escuela de Turín. Sin embargo, a don José le gustaba recrearse contando las diversas anécdotas que vivió cuando se transportaba a bordo del vapor. Es aquí, y no en otra parte del relato, cuando su mente parece recobrar la lucidez que los años transcurridos se empeñan en apagar.

–Es un recuerdo tan grato éste que guardo. Para empezar, yo me vine a bordo del “Sebastiano Caboto”, barco nuevito que partió desde el puerto de Génova. ¡Ucha! que delicia– exclama nostálgico el viejo maestro carpintero. –Cada noche era una jarana distinta y la bulla que hacíamos despertaba hasta los peces. La pasábamos muy bien entre los, más o menos, doscientos italianos que estábamos viajando rumbo a America. Claro, hubieron momentos de tensión y desasosiego, por ejemplo, cuando nos aproximábamos a un puerto venezolano y estábamos listos para atracar, en ese instante, al vernos muy cerca del puerto un grupo numeroso de personas pobres, residentes de una colina aledaña a la costa, empezó a salir de unas casuchas de lata igual que las ratas cuando se espantan ante la presencia de algo temible para ellas. Era tan lamentable el aspecto del lugar y la fisonomía de aquellas personas, que me dije a mi mismo, “Si esto es America, yo me doy la vuelta aquí mismo”. Después, el resto del trayecto estuvo marcado por las constantes despedidas entre compatriotas, muchos se quedaron en Venezuela y otro grupo menor en Colombia, Ecuador y Perú. Y es en este país donde pude conocer de cerca la infraestructura de la prestigiosa fábrica de muebles Cassiani. El dueño del negocio quiso que me quedara en Lima para trabajar con él, pero fue más fuerte mi inclinación por conocer Bolivia y cumplir el compromiso adquirido. Luego de permanecer un par de días en suelo peruano tomé un vuelo de Faucett rumbo a La Paz, mi primera impresión sobre esta ciudad fue muy buena, pues el atractivo paisaje me cautivó profundamente.

Y la atracción entre el lombardo y esta ciudad fue tan fuerte que ni bien cumplidos los dos años de residencia en esta urbe, José decide instalarse definitivamente en Bolivia al echar raíces propias. El joven de Badalino contrae matrimonio con Nelly Lema, joven de origen tarijeño y madre de sus cinco hijos: Eugenio, María Cristina, Juan Carlos, Guillermo y Silvana. Así comienza a forjar una nueva vida y un nuevo hogar.

Amoblando la ciudad

José Fusi es hombre de conversación animada y su charla atrapa la atención de todo aquel que se encuentra a su alrededor. Además, no descarta lanzar de vez en cuando una que otra galantería a las

damas que frecuentan la actual casa de los italianos en La Paz. Claro, estas expresiones obsequiosas van casi siempre acompañadas con la formalidad y respeto que caracterizan al presidente del Circulo Italiano, ese mismo respeto y formalidad que emplea a la hora de ejecutar un trabajo y cerrar un contrato. Don José lleva años amueblando edificios públicos, casas particulares, instituciones privadas y hasta la mismísima residencia presidencial de San Jorge. Sus manos, todavía fuertes, gustan acariciar los acabados de la madera y con ellas se deleita labrando pedazos dóciles de mara, roble, pino y cuanto leño o tabla se le pone en frente. Su obra es conocida y admirada por quienes solicitaron sus servicios y son contados los profesionales de talento que han trabajado junto a él. Ahora, Don José quiere retirarse para ir a descansar a su casa. La tarde ha cerrado sus horas más auspiciosas para realizar la entrevista y el frío de la noche empieza a deslizarse por debajo del umbral. José Fusi recoge su abrigo del perchero y con un saludo cortés abandona el lugar.



Foto 92. Don José Fusi, presidente del Circulo Italiano. Archivo: Familia Fusi Lema, 2006.



Foto 93. José Fusi junto a su esposa, Nelly Lema, y dos de sus hijos. Archivo: Familia Fusi Lema, 2006.



Foto 94. José Fusi, primero de la izquierda, en una reunión de socios en el Circulo Italiano de La Paz. Archivo: Familia Fusi Lema, 2006.

Los sombreros borsalino de Ludovico Galoppo

Erguido como un centenario e imbatible roble de campiña, Ludovico Galoppo se hallaba esperando en la puerta de su negocio por la visita de un nuevo cliente. Ese día llevaba puesto su traje preferido de

pañó oscuro con el saco abotonado tan sólo un poco más arriba del pecho para así descubrir, sin disimulo alguno, la blancura nivea del cuello almidonado de la camisa. Alrededor del mismo, una fina y discreta pajarita, también oscura, acompañaba la combinación que el italiano había elegido aquella jornada para recibir a quien podría ser un potencial comprador. Todo en él aparentaba transmitir elegancia y seguridad, incluso la piel la tenía lozana como un niño y los carrillos de la cara estaban colorados haciendo resaltar aún más su apariencia forastera. Galoppo era reconocido por sus cualidades empresariales en toda la ciudad de Oruro y la fama de su prestigioso negocio, Sombrerería Nacional, traspasaba los límites mismos de la "capital del Pagador". La clientela llegaba de todos los confines de Bolivia dispuesta, incluso, a pagar un precio alto por el fino diseño de un auténtico sombrero borsalino. Casi siempre, los modelos eran diversos y las prendas que ofrecía la casa importadora de la calle Bolívar No. 525 contaba con la garantía de las mejores fábricas de Italia. Entonces, con estos auspiciadores antecedentes expuestos en los anaqueles y sin atisbos de competencia amenazante en el horizonte, Galoppo dormía tranquilo dispuesto a comenzar un nuevo día augurando una venta satisfactoria. Mientras el presente le sonreía colmándole con toda clase de beneficios y el futuro parecía anunciarle más bondades económicas, por su poderosa cabeza peinada con gomina circulaban serenas las imágenes de un pasado cada vez más lejano. Atrás iban quedando las escenas de la adolescencia dificultosa y llena de privaciones que vivió en su Vallemosso natal. Cuando apenas era un muchacho de quince años, pálido y de rostro enjuto, que se ganaba unas cuantas liras por ayudar a los tejedores en el Lanificio Efisio Fiorina. Allí lo apodaron "Tonetto" y desde aquellos tiempos guarda una devoción sagrada por el trabajo honrado. Más tarde, el joven trasalpino cruzará los mares hasta llegar a las costas chilenas donde hallará empleo en el reparto de tejidos en la Fábrica de Paños del Tomé. Durante un tiempo corto, el Tonetto cumplirá las labores de jefe de repartos y no fue hasta que empieza a vislumbrar nuevos desafíos en su vida que decide trasladarse hasta las inmediaciones de la cordillera. Presto ante cualquier oportunidad, Galoppo se hace negociante de la madera y fue en esta actividad donde comienza a visualizar las magnificas empresas que podía llevar adelante en el suelo de aquellas fascinantes tierras. Por años, su cuerpo robusto como el de un bisonte, trabajará sin hacer pausas empleando a tiempo completo todas las energías posibles. Así, cansado pero con el ánimo intacto y una cantidad moderada de dinero proveniente de sus ahorros, Galoppo traspasa la frontera en 1905 para iniciar una nueva aventura laboral. Esta vez su atención estará centrada en la producción de minerales.

En las tierras del Pagador

Llegar a Oruro no fue complicado para el Tonetto. Si bien el viaje demandaba días enteros y las carreteras no era óptimas para realizar tal travesía, el italiano conocía, y muy bien, la aspereza de la vida de un inmigrante, por lo tanto tomó con calma aquellas desventajas naturales que se le presentaban durante el camino. Es necesario recordar que años completos de salarios misérrimos y privaciones obligadas curtieron su cuerpo y le blindaron el alma, pero de ninguna manera lo privaron de sentimientos e ilusiones. Y las ilusiones se encendieron en su mente cuando instaló pequeños almacenes de aprovisionamiento en los campamentos mineros de Huanuni y Uncía. Al principio las ganancias no fueron importantes, sin embargo, estas labores le permitieron acercarse aún más a la actividad minera.

Con cautela y siguiendo al pie de la letra los dictados de su mente lúcida, Galoppo incrementa sus ganancias con el negocio de la lencería y avituallamiento, claro, sin despejar la vista de los fecundos socavones de esos codiciados centros mineros. Fue por estas épocas cuando recibe un comunicado personal desde Biella, indicándole que debe apersonarse hasta la casa de un miembro de su familia en Italia para recibir su parte de la herencia familiar. Galoppo no se hace esperar y viaja resuelto a obtener lo suyo. En Italia no hallará recompensa alguna, solo recuerdos de niñez y añoranzas de otros tiempos, en el acto compra un pasaje de vuelta dispuesto a retornar cuanto antes a Bolivia.

Aplicado y sereno a la hora de evaluar negocios, dividendos y futuras asociaciones, el portentoso comerciante cierra una importante alianza con su paisano Marcelo Aglietti di Cossato, ingenioso perito constructor formado en la Escuela Sella de Biella. Juntos trabajarán en el establecimiento minero de la Casa Simón Patiño en la región de Huanuni.

Pero Ludovico Antonio Galoppo tenía otros planes aparte de ejecutar obras de gran alcance. En 1914 se asocia con Aldo Ormezzano generando la Sociedad Galoppo y Ormezzano. Negocio dedicado a la importación de sombreros borsalino y otras prendas de vestir. Hoy, si algo queda de este notable italiano es su amor decidido por el trabajo y el cariño imperecedero que lo ligó a esta tierra por mucho tiempo. El Tonetto de Vallemosso contrajo matrimonio en 1925 con Elena Cristina Crovo y de esta unión nacieron Mario y María.



Foto 95. Elena Crovo y Ludovico Galoppo posan después de la ceremonia de su matrimonio. Archivo: María Galoppo, 2006.



Foto 96. Maria y su hermano Mario Galoppo Crovo. Foto 97. El versátil Ludovico Antonio Galoppo. Archivo: María Galoppo, 2006.

Gestri: El contratista toscano

El sueño ha llegado puntual casi como todas las noches. Sólo que en esta ocasión la escena va a diferir ligeramente en relación a la última vez. El contexto se mantiene pero los actores son otros. Para empezar, dos pequeños niños negros arabizados, hijos de pastores quizás, por la escasa indumentaria que portan se deduce aquello –un taparrabos mugriento ceñido a su famélico cuerpecito– parecen estar empeñados en arrancarle la cola a un viejo camello bermejo que bosteza indiferente a tiempo que mastica con desgano un pedazo de hierba. Los mocosos corretean alegres alrededor del aparatoso animal hasta que éste se cansa del acoso constante y de golpe se incorpora levantando primero los miembros posteriores para después erguir su largo cuello. La bestia se despereza parsimoniosamente no sin antes emitir un agudo y atronador grito. En ese mismo instante suena el reloj despertador sobre la mesita de noche haciendo estremecer todo a su alrededor. Las imágenes del camello y la de los dos niños se esfuman en el acto despertando con cierto sobresalto a Cesar. Son las cinco y media de la mañana y una nueva jornada acaba de iniciarse en la vida del notable constructor italiano. Las aves introducen su canto matinal a través de las ventanas del amplio caserón, mientras una pálida luz empieza a adueñarse del cielo panceño, sin embargo, todavía son muchas las calles y avenidas que se mantienen iluminadas con el alumbrado público. Cesar se dirige hacia uno de los ventanales de la sala contigua a su dormitorio para observar la calle. Afuera, la rutina empieza a establecer el orden de las cosas. Una mujer, con la cara cubierta por una ruana para protegerse de los inclementes latigazos del viento andino, barre la cuadra sacudiendo con ritmos moderados sus polleras mientras dos campesinos apuran sus pasos y el de su recua de mulas para llegar puntuales hasta las puertas de algún tambo. Cesar observa la escena con una naturalidad y confianza que sólo pudo adquirir con los años que lleva viviendo en Bolivia. Después de todo, el toscano se ha visto envuelto en una serie de aventuras impensadas por lugares aislados y de vida agreste antes de hacer su arribo definitivo a las frías tierras del altiplano boliviano. Desde que era prácticamente un niño tuvo que ingeniárselas para afrontar con gallardía y tesón los golpes incisivos que la vida le infringía. Cesar hizo las maletas a muy temprana edad, era un adolescente de quince años cuando inició su diáspora personal, para embarcarse rumbo al África y, una vez allí, tratar de enrolarse en alguno de los destacamentos militares que Italia poseía en ese gigantesco continente. La pobreza y desolación en la que estaba sumida su familia en Pistoia no le dejaban otro camino. En el África dará total obediencia al ejército sirviendo como soldado raso, y no será hasta después de un lapso de tiempo importante cuando el joven toscano logre cambiar las armas por las palas y las picotas. Su nuevo empleo era el de asistente en los

trabajos del ferrocarril que construía la empresa francesa *Konackri au Niger* en el corazón mismo de Sudán¹⁰⁶.

Cesar trabajó palmo a palmo con gente distinta. Durante jornadas enteras compartía con los obreros africanos satisfacciones de índole diversa como tribulaciones permanentes. El italiano residía en los campamentos que la empresa había montado en los alrededores de la obra y allí experimentó un cambio notorio. Ya no era más aquel jovencito taciturno y temeroso que hacía los deberes en silencio y sin discutir nada, ahora daba pasos seguros y toda la experiencia que había adquirido en el ramo de la construcción le permitía soñar con un futuro más estable. Claro, para ejecutar cualquier tipo de plan o proyecto que le asignara ganancias y superación profesional debía cambiar de rumbos. Así, pensando en la posibilidad de darle un giro a su vida, llegan hasta sus oídos noticias sobre las importantes concesiones de líneas ferroviarias que daba el gobierno de un lejano país llamado Bolivia a una empresa inglesa. Cesar no la piensa y más veloz que cualquiera de los antílopes que solía avistar en sus ratos de ocio, decide marcharse hasta el otro lado del globo. De África se llevará recuerdos imborrables que se le harán casi palpables cada vez que se embarqué en un viaje onírico.

Abran paso que llegó el contratista constructor

No bien hubo puesto ambos pies sobre la planicie del altiplano paceño, cuando el constructor toscano sintió una sensación extraña pero particularmente atractiva por descubrir aquellas tierras jóvenes de escaso desarrollo urbanístico. En su mente todavía se encontraban frescas y recientes las imágenes del África Septentrional y, por supuesto, no estuvo libre de hacer alguna asociación con lo que sus ojos le estaban develando en ese instante. Bolivia se presentaba como un país desconocido, de geografía accidentada y con grandes hectáreas de tierra sin producir. Las principales ciudades recién empezaban a extender su espectro urbano y la mayoría de la población se hallaba expandida por el área rural. La clase media, conformada mayoritariamente por familias de terratenientes y políticos acaudalados, conducía las riendas políticas y económicas del país, mientras los indígenas, esencia demográfica de la nación sudamericana, trabajaban arduamente para no sucumbir ante las desigualdades impuestas por el sistema. Con el panorama expuesto de esta manera y empezando a familiarizarse con este nuevo entorno, Cesar se puso manos a la obra y más pronto de lo pensado se encontraba trabajando en un tramo de la línea del ferrocarril Arica-La Paz. El proyecto era ambicioso y permitiría conectar el Océano Pacífico con el centro político y económico de Bolivia. La obra

¹⁰⁶ Ibid., p. 1071.

tuvo una extensión total de 450 kilómetros. El constructor italiano se hallaba dichoso por participar de un proyecto de semejante envergadura, obviamente, Cesar ignoraba por completo que en un futuro no muy lejano su nombre iba a quedar registrado en la historia urbanística de la Sede de Gobierno por su deslumbrante empeño y esfuerzo en la creación de puentes, edificios, acueductos, calles y caminos. En 1914 inició la construcción de la planta de las minas de estaño, propiedad del empresario millonario Simón Patiño, trabajo que quedará inconcluso por la nefasta irrupción de la Primera Guerra Mundial.

El gran arquitecto y sus señores contratistas

Cesar Gestri no bajaba la guardia ante ningún tipo de desventura. Más al contrario, acuñaba energía y buscaba opciones para así encontrar una nueva oportunidad. Y esta llegará cuando el toscano encuentre en su camino la distinguida figura del arquitecto boliviano Emilio Villanueva. Junto a él y Pascual Lupo, también constructor italiano de generoso ingenio, se encargarán de darle una nueva fisonomía a la ciudad de La Paz. Cesar y Pascual unirán talento y esfuerzo para dar forma a la empresa de contratistas Gestri & Lupo, acaparando de esta manera la mayor cantidad de concesiones para trabajos de construcción en la urbe. Entonces, Cesar y su socio entablan contacto con el arquitecto Villanueva y es allí donde un número importante de obras edilicias son llevadas a cabo con la diligencia, originalidad y profesionalismo de un auténtico equipo de trabajo. La compañía Gestri & Lupo, bajo la supervisión directa de Villanueva, edifica El Hospital de Miraflores, El Palacio Municipal de La Paz, El Banco de la Nación Boliviana, entre otros.

El sueño ha llegado puntual casi como todas las noches. Salvo que en esta oportunidad Guillermo Gestri observa nostálgico la cálida figura de su padre Cesar quien contempla silencioso el amanecer a través del amplio ventanal de la sala. Afuera, una mujer barre la calzada mientras dos campesinos arrean presurosos una recua de mulas. La ciudad se ve diferente, antigua y distante. Su padre luce como siempre un mostacho grueso y puntudo. Se lo ve jovial aunque pensativo. Guillermo sueña con su padre y no quiere despertarse.

Cesar Gestri falleció el año de 1953 en la ciudad de La Paz.



Foto 98. El destacado constructor toscano Cesar Gestri.
Fotografía. Gustavo Belmonte, 2006



Foto 99. Guillermo junto a su familia. Él está encargado de preservar el legado de su padre. Archivo: Guillermo Gestri, 2006.

Federico Giannini, el niño inmigrante

Francisco no quería hacer el viaje solo y mucho menos sabiendo que su destino se encontraba empotrado al otro lado del planeta. Sí, viajar le resultaba interesante pero no perdía las esperanzas de llevar consigo a su amigo Federico, compañero leal e infaltable a la hora de iniciar juegos o tramar alguna nueva travesura. Para cumplir sus propósitos, Francisco acude invariablemente a sus padres solicitándoles una vez más colaboración plena. Ni el señor Pierini ni su mujer deseaban denegar o contradecir la voluntad de su hijo, además, éste se hallaba próximo a dejar la casa y pasarían un buen tiempo sin verlo. Los padres de Francisco asienten nuevamente ante los ruegos de su vástago y sabedores de la entrañable amistad que los ligaba con los Giannini tratan de satisfacer tamaña solicitud. Es así que ambos se dirigen al hogar de Giuseppe y Rosa Giannini con la intención de convencerlos de las bondades y demás provechos que recibiría el pequeño Federico al realizar aquella aventura recorriendo cientos de kilómetros hasta llegar a Sudamérica. Durante horas de análisis y discusiones, de puntos a favor y en contra, los Pierini finalmente logran obtener el consentimiento de Rosa, con la única condición de que pasado un tiempo razonable Federico retorne a Italia. A pesar de haber conseguido una respuesta favorable por parte de su madre y de encontrarse próximo a realizar un viaje de aventuras insospechadas, Federico empezó a sentir cierta melancolía al observar en detalle los viejos y descascarados muros de la casa en Bagnaia. Algo no cuadraba bien y le era difícil saberlo. Ya en su hogar, cuando se disponía a preparar el equipaje y organizar por última vez su habitación, el niño de 13 años tuvo un vago sentimiento de congoja al contemplar el rostro tranquilo de sus hermanos; Giacinta, Anna y Carlo. Los miró a los ojos para retener sus respectivas imágenes con precisión, de manera que por muchos años estas se conservarán claras y demorasen en ser absorbidas por el paso impostergable y corrosivo del tiempo. Federico se estaba despidiendo, sin saberlo, de su madre, de sus hermanos y de la vieja casa de Bagnaia. Ya no iba a regresar.

El viaje se realizó sin pormenores. Los dos muchachos abordaron el barco que los trasladaría hasta las costas sudamericanas nostálgicos por dejar a sus familias pero también expectantes por el futuro que les esperaba en el otro continente. Francisco era mayor que Federico por cuatro años, sin embargo, esta diferencia no se hacía sentir en ningún momento. Los amigos se entendían a la perfección y se prestaban colaboración mutua. Cada cual sabía ser responsable de sus propios actos y no era necesario recordarles las dimensiones colosales de la empresa que estaban realizando. A pesar de tener todo meticulosamente calculado, en Bolivia, los planes e ideas, concebidos con paciencia y razonamiento en Italia, cambiarán bruscamente. Francisco presiente que en esas tierras alejadas de

casa estaba llamado a servir al Señor. Convencido y seguro de lo que hacía, opta por vestir sotanas y estudia con severidad los evangelios. Su ingreso al Convento Franciscano de Tarata, en el valle central boliviano, se materializa sin dar marcha atrás. En cambio, Federico se hallaba deambulando solo, y ante la carencia de perspectivas y posibilidades concretas de hallar trabajo, empieza a desarrollar en su cabeza alguna idea para retornar a Italia. Al final, después de caminar sin dirección determinada, consigue la oportunidad para volver a su hogar. Regresaría acompañando a un italiano, quien había estado residiendo en Bolivia por mucho tiempo. El día del viaje llegó y cuando todo hacía pensar que el joven estaba listo para iniciar su retorno, una sorpresiva ausencia de éste dejó a su acompañante viajando solo y desconcertado. Federico consigue emplearse en el mismo convento donde su amigo Francisco estudiaba teología, allí pasará largas temporadas trabajando en el coro del templo. Así, mientras uno se preparaba para ejercer el sacerdocio y el otro estaba enfrascado en diversas actividades laborales, el tiempo transcurría sin dar concesiones. Federico era ya un hombre formado con la rigidez de la vida dura. Su aspecto había mudado de un niño travieso y candido al mismo tiempo, al de un adulto serio con el bigote recortado en los extremos y una incipiente calvicie. Ahora trabajaba para el Hospital Viedma en la ciudad de Cochabamba bajo la dirección del galeno Rigoberto Mendoza. Pero el italiano quería ventilar sus pulmones con el aire del campo y sus ánimos se empezaban a cansar de los ambientes cerrados y fríos del hospital. Así, inquieto por darle otro rumbo a sus actividades, Federico deja el nosocomio dispuesto a administrar las estancias del señor Gerardo Arandía en la provincia Tiraque. En este apacible lugar, rodeado de vastas campiñas y exuberante naturaleza, conocerá a María Esther, joven agraciada que por ese entonces se hallaba paseando por las tierras de su padre. La muchacha cochabambina no tardará en sucumbir ante la galantería del italiano y el 2 de marzo de 1916 contraerán nupcias. La dicha de la pareja se extendió aún más con el nacimiento de sus seis hijos: Blanca, Olga, Julieta, Marietta, Humberto y Federico.

Federico se hallaba satisfecho. Había consolidado un hogar y ahora éste dependía de su correcta administración y liderazgo. Durante los años de residencia en Bolivia adquirió un gusto especial por la vida campestre. Gozaba de la propiedad que tenían en los Yungas de Vandiola y hasta se hizo miembro activo de la Junta de Propietarios de esa tranquila y hospitalaria región. La vida le sonreía y él no paraba de hacer promesas a su descendencia. A menudo les decía que haría hasta lo imposible porque todos vayan a estudiar a Italia. Sobretudo ahora que había restablecido el contacto con su familia a través de la correspondencia epistolar. Además, cada vez que podía intercambiaba charlas amenas con su afable amigo Francisco, quién desde hace poco conducía con orgullo y responsabilidad el

Arzobispado de La Plata. Federico Giannini se sentía satisfecho y su ánimo por seguir viviendo corría a velocidades raudas. Tanto, que empezó a desoír los consejos y advertencias de quienes le guardaban afecto y simpatía.

El 14 de enero de 1925 amaneció gris y con lluvia permanente. La corriente de los ríos estaba por desbordarse y las diferentes veredas comunales se hallaban incomunicadas. A pesar de esto, Federico montó su cabalgadura y haciendo caso omiso de los avisos y recomendaciones de parientes y amigos se lanzó a toda prisa para cruzar el río. Quería llegar a tiempo a la reunión de la Junta de Propietarios porque, según él, ya era hora de obtener la resolución por parte de los miembros para la construcción del puente. Federico no llegó a la cita. Su caballo fue embestido por las iracundas aguas y él fue depositado en el fondo del río. Su cuerpo fue hallado a un kilómetro del lugar. El velorio de sus restos se llevó a cabo en la casa de la familia Sahonero. Al día siguiente fue sepultado en el pequeño cementerio de San Pablo de Vandiola ante el dolor de su familia y la amargura y pesar de la comunidad entera. Francisco, el eterno amigo de la infancia y juventud, anoticiado de la tragedia, envió una carta escueta hasta Bagnaia dando cuenta de la trágica desaparición de su compañero de aventuras.



Foto 100. Federico Giannini. Archivo: Federico Giannini Arandia, 2006.

El estudio fotográfico de Gismondi

No bien Luis Domingo traspasaba el umbral de su casa –últimamente lo venía haciendo después de ausentarse por largos meses viajando en lomo de mula o recorriendo a pie distancias astronómicas cruzando todo lo ancho y largo del territorio boliviano– que Inés se hallaba esperando otra criatura. Parece que no eran suficientes los llantos y berrinches que armaba la media docena de niños que la pareja había procreado. El hábil fotógrafo de San Remo diseminaba sin inconvenientes su semilla paterna ante el consentimiento silencioso y cómplice de su mujer. De esta forma, la familia Gismondi Morán crecía a pasos desorbitados –en total tendrán trece hijos– mientras Luis Domingo optaba nuevamente por armar su equipo fotográfico y partir sin decir nada con rumbo desconocido. Al fotógrafo le gustaba registrar todo o casi todo lo que se le ponía al frente. Su vieja pero noble cámara de fuelle capturaba precisa las imágenes de los diversos paisajes que visitaba, la mayoría de las veces recónditos e inaccesibles a la mano impertinente del ser humano. Allí, ante la mirada desconfiada y sigilosa de las aves y animales que poblaban la zona, el hombre mudaba de forma para hacerse artista. Solamente había que dejarlo actuar en esos escenarios naturales donde tan cómodo y a gusto se encontraba. Sus manos adquirirían total autonomía en el preciso momento en que debía armar su equipo de trabajo. La mente, despejada y serena, se concentraba en la disposición de la luz y en las dimensiones que presentaba la imagen que deseaba fotografiar. Así, con el trípode rígido y la cámara apuntando certera hacia el objetivo señalado, Luis Domingo disparaba con la eficacia y seguridad de quien conoce su trabajo. Los resultados de estas extravagantes excursiones por montes, llanuras, páramos, aldeas y ciudades se exponían en el estudio de la calle Yanacochoa No. 95. Sitio idóneo, se encontraba prácticamente insertado en el centro histórico de la ciudad de La Paz, para instalar el taller estudio y la tienda de ventas de accesorios fotográficos que venían funcionando desde 1907¹⁰⁷.

Luis Domingo amaba la fotografía y nada lo hacía más feliz que registrar la vida en imágenes. No en vano aprendió el oficio de sus hermanos mayores, Stefano y Giacinto, cuando la familia entera residía en Lima. Motivado por los avances conseguidos en las prácticas diarias, y entusiasta por perfeccionar sus conocimientos básicos, el joven Luis Domingo conseguirá trasladarse nuevamente hasta Italia para continuar sus estudios en Florencia. Con una idea mucho más clara y concreta sobre lo que pretendía hacer en su vida, el último de los hijos de Pietro Gismondi, regresa al Perú para poner en funcionamiento los nuevos conceptos y técnicas asimiladas en Europa. Lo primero que se le viene a la cabeza es organizar un estudio fotográfico.

¹⁰⁷ Ibid., p.1091.

Sin perder más tiempo, va en búsqueda de su hermano Giacinto decidido a transmitirle la idea, ambos terminarán aplaudiendo la iniciativa. Después de todo, no resultaba para nada descabellado buscar su propio horizonte laboral lejos de la presencia familiar. Además, tenían el aval de su talento y no les faltaba fuerza y voluntad. Eran jóvenes y el mundo se les abría por delante. Entonces, con las puertas abiertas hacia un futuro promisorio, los dos hermanos deciden marchar hasta el Cuzco aprovechando, como pretexto válido, que su padre debía comprar una mina en aquella montañosa región peruana. De esta forma, Giacinto y Luis Domingo inauguran sin preámbulos la Galería Artística Gismondi Hermanos. Si bien el negocio no marchaba a pedir de boca, el trabajo no faltaba y, de a poco, los hermanos italianos se hacían conocer por aquellos parajes. Por supuesto que Luis Domingo no podía con su genio, y en un acto espontáneo decide recorrer las provincias para saciar la ansiedad que lo carcomía por dentro. Viajando en lo que podía o encontraba a la mano, el fotógrafo se interna por diferentes poblados en el centro del Perú. Los valles templados que le salían al paso eran pintorescos y la humildad que ofrecía la gente mestiza de aquellas comarcas le invitaba a desglosar su ingenio y carisma. Es por ello que no tardará en dar con el paradero de Inés, en ese entonces una joven arequipeña que supo cautivar con su esbeltez al aventurero italiano. Los enamorados prolongan el idilio y las jornadas de fantasía al fijar día y hora para la boda. A las once de la noche de 15 de junio de 1901 se consuma el matrimonio en la ciudad de Arequipa.

Aunque casado y con hijos pequeños, Luis Domingo continúa viajando de un sitio para otro. Era común, por ese entonces, hallarlo tanto en el Perú como en Bolivia. Sus días y los días de su familia transcurrían agitados gracias a las actividades que venía desarrollando. Y es precisamente en uno de sus muchos viajes que conoce a la distinguida figura del presidente boliviano José Manuel Pando. Algo, a parte de la providencia quizás, habrá mediado para que ambos personajes se conocieran, ya que las afinidades se impusieron ni bien se había iniciado la charla. Pando gustaba de la aventura y la expedición por lugares desconocidos, se sentía libre y su espíritu volaba extasiado cuando visitaba el campo. Ni qué decir del fotógrafo italiano que parecía desplegar alas cuando le hablaban de estos temas. Así, los dos prolongan la conversación más de lo debido, hasta que el mandatario acaba asombrado por la sagacidad y confianza que exhibía Luis Domingo. Motivado por la buena impresión que le dejaba la figura amena del ligur, lo premia nombrándolo fotógrafo oficial de la presidencia. De allí para adelante crecerá el prestigio de la familia Gismondi en territorio boliviano.

Se abren las puertas del estudio

En 1907 la ciudad de La Paz anhelaba, y con premura, albergar la mayor cantidad de negocios y establecimientos comerciales de primer nivel. Quería estar a la par de las grandes capitales de Sudamérica y por ello prestaba complaciente sus calles y avenidas para instalar tiendas y almacenes de renombre. Luis Domingo, avisado y veloz como un lince, aprovecha el contexto para abrir el estudio fotográfico con la confianza de poseer un *curriculum vitae* envidiable. Nadie más había fotografiado a tantos personajes de cuna y procedencia diferente y sólo él se podía jactar de haber recorrido Bolivia de arriba para abajo. En el concurrido estudio cientos de imágenes distintas se hallaban empotradas en las paredes. Los rostros graves de los presidentes estaban expuestos al lado de las imágenes serenas y taciturnas de los indígenas bolivianos o de la mirada ausente de algún mendigo ciudadano. El local también ofrecía postales de naturaleza salvaje y cuadros de ensueño que sólo el lente mágico de Gismondi podía captar. Luis Domingo veía satisfecho cómo sus arcas crecían día a día y con ese capital podrá adquirir en 1927 las propiedades de San Remo que su padre había vendido años atrás. Allí obtuvo provecho de los árboles de olivo que le prodigaron aceite y más dinero. Este genial e inimitable artista italiano muere en la década de los años cuarenta, dejando un testimonio indestructible de su obra en Bolivia.



Foto 101. La numerosa familia Gismondi Morán. Archivo: Graciela Gismondi, 2006.

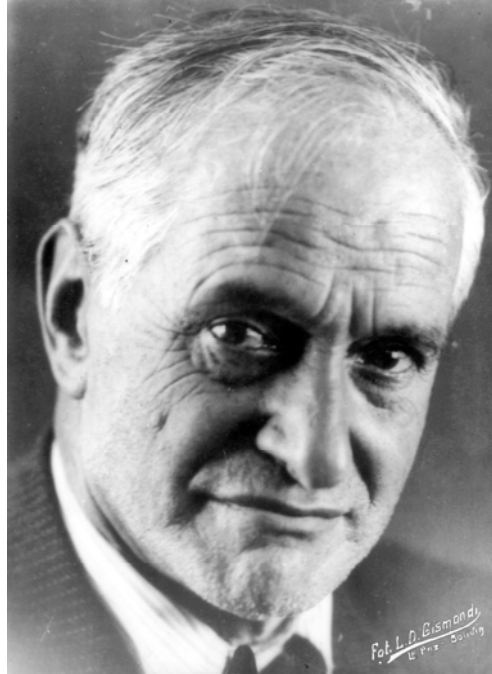


Foto 102. El destacado fotógrafo de San Remo, Luis Gismondi.
Archivo: Graciela Gismondi, 2006.



Foto 103. El pequeño Cesar Gismondi, hijo de Luis Domingo, en la intersección de las avenidas Arce y 6 de agosto. Archivo: Graciela Gismondi, 2006.

Gnarra: Vivir para servir a los demás

La cita fue programada a las dieciséis y treinta de la tarde en un céntrico café de Sopocachi. El reloj digital del teléfono móvil marca apenas las dieciséis horas con veintiocho minutos cuando por encima del aparador se distingue sin mayores dificultades la cabeza plateada de Nicandro Gnarra. El empresario oriundo de Isernia está sentado puntual y sereno en una de las mesas centrales del establecimiento. Una vez cerca, su rostro rubicundo sonríe complaciente mientras incorpora su cuerpo robusto para estrechar la mano con firmeza y calidez. Se lo nota despreocupado y dicharachero y ni bien comienza la entrevista las palabras elocuentes salen de su boca como flotando por el aire. Su castellano es claro y no tiene problemas cuando necesita captar la atención del interlocutor. Aunque el fuerte acento de su tierra se le cuelga hasta por la suela del zapato pero eso no le importa, después de todo lleva viviendo sesenta años en América Latina y se siente orgulloso de haber adquirido costumbres diversas a las que tenía cuando era pequeño en Italia. Por cierto, de aquellos lejanos días recuerda con nostalgia el hogar de sus padres, Salvatore y Carmela, y los once hijos que estos criaron. Nicandro es el menor de todos ellos y todavía su mente se empeña en desafiar al olvido para traer del pasado la jornada en que tuvo que despedirse de la numerosa familia y así partir lejos de casa. “Me acuerdo que partí del puerto de Génova con 16 años de edad un 22 de diciembre de 1948. El viaje desde allí hasta Buenos Aires duraba veintidós días y yo los hice solo a bordo de aquel vapor. Al llegar a la Argentina, cuando me disponía a descender por las escaleras del barco, viene el comisario de a bordo y me recrimina, diciéndome que no podía bajar al puerto porque era menor de edad y me hallaba sin compañía de un adulto. Claro, el comisario tenía razón, pero yo estaba pendiente del arribo de los padres de mi cuñada, una familia de argentinos que vivía en Morón y estaba al tanto de mi llegada. Ellos deberían traer una carta donde se pondría al corriente a las autoridades portuarias, explicándoles el motivo de mi viaje y las recomendaciones que hacía mi familia. Hasta que llegan los argentinos con el papel escrito, después de negociar mi salida el comisario deseaba, además, una suma de dinero elevada, pero por fin logran sacarme de aquella encrucijada” recuerda con alivio el italiano. Con Nicandro libre y los boletos de tren comprados, la pareja sube al vagón que los transporta hasta la Quiaca y de allí ingresan a Tarija, Bolivia. Durante diez años el joven inmigrante trabajará infatigablemente en la tierra de la “Andalucía boliviana” para después dirigirse a Buenos Aires y, en 1958, contraer nupcias con Brígida Barbato. Al igual que su familia en Italia, sus hijos serán numerosos. Brígida y Nicandro tendrán ocho hijos: Francisco, María Bernarda, María Paola, María Mónica, María Gabriela, Gerardo, Juan Carlos y Sebastián.

Nace el comerciante, crece la solidaridad

Nicandro tuvo como primera pasión al trabajo. En Tarija –y después de merodear por los alrededores del pueblo, conocer de cerca el jolgorio que desatan las fiestas del carnaval y quedar gratamente impresionado por la sensualidad y encanto que exhibían las jóvenes mozas tarijeñas– se propuso ganarse la vida para consolidar un futuro prometedor. Sin lugar a dudas fueron jornadas extensas de labor las que el joven compartió con su hermano Giuseppe, pero a Nicandro le gustaba trabajar y esta cualidad le trajo beneficios cuantiosos. No en vano fue un próspero comerciante de lana ovina cuando se encontraba residiendo en Argentina y desde el país austral, proveía a los almacenes de las grandes textileras bolivianas como Industrias Bolivianas Unidas S.A (IBUSA), Forno y Soligno. La actividad crecía con el pasar de los días y cada mes salía un cargamento completo de 50 toneladas de lana rumbo a las planicies del altiplano paceño para satisfacer las demandas de los compradores. Sin darse cuenta, Gnarra, que para aquel entonces era un novel empresario y primerizo padre de familia, estaba demarcando con precisión milimétrica las rutas de la lana entre ambas naciones. Sin embargo, Nicandro se sentía atraído por Bolivia y sus ganas de invertir en ese suelo se agigantan a cada paso. Con un capital importante y el prestigio en alza, el empresario textilero adquiere tierras en la ciudad de El Alto para edificar en esa región andina la nueva infraestructura de IBUSA, por otro lado, en la Sede del Gobierno boliviano levanta el edificio Dante en plena avenida Mariscal Santa Cruz, y sus anhelos se ven realizados al construir el colegio Italo Boliviano Cristoforo Colombo. Con esta obra, Nicandro desea beneficiar a la educación de cientos de niños y jóvenes bolivianos. Pero si alguien piensa que aquí terminan los ambiciosos proyectos de Gnarra, se equivoca, porque el cariño del hombre de Isernia es grande para con Bolivia y, a finales de la década del 90, viaja a Roma dispuesto a traerse en los bolsillos el permiso correspondiente para abrir la Societá Dante Alighieri en La Paz, institución internacional que difunde la enseñanza de la lengua italiana por el mundo.

La charla ha llegado a su fin. Luego de haber conversado sobre los aspectos más importantes de su vida, Nicandro esboza una sonrisa, como lo vino haciendo toda la tarde, y se levanta para salir. La hora lo apremia y debe cumplir otros compromisos antes de regresar a Salta, ciudad donde reside actualmente. Una vez más, el italiano de corazón ancho y cara bonachona se marcha de Bolivia con el compromiso permanente de regresar pronto.



Foto 104. Nicandro Gnarra, el empresario solidario Archivo: Nicandro Gnarra, 2009.

Los Grisi Orrico

Sentado como siempre en la misma silla desvencijada del comedor, Rafael iniciaba con la puntualidad acostumbrada el ritual invariable de todos los días. Sosteniendo con la mano derecha la culata de fina madera labrada y presionando hábilmente con la izquierda el reluciente y extenso cañón de acero, abría por el medio la entrañable escopeta francesa para cerciorar, con ojo clínico, el estado higiénico de la báscula. Después de revisar minuciosamente el interior del arma, procedía a su limpieza introduciendo un delgado cepillo de metal a través del único orificio de metal al carbono. Comprobada la inexistencia de residuos de pólvora o cualquier otro cuerpo extraño en el interior del cañón, Rafael le daba una última mirada a su incondicional compañera de cacerías antes de colgarla en el muro de la sala. A veces, el anciano volvía a descolgar el temible y voluminoso instrumento de caza para luego cargarlo con ambas manos y apoyarlo con cierta dificultad en el hombro derecho, ya no era el hombre ágil de treinta años atrás,. Le gustaba simular la mejor pose suya de cazador y esto lo hacía feliz. Feliz porque de esta forma sus recuerdos preciados, cada vez más distantes, llegaban veloces y fulminantes como la implacable nube gris y menuda de perdigones que salía disparada desde la boca mortal de su escopeta para terminar con la existencia de la tímida perdiz altiplánica. Era así como Rafael Grisi venía invocando al pasado. Recordando con melancolía todas aquellas jornadas alegres y agitadas que vivió en la lejana Bolivia. Sobre todo cuando en 1925 era un joven de buena presencia y ojos vivaces rebosantes de vida que llegaba hasta las templadas tierras chuquisaqueñas con mujer y dos pequeños hijos dispuesto a ganarse el pan y el techo junto a su tío José Orrico y el adolescente Francisco, hermano menor de su esposa. Allí se empleará como asistente en el almacén que Orrico había adquirido en Sucre. Sin embargo, las diferencias de edad y carácter se manifestaron abiertamente entre los familiares, dando como resultado su prematura salida del negocio. Sin perder el tiempo y conciente del rol de padre que había adquirido en su natal Trecchina, Rosa y los pequeños Ángel y Blas dependían de él, instalará junto a su joven cuñado una tienda de textiles aprovechando la amistad que tenía en La Paz con el próspero empresario textilero Domingo Soligno, quién le enviaba mercadería constantemente. Los Grisi Orrico no tuvieron ganancias formidables mientras residieron en Sucre, pero si incrementaron el número de los miembros de la familia con la llegada de Mario. Con una boca más por alimentar la situación económica de los italianos se tornaba angustiosa. Las ventas eran escasas y la competencia crecía amenazante. Rafael, junto a Rosa, los niños y Francisco, decide embalar las maletas para partir rumbo a la ciudad de La Paz. La Sede de Gobierno cobijaba más industrias y la población urbana era más numerosa que la de Sucre. En este nuevo contexto las oportunidades estaban esperando en algún rincón por los italianos.

De vendedor de telas a marmolista

Mientras Rosa terminaba de desempacar el equipaje, Rafael se hallaba buscando empleo en los diferentes negocios que sus paisanos habían establecido con anterioridad en la urbe paceña. Y es precisamente en un almacén de la calle Comercio donde encuentra ocupación y sosiego. Sin saberlo, Rafael había dado con el paradero de la tienda de uno de los más prestigiosos y conocidos residentes italianos en Bolivia, Herminio Forno. Claro que para ese entonces eran sus descendientes quienes venían conduciendo los destinos del afamado negocio. Rafael consigue emplearse en el lugar y trabaja con esmero vendiendo paños y casimires, logrando, con esta actividad, incrementar el nivel de vida de su familia y, por si fuera poco, obtiene un margen discreto de ahorro para empezar a acumular capital. No pasaría mucho tiempo para que Grisi encamine sus propios pasos en el ramo del comercio textil. Nuevamente Francisco Orrico lo acompañará en este intento, ambos eran responsables y en esta ocasión no tenían que responder a nadie por las ganancias o pérdidas del negocio, de esta manera los comerciantes de Trecchina se dedican a la importación de sombreros borsalino y telas desde Italia. Las ventas resultaron generosas y las ganancias les permiten obtener un nuevo negocio. Si algo caracterizó a la sociedad entre Rafael y Francisco –a quienes no sólo los unía un fuerte lazo familiar– fue la honradez y esfuerzo que impusieron a cada una de sus actividades laborales. Francisco era cumplidor y juicioso, mientras que Rafael, enérgico y versátil, ponía sobre la mesa las ideas e iniciativas para conformar un equipo idóneo de trabajo. Así es como los socios adquieren de manos del marmolista italiano Alceste Venturini las riendas de la Marmífera y Fundición Boliviana.

El taller se encontraba en una zona escarpada y distante del centro de la ciudad. Allí, sus días de labor eran acompañados por la lóbrega y solitaria imagen del principal campo santo de la urbe. Pero es en esta necrópolis donde se concentra la mayor cantidad de sus trabajos. El Cementerio General crecía a la par de la ciudad y necesitaba ornamentar cuanto antes los diferentes mausoleos y bóvedas que se hallaban dispuestos en su interior. Tal cuál lo hizo en su tiempo Venturini, los neófitos marmolistas inician una carrera veloz para continuar con la venta de altares, gradas, lápidas y esculturas en mármol blanco. El resultado, obras magnificas que continuaron embelleciendo los lugares públicos de la ciudad. Pasaron los años y Rafael tuvo tiempo para construir dos residencias más en la avenida Landaeta. Las casas, al igual que otros bienes inmuebles que poseía, fueron a parar a las manos de sus hijos. Él sentía que su misión fuera de Italia había concluido y por ello optó por regresar a la tierra materna junto a la fiel y abnegada Rosa. Ya en Potenza, en su

hogar de Trecchina, el anciano compartió sus últimos días con los recuerdos entrañables que su paso por Bolivia le obsequió.



Foto 105. Rafael Grisi. Archivo: Angel Grisi Orrico, 2006.



Foto 106. Integrantes de la familia Grisi Orrico. Archivo: Angel Grisi Orrico, 2006.

Tras las huellas de Invernizzi

Doña Yolanda acaba de convertir la pequeña mesa de la sala en un verdadero follón de hojas y documentos de vieja data. La ansiedad y nerviosismo que transmiten sus manos temblorosas hacen que los

papeles planeen como gaviotas sobre la superficie del mueble. Hurgando por aquí, escarbando por allá, la bondadosa anciana no logra dar con el paradero de uno de los tesoros más preciados que conserva en su apartamento de la zona de Sopocachi. La búsqueda se extiende por unos minutos más hasta que la ex enfermera instrumentadora suspira aliviada al encontrar entre las tapas descuadernadas de un archivador rápido la fotografía de su padre. Con las mismas manos que minutos antes removían intranquilas el cúmulo de papeles viejos levanta la única e invaluable imagen que guarda de su progenitor. Después de contemplarla con cariño pasea la yema de sus dedos sobre la foto para comprobar que el polvo no haya extendido su manto indeseable de olvido y abandono por encima de la imagen paterna. No se observa nada extraño que pueda alterar el rostro sereno de Eduardo Invernizzi Mosca, más allá de las manchas marrones que se encuentran en la parte inferior del retrato. Doña Yolanda entendió desde pequeña que la memoria humana es frágil e indefensa y que ésta se halla desprotegida cuando no se sabe administrar correctamente las murallas protectoras que la cuidan del acecho permanente del olvido. Con la respiración aún entrecortada, – estuvo fuera de sí durante sesenta interminables segundos y por un instante creyó haber extraviado el retrato paterno– empieza a referir lo poco que conoce a cerca de la historia de los Invernizzi en Bolivia.

–Mi papá murió joven– inicia el relato con la voz apagada y un poco ronca– nos dejó a mis hermanos y a mi cuando apenas éramos niños. Yo tendría dos o tres años el día que falleció. Por eso no poseo mayores datos sobre su vida. Mi madre no solía comentarme nada a cerca de él– parece sentenciar la anciana ni bien ha comenzado a desmenuzar recuerdos. Sin embargo, Eduardo Invernizzi dejó rastros, aunque pocos, de su estadía por estas tierras. Por ejemplo, antes de llegar a Bolivia el italiano poseía un hotel en Iquique, por entonces un pequeño poblado depositado en las orillas del Mar Pacífico. Allí recibía a cientos de huéspedes provenientes de ultramar así como del interior de aquel país sudamericano. Sus días transcurrían dentro del inmueble, verificando la atención y servicio que se dispensaba a los clientes, por las tardes y noches se dedicaba a pasear por los alrededores del puerto dispuesto a entablar diálogo con quien se topará en su camino, conocidos o visitantes ocasionales le daba lo mismo al trasalpino, lo único que deseaba era encontrar personas dispuestas para comenzar la charla.

Una de estas personas fue Petronila Motta Salazar. Joven peruana que supo cautivar con su silueta garbosa al afable *maitre* de hotel. Cuentan que Eduardo quedó prendado por los encantos que exhibía Petronila desde que la vio por vez primera en el Perú. El italiano solía viajar seguido por las costas del Pacífico y fue en una de esas travesías donde perdió la cabeza y el corazón. Aunque todavía se encontraba algo turbado por la emoción que su alma estaba

recibiendo, apretó los dientes como para darse ánimos, y en un arranque imprevisto de espontaneidad, fue en busca de su prometida para proponerle matrimonio. Ambos habrán quedado perdidamente enamorados uno del otro, ya que los acontecimientos que siguieron al fugaz noviazgo dan cuenta del grado de compromiso y lealtad en el que estaban envueltos. Sobra decir que la celebración del matrimonio civil se llevo a cabo sobre la popa de un barco que se dirigía hasta Mollendo, con el padre de la novia como testigo y representante del novio ausente. Simultáneamente, en algún punto de la ciudad de Arequipa, el *maitre* participaba de sus nupcias con otro apoderado. Más tarde, cuando se encontraron en las planicies gélidas de la ciudad de Puno, pudieron recién fundirse en un abrazo conmovedor y allí comenzaron su anhelada vida conyugal. La pareja se dirigió a Iquique para continuar con sus actividades. Eduardo trabajaba de sol a sol, invariablemente. Petronila, en cambio, se las ingeniaba para controlar las múltiples demandas de sus jóvenes retoños. En total tendrán cinco hijos: Cesar, Ángel, René, Jorge y Yolanda.

Eduardo veía satisfecho crecer a su familia. Se sentía dichoso de poder compartir todas las bondades que la vida le ofrecía con aquellos seres que de a poco llegaban a este mundo. Seres que portaban su sangre y que algún día llevarían con orgullo su apellido por escenarios distintos. Optimista, el italiano vio prudente trasladarse a la ciudad de La Paz con la finalidad de instalar un restaurante en la calle Campero, vía céntrica y próxima al concurrido paseo de El Prado. En el lugar armará el negocio cumpliendo con todos los requisitos y normas que la ley exigía. Una vez instaurado el local, la clientela empezó a copar los espacios y satisfacer las aspiraciones del *maitre*. Pero éste no contaba con la súbita intromisión de la parca, quien sigilosa, como es su costumbre, hizo su funesta aparición para arrebatarse al italiano de los brazos de su familia. Ahora es su hija Yolanda la que lucha por evitar una segunda muerte a su padre. Ella desea que la imagen de su progenitor perdure en el seno de su familia, y no sucumba ante el olvido y la indiferencia, así sea estampada en una vieja y apergaminada fotografía sepia.



Foto 107. El *maître* Eduardo Invernizzi Mosca. Archivo: Yolanda Invernizzi Motta, 2006.

El mundo de La Placa

A sólo una cuadra del pintoresco parque del Montículo, se halla la casa de don Alfredo La Placa. Si bien el domicilio del destacado pintor potosino queda próximo al “balcón de los enamorados” es prácticamente imposible divisar desde el lugar las copas tupidas de los colosales eucaliptos que se yerguen como titanes custodiando la

zona. La residencia del artista ha sido edificada unos metros más abajo de la afamada atalaya de Sopocachi, y son sus propios muros los que impiden un mejor avistamiento de este conocido jardín público. Sin embargo, es el viento de la tarde que trae liguero el aroma resinoso de la floresta delatando a su paso la cercanía de los gigantes verdes. Ni hablar del cadencioso gorjeo de los jilgueros o "*chayñitas*", inquilinos alados que llegan con el final del otoño hasta la arboleda del parque para vulnerar con su canto el silencio casi perpetuo del crepúsculo. Así, el septuagenario artista plástico concibe sus días. Hace mucho que vive en el tradicional barrio paceño y es en esta zona de bohemios apasionados y anacoretas afligidos donde ha visto procrear su obra. Claro que a la hora de hablar de sus inicios en el campo del arte es necesario remontarse en tiempo y distancia hasta los orígenes de su familia. Por ello es conveniente iniciar un peregrinaje retrospectivo por los caminos remotos que conducen al sitio preciso donde el primer miembro de la familia La Placa posó por vez primera ambos pies. Después de invocar nombres extintos, recordar fechas pasadas y recorrer paisajes con imágenes casi siempre en sepia, se llega hasta las soledades ventosas de la puna orureña. Es en esta región minera del vasto altiplano donde se encuentran las huellas de Enrico La Placa, ingeniero napolitano que llegó a Bolivia en 1910 contratado para trabajar como asesor en las minas del potentado empresario Carlos Víctor Aramayo. Enrico vino adulto y con la congoja amarrada al pecho. De nada le valía la fiel compañía de su esposa Concettina y de sus hijas Elena y Elisa, es que a su lado no estaba la figura inquieta del menor de los retoños, Amadeo. Éste se había quedado en Italia, internado en el colegio dispuesto a culminar sus estudios para luego inscribirse en la escuela de ingeniería, labor que cumplió a medias ya que la irrupción violenta de la Primera Guerra Mundial cambió el orden establecido y tuvo que enrolarse como voluntario en el ejército para participar en la confrontación bélica. Bajo estas circunstancias, Enrico y Concettina no podían dormir tranquilos. El sólo hecho de pensar en las condiciones extremas de peligro en las que se hallaba expuesto su hijo los tenía a mal traer y deseaban, cuanto antes, tenerlo junto a ellos. En Bolivia llevaban una vida cómoda y sin privaciones, las ganancias que percibía Enrico les permitían acceder a toda clase de beneficios, además, ya habían transcurrido más de diez años sin poder estrecharlo entre sus brazos y esta situación era extremadamente amarga para el hogar, más aún si éste predicaba las normas de afecto y dedicación absoluta a la familia que todo inmigrante italiana debía cumplir. Es así que el ingeniero manda a llamar al joven soldado una vez que se anoticia del cese de hostilidades. Amadeo arriba gozoso a Sudamérica y su sonrisa diáfana se ensancha aún más al reencontrarse con sus padres y hermanas. Durante los años de ausencia tenían que registrarse cambios, por supuesto que sí, y Amadeo los encuentra en los rostros ligeramente envejecidos de sus progenitores y en la nueva situación

civil de las hermanas. Ambas estaban casadas y tenían como maridos a dos jóvenes ingleses que llegaron a Bolivia contratados por la empresa de ferrocarriles Bolivian Railway. Con el pasar de los años, uno de ellos llegará a desempeñar las funciones de socio mayoritario de la firma norteamericana The Coca Cola Company en suelo boliviano. Pero para pesar de la familia entera, el accionista anglosajón parece víctima de un cáncer Terminal; la viuda, triste y deprimida por la irreparable pérdida, decide en el acto, como queriendo descartar algunos recuerdos materiales, poner a la venta las acciones del esposo fallecido ofreciéndolas a un precio razonable a su joven hermano. Amadeo se habrá sentido presionado ante semejante propuesta, no de otra forma se explica su actitud al rechazar de entrada la oferta que la hermana le hacía. Lo cierto es que el hijo de Enrico escapa a la posibilidad real de dar un salto a la fortuna. Por el momento se encontraba ocupado en otros menesteres de los cuales, el más importante, estaba centrado en conquistar el corazón de Rebeca Zubieta, tarea que finalmente consigue en 1928 cuando el italiano lleva hasta al altar a la muchacha potosina. De esta unión nacerán dos varones: Alfredo y Enrique.



Foto 108. El reconocido pintor Alfredo La Placa. Archivo: Alfredo La Placa, 2006.

La vida en pareja resultó risueña para Amadeo quien además contemplaba encantado como el pequeño Alfredo, su primogénito, reventaba a carcajadas cada vez que alguien hacía morisquetas para robar su atención. Enrico observaba este y otros episodios familiares sereno y relajado. A menudo se lo veía pensativo y por momentos parecía alejado de todo lo que sucedía a su alrededor. Tal vez estaba organizando anticipadamente su despedida. Cosa que no hubiera sido para extrañarse, ya que al napolitano le gustaba arreglar lo suyo

bajo un orden severo y una puntualidad estricta. Su última hora llegó sin alterar las reglas de vida que él mismo se había impuesto desde joven. Aunque su partida fue relativamente prematura –no había llegado a cumplir los setenta– el emprendedor ciudadano y afectuoso padre se llevó consigo el respeto de los amigos y el amor de los suyos. Amadeo aceptó resignado el deceso de su padre y aunando energías sacó adelante a la familia trasladándose a la Sede de Gobierno. En Potosí se quedaban guardados los recuerdos más gratos de aquellos años.

Empleado en la firma importadora Duncan. Fox & Cia, el italiano cumplía con responsabilidad las labores que tenía asignadas. Y es justamente en este lugar donde traba amistad con la figura carismática de Mc Donald, hombre dicharachero y de espíritu soñador. Amadeo adquiere talento y práctica como vendedor y pronto se encuentra trabajando en un negocio casi tan grande como Duncan. Fox & Cia, la Western & Ashton, ubicada en la calle Loayza.

Posteriormente prestará sus servicios de agente viajero en el negocio del señor Komori, importador japonés de telas. La fama de Amadeo se extiende por el mundillo del comercio boliviano llegando a ser conocido como “Habla deo La Lata”, mote que se gana por sus capacidades innatas de convencimiento a la hora de obtener clientes y vender productos. El sardo viajaba por toda Bolivia y eran escasos los días en que se lo podía ver en casa. Eso sí, nunca les hizo faltar nada a sus hijos y esposa. Para él eran el tesoro máspreciado que tenía sobre la tierra y no existía nada o nadie sobre este mundo que le hiciera cambiar de idea. Así mantuvo su pensamiento, firme e incólume hasta el último día de su existencia.

Don Alfredo ha terminado el relato. Se lo nota emocionado aunque trate de ocultarlo. Hablar de la familia lo transporta invariablemente a otros tiempos y lugares distantes. Sitios y momentos a los que sólo él puede dirigirse teniendo como timón de mando el cuerpo liviano y delgado de un pincel.



Foto 109. Amadeo La Placa. Archivo: Alfredo La Placa, 2006



Foto 110. Enrico La Placa junto a su mujer e hijas. Foto 111. Amadeo, primero a la izquierda, en plena actividad laboral. Archivo: Alfredo La Placa, 2006.

Enrico León: Ese inmigrante que se hizo constructor

Casi todas las grandes ciudades tienen incrustadas en el corazón de sus principales arterias un punto o lugar invariable de referencia. Da lo mismo si son grandes o chicas, si están sobrepobladas o apenas llegan a la centena de habitantes, si se hallan a orillas del mar o ubicadas sobre la cima de una montaña. Incluso en las aldeas extraviadas en la selva o en los villorrios olvidados del altiplano se presenta indefectiblemente esta situación. Todos los habitantes saben de la existencia del sitio y acuden a él –las más de las veces– para cumplir una cita, organizar una reunión o emprender una actividad cualquiera. Lo cierto es que el lugar sirve como punto de partida y al mismo tiempo de llegada. “De aquí salimos y también aquí llegamos” suelen decir quienes organizan algún evento valiéndose del sitio en cuestión. Y a estas peculiares características no podía escapar el concurrido obelisco de la ciudad de La Paz. Erguido en un principio con la finalidad de incrementar la ornamentación moderna de la Sede de Gobierno¹⁰⁸, este famoso monumento conmemorativo de 25 metros de altura, es hoy en día escenario estratégico para ubicar al visitante y su silueta piramidal guarda en silencio los relatos urbanos de los paceños. Las cuatro caras iguales de este espigado pilar, elaboradas con cemento y cascajo de mármol, han retenido durante los últimos treinta años episodios diversos de la historia boliviana, y sus frías paredes blanquecinas observan impasibles el crecimiento desmesurado de las edificaciones actuales. Construcciones que, no está demás decirlo, enclaustraron su entorno impidiéndole la visión hacia el sur de la urbe. A sus pies tampoco halla reposo. La cantidad desmedida de vehículos le tienen angustiado con los atascos permanentes, contaminándolo todo a su paso y, para colmo, su honor no está libre de sufrir menoscabo. La mano delictiva también hizo su contribución infame dañando sus capas de superficie lisa con pinturas de aerosol. Pese a ello, el obelisco todavía se halla en pie. Sin claudicar y dispuesto, incluso, a someterse a cualquier tipo de examen. Como aquel que le practicaron en el mes de septiembre del año 2006, cuando un equipo de restauradores y encargados de laboratorio impidió la demolición del monumento al encontrar en sus análisis muestras fehacientes de la calidad y durabilidad del material con el que se irguió el ornamento. Además, la técnica utilizada para levantar la obra corresponde a aquellos procedimientos de construcción con reminiscencia romana usados comúnmente en

¹⁰⁸ Con el propósito de ver flamear la enseña patria en lo alto, Enrique Alcoreza, Prefecto del Departamento de La Paz, impulsó la construcción del Obelisco en el centro de la ciudad. La Constructora León entregó este monumento en 1944. Cf. Carlos Gerl/Randy Chávez, *Patrimonio escultórico público de la ciudad de La Paz*, (La Paz) Gobierno Autónomo Municipal de La Paz 2010, p. 117.

Europa durante el siglo XIX¹⁰⁹. Entonces, este sitio tradicional de encuentros concertados y citas anheladas guarda su propia historia en el más recóndito de sus rincones pétreos, en un lugar oculto que sólo la mente hábil de Enrico León conocía.

Proveniente de Turín, este audaz viajero llegó a Bolivia a comienzos del siglo pasado preparado para depositar todo su esfuerzo y talento en la primera actividad que se le cruzara en el camino. Y no tuvo que esperar mucho para emplearse como instructor de jinetes en la escuela de equitación del ejército. Ocupación que desempeñaba con destreza y pasión dado su inagotable amor a los caballos. Sujetando con firmeza las riendas de su corcel, el piemontés pasaba las jornadas impartiendo sus conocimientos hípicas a los pupilos militares. Aunque se encontraba a gusto y se divertía a gran galopando constantemente, Enrico abandonó las clases dispuesto a incursionar en el ramo de la construcción caminera. En ese tiempo las rutas provinciales de Bolivia eran prácticamente inaccesibles para el viajante y se necesitaban semanas enteras para cubrir distancias mínimas entre regiones colindantes. Hacer un viaje hacia la fascinante zona montañosa de Los Yungas de La Paz era emprender una acción más que temeraria. La ascensión empinada y hostil de la cumbre demandaba esfuerzos infinitos tanto para animales de carga como para los propios motores de los vehículos, y el súbito descenso hasta la zona subtropical se presentaba tortuoso y en algunos casos mortal para los viajeros. Las rutas angostas y serpenteantes rodeaban la montaña descubriendo en sus bordes la boca aterradora de un abismo infinito, del cuál difícilmente se podía llegar a observar la profundidad. El piemontés midió su temperamento antes de lanzarse tras la aventura y, una vez analizados, los pros y contras que demandaría la arriesgada empresa, partió decidido hasta la provincia de Sur Yungas. Allí luchará cara a cara contra el monte y sus aliados, tratando de doblegar la voluntad de la naturaleza. Durante meses verá como los trabajadores –cientos de soldados paraguayos capturados en plena conflagración del Chaco– limpian los senderos de selva y rocas a base de pico, pala y dinamita. Enrico supervisa y construye la vía Chulumani-Puente Villa, mientras que otro italiano, amigo y colega suyo, Giovanni De Col, enlaza extremos armando puentes sobre los ríos. Ya instalado en la plácida región de Chulumani Enrico edificará la prefectura y al mismo tiempo introducirá la ornamentación urbana en el pueblo, dejando como recuerdo de su permanencia un obelisco de dimensiones pequeñas. Construir no fue nada fácil y más aún en las condiciones en las que trabajaba. Sin embargo, los primeros frutos del árbol plantado fueron dulces al paladar y permitieron consolidar la Empresa Constructora

¹⁰⁹ Del "Informe Técnico" presentado por Roberto Montero y María Del Carmen Amusquivar al Director General de Patrimonio Cultural, Lic. David Aruquipa, La Paz, 2 de octubre de 2006.

León. Enrico poseía finalmente un nombre dentro de la sociedad paceña y sus servicios eran requeridos a toda hora y en diferentes lugares. En la zona de Miraflores levantará caserones residenciales cubriendo cuadras extensas desde la calle Díaz Romero hasta el parque Triangular. En este mismo barrio paceño construirá el edificio del cine Miraflores dotando de sobriedad y modernismo a cada una de sus obras. Esto le permitirá adjudicarse trabajos para la comuna. Entre las obras encomendadas a la prestigiosa constructora se encuentran: el edificio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos, la construcción del inmueble de EMUSA, el local del Cine 6 de agosto en el barrio de Sopocachi y el obelisco que adorna el centro de la ciudad. La calidad del trabajo y la exquisitez de su acabado arquitectónico le valieron reconocimientos diversos, distinguiéndose entre ellos los cinco premios a la "mejor construcción del año" que le concedió la Alcaldía de La Paz.

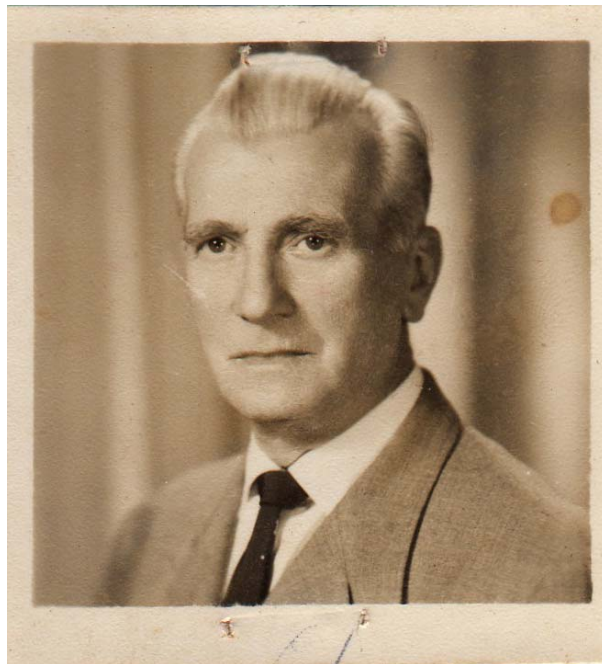


Foto 112. El destacado constructor piamontés Enrico León.
Archivo: Ernesto León Del Castillo, 2006.

Sintiéndose mejor que en su propia tierra, Enrico disfrutaba de los beneficios que su esfuerzo y sacrificio le otorgaban. Ahora montaba los caballos que él mismo adquiría de los mejores establos de Sudamérica, y como su amor a los animales era inmenso, tenía en su residencia toda una jauría de perros de diversa casta y origen. Siendo los boxers sus cachorros preferidos. Pero en la residencia había espacio suficiente para guarecer el cariño abnegado que siente un padre por su descendencia. El piamontés dedicaba horas enteras

de su tiempo libre al cuidado y consentimiento de sus hijos Edda y Ernesto, pequeños que nacieron de su matrimonio con Amalia Del Castillo. Enrico León tuvo tiempo todavía para construir más residencias privadas o refaccionar inmuebles públicos. Él se encontraba presto a servir cuando las autoridades ediles necesitaban de su auxilio. Así fue hasta que la salud le solicitó urgida un cambio de destino para apaciguar los males que empezaban a invadir su cuerpo. El destacado constructor de Turín se traslada al Perú y es en la ciudad de Lima donde fallece dejando huellas palpables de su paso por Bolivia.



Foto 113. El pequeño Enrico y su mascota cuando todavía disfrutaba de los años pueriles en Turín. Foto 114. Los hermanos León, Edda y Ernesto. Archivo: Ernesto León Del Castillo, 2006.

La Linale & Weiss de Pedro y Nicola

Para variar allí está otra vez. Erguido junto a la esquina y soportando con estoicismo el peso de los años machacantes. Aunque ha recibido mantenimiento en más de una ocasión y sus muros fueron refaccionados hace algún tiempo, la estructura y el diseño delatan su condición de antiguo. Claro, hasta el peatón corriente se atreve a clasificarlo sin desparpajo como uno más de los vetustos bloques que rodean a la avenida Montes. Desde ya, se debe mencionar que tiene historia que contar y ésta dejó de esconderse en las frías paredes del interior para volar libre como una avecilla frágil hacia las ramas seguras de un tilo. Si, finalmente el viejo edificio azul y gris de la avenida Montes y esquina Uruguay ha ventilado sus pasillos y abierto las ventanas para develar los episodios más trascendentales de la empresa que cobijó en su seno por muchos años, la Linale & Weiss. Aquí, alguna vez se aparcaron los mejores y más lujosos automóviles de la ciudad esperando el turno para rectificar sus motores en el taller o simplemente para salir pulcros y brillantes luego de pasar por la máquina de lavado. Para el vecindario de entonces no era extraño encontrarse en la calzada cara a cara con un Austin nuevo o con la carrocería maciza e imponente de un Buick color celeste. Al taller de mecánica también llegaban camiones y motocicletas de los más variados tamaños y modelos. Pero si algo distinguió a la famosa casa importadora de los italianos Pedro y Nicolás Linale y del checoslovaco Federico Weiss, fue la diversidad de productos que importaban desde distintas partes del mundo. En el almacén el cliente de gusto distinguido podía encontrar neumáticos BF Goodrich; motocicletas japonesas Suzuki; las famosas máquinas italianas de escribir Olivetti; motores fuera de borda para yates; rifles y escopetas Remington y Breno y repuestos de Federal Nogel y Ranieri y Francischini. Como se observa, la lista era grande y los productos casi siempre provenían desde las casas comerciales más exclusivas. Por cierto, además de poseer la representación de todas estas firmas, la Linale & Weiss incursionó en el campo de los medios masivos de transporte incorporando un lote de ferrobuses para las redes Oriental y Occidental del país.

El origen de la familia

Si algo tenían en común Pedro y Nicolás, fuera de ser hermanos por padre y madre, era el inmenso amor que le prodigaban al trabajo. Esta cualidad les permitió abrir en la década del cuarenta la casa importadora que, junto al comerciante de origen judío checoslovaco Federico Weiss, denominaron Linale & Weiss. Los laboriosos hermanos descendían del matrimonio de Doménico Linale Brescia y

María Porcella. Pareja italiana que tenía tres hijos más; Raúl, Ricardo y Lucía. La familia era originaria de Lavagna, región cercana a Génova, y si el apellido vino a dar hasta Bolivia fue por causa de la prematura y trágica desaparición de María, en 1913. Como era de imaginarse, Domenico quedó destrozado ante el infausto suceso y tratando de escapar al dolor circundante, decide embarcarse con toda su prole en un vapor que los llevaría hasta Sudamérica, tierras, que por cierto él ya conocía. Su hijo Pedro, entusiasta y dinámico, obtendrá trabajo en la empresa Cattoretti & Cia y el esfuerzo y sacrificio que éste desplegó durante mucho tiempo será reconocido en años posteriores por el gobierno italiano confiriéndole la Orden de Caballero.



Foto 115. Domenico Linale posa junto a sus hijos, Raúl, Pedro, Nicola, Ricardo y Lucía. Archivo: Domingo Figliozzi, 2006.



Foto 116. Pedro y Nicola Linale junto a Federico Weiss. Archivo: Silvia Linale, 2009.



Foto 117. Una imagen de los talleres de la Linale&Weiss. Archivo: Silvia Linale, 2009.

La Farmacia italiana de Lorini

A diferencia de sus hermanos mayores, Defendente y Giuseppe, Doménico tendría que esperar siete años para poder finalmente endosar sobre su juvenil figura la anhelada camisa roja de las milicias garibaldinas. Antes, el joven muchacho lombardo tendría que culminar los estudios de farmacia en la Universidad de Pavía, cumpliendo de esta forma con un viejo compromiso personal y familiar. Si deseaba partir al frente, como un verdadero soldado italiano, aguerrido y patriota, no debería desoír y menos contrariar las órdenes de su padre. El hijo menor de Giovanni Lorini era respetuoso y su palabra empeñada acumulaba un peso y valor incalculables, además los consejos útiles y las admoniciones severas que recibía de su progenitor no hacían más que reiterarle el glorioso aunque distante pasado militar que su padre prodigo al impresionante anecdotario familiar, cuando por aquellas épocas Giovanni combatía estoico al lado de Napoleón I en la invasión a España de 1807 y lograba, tiempo después, sobrevivir casi por milagro a la fatídica campaña napoleónica de 1812 en territorio ruso. Así, advertido pero no amilanado, el joven de 22 años se lanzó tras los pasos de su héroe Garibaldi para ser testigo y actor protagónico de lo que a la postre será la "Unificación de Italia". Claro, como era de esperarse, la monumental y noble empresa no sería fácil de realizar. Doménico, resulta malherido en uno de sus brazos mientras las tropas del líder nizado combaten enérgicamente en la región de Bezzacca. Ante la confusión reinante y el quejido estremecedor de los otros heridos, el menor de los Lorini observa adormecido por el dolor como la sangre oscurece con tintes cárdenos su camisa roja. Además, como queriendo la desventura ensañarse con el soldado lastimado, por su mente débil y afiebrada empiezan a registrarse unas tras otras las imágenes conmovedoras de la muerte de su hermano Defendente en los campos de Perentonella. Apesadumbrado y con el cuerpo todavía sin fuerzas, Doménico se levanta de su camastro y renueva los ánimos dispuesto a seguir la lucha. Después de todo es hijo de Giovanni, el destacado militar de Carciago y de Marianna Bonenzio, dama de peculiar belleza y espíritu valeroso a quién el célebre poeta Alessandro Manzoni no dudaba en llamar; "Ecco la madonna degli angeli" (He aquí la virgen de los ángeles) ¹¹⁰

¹¹⁰ Información obtenida de los archivos familiares del Ing. Marco Lorini Lapachet

Buscando un elixir para curar el desamor

Mientras el cuerpo de Doménico se restablecía de las heridas sufridas en combate, en Milán los padres de su novia daban por sentado que el prometido de su hija había perecido en la batalla, sepultando de esta manera cualquier esperanza de matrimonio. La noticia fue desgarradora para la muchacha y, aunque tardó en asimilarla, no tuvo más que resignarse y aceptar a regañadientes a un nuevo pretendiente que asomaba bajo el portal de su hogar, más fruto del capricho de sus padres que de la casualidad misma. Una vez en casa, el valiente soldado no pudo soportar la idea de perder a su amada –ella ya se había desposado– y lloró a mares su desdicha. Por ese entonces, el ex camisa roja tenía una inmejorable oferta de trabajo. La gerencia de los laboratorios Carlo Erba, conocedora de su pericia y talento profesional, le ponía sobre la palma de las manos un nuevo empleo en alguna de las sedes que ésta tenía en el Cairo, Buenos Aires y La Paz. Doménico, atribulado todavía y sin el entusiasmo desbordante de otras jornadas, acepta el ofrecimiento laboral y decide en el acto marcharse lo más lejos posible. Escoge a la distante ciudad boliviana como lugar de sus futuras obligaciones profesionales escapando así, de todo lo que tuviera relación inmediata con su malogrado romance. De nada sirvieron persuasiones programadas y consejos constantes, el joven Lorini había tomado una decisión y ésta debía de ser respetada, su destino estaba en Sudamérica y hacia allá partió en 1867. Al llegar, Lorini se encuentra con una ciudad pequeña y joven, de avenidas escasas y calles escarpadas donde la población criolla y mestiza paseaba sus pretensiones por el centro de la urbe dejando para la periferia la timidez y el silencio de la numerosa población indígena. En La Paz se hace cargo de la Farmacia y Droguería Boliviana, negocio que desde sus inicios fue administrado por farmacéuticos italianos, primero lo hizo Enrico Pizzi para luego cederle su lugar a Clemente Torretti, motivo por el cual los paceños reconocían a la popular botica como la farmacia Italiana¹¹¹. Ya establecido y acostumbrándose al diario vivir de los bolivianos, Doménico inicia su febril carrera profesional trabajando como profesor de Ciencias Naturales, cautivando así con sus conocimientos a todos los docentes y autoridades locales que no dudarán, más tarde, en auspiciar la fundación de la primera Facultad de Farmacia en el país, idea que es concebida en la prodigiosa mente del farmacéutico lombardo. Dueño de un saludo sincero y cordial, el hombre de mirada azul y mostachos hirsutos, no encuentra dificultad alguna cuando se trata de cosechar amistades, y estas mismas cualidades le permitirán traspasar en más de una ocasión los pesados portones del palacio donde gobierna con fiereza el

¹¹¹ Cf. Sandro Calvani, *La Coca, Pasado y Presente, Mitos y Realidades*, Bogotá, Ediciones Aurora 2007.

presidente Melgarejo¹¹². Cuentan que, entre el docente y farmacéutico italiano y el temido gobernante boliviano se entabló una amistad a raíz de un accidente que, para fortuna del mandatario, no pasó a ser más de un susto y una costilla rota. Según el bisnieto de Doménico, Marco Lorini, Melgarejo gustaba de la cabalgadura, y mucho, por lo que no era extraño verlo montando su corcel Holofernes noche y día. En una ocasión, mientras el barbudo mandatario cabalgaba parejo por la calle Ayacucho de la Sede de Gobierno, el brioso rocín tuvo un súbito ataque de espanto lanzando por los aires a su jinete. El golpe fue severo asustando a sus ya afligidos guardias, quiénes corrieron afanosamente buscando auxilio en el despacho del doctor Lorini. El bioquímico, junto con sus asistentes, llegó hasta los aposentos presidenciales dispuesto a prestarle la ayudada necesaria al aturdido paciente. No se necesitó más que un emplaste de hojas de coca y un par de días para restablecer la salud del gobernante tarateño. A partir de ese anecdótico episodio, Doménico no sólo se granjeó la simpatía del presidente, también creció considerablemente la curiosidad que sentía por los efectos que produce en la salud de los humanos aquella insignificante hojita verde de coca.

Los antecedentes del vino Mariani y la Coca Cola

Doménico quedó gratamente impresionado por los efectos terapéuticos que ofrecía la sagrada hoja de los antiguos incas. Por ello, trabaja incansablemente dentro su laboratorio estudiando con tesón y detenimiento la fina estructura de la planta. Al final, después de un largo proceso de análisis exhaustivo y experimentación rigurosa, el ilustre bioquímico presentó a la sociedad boliviana su "Elixir de Coca Lorini" al precio de dos bolivianos. En todo el tiempo que estuvo trabajando, el italiano obsequió pruebas contundentes de su fabulosa inventiva y la solidez académica que portaba fue traspasada a sus jóvenes alumnos, los cuales llegaron a conformar el primer gran grupo de egresados de la Facultad de Farmacia. Fueron cinco en total, pero de allí para adelante la escuela de bioquímicos y farmacéuticos bolivianos crecería en amplitud y prestigio. Sin embargo, Doménico ignoraba por completo que su producto estrella, aquel jarabe oloroso de consistencia espesa, sería el antecesor de una de las bebidas comerciales más conocida y difundida alrededor del mundo. Pero antes debía registrarse una cadena evolutiva que despegaría del corazón de los Andes, pasando por Europa y estableciéndose definitivamente en Norteamérica. El elixir de coca que salió desde las vitrinas de la antigua Farmacia y Droguería Boliviana fue a parar a tierras francesas donde un empeñoso químico

¹¹² Mariano Melgarejo Valencia, militar boliviano que ocupó la presidencia durante la gestión 1864-1871.

italo francés, Angelo Mariani, valiéndose del jarabe importado, decide mezclar dos litros de buen vino de Burdeos con 450 gramos de hoja de coca. El resultado, una bebida tónica de gusto exquisito que gratificará los paladares de Napoleón III y el Papa León XIII.

Más tarde, en 1880, cuando el apreciado vino de Mariani era ya una leyenda en territorio norteamericano la empresa farmacéutica Parke Davis lo registrará como vino francés de coca, tónico y estimulante ideal. Claro, los cambios que sufre el mentado elixir van en aumento y es la Pemberton Chemical Company la que se encarga de agregarle cafeína y aromas silvestres para amortiguar el fuerte sabor de la coca¹¹³. Bueno, lo cierto es que el recordado elixir de Doménico fue a dar hasta las manos de John Pemberton, farmacólogo de Atlanta, que en 1885 lanza al mercado una bebida medicinal para combatir el dolor de cabeza y calmar la sed. Así nace la Coca Cola y, sin temor, se puede decir que su antepasado es italiano.

Mientras el líquido oscuro y burbujeante de la Coca Cola empezaba a recorrer las gargantas norteamericanas, Doménico no detenía su talento y creatividad. Debido a sus servicios meritorios es contratado por el Cancelariato y Superintendencia de la Universidad de Distrito para realizar un inventario de las existencias del Museo Publico. Lorini también trabajó denodadamente explorando el bismuto y el estaño que producían la mina Kalahuyo a los pies del nevado Chacaltaya, además fue un connotado "químico reconocedor de líquidos", encargándosele la delicada labor de reconocer la calidad y efectos nocivos de las diferentes bebidas alcohólicas. En 1900, el Presidente de Bolivia, general José Manuel Pando, le confiere el cargo de Consejero Suplente de la Universidad. Tres años antes, Doménico ganó la medalla de plata otorgada en la Exposición Departamental de La Paz, por la calidad insuperable de su Bitter y Elixir de Coca. Este era Lorini, hombre responsable, de palabra firme y compromiso serio. Respetaba a Bolivia de la misma manera que a su patria, y fue precisamente un 19 de septiembre de 1891, cuando el destacado bioquímico garibaldino reunió a casi toda la colectividad italiana residente en Bolivia para celebrar la conmemoración de la entrada de las tropas italianas a Roma. El valiente soldado y genial bioquímico tuvo como esposa a Casta Carrasco y de esa unión nacieron: Héctor, Samuel, Enrique, Eduardo, Elvira, Luisa y Alejandro. Doménico Lorini Bonenzio muere en 1917.

¹¹³ Maurizio Chierici, *Rivelazioni/La vera storia della bibita mito: La Coca Cola di Garibaldi*, en: Corriere della Sera, Corriereconomia, Milán, junio de 1997.



Foto 118. El célebre y recordado farmacéutico y bioquímico Doménico Lorini. Archivo: Jorge Lorini S, 2006.



Foto 119. Lorini como fiel soldado de las tropas garibaldinas. Archivo: Marco Lorini Lapachet, 2006.

Pascual Lupo, un constructor portentoso

Si se tuviera que clasificar las virtudes y cualidades de Pascual Lupo en un casillero común y corriente, sin lugar a dudas se podrían encontrar organizados en el primer receptáculo del mueble la honestidad y el trabajo esmerado que el italiano imprimió a cada una de las jornadas de su vida. Desde que hizo su repentina aparición en la lejana frontera con la Argentina, luego de realizar diversas actividades laborales, destacándose de entre todas ellas su valiosa participación en la construcción del Ferrocarril Central Norte Argentino, no hubo instante en que cesará de producir. Si bien es cierto que no las tuvo fáciles al comienzo, de por sí era una odisea para cualquier inmigrante lanzarse al océano sobre vapores atiborrados de gente para así "hacer las Américas", Pascual tuvo que cruzar la frontera que divide Argentina de Bolivia montando una mula por treinta y ocho largos e interminables días que se le iban quedando incrustados entre la piel y los huesos bajo la forma de calambres y magulladuras permanentes. Ya en territorio boliviano y una vez repuesto de la penosa travesía, Lupo encontró oficio en la ciudad de Sucre. Allí trabajará por un periodo de tres años haciendo un ínterin en medio de sus ocupaciones para trasladarse a pie hasta las llanuras tropicales de Santa Cruz de la Sierra. Finalmente, recogerá sus pocas pertenencias para orientar su camino hacia la Sede de Gobierno. Pascual era prevenido, aunque aventurero por naturaleza, este hombre de rostro serio y bigote oscuro deleitaba su existencia con toda clase de empresas arriesgadas o que suponían riesgo inminente. No en vano había recorrido miles de kilómetros desde su natal Acerno, en el sur de la península italiana, en los más diversos y exóticos medios de transporte que uno se pueda imaginar para alcanzar las alturas temidas y desconocidas del altiplano boliviano. Así, con la idea fija de establecer residencia en la ciudad andina, Pascual arriba en 1900 aprovechando que el siglo había llegado sonriente y auspicioso para él¹¹⁴.

Ausente e indiferente ante los llamados constantes de la pereza, Pascual emprende solícito una nueva ocupación. Esta vez se lo verá trabajando como picapedrero en las obras de refacción de la catedral paceña. Día tras día su mano sujetará con vehemencia el mazo y el cincel para así castigar implacable la solidez de la piedra. Medio año transcurrido y un esfuerzo inagotable pocas veces visto serán suficientes para demostrar sus habilidades innatas y corroborar el ingenio que su mente lucida expone. Al término de su contrato, el inmigrante europeo encontrará la oportunidad que anduvo buscando desde siempre, ser constructor. Como todo buen obrero, madrugador y conciente de sus aptitudes y carencias, Pascual inicia su primera gran obra bajo la forma de un puente en la calle Ayacucho. La labor es ardua para el neófito contratista constructor, sin embargo, la

¹¹⁴ Dante Sabbioni, op. cit., p. 1074.

pasión y fortaleza que inculca a su equipo de trabajo le permite sortear con éxito las dificultades que salen al camino. La obra se concluye de manera óptima en menos de cuatro meses, dejando satisfechas y poco más que sorprendidas a las autoridades edilicias. Éstas no tardarán en volver a convocar los servicios del contratista de Acerno cuando se deba construir un dique transversal para contener las aguas iracundas del río Choqueyapu. Lupo, desde ya, pasea satisfecho por las principales arterias de la urbe boliviana, su nombre es conocido y el prestigio de su trabajo ha llegado hasta los mismísimos oídos del renombrado arquitecto Villanueva. Si el río suena es porque piedras trae, y no existe caminante o excursionista prudente que se anime a cruzarlo desafiando los mandatos de la naturaleza. Villanueva sabe caminar con prudencia y si algo lo caracteriza es su talento para edificar realidades y convocar a sus constructores. Bajo estas circunstancias, Pascual pasa a formar parte del destacado equipo de trabajo que comanda el hábil arquitecto y es aquí donde conoce a otro formidable constructor, Cesar Gestri. Este toscano colaboró, y mucho, para que la ciudad cambie de rostro y se encumbre como urbe moderna y atractiva. Así las cosas, Villanueva, Lupo y Gestri estrechan las manos y juntos edifican construcciones destacadas como el Banco de la Nación, el edificio de la Municipalidad y el vasto complejo hospitalario de Miraflores. Por su lado, la sociedad entre Gestri y Lupo da sus frutos y estos son aprovechados de forma gustosa y benéfica por la población boliviana.

Mientras tuvo fortaleza y salud, Pascual trabajó de sol a sol. En la región agrícola de Guaquí pudo armar su finca para después recibir agradecido los favores inmensos de la madre tierra que tanto veneraban los indígenas locales. Las papas se cultivaban por montones y las 6 mil cabezas de ganado ovino Lincoln que allí pastaban produjeron lana y carne de primera calidad. El contratista de Acerno tuvo dos hijos en Bolivia; Rafael y Alberto, pero él sabía que la familia no acababa aquí. En Italia dejó descendencia y esta reclamaba por su presencia.

Cuando Alfonso vino

Alfonso Lupo custodiaba las horas impaciente deseando cuanto antes salir para embarcarse en el primer vapor que el mar ponga a su disposición. La impaciencia del joven era comprensible. Su padre lo aguardaba al otro lado del globo predispuesto a enseñarle las bondades y beneficios que Bolivia le estaba ofreciendo. Hasta que al fin, el técnico electricista, proveniente, como es de suponer, de Acerno, llega con una motivación y entusiasmo pocas veces experimentado en su vida. Era consciente, o empezó a serlo, del sacrificio y esfuerzo que debía añadir a todas las jornadas difíciles de trabajo que le aguardaban intactas en el cronograma de actividades de su nuevo destino. Así, dispuesto a emplearse cuanto antes, el hijo

de Pascual inicia sus actividades laborales en el destacado y conocidísimo sector de la minería boliviana. Al contrario de muchos extranjeros o bolivianos que dedicaron una existencia entera buscando con ansiedad fama y fortuna en el seno de la tierra, Alfonso tuvo un paso fugaz por las añoradas minas andinas. Lo suyo pasaba por los cables y las conexiones. Debía generar energía cuanto antes y así lo hizo cuando estrecho la mano de Manuel Crespo, impulsor de la primera central telefónica de La Paz y empleador del técnico italiano. Con viento a su favor, Alfonso se hace cargo de la instalación completa de la mentada central telefónica y será él mismo quién conduzca la parte administrativa de la empresa. Lupo llevará con aplicación y profesionalismo el trabajo encomendado generando lazos innovadores de comunicación directa entre bolivianos. Satisfecho por la labor que venía desarrollando, Alfonso ejecutará otras actividades siempre dentro de los límites de su campo de acción. Por ello, decide montar una nueva empresa, la cual se dedicará exclusivamente a la instalación y mantenimiento de ascensores. Con este último emprendimiento conquistó éxito profesional pero, al mismo tiempo, tuvo el infortunio de invocar accidentalmente a la muerte. Presuroso y distraído, un día desafortunado de 1945 sufre un accidente dentro de la bóveda de un ascensor. Las lesiones sufridas durante su caída al vacío le dejarán secuelas irremediables produciéndole daños severos en el organismo. Alfonso muere joven dejando abatida a su esposa Gabriela y a sus cuatro hijos; Rosario, Carlos, Gastón y Javier Lupo Gamarra.



Foto 120. Pascual Lupo, el hombre de Acerno y sus logros. Fotografía: Gustavo Belmonte, 2006.



Foto 121. Alfonso cultivó la pasión por los vehículos desde joven. Archivo: Javier Lupo G, 2006.



Foto 122. Alfonso Lupo Capetta. Foto 123. Los hermanos Lupo Gamarra durante una reunión familiar. Archivo: Javier Lupo G, 2006.

Las memorias de Mario Nosiglia

Gino Forgnone se hallaba de regreso en su natal Biella para saludar a sus familiares y a los amigos más cercanos. Forgnone aprovechó la visita al pueblo para tomarse un descanso, en esos días había cerrado un negocio importante comprando maquinaria para equipar la fábrica de tejidos que él administraba en Bolivia. Buscando a la gente que extrañaba, el empresario de los textiles dio con los pasos de un viejo y entrañable amigo: Walter Nosiglia. Gino y Walter conversaron de los tiempos idos y de aquellos que se aproximaban, de las personas que ambos conocían y de las que ya no veían. También se interesaron por las actividades que cada uno ejecutaba. Forgnone no perdió la oportunidad para narrar a Walter la experiencia que había vivido en Sudamérica y el alentador presente que su existencia estaba experimentando en esas distantes tierras. Repentinamente, la charla de los viejos amigos se orientó hacia las labores que realizaba Mario, el hijo de Nosiglia. Forgnone demostró especial interés cuando Walter le comentó los progresos académicos de Mario en la *Università del Lavoro, Capelli e Tessutti* en Turín. El visitante no quiso saber más y se puso en campaña para convencer a Walter y Mario del magnífico porvenir que le esperaba a este último en Bolivia. Al principio, Mario no encontraba atractiva esta idea; en Italia tenía todo lo que un joven de su edad deseaba. Su familia le proveía de dinero y en la universidad estaba venciendo sin mayores dificultades los distintos programas de estudio, además disfrutaba de la compañía de sus amigos.

Al final, Forgnone salió airoso convenciendo a los Nosiglia para que Mario se embarque hacia América. El joven piomontés salió del puerto de Génova rumbo a Buenos Aires en 1950, a bordo del vapor "Argentina" que demoró veinticuatro días cruzando el océano. En Buenos Aires no tuvo tiempo para detenerse a observar los atractivos que ofrecía la gran metrópolis argentina, ni bien llegó, tuvo que partir en un tren con destino a la ciudad de Sucre. En la capital de Bolivia lo esperaba un funcionario de la fábrica de sombreros Charcas & Glorieta.

Al principio Mario se sintió desilusionado por la apariencia provinciana de la ciudad. No conocía a nadie y el solo hecho de pensar en que recién había llegado lo tenía a mal traer. La fábrica no presentaba un buen aspecto y los obreros, casi todos indígenas taciturnos que apenas musitaban el castellano, trabajaban desmotivados y sin mucho orden. Mario se reprochaba por haber escuchado sin discutir las ofertas y promesas que le hizo Forgnone en Italia. Así, sintiéndose desterrado y sin buen ánimo, acompañó al funcionario de la fábrica para firmar un contrato que lo ligaba por tres meses a la empresa. Los días comenzaron a transcurrir sin mucha prisa y el joven hijo de Nosiglia empezó a cambiar de ánimos. Encontraba más llevadera su situación y veía en la apariencia de la gente que frecuentaba jovialidad y predisposición para confraternizar. En la

fábrica impulsó dinamismo y pronto vio como los obreros reconocían en él a un auténtico organizador de las faenas. El buen trato dispensado a los trabajadores facilitó aún más las cosas. El repentino cambio en el desenvolvimiento de los obreros permitió que la producción de sombreros mejorase con notoriedad satisfaciendo las exigencias de la clientela. Al mando de Mario, los obreros, que eran ochenta, producían mensualmente 7 mil sombreros. En definitiva la Charcas & Glorieta se constituyó en un referente que debían considerar las grandes industrias nacionales de prendas de vestir.

Mario adquirió el gusto por el trabajo sincronizado traspasándolo a la gente que tenía bajo su responsabilidad. Hábil para negociar con los sindicatos de obreros, pudo mantener la cordialidad y el respeto al interior de la empresa. De esta forma logró duplicar la producción de prendas. Los propietarios quedaron más que complacidos con el rendimiento que experimentaba la fábrica. Se organizaron reuniones y se llegó a la conclusión que era imperioso renovar la maquinaria. Para ello, uno de los máximos ejecutivos de Charcas & Glorieta debía trasladarse hasta Italia a fin de conseguir los equipos sugeridos por Mario. A pesar del entusiasmo y las buenas intenciones, esta tarea no se pudo realizar porque el ejecutivo falleció en un accidente antes de realizar el negocio.

Más allá del trágico suceso que además imposibilitó los planes de modernización de la maquinaria, Nosiglia continuó con sus labores al frente de la fábrica. Para ese entonces la producción de sombreros se incrementó considerablemente llegando a las 20 mil unidades por mes. La mercadería se exportaba a los principales mercados sudamericanos destacándose el interés de países como Brasil, Argentina, Chile y Perú. A la hora de elaborar las finas prendas, Mario prefería utilizar tejidos naturales provenientes de la lana antes que usar material sintético. Por esta razón se granjeó la simpatía y aprecio de distinguidas personalidades del mundo político y cultural. Muchos sabían que el presidente Paz Estenssoro encargaba con cierta frecuencia a Nosiglia la confección de finos sombreros de piel de conejo. El italiano, conocedor de los gustos exigentes del mandatario boliviano, elaboraba las prendas con sumo cuidado para satisfacer los caprichos de su cliente. El emprendedor piemontés trabajó dentro de Charcas & Glorieta por quince largos años. Finalmente, Mario Nosiglia decide retirarse de la empresa al tiempo que la familia Forno, propietaria mayoritaria de las acciones en la fábrica, opta por su venta. Aunque Mario había conquistado estabilidad económica y casi todos en Sucre lo reconocían como un honrado trabajador, no quiso quedarse de brazos cruzados y pronto estaba vinculado con un nuevo proyecto. A partir de ese momento tuvo la responsabilidad de crear y prestar asesoramiento en dos fábricas de sombreros: "La Sucre" y "Chuquisaca".

Escabeche de dorado

En Italia Mario tenía como afición predilecta ir a los lagos a pescar truchas. Esto lo complacía bastante, incluso más que las largas caminatas realizadas con sus amigos al Monte Bianco. Por su lado, en Sucre se divertía pescando dorados en los ríos para después regresar a casa con lo obtenido en la jornada y prepararse un buen escabeche de pescado. Atrás habían quedado, rezagados, los días en que anhelaba dejar Chuquisaca, ahora contemplaba a esta región con cariño y muchas veces se lo escuchó decir que ésta era su verdadera casa. Al final de su vida, en La Paz, sentía nostalgia por regresar a la capital boliviana. Añoraba esa tierra calma donde había conquistado amigos, fortuna y, sobretodo, había dejado descendencia.

En el invierno de 2011, el corazón de Mario dejó de latir¹¹⁵, dejando en sus hijos y nietos el recuerdo imperecedero de un hombre que emprendió diversas luchas y ganó casi todas ellas.



Foto 124. Mario Nosiglia. Archivo: Mario Nosiglia, 2011.

¹¹⁵ Durante la realización de la presente entrevista (20 de julio de 2011), Mario Nosiglia sugirió al autor de este texto redactar los acontecimientos personales donde no intervino directamente su familia. Con el propósito de dar cumplimiento a la palabra empeñada, se respetó la decisión asumida por el señor Nosiglia.



Foto 125. Walter y Teresa, dos de los hijos de Mario. Archivo: Mario Nosiglia, 2011.



Foto 126. Una imagen de la fábrica de sombreros. Archivo: Mario Nosiglia, 2011.

Recordando a Francesco Orrico y el mármol

En uno de los rincones más selectos del Cementerio General un ángel acaba de verter una lágrima. Nadie lo percibe, y aunque el ser alado no solloza como un niño, su rostro atribulado expresa con claridad la congoja y desazón que su frío cuerpecito regordete y pétreo padece. A primera vista resulta por demás evidente contemplar una escena de esta naturaleza en el seno mismo de la necrópolis. Total, los cementerios constituyen desde siempre la morada final donde los cuerpos inermes y deteriorados de miles de hombres y mujeres acabarán por fusionarse lenta e inexorablemente con la tierra. Ante este proceso de orden natural, resistido y cuestionado por la inmensa mayoría de seres humanos, no hay objeciones que valgan. Los cementerios, por lo general, guardan en sus gélidas bóvedas la historia del pueblo y son, a la vez, escenario exclusivo para cobijar el dolor irreparable y los lamentos plañideros de quienes lloran a los ausentes. Pero no es esta la causa principal que provoca amargura en el pequeño hombrecito de protuberancias carnosas y rizos exuberantes. Él, como tantas otras estatuas o monumentos que adornan la antigua necrópolis paceña, ha visto desfilar desde las alturas de un mausoleo a miles de comitivas fúnebres donde el llanto vivo y las oraciones entrecortadas se funden en un solo murmullo musitando desolación. No, en esta ocasión el ángel reclama con dolor propio. Dolor que le empieza a crispar los miembros de mármol fino y cincelado perfecto cada vez que observa la indiferencia burocrática con la que se mueven los diferentes administradores del cementerio público ante el estado ruinoso del arte sepulcral. Nadie dice nada y lo peor es que se están ignorando los daños severos que va produciendo el tiempo, la polución y la mano delictiva del hombre al esplendido ornamento que dejaron como muestra indisoluble de talento y gracia los artistas y profesionales italianos que anduvieron por estas tierras, entre ellos, Francesco Orrico y Rafael Grisi.

Si se tiene que hablar de Francesco Orrico no es necesario trasladarse hasta la remota región de Trecchina, lugar de origen de los Grisi Orrico, basta con repasar los pasos discretos pero importantes que dio el italiano sobre suelo boliviano. En 1923, Francesco, todavía adolescente y con rasgos evidentes de timidez, llega a la ciudad de Sucre acompañando a su hermana mayor Rosa y al esposo de ésta, Rafael Grisi. El grupo familiar estuvo encabezado por Giuseppe Orrico, miembro adulto de la familia que tenía como mujer y pretexto de viaje permanente hacia esas latitudes de Sudamérica a una respetada señora chuquisaqueña, Lola Gantier. Francesco, ante la ausencia obligada de sus padres, recibió de Rosa y su marido cariño pero por sobretodo educación. Fue inscrito en el colegio Sagrado Corazón y luego quiso seguir estudios superiores en las reconocidas aulas de la universidad local. Sin embargo, y pese a sus aptitudes, el joven fracasará en sus intentos por hacerse de un

título profesional. En un principio había apostado por la Administración de Empresas, pero el destino le tenía reservados emprendimientos distintos en otras regiones bolivianas. Rafael, su cuñado, era culto pero además emprendedor, sabía que allí no podían quedarse dormidos ni un segundo porque las oportunidades, si bien no eran pocas, también se escurrían resbaladizas como peces vivos en las manos. Trabajaron con ahínco surtiendo a la población chuquisaqueña con productos variados, telas, guantes y sombreros, todos ellos provenientes de Europa. Pero el viento en la ciudad de Sucre no se presentaba favorable para seguir impulsando la venta en el almacén. Los problemas internos –riñas y discrepancias con el “tío Giuseppe”– se presentaron de manera diversa. De esta forma, los dos familiares convinieron en buscar mejores perspectivas laborales fuera de Sucre y tomaron en el acto la resolución de trasladarse hasta La Paz. Ya habituados a las costumbres locales y con un negocio nuevo instalado en la céntrica calle Comercio, los italianos de Trecchina encauzaron su camino de comerciantes. Las ventas, como era de esperarse, resultaron adecuadas y las ganancias les permitieron incrementar su patrimonio familiar. Francesco y Rafael, a la hora del trabajo, eran uno solo y eso les trajo beneficios diversos, como la adquisición de la marmolera del señor Alceste Venturini. Con este nuevo desafío, llevar la conducción de la empresa y cumplir con todos los contratos vigentes, ambos se endosaron el overol y juntos contrataron personal e hicieron una remodelación adecuada de toda la maquinaria disponible. Era para verlos una y otra vez, los dos trabajaban incesantemente y nada parecía detener aquellas jornadas de labor. Tanto Francesco como Rafael ponían el máximo de entusiasmo a todas las actividades que realizaban. Uno iba hasta Arica para recoger el mármol que allí llegaba mientras el otro se encargaba de cumplir con todos los contratos y pedidos que tenían registrados en la carpeta. No faltaban los días en que juntos se sometían a las sesiones asfixiantes y agotadoras en el taller, respirando con dificultad entre nubes blanquecinas de granito. Claro, el esfuerzo y sacrificio dio frutos pronto y estos se contabilizaban al por mayor. Los trabajos de la Marmífera y Fundición Boliviana se hallaban presentes en el interior de las residencias particulares bajo la forma ostentosa de una escalera elaborada con mármol de Travertino; en los jardines y paseos del Cementerio General donde las imágenes exponían siluetas relucientes de mármol blanco y hasta en el mismísimo altar de la iglesia de María Auxiliadora. Allí los fieles comulgan todavía ante la sobriedad y magnificencia del mármol verde de Carrara.

Francesco y Rafael o Rafael y Francesco, lo mismo da, cosecharon satisfacciones innumerables y la rúbrica de esta ejemplar alianza se halla incrustada en la silueta delicada del ángel que hoy llora pidiendo atención. Francesco Orrico tuvo tres hijos: Amparo, Mario y Patricia, ésta última fruto de su enlace matrimonial con la afable

señora italiana Giuseppina Papaleo. Francesco murió en marzo de 1982.



Foto 126. El recordado Francesco Orrico. Archivo: Patricia Orrico P, 2006.



Foto 127. Francesco Orrico y "Giusi" Papaleo. Archivo: Patricia Orrico P, 2006.

Ninguno como Vincenzo Ostuni

A Vicente le tocó cumplir al pie de la letra cada una de las normas y conductas que emanaba con severidad el manual de disciplina y buenos modales de su padre. Y para quienes no estén enterados, en la casa del señor Domingo Ostuni se le daba prioridad absoluta al cumplimiento de los deberes. Importantes o no, estos debían ser ejecutados con un mínimo de responsabilidad requerida y emanando buen juicio y voluntad hasta por lo poros. De no ser así, las sanciones no se dejaban esperar y casi siempre se aplicaban a la cancelación parcial o total, dependiendo de la falta o el agravio cometido, de las anheladas salidas y compromisos de fin de semana programados por el muchacho y sus amigos. Vicente las tenía claras, un fin de semana dedicado única y exclusivamente al trabajo y el siguiente a dar rienda suelta a la diversión y esparcimiento, que por lo visto, debían también ser regulados por la tutela paterna. De esta manera creció el joven potenzano y, como su progenitor, fue enérgico pero comprensible cuando le llegó la hora de criar a sus propios hijos, cinco en total: María Elena, Yolanda Aida, Gino Vicente, Aldo René y Lucía Gilda, todos ellos producto de su unión matrimonial con una simpática señorita orureña, Aida Elina Renjel López Videla. Pero, ¿quién era Vincenzo Ostuni Scarpelli?, ¿qué rol cumplió fuera de Italia? Vincenzo o Vicente, como lo llamaban posteriormente en su nuevo país, Bolivia, fue un próspero empresario de una iniciativa y pasión por el trabajo sin límites. Vicente era trabajador, nadie lo dudaba y menos quienes conocían sus antecedentes familiares. Los Ostuni provenían de Sasso di Catalda, región pintoresca de la provincia de Potenza donde Domingo poseía tierras aptas para el cultivo de uva. Éste, a su vez, tenía como esposa a María Scarpelli, y con ella se encargaba de administrar, bajo una cadena de principios y valores sólidos, la educación y conducta de sus hijos Clelia y Vicente.

A los Ostuni no les iba mal con los viñedos, tenían ganancias suficientes como para darse una vida cómoda y respetable en Italia, además los hijos recibían la formación que sus padres consideraban apta para esos tiempos, nada les faltaba y tenían mucho camino para seguir depositando pasos seguros y estables. Sin embargo, una nueva alternativa laboral se interpuso en la hoja de ruta de Domingo. Cuando parecía tener todo claro y listo para incrementar sus beneficios, Ostuni recibirá las cartas persuasivas de uno de los hermanos de María, quién, desde la lejana campiña cochabambina lo alentaba a vender los bienes que tenía en Potenza para, así, conseguir el capital suficiente con el cual él y su familia tendrían un porvenir asegurado en esas tierras distantes. Domingo vio más que papel y tinta en esas cartas. Allí vislumbraba su futuro y el de los suyos. El mar los aguardaba dispuesto a trasladarlos hasta el otro lado del mundo.

Sin concederse pausas

En 1932 Vicente tenía catorce años. Para ese entonces, su adolescencia se batía en retirada, mientras la apostura y gallardía empezaban a ganar terreno. Sus jornadas laborales transcurrían incómodas en las frías planicies del occidente boliviano, pues al final la familia se establecería en Oruro, colaborando plenamente a su padre en todas las actividades que emprendía. Ni bien se independiza de los negocios familiares, el hijo de Domingo empieza a exhibir con sus cualidades natas para iniciar emprendimientos de notable factura. Siendo joven aún, Vicente erguirá, en 1943, sobre las calles ventosas de Oruro los cimientos del moderno hotel Edén y, no satisfecho con ello, trabajará horas enteras sometido por la curiosidad y el afán inevitable de seguir produciendo en el mismísimo sótano del hotel. Allí nacerá una de sus ideas más celebradas y a la postre la que mayor beneficio económico le acarreó, la fábrica de gaseosas Santa María. La fortuna le sonreía, y él, lejos de adoptar engreimientos y conductas despóticas, aprovecha las circunstancias para generar un hogar decente y sencillo. Claro que su espíritu emprendedor y el talento de su mente creativa estaban lejos de asentarse en un solo sitio, por ello, decide cruzar las fronteras para establecerse junto a Aida y sus hijos temporalmente en Perú –en Lima organizará una fábrica de envases metálicos; en Argentina, mientras residió en Mendoza, puso a funcionar la empresa de limpieza Bombal– y, finalmente en Chile, lugar donde hallará reposo definitivo en la primavera de 2004.

Hoy los hijos, nietos y bisnietos de Vicente guardan celosos una imagen suya, la de un hombre ejemplar que un día llevó a su familia por las sendas del compromiso, la lealtad y el amor.



Foto 128. Vicente Ostuni y Aida Elina Rengel. Archivo: Gino Ostuni, 2006.



Foto 129. Domingo Ostuni junto a los padres de Aida Elina.



Foto 130. Vicente y sus dos hijos, Gino y Aldo. Archivo: Gino Ostuni, 2006.

Mario Pallaoro Pacher

Al sentirse acorraladas ante el avance inminente de las fuerzas aliadas sobre territorio italiano, las tropas alemanas intentaron una vez más hacerse con el poder de las regiones que estuvieron bajo su protección antes y durante el estallido del segundo conflicto bélico mundial. En estas circunstancias, nadie conocía el paradero de Mussolini y los aliados habían ganado bastante terreno desarmando los bastiones nazis en la península itálica, pero los alemanes estaban dispuestos a dar lucha a sus perseguidores. Parapetándose en las fronteras con Austria y Suiza, el ejército germano invadió la región de Trento capturando a los soldados y civiles que les ofrecían resistencia. Mario Pallaoro fue uno de los jóvenes combatientes que cayó prisionero en aquellas refriegas, pero su ingenio y vastos conocimientos de la lengua alemana le permitieron afrontar con estoicismo todos los ultrajes a los que se vio sometido. Pallaoro fue útil a los invasores mientras el conflicto duró, porque el joven trentino hablaba el alemán con la naturalidad propia de los oriundos de ese país. Esta característica hizo que las difíciles jornadas de Pallaoro fueran más llevaderas ya que el muchacho sirvió a los teutones como interprete en los oficios que éstos debían realizar en suelo ajeno. La guerra finalmente llegó a su fin desbaratando por completo las aspiraciones imperialistas de Hitler y serenado el espíritu agobiado de la mayoría de los europeos. A pesar de ello, Mario debería enfrentar nuevas y existentes aventuras en otros escenarios.

Mario Pallaoro Pacher nació el 14 de marzo de 1914 en Levico Terme, región de Trento. En su infancia le tocó presenciar jornadas desgarradoras para su familia porque los enfrentamientos que ocasionó la Primera Guerra Mundial en Europa convulsionaron el orden y la existencia de miles de hogares, incluyendo el suyo. En esos días tristes, Mario perdió a dos de sus hermanos; Taddeo y Carolina. Pese a todas estas circunstancias adversas y padecidas a temprana edad, el joven Pallaoro no desistió en sus aspiraciones para seguir luchando por un espacio de vida. La disciplina era una religión para él y a menudo solía convalidarla con la constancia. De esta manera Mario adquirió cultura y conocimientos distintos. Fue un apasionado por el arte en general, aunque prefería escribir poesía y pintar con acuarelas. Sin embargo su mayor virtud, en el campo académico, residió en el notable dominio que tenía de diversas lenguas: Mario hablaba a la perfección el alemán, inglés y también conocía el castellano. Estas cualidades le permitieron abrir sendas amplias cuando los caminos laborales parecían estrecharse. Como se mencionó oportunamente, la Segunda Guerra Mundial había capitulado y Europa respiraba un poco más tranquila, pero sin ofrecer demasiadas oportunidades de trabajo y bienestar social a sus habitantes. Repentinamente Mario recibe una carta de un familiar emigrado unos años antes a la Argentina. En la misiva se extendía una invitación para que el más joven de los miembros de la familia

Pallaoro visite ese país sudamericano. Atraído por la idea, Mario acude con premura a hacer su equipaje y en menos de lo pensado el trentino se hallaba próximo a desembarcar en la Argentina.

En Buenos Aires trabajó como traductor. Manejaba el castellano con soltura y esto le permitió ganarse la vida en esa ciudad colmada de inmigrantes europeos. Pallaoro aprovechó esta situación para servir de interprete en esos contextos donde la vida y las costumbres estaban ligadas a la cultura impuesta por los españoles siglos atrás. La rutina laboral no lo aburría más bien él portaba consigo un carácter ameno siempre predispuesto a conocer nuevas personas y hacer buenos amigos. Un día conoció a Erasmo Cardona, sacerdote boliviano que residía en la Argentina y con el cual entabló amistad inmediatamente. Al poco tiempo, llegó a la casa de Erasmo una simpática dama que provenía de Cochabamba dispuesta a iniciar sus estudios en la Argentina. La mujer, joven y buenmoza, se llamaba Juana Celina y era la sobrina del cura boliviano. Mario quedó impresionado por la belleza de la joven y con el transcurso de los días ambos iniciaron una relación que terminaría indefectiblemente en matrimonio uno años después. Viviendo aún en Buenos Aires, la pareja tuvo a su primer hijo, Carlo.

El trabajo desplegado por Mario permitía solventar los gastos y necesidades que el hogar demandaba, aunque la situación económica distara de ser la deseada por los jóvenes esposos. Por ese entonces, Juana Celina, persuadida por los mensajes constantes de su madre, decidió convencer a su marido para que juntos se trasladasen a Bolivia a fin de buscar un mejor porvenir por esos pagos. En el país andino la familia creció con la llegada de Giovanni, Luigi y Roxana. Habitados a los cambios que les sugería la ciudad de La Paz, tanto Mario como su mujer reinician la vida social y en una reunión conocen a un político reconocido por la sociedad boliviana. El hombre que vestía con elegancia y llevaba unos espejuelos pequeños se llamaba Víctor Paz. Éste colaboró a Mario para encontrar empleo en una unidad educativa de la Sede de Gobierno, allí el trentino podría ejercer la docencia a cabalidad. De esta forma, las clases de Pallaoro fueron impartidas con severidad pero deslizando comprensión y afabilidad en el aprendizaje de los estudiantes. Con el tiempo la familia se trasladó a la ciudad de Cochabamba y Mario continuo dictando clases. En las aulas, era frecuente escuchar al profesor de bigote negro y escasa cabellera hacer bromas y comentarios sugerentes: -Este es el trabajo hecho por un durazno-exclamaba sujetando una hoja de papel ante la atenta mirada de sus alumnos, para luego espetar con vehemencia,-duro como un asno. La clase reventaba en risas. Mario también fue recordado por ser severo cuando debía reprochar malos trabajos o cualquier acto de indisciplina. Los estudiantes más osados descartaban poner en entredicho las admoniciones del profesor pero no dudaban en

contrariar al italiano utilizando estrategias de guerrilla al final de las sesiones de clase. En más de una ocasión Mario tuvo que regresar a casa caminando y con la bicicleta a cuestas, puesto que los alumnos le habían desinflado los neumáticos.

Pero las actividades de Mario Pallaoro no sólo se esparcieron en el campo de la educación. A finales de los años sesenta, trabajó en la Cámara de Comercio de La Paz y fue un socio activo del Círculo Italiano en esa misma ciudad. Dentro de la colectividad italiana se lo reconoce hasta hoy como un inquieto promotor de eventos culturales y artísticos. Poseedor de un espíritu altruista, Mario también prestó colaboración a terceros sin solicitar ruegos o pedir favores a cambio. En ese sentido consiguió respaldo económico para que muchos bolivianos obtengan una beca de estudios en Italia. Estas características personales le valieron más tarde notables reconocimientos como la condecoración máxima que le extendió el gobierno italiano al distinguirlo Comendador a principios de la década de los ochenta.

Ya en el ocaso de sus días, Mario se dedicó a escribir poemas y éstos fueron conocidos por el mismísimo Papa. En 1998 Monseñor Pedro López Quintana, asesor de su Santidad, le expidió una carta agradeciendo el texto que el trentino había enviado hasta el Vaticano¹¹⁶. Mario escribía sus versos en las noches y sus poemarios fueron publicados en Italia. Pallaoro murió el año 2000, pero su obra, como la de cualquier benefactor, perdurará a través de los años.



Foto 131 Juana Celina y Mario rodeados por sus hijos Giovanni, Luigi y Roxana.
Foto 132 Mario Pallaoro Pacher. Archivo: Giovanni Pallaoro C, 2011.



Los Paravicini

¹¹⁶ De la carta enviada por el Asesor de su Santidad, Monseñor Pedro López Quintana, a Mario Pallaoro. Ciudad del Vaticano, 29 de noviembre de 1998.

Don Juan acaba de sentarse en el sillón del escritorio para reiniciar las sesiones infaltables de lectura e investigación. En el lugar no sobra espacio, más al contrario, la corpulencia de los muebles, un librero empotrado en la pared colmado de libros y papeles, junto al ancho escritorio de madera, empequeñecen aún más el ambiente. Don Juan, aunque lo intenta, no puede controlar la ansiedad que agita su cuerpo mediano y enjuto. Justo hoy debe encontrar los papeles que acreditan su ascendencia italiana y, para ello, debe buscar sin pausas en cada uno de los muebles del apartamento. Al principio parece una tarea fácil si se toma en cuenta las dimensiones estrechas del domicilio, pero la cantidad desmedida de cajas y cartapacios hacen más compleja la tarea. El hombre de cabellos nevados cruza apurado una y otra vez la sala ignorando por completo las sugerencias tímidas de su esposa, al final ingresa al estudio más tranquilo y portando en sus manos, que todavía tiemblan, un fino estuche de plástico. Allí oculta parte de la historia de su familia, los Paravicini. Sin embargo se necesita más que un fajo de documentos para dar con el paradero del primer Paravicini. Don Juan lo sabe y se lanza sin contemplaciones a explicar cómo un médico napolitano alzó valijas, cogió dinero y salió casi sin despedirse en busca de aventuras lejos de casa. Este médico se llamaba Anastacio y tenía como apellido Paravicini. Su bisnieto, Juan, no puede precisar los motivos fundamentales por los que su antepasado dejó Italia, pero cree, con algo de convicción, que fue una desinteligencia familiar, quizás una riña con un posible hermano gemelo llamado Enrico, la que desencadenó la precipitada partida del galeno hacia las poco pobladas, en ese entonces, tierras de América del Sur.

–Más o menos, según mi estimación– aclara con una voz clara y pausada Don Juan– en 1860 llegó mi bisabuelo Anastacio, joven y soltero, a las apacibles calles de la ciudad de Sucre. Y es precisamente allí donde conoce a quien será su esposa, Carlotta Cecilia, hija de otro inmigrante italiano. Dedicado a la medicina por vocación y compromiso personal, Anastacio ejercerá también un rol activo como padre de familia. Su joven esposa Carlotta dará a luz a tres hijos varones, Enrique, Eduardo y José. Enrique seguirá los pasos del padre al elegir la medicina como profesión, mientras los otros dos optarán por el camino enrevesado de las leyes.

Siempre generoso y entregado a la dádiva, Anastacio trazó caminos paralelos entre la medicina y la amistad. Para él daba lo mismo recibir la cancelación completa por una consulta a domicilio o ser él quien, personalmente, corra con los gastos enteros del paciente desposeído. Obrando de esta manera conquistó los favores y buenas intenciones de la población chuquisaqueña y no satisfecho con ello su espíritu caritativo y bienintencionado se encarnará en la persona de uno de sus nietos, que al igual que él, llevará como nombre de pila

Anastacio Paravicini. Hasta aquí, Don Juan ha tratado de exprimir con todas las fuerzas posibles el cuerpo liviano y esquivo de la memoria, que, como la niebla matinal, tiende a diluirse repentinamente marchándose muchas veces sin dejar huellas palpables de su permanencia. El bisnieto, sin proponérselo, parece haber terminado el relato de los acontecimientos más trascendentales del médico napolitano en Bolivia, además es conciente de la extinción de datos que podrían haberle referido mayores pormenores sobre la existencia filantrópica de su antepasado italiano. Claro que Don Juan no claudica y sin darse más treguas continua narrando los hechos familiares que le anteceden.

–Mi abuelo Enrique tuvo como esposa a una dama de prosapia conocida en Sucre, Clorinda Calvimontes, con ella tendrá seis hijos: Anastacio, Maritza, Enrique, Juan Mariano, Dolores y Guillermina.– sujeta con la mano el vaso de agua o refresco que la esposa le extiende y en un acto más mecánico que natural se lleva a la boca el contenido líquido del recipiente de cristal, respira y prosigue conversando –por su lado, Anastacio, mi padre, desarrollará una labor honesta y pulcra sirviendo a la sociedad.

Anastacio, el padre de la cirugía

Anastacio, nieto del galeno napolitano, conoce en Pulacayo al empresario minero y magnate Simón Patiño, trabaja para él y más pronto de lo pensado llega a situarse como el cuarto hombre de la empresa, haciendo fortuna e insertando su nombre en la lista de personajes destacados de aquellos años. Teniendo dinero y prestigio a raudales, Anastacio gozará de tiempo y paciencia suficientes para criar a sus hijos y cautivar con esmero el corazón de su esposa Manuela Mendieta. En Zurapata comprará la tercera parte de la región con el propósito de construir una hacienda familiar. Allí crecerán bajo la mirada abnegada y cariñosa de los padres: Manuela Natividad, Leonor, Juan Antonio, Néstor Armando y Clorinda Paravicini Mendieta. El médico chuquisaqueño fue dueño de un emprendimiento y coraje sin par. Asechado por los vientos de guerra dirige los hospitales de sangre durante la Campaña del Chaco y en Tarija la población civil lo conocerá con el afectuoso mote de “Mano Santa”. Ya en Sucre preside el Comité pro Hospitales y Manicomios hasta el día de su muerte. Su excelente labor profesional y nobles servicios humanitarios fueron premiados con el máximo galardón boliviano, el “Cóndor de los Andes”. El pionero de la cirugía en Bolivia murió en silencio, custodiado por sus hijos y velado con solemnidad. Ahora, su hijo, Don Juan, esboza una sonrisa discreta cuando contempla el retrato de su padre, sabe que los hombres pasan pero sus obras no y la del “Padre de la Cirugía boliviana” quedó grabada en la historia contemporánea del país.



Foto 133. Anastasio Paravicini C. Archivo: Juan Paravicini M, 2006.



Foto 134. Anastasio, Manuela y sus hijos en Sucre. Foto 135. La imagen muestra los funerales de Anastasio. Archivo: Juan Paravicini M, 2006.

Cuando el abuelo Pisterna se marchó

Un día cualquiera, sin decir nada a nadie, de la manera más sigilosa y precavida posible, el abuelo Giovanni alistó el equipaje y, rápido como el águila detrás de su presa, deslizó su figura espigada y distinguida bajo el umbral de la casa. Su despedida no tuvo adioses premeditados y ninguno de los miembros de su hogar estuvo presente siquiera para desearle buen viaje. Se había marchado con la firme determinación de no volver, al menos, hasta que la sombra engorrosa de sus conflictos personales se esfumará. El abuelo era conocido por todos en el vecindario, lo que se traduce que toda Cochabamba sabía de su existencia y no existía parroquiano que no se jactará de haberle extendido la mano al italiano dueño del primer hotel de la ciudad valluna. Sí, Giovanni Pisterna tenía facilidad para hacer amigos y esta ventaja personal era muy bien aprovechada por el forastero cuando debía iniciar algún negocio, como el que ejecutó exitosamente al levantar los cimientos del Hotel Central en el corazón de la urbe cochabambina. Y no contento con ello, aprovechando la curiosidad y regocijo que producía en la población local la novel hostel, funda, a su manera, el primer club social instalando al mismo tiempo mesas de billar y salones de baile. Durante un tiempo “el negocio de Pisterna” estuvo en la boca de todos, claro, como no iba a estarlo, si los jóvenes estudiantes evadían las horas de clase en la escuela, buscando diversión en el billar mientras los fines de semana los salones de baile lucían colmados de gente, casi siempre damas coquetas y emperifolladas que, solícitas, acudían hasta el sitio en cuestión tratando de encontrar algún caballero de alcurnia o por lo menos de mediana sociedad dispuesto a desposarlas. Pero del abuelo Giovanni poco o nada se supo desde un principio. Era común escuchar alguna versión trillada y poco comprobada de su arribo. No queda claro si hizo su entrada desde el puerto de Buenos Aires o del de Rosario y con cuantas personas finalmente llegó hasta Bolivia. El piamontés, era oriundo de Turín, vino persiguiendo la fortuna junto a un joven sobrino, quién más tarde recorrerá su propio camino en las encumbradas planicies del altiplano peruano, y sus pequeñas hijas María Cristina y Angela, esta última murió prematuramente por una insuficiencia respiratoria. Una vez establecido en Bolivia y con los negocios funcionando a todo vapor, el abuelo Giovanni engendra un nuevo hijo al que bautizará con el nombre de Agustín. El retoño boliviano de Pisterna, para algunos fruto de su romance con Alejandrina Navarro, administradora del hotel, parte joven e inexperto a la Guerra del Chaco donde finalmente cae abatido sembrando dolor y desaliento en sus padres. El abuelo no pudo sobrellevar la desgracia y junto a los problemas internos que su carácter y temperamento dolidos le acarreaban toma la firme decisión de abandonar Bolivia y lo hace sin notificárselo a María Cristina. Desde aquella vez, María Cristina empezó a tararear tangos y la dulce melodía que estos producían le traía con nostalgia el recuerdo de su padre ausente. La hija del abuelo Giovanni encontró sosiego y compañía permanente en la figura amable del

cochabambino Antonio Borda Rodríguez. Con él tendrá siete hijos: María Luisa, Miguel Antonio, Gaby, Mario Rodolfo, Jimmy Alejandro, José Gonzalo y Walter Luis. Todos ellos portan concientes la vena italiana de aquél inmigrante que un día cualquiera partió sin decir adiós.



Foto 136. Giovanni Pisterna. Archivo: José Borda, 2006.



Foto 137. Agustín Pisterna. Foto 138. La familia Borda Pisterna. Archivo. José Borda, 2006.

Ercole Porcasi, el hombre del mar

Un hombre de inconfundible aspecto mediterráneo paseaba entretenido por el malecón desolado tratando de escrutar con la

mirada el vuelo circular de las gaviotas. En ese mismo instante un sol vestido de naranja descendía lentamente como queriendo sumergir su cuerpo esférico y abrasador en las frías aguas del pacífico. El hombre dio unos cuantos pasos hacia delante para luego detenerse cerca de unos peñascos puntiagudos. Allí pasó el resto de la jornada contemplando el atardecer mientras los graznidos estridentes de las aves marinas se iban extinguiendo a medida que el ocaso aterrizaba sobre la costa chilena. El hombre, de nariz aguileña y silueta delgada, venía repitiendo esta serie de paseos y caminatas durante las últimas semanas. Algo en su interior empezaba a manifestarse y paulatinamente le transmitía una advertencia, quizá una remembranza o solamente una inquietud. Previendo lo inevitable sintió la necesidad imperiosa de acercarse al mar cuantas veces sea necesario para, llegado el momento final, llevarse consigo la primera imagen que sus ojos registraron cuando vino al mundo. Quienes lo conocieron sabían que se llamaba Ercole Porcasi y que ante todo amaba el mar como un verdadero genovés. Sin embargo, la historia de Ercole se remonta a otros lugares y escenarios. Antes de establecerse definitivamente en la pequeña ciudad portuaria de Arica, el italiano estuvo peregrinando por las regiones del altiplano boliviano y será precisamente en La Paz donde encuentre oportunidades para desarrollar su imaginación y talento. Trabajando bajo presión y dando libertad absoluta a sus manos, este genovés mostrará gallardía y sobretodo ingenio cuando las oportunidades aparezcan. No de otra manera se puede explicar la facilidad con la que obtuvo el negocio dedicado a la venta y distribución de cosméticos y productos de limpieza. Ercole elaboraba pastillas de jabón siguiendo los dictados de viejas recetas caseras sin atender ningún tipo de ayuda profesional, el resultado se veía en la óptima calidad del producto. Si la hambruna y la miseria hubieran cundido en la ciudad entera, el italiano habría sido de los pocos en hacerles frente. Para todo problema encontraba una solución eficaz y ésta, casi siempre, llegaba oportunamente. Como en aquella ocasión cuando el mismísimo consulado italiano en La Paz se hallaba en crisis, sin mando y dirección alguna gracias a la caída previsible del régimen fascista en Europa, al borde del colapso total y expirando ante la falta de auxilio. Sin presumir valentía o falso patriotismo, Ercole, presidente en ese entonces de la Casa de Italia, se hizo cargo de la institución extinguiendo las llamas que amenazaban propagarse por todas partes. Al final entregará en orden las instalaciones consulares a un nuevo diplomático trasalpino. Así era Ercole Porcasi y así lo conocieron su esposa Luisa Reguerín y sus hijos Gilda, José y Mafalda.



Foto 139. Luisa Reguerin y su esposo Ercole Porcasi. Archivo: Mafalda Porcasi, 2007.



Foto 140. Ercole con sus dos hijos; Mafalda y José. Foto 141. Gilda Porcasi abrazando a su padre. Archivo: Mafalda Porcasi, 2006.

Hilmar Pucci y la "Batalla de Santiago"

Hilmar acababa de presenciar los noventa minutos de fútbol más estresantes de su vida. Con el rostro aún rojo y desencajado de furia, el ligur abandonaba el estadio Nacional de Santiago donde minutos antes la selección chilena había doblegado a su par italiana por dos goles a cero. El resultado lo tenía a mal traer y todavía no daba crédito a las vergonzosas escenas que sus ojos habían registrado. Era un 2 de junio de 1962, Chile organizaba el campeonato mundial de fútbol, y en el principal escenario santiaguino chilenos e italianos habían brindado un verdadero espectáculo, pero no necesariamente futbolístico. Entre trompadas y patadas voladoras, los futbolistas parecían emular con fidelidad a los púgiles más belicosos que se podía encontrar sobre un cuadrilátero. Todo comenzó cuando a los siete minutos del juego el delantero italiano Ferrini es expulsado por un violento golpe contra la humanidad del chileno Honorino Landa. De allí para adelante las acciones bruscas y mal intencionadas prosperaron a doquier hasta que el jugador Leonel Sánchez, de la selección local, propina un puñetazo cerrado al defensa Mario David de la "azzurra". El trasalpino, con el rostro adolorido y el orgullo humillado, busca revancha y minutos más tarde embiste a su agresor con una patada aérea. Hilmar observaba incrédulo desde su puesto mientras la afición chilena comenzaba a buscar posibles espectadores italianos en las graderías para iniciar una contienda mayor. El partido continuó pese a las faltas torpes y las constantes escaramuzas de pelea, hasta que el árbitro decide terminarlo sin otorgar el tiempo de adición. De esta forma, el ligur regresaba a casa indispuerto y malgeniado, ése no era definitivamente el final que habría deseado para su equipo y se lamentaba aún más por haber viajado desde Bolivia para observar como Italia caía derrotada y de qué manera.

El aficionado italiano regresó a Bolivia con pocas ganas de transmitir a la familia lo que había presenciado en Chile. Práctico como era, reinició con normalidad sus actividades profesionales en la fábrica de gaseosas Salvietti, empresa que, por ese entonces, era conducida por la familia de su mujer Asuntina Salvietti. Hilmar repartía talento como contador y no encontraba mayores complicaciones cuando debía cultivar amistades. Tanto en Cochabamba como en La Paz, nunca halló problemas para relacionarse con otras personas, al contrario, le gustaba confraternizar y esto lo llevó a ser socio activo del Club Deportivo Litoral, institución deportiva que era presidida por un reconocido residente italiano llamado Gino Forgnone. Sin embargo, la historia personal de Hilmar Pucci va más allá de las canchas de fútbol. Él, junto a sus padres Nello y Olga y dos hermanas más, Maruja y Tokia, vino a Bolivia rastreando la senda exitosa que habían dejado sobre tierras andinas sus paisanos y

amigos, los Salvietti. Al principio, la familia proveniente de La Spezia se instaló en la ciudad de Cochabamba. En el valle boliviano Nello dará rienda suelta a sus habilidades comerciales y con su hijo Hilmar trabajarán distribuyendo cerveza. El negocio familiar caminaba por buen sendero y las ganancias que Nello recibía no eran pocas. A pesar de ello, Hilmar se traslada hasta La Paz para insertar su nombre en la planilla de trabajadores de la empresa importadora Linale & Weiss, propiedad de su pariente Pedro Linale. Para esa época, Hilmar estaba oficialmente casado con la muchacha rubia que había conocido en el barco, cuando ambos viajaban con sus respectivos padres rumbo a Sudamérica. Con Asuntina tuvo sus dos primeros hijos en Cochabamba, María Victoria y Pedro. Ya en la Sede de Gobierno la descendencia de los Pucci Salvietti seguirá creciendo con la llegada de tres varones, Renato, Dante y Mario. Con su hogar establecido en La Paz, el hijo de Nello pasará de la Linale & Weiss a formar parte de la fábrica Salvietti. Pero Hilmar no podía ocultar la pasión desmedida que sentía por el fútbol, aquella que le alegraba el corazón los domingos por la tarde cuando Litoral hacía su ingreso a la cancha portando en la camiseta la tricolor italiana; esa misma pasión también le arrebató bruscamente la vida cuando un sábado aciago el ligur de 47 años veía apenado como el equipo de sus amores caía derrotado ante Unión Maestranza. Esa tarde de octubre de 1962 el corazón le había fallado en la cancha y ninguno de los presentes pudo reanimarlo. Después de todo, nada se le puede reprochar a Hilmar. Él, como pocos, vivió apasionado toda su existencia y de eso nadie se puede arrepentir.



Foto 142. Hilmar, al centro, posa rodeado por su hijo Pedro y el gran amigo José Sticovich. Archivo: Renato Pucci Salvietti, 2006.



Foto 143. Una postal de las familias Pucci Sticovich en la Sede de Gobierno. Archivo: Renato Pucci Salvietti, 2006.

In memoriam: "Bauti" Rosazza

El hijo de Oreste, Battista, se marchó al Piamonte natal confiado en almacenar en la mente la mayor cantidad de conocimientos posibles sobre geometría durante su estadía en la Escuela Politécnica de Turín. En las aulas de esa prestigiosa entidad educativa aprenderá lo suficiente para luego regresar a Bolivia y comenzar un registro importante de proyectos y obras en el campo de la construcción. Battista tenía a la mano el ejemplo de su progenitor. Aquel viejo inmigrante que, con pocas herramientas pero mucho coraje, logró participar en la construcción de obras complejas, como el armado de las vías del ferrocarril que atravesaba la frontera entre Argentina y Bolivia. Entonces, seguro de tener una actuación descollante en su carrera y conseguir con ello éxito y reconocimientos inmediatos, Battista Rosazza se lanza confiado a la búsqueda de proyectos ambiciosos y colosales. Su primera gran oportunidad laboral surge con la Sociedad Mixta Argentino Boliviana, empresa internacional que, por ese entonces, tenía el encargo de construir la carretera Panamericana en el sur boliviano. Trabajando en esta obra, Battista tiene la oportunidad de conocer a una dama tarijeña, Hortensia Arce, quien un poco más tarde pasará bajo el umbral de la iglesia tomada de su brazo y lo convertirá en padre de dos pequeñuelos: Marta Pía y Oreste. Ante este emotivo panorama, el rubio italiano cara de niño halla una nueva motivación para desplegar sin inconvenientes sus aptitudes profesionales, y su aporte es decisivo cuando se edifica el puente la Angostura en el departamento de Tarija. Con el correr de los años, la experiencia y habilidad del constructor piamontés irán en aumento, y es justamente en Sucre donde realiza uno de sus trabajos más logrados, el levantamiento del andén dentro la estación de ferrocarriles. En esta obra se emplea como técnica novedosa el hormigón armado y, junto a Battista, participan en la ejecución del proyecto los también constructores italianos Vittorio Aloisio y Guiseppe Cerruti. Pero en esta vida no todos los días del hombre amanecen soleados y sin nubes. Bauti, como solían llamarlo los amigos, recibe una noticia desgarradora y llora desconsolado al enterarse de la trágica desaparición de su progenitor. Ni bien se hubo enterado de la desgracia, Battista corre a reconocer los despojos ya fríos de Oreste, quién, producto de un descuido, había fallecido mientras trabajaba en la ampliación de las naves catedralicias en la ciudad de La Paz. El patriarca de los Rosazza dio un paso en falso al moverse por uno de los ándenes y se vino para abajo impactando contra el piso y quebrándose el cráneo. Ese día los tres hermanos, Battista, Pía y Vito, lloraron al ejemplar padre y digno ciudadano italiano. Pasaron los meses y el tiempo se encargó de disipar las penas y consolar las nuevas jornadas. Battista seguía inmerso en sus

actividades y los nuevos emprendimientos estaban a la vuelta de la esquina. Rosazza frecuentaba con mayor asiduidad el círculo de los italianos y con sus paisanos se encargará de renovar el aire urbano de la Sede de Gobierno. Con Giovanni De Col iniciará la construcción del hotel Prefectural de Coroico en los yungas paceños y a su regreso a la ciudad trabajará lado a lado junto a Enrico León. Los dos piemonteses verán complacidos como sus obras van tomando forma. En ese periodo se erguirían los edificios del Cine 6 de Agosto en Sopocachi y la construcción del Cine Miraflores. Claro, la mano emprendedora de Battista no podía quedarse quieta en un solo lugar, y su huella se halla presente en la infraestructura del Colegio La Salle en Santa Cruz de la Sierra y en esta región oriental también trabajará con otro paisano suyo, Lorenzino Isu. Hombre pequeño de bigotes ralos, Lorenzino provenía de Cerdeña y era capaz de doblegar con sus propias manos hasta el más resistente de los aceros para construcción, al menos eso dicen aún quienes le conocieron de cerca. Bueno, Isu y Rosazza edificaron los cimientos del complejo educacional Muyurina en las inmediaciones de la ciudad de Montero. Como se observa, la misión de Battista fue ejemplar y su trabajo honesto es hasta el día de hoy prolífero. De no haber sido así, el piemontés no hubiera recibido condecoraciones y honores máximos por parte del gobierno italiano, aunque esto, a decir la verdad, se llevó a cabo después de la muerte del constructor. De todas maneras las obras siempre sobrevivirán a los hombres, y el recordado Bauti tiene un par de ellas aseguradas para la posteridad.



Foto 144. Battista Rosazza Archivo: Oreste Rosazza A, 2009.



Foto 145. Oreste Rosazza junto a su hijo Battista. Foto 146. La familia Rosazza Arce. Archivo: Oreste Rosazza A, 2009.

Cuando la etiqueta la puso Dante Salvietti

En las inmediaciones del parque Riosinho un viejo y desabastecido almacén de abarrotes intenta sobrevivir al paso implacable del tiempo y el abandono. Lucha solo y sin motivación alguna, y no es para menos, los productos que en su interior se ofrecen a la venta, casi todos relacionados a la canasta familiar, empiezan a escasear y no existen indicios palpables de una posible y anhelada renovación de mercadería. Ya bajo el umbral del negocio, y traspasando el endeble enrejado de madera, se puede observar sobre el mostrador una docena de corazones endulzados de arroz que esperan, expectantes aún, por la visita ocasional de alguno de los escolares que transitan diariamente por la zona. Mientras que a un costado y aguardando igual fortuna se hallan pacientes cientos de caramelos, chocolates y galletas. La idea de las golosinas no tiene otro objetivo que apaciguar el hambre matinal o meridiana de los colegiales, pero estos no llegan y no se sabe a ciencia cierta si durante el transcurso de la jornada harán su arribo. Sin embargo, mejor suerte parecen tener los panes y las bebidas gaseosas. Para ellos hay demanda,

aunque no la deseada, y si el almacén no claudica en su lucha constante por subsistir es porque siempre habrá un ama de casa diligente y precavida dispuesta a depositar sobre la mesa el pan de todos los días o, de igual modo, no faltará el obrero hambriento que acuda al lugar decidido a merendar con marraquetas y gaseosa antes de reiniciar sus labores en la construcción. Pues sí, panes y refrescos se venden a diario y son precisamente las características de estos últimos los que todavía roban la atención en el sitio. En uno de los rincones de la tienda, allí donde la pálida luz del solitario foco apenas hace su incursión, una botella vacía de cristal grueso y verde mantiene casi intactos la etiqueta y el dibujo que distinguieron por mucho tiempo a la empresa embotelladora boliviana de mayor renombre en la región. Mirándola con cuidado, después de desprender la fina capa de polvo y olvido que la cubría, se distingue el rostro amistoso de un enano barbado con sombrero puntiagudo y traje de gnomo que pretende ordeñar, cual si fuera una vaca lechera, el cuerpo rechoncho de una papaya. A simple vista la curiosa y simpática figura no expresa mucho, pero si se dirige la mirada por encima del hombrecito de aspecto extraño se encontrará los caracteres inconfundibles del nombre que lleva la afamada empresa de gaseosas: Salvietti. Durante décadas cientos de paceños y bolivianos se han venido preguntando, una y otra vez, por el origen de la marca que porta la gaseosa de su predilección. Las respuestas habrán sido múltiples y variadas, pero pocas acertadas. Lo cierto es que no deberían existir disculpas, por más escuetas o ampulosas que sean, para tal desconocimiento cuando de por medio se interpone el tiempo y un mal registro en la organización de hechos y curiosidades en la memoria colectiva. Salvietti es el nombre de la gaseosa de papaya que tanto les gusta tomar a los bolivianos y su historia, aquella que amenaza con desaparecer a medida que transcurren los días, va más allá de una simple etiqueta amarillenta y gastada.

Un ligur con nombre de poeta

Dante no sólo fue el nombre de un probo escritor medieval toscano que por medio de su fantástica narración dio a conocer las tinieblas del infierno y las bondades del paraíso, también fue el nombre de pila de un hábil ciudadano ligur que portando un poco de ingenio y humildad hizo historia fuera de la Spezia en Italia. Y todo nace a partir de 1918, cuando un joven impetuoso expone a sus progenitores la necesidad inmediata de trasladarse en barco hasta las costas de América para buscar un futuro prometedor y, además, cumplir así con la generosa invitación que meses atrás habían cursado los amigos Mosca a la familia entera. Dante logra el consentimiento y apoyo de sus padres, Anselmo y Asunta, y parte desde Génova rumbo al continente americano dejando tras de sí la melancolía y la venta de vinos que en esos días pocas ganancias les reportaba. Al comienzo creía que su meta estaba ubicada en las

vastas praderas de los Estados Unidos, pero la familia Mosca, inmigrantes italianos como él, se hallaba residiendo en Bolivia, país del que poco o nada sabía hasta ese entonces. Después de permanecer días inacabables sobre un vapor colmado de gente, Dante desembarca en Antofagasta y aprovecha la ocasión para estirar los pies que los tenía rígidos y al borde de un calambre fulminante. Caminando por callejas desconocidas y respirando constantemente el olor penetrante del mar, el italiano decidirá en el acto continuar el viaje rumbo a Bolivia. Desde que tuvo contacto con la población y los paisajes del entorno comprendió que su vida había dado un giro al cual debería acomodarse lo más rápido posible. La tarea no fue sencilla, más aún cuando se desconocía la geografía accidentada de la meseta andina y el inclemente ventarrón que flagelaba de canto a canto las altas planicies altiplánicas. El ligur opta, como medida paliativa, por descender el colosal ande rumbo a Chulumani, provincia subtropical paceña enclavada en el norte del Departamento. Allí encontrará un clima apto para su organismo acostumbrado a las temperaturas cálidas de la costa mediterránea. En este pintoresco pueblo de los Yungas Dante no sentirá soledad y aislamiento en ningún momento, de su lado tenía como aliados eternos al ingenio y a la voluntad. Conciente de esto, decide poner manos a la obra y, agudizando su fino sentido del gusto, inicia una empresa sencilla pero no exenta de ambiciones. Jugando a explorador y científico, el novel empresario de las gaseosas y jarabes combina con prolijidad la esencias de las frutas locales con agua natural y un poco de Ginger-ale Ross. Es de suponer que la experiencia adquirida en Italia, cuando el spezino elaboraba vinos, habrá jugado sin duda alguna un rol fundamental para que se de marcha a este proyecto ambicioso. Después de probar los resultados obtenidos, Dante elige sin dubitaciones a la papaya como producto bandera y símbolo máximo de lo que en el futuro será su empresa. Claro, el apasionado ligur contaba por ese entonces con una planta procesadora bastante rústica. Todo lo hacía a mano, gozando, por supuesto, de la ayuda generosa que la naturaleza yungueña le brindaba. El agua la obtenía de las vertientes del monte y como acequias utilizaba las hojas voluminosas y plegables de los plátanos. Los primeros logros fueron saludados por la población –campesinos y hacendados mayoritariamente– quienes degustaban el sabor exquisito de la exótica bebida. Concebida de forma natural y a los pies mismos de la cordillera, la “Papaya Salvietti” también tuvo sus primeros detractores. Estos actuaron silenciosos y con el manto oscuro de la noche como cómplice cuando, al cumplirse el segundo día de la puesta en funcionamiento de la fábrica, los bandidos de rabo extenso y pezuñas fuertes pasaron su pesada osamenta con todo el cargamento que llevaban en el lomo por encima de las acequias de plátano que distribuían el agua. El destrozo fue total, pero subsanado en cuestión de horas. Dante maldijo por ese día la existencia del útil pero poco remunerado jumento.

Así, conciente de los resultados obtenidos hasta el momento y seguro de las capacidades que empezaban a emanar de su interior, carga todo el equipaje que tenía y se dirige sin vacilaciones hacia la ciudad de La Paz. En la calle Loayza organiza una nueva planta industrial, esta vez más completa y sofisticada. Entonces, acuartelado y preparando un nuevo proyecto de mayor envergadura, convoca a sus hermanos Ruggiero y Pierino con la firme idea de generar un negocio familiar sin precedentes. Los dos hermanos llegan en fechas distintas a Bolivia pero movidos por la necesidad inmediata de colaborar plenamente al hermano en sus actividades laborales. Si bien la Papaya Salvietti comenzó a dar sus primeros pasos en la zona de Los Yungas en 1920, fue a partir de los años siguientes donde inicia su consolidación como empresa exitosa. El mercado era mayor y los pedidos se incrementaban a medida que el producto mejoraba su calidad. Ahora los hermanos Salvietti se daban el lujo de producir gaseosas de sabores diversos y apariencia atractiva. De esta forma, el jarabe aromático y dulce de fruta que se produjo en Chulumani había mutado de forma y sabor para dar paso a la consistencia gaseosa y efervescente de la irresistible bebida amarilla con gusto a papaya. El esfuerzo se tradujo pronto en dinero y reconocimiento social y las instalaciones de la fábrica y embotelladora fueron llevadas hasta la empinada calle Calama.

Dante contrajo nupcias con la señora boliviana Esther Nieto, con quien tuvo tres hijos: Guillermo, Mario y Anselmo. Este notable ciudadano de la Spezia italiana regresa a su patria en 1954, muere en la tierra que lo vio nacer el año de 1974, no sin antes dejar un testimonio imborrable de su presencia en Bolivia, la popular "Papaya de Dante".



Foto 147. Una imagen que muestra la unión y cordialidad entre las familias Salvietti y Pucci. Al fondo y a la derecha, con abrigo claro y chaleco oscuro el "Padre de la Papaya" Dante Salvietti. Archivo: Renato Pucci Salvietti, 2006.



Foto 148. Los hermanos Salvietti, unidos en el trabajo y también en los ratos de esparcimiento. Archivo: Renato Pucci Salvietti, 2006.

Los Silvestri Sarmiento

A Nerone Silvestri nadie le podía quitar de la cabeza el sueño anhelado de poseer una mina. Con 27 años cumplidos, el joven oficial de la marina mercante italiana aún no descartaba cumplir su anhelo más deseado: ser ingeniero de minas para así escudriñar las

ricas entrañas donde la tierra atesoró desde siempre los más diversos y codiciados minerales. Por supuesto que tuvo que esperar un par de años antes de conseguir sus propósitos, todavía le quedaban pendientes un par de aventuras por recorrer alrededor del planeta. Como oficial de marina debía realizar viajes constantes por lugares diferentes y muchas veces impensados. Así, cruzando océanos y sorteando temporales, Nerone recorrió maravillado las costas pacíficas de América del Sur y fue precisamente en Chile donde quiso establecerse por un periodo de tiempo indeterminado. Asombrando por ese nuevo mundo que le rodeaba, tan distinto y distante de su natal Capriva, quiso poner rápidamente en funcionamiento todos los planes e ideas que había postergado por circunstancias, hasta ese entonces, ajenas a su voluntad. Santiago, la floreciente capital chilena, atrajo su atención a tal punto que decidió buscar empleo y a la vez iniciar los añorados estudios de geología. Nerone asumió el reto con la fortaleza y gallardía que su juventud le confería, además tenía un carácter exquisito que lo empujaba a emprender empresas arriesgadas y de toda envergadura. Estudiar tan lejos de casa no iba a resultar sencillo, más aún teniendo un idioma distinto como herramienta de consulta, pero Nerone era hombre de espíritu fuerte y esa fortaleza parecía amoldarse adecuadamente a su figura atlética y garbosa. Sin embargo, los imprevistos –que por lo general gustan ir a todas partes siguiendo a la sorpresa tal cual lo hacen las rémoras cuando van adheridas a la piel áspera del tiburón en el océano– llegaron acompañando las noticias desalentadoras que traían los últimos acontecimientos de la contienda bélica en Europa. El ex oficial de la marina no caviló más y, seguro de la decisión tomada, hizo maletas y regresó a Italia dispuesto a servir al ejército en los campos hostiles de Avicinia, en África. La experiencia fue amarga más no dejó de ser aleccionadora, Nerone cumplió con su deber ciudadano y, una vez terminada su participación militar en aquellas remotas latitudes, retornó tranquilo hasta las serenas tierras australes de Sudamérica. Los estudios continuaron sin mayores inconvenientes y el título de ingeniero geólogo reposó finalmente entre sus manos. Ahora debía poner en ejecución todos sus conocimientos y no desechar oportunidades. Él se enteró, desde su llegada a Chile, de la existencia discreta de una nación vecina que, aunque poco nombrada en las rutas de los viajeros europeos, encerraba en sus montañas y suelos riquezas minerales de valor inestimable. Nerone dio dos pasos seguros y largos, tan largos como sólo sus piernas extensas y templadas se lo podían permitir, hacia la frontera norte donde se hallaba su destino: Bolivia.

Un nuevo miembro en la familia

Para Galo Sarmiento pocas cosas estaban prohibidas. El poder económico que ostentaba y la trascendencia social que su

encumbrada silueta desprendía en la sociedad boliviana parecían aliados eternos que difícilmente podrían confabular plan o acción alguno en contra del viejo empresario. Su fortuna se sustentaba, en buena parte, en el complejo minero que poseía en aquel vergel de los minerales. Fulgente, el estaño brotaba de las vetas mineras de Galo como si se tratase de un torrente sanguíneo que corre veloz y fluido a través de las venas y arterias del cuerpo humano. Sabedor de los enormes beneficios que le prodigaban los socavones, el magnate edificó alrededor suyo un verdadero imperio minero. Su nombre trascendía y no pocos trabajadores del subsuelo boliviano se complacían en estrecharle la mano cuando éste se aproximaba a los campamentos para realizar una visita de inspección cotidiana. Como todo hombre de negocios, Sarmiento tenía el tiempo medido y las pocas horas que el trabajo le concedía las invertía sagradamente en la formación de su hija Rosa. Rosa o Rosita –como la llamaban quienes entablaban amistad con ella– creció en un ambiente alejado de cualquier privación y sus estudios los realizó en las mejores escuelas europeas de aquellos años. Así, la joven adquirió cultura y sus inclinaciones artísticas –la música clásica le fascinaba– se vieron compensadas con sus gratas interpretaciones de piano en célebres conservatorios de música del Viejo Continente. Rosita vivió en un mundo de fantasía mientras residió en Europa. Las satisfacciones personales se incrementaban y casi siempre se debía a sus logros académicos y artísticos. Asimilaba lo europeo de una manera voraz y placentera como si hubiese sido concebida en aquellas tierras lejanas. Todo hacía parecer que su vida transcurriría entre los destacados conservatorios de Italia y la blancura nívea de las vacaciones en los Alpes suizos. Sin embargo, fue la inesperada enfermedad del padre la que aceleró su retorno a Bolivia. Agotada por el extenso viaje y sintiéndose extraña y forastera en su propia tierra, la hija de Sarmiento llegó para alegrar el corazón desfalleciente de su padre que yacía postrado en un catre esperando las horas finales de su existencia. A la muerte de Galo, Rosita pasó a ser la heredera directa de cada uno de los bienes del acaudalado empresario. Desde ya, toda responsabilidad y obligación contraída por su antecesor corría por cuenta de ella. Así, abatida todavía por la partida irreparable, la joven de veintisiete años veía pasar sin mayor gracia y novedad los días desde los amplios ventanales del Café Paris en la Sede de Gobierno. Pero no fue hasta la llegada de un forastero de aspecto teutón, alto y fornido como la gente nórdica, cuando la melancólica joven volvió a dibujar una sonrisa en el rostro y a pintar nuevamente con colores vivos y naturales los días de su juventud. Sólo tres días necesitaron Rosa y Nerone para jurarse amor eterno y así, juntos, traspasar los portones de la iglesia augurando una noble y ejemplar vida conyugal. Nerone pasó a presidir las riendas de la mina Cruz Roja y, para completar la dicha que le inundaba el espíritu, tuvo tres hijos: Flavio, Eliana y Renato. Nerone finalmente

cumplió su sueño y por ello su espíritu encomiable le rendirá gratitud eterna a la tierra boliviana.



Foto 149.

Nerone Silvestri. ARchivo: Eliana Silvestri, 2006.



Foto 150. Nerone posa para la imagen rodeado de sus hijos Flavio, Renato y Eliana. Archivo; Eliana Silvestri, 2006.



Foto 151. El triestino recorriendo los parajes mineros. Foto 152. Siempre simpático, rodeado por tres "cholitas" cochabambinas. Archivo: Eliana Silvestri, 2006.

Esperando a Salvatore Silvestro

Sea en las remotas minas del altiplano o en las suntuosas residencias de la ciudad, los casimires de Silvestro eran esperados con una ansiedad y desespero que sólo un niño de cinco años exhibe cuando ante sus ojos desfila el juguete anhelado. Y no era para menos, las prendas que el italiano de bigote oscuro y pequeño importaba de Europa eran apetecidas por la fina textura y el acabado que lucían. Desde que llegó, en 1930 proveniente de la Campania, el napolitano se dedicó a trabajar jornada tras jornada sin conceder pausa o respiro a la mente y el cuerpo. Los resultados de tanto empeño y sacrificio salieron pronto a la luz reflejándose con nitidez en la buena aceptación que tuvieron todos los productos que comerciaba la firma Silvestro & Cia en aquella hospitalaria sociedad boliviana. De esta forma, no sólo los textiles se vendían con inmediatez, también las pastas y vinos, junto al sabor apreciado de los turrone italianos, se extinguían de los estantes en un abrir y cerrar de ojos. Aunque el comerciante se hallaba satisfecho por las ganancias recibidas y la buena acogida que la población dispensaba a su mercadería, no dejaba escapar ni el más mínimo detalle a la hora de cerrar un contrato y despachar los productos vendidos. Si era necesario, él mismo se dirigía trasportando la mercadería hasta el lugar donde se encontraba la clientela, por ello, nunca resultó extraño encontrarlo fuera de la ciudad, encaramado sobre el lomo de una mula y conduciendo en persona la recua con la carga hasta la entrada misma de un socavón, o arreando los cascotes de las bestias hacía el viejo portal de una hacienda. Claro, Salvatore también gustaba de los ratos de ocio y esparcimiento y, como buen napolitano, buscó compañía permanente en las reuniones que sus paisanos celebraban los fines de semana. Fue así como entabló amistad con Domingo Soligno, napolitano como él y propietario de un verdadero imperio de los textiles en Bolivia. Salvatore quedó impresionado por la personalidad amena y distinguida que desprendía la figura del empresario, y su mirada, todavía sorprendida por los ambientes que empezaba a registrar, se detuvo para luego posarse complacida en la grácil silueta de Generosa, hija consentida del próspero textilero. Generosa Soligno Della Torre le regaló un sí rotundo a la proposición matrimonial de Salvatore. Juntos edificaron su hogar criando con esmero a sus hijos: José, Domingo, Brígida, Carlos, Lucía, Ana María y Salvador.

Mientras el tiempo libre y la salud se lo permitieron, Salvatore dedicó horas enteras a la organización de la casa de los italianos en Bolivia. Además, con su suegra, Brígida Della Torre, y los recursos económicos que la beneficencia social del Lanificio Boliviano Domingo Soligno disponía, contribuyó a la gestación de obras sociales importantes, como la donación de la iglesia del colegio Santa Ana, en la ciudad de La Paz. El laborioso comerciante de los casimires murió

en el año de 1971 en Buenos Aires, Argentina, luego de haber depositado esfuerzo, ambición y cariño en su descendencia.

El nieto de Soligno y el hijo de Salvatore

Domingo llevaba el nombre de su abuelo y, como él, amaba todo aquel desafío que ponía a prueba su voluntad de hierro y coraje imbatible. Si bien había nacido fuera de Bolivia –era argentino porque a sus padres también les gustaba residir temporalmente en ese país– su camino lo trazó en Bolivia y la huella de sus múltiples obras y emprendimientos quedó estampada en esta tierra. Como primer gran desafío, Domingo tuvo a su cargo, en Buenos Aires y a temprana edad, la gerencia general de la fábrica de textiles Matazza, propiedad del abuelo Domingo Soligno. El joven empresario asumió con valentía el compromiso y estuvo, en todo momento, a la altura de las circunstancias. La fábrica era moderna y la maquinaria con la que contaba se encargaba diariamente de la confección de los casimires. Domingo aprendió rápidamente a desenvolverse en estos ámbitos y es muy probable que esta experiencia haya sido decisiva más tarde, cuando en 1970 la debacle se apoderó de la destacada empresa boliviana, sumiendo en una crisis total a la conocida fábrica textilera, siendo él la única persona capaz de retomar las riendas del negocio familiar.

Domingo llegó a Bolivia dispuesto a reencauzar las aguas desbordadas comprando las acciones del negocio y logrando, por parte del gobierno de turno, la promulgación del “Decreto de Rehabilitación del Lanificio Boliviano Domingo Soligno”. De esta manera la fábrica quedaba libre de tributos y pago de impuestos por un periodo de dos años. Su trabajo no fue sencillo, sin embargo la voluntad y buenos oficios desplegados le permitieron apostar por el triunfo. Así, la fábrica del recordado Domingo Soligno continuó su marcha ininterrumpidamente hasta la década del ochenta. Pero Domingo Silvestro también fue conocido por su ardua labor dentro de las artes visuales bolivianas. En 1963 construye e inaugura el cine Escala en la Sede de Gobierno, y su talento como distribuidor de películas es reconocido al obtener tres “Llamas de Plata”, máximo galardón en el rubro cinematográfico boliviano. Domingo Silvestro contrajo matrimonio con Rosario Sainz y tuvo tres hijos: Marco Antonio, Ximena y Bárbara.



Foto 153. Matrimonio de Generosa Soligno y Salvatore Silvestro. Archivo: Marco Silvestro, 2006.



Foto 154. Una postal familiar, la familia Silvestro Soligno. Foto 155. Domingo Silvestro estrecha la mano del presidente Hugo Banzer durante la firma del decreto que permitió la rehabilitación del Lanificio Boliviano Soligno. Archivo: Marco Silvestro, 2006.

El Lanificio Boliviano Domingo Soligno

En el cementerio de la Chacarita de Buenos Aires se hallan sepultados los restos de un amigo entrañable del pueblo boliviano. Lo sabe cada vez menos gente porque el paso inalterable del tiempo se encarga de borrar datos y registros certeros de la memoria. En el lugar, y como es de suponer, se siente la calma y el silencio perpetuo de la inmensa necrópolis porteña, que sólo es alterada cuando los horneros y zorzales deciden templar la voz como tratando de reconciliar con sus melodías estridentes a la vida con la muerte. Una vez que las avechillas han cesado de cantar, el silencio reconquista terreno para luego cubrir con su capa impermeable hasta los rincones más extremos del campo santo. A pesar de la vastedad del sitio, no resulta difícil dar con la última morada del benefactor de los obreros bolivianos. La tumba de Domingo Soligno es grande y su superficie sólida se cubre de metales que llevan inscritos en relieve muestras evidentes de respeto y gratitud. Sin embargo, de todas ellas sobresale una plaqueta donde se deduce sin dificultad alguna la admiración y reconocimiento de cientos de mujeres y hombres de Bolivia que en otros tiempos trabajaron con en él dentro de las instalaciones del famoso lanificio que llevaba su nombre. Si bien Soligno tuvo cuna napolitana y fue en Secondigliano donde sus padres lo trajeron al mundo, su corazón nunca dejó de tener cariño y simpatía por Bolivia y todo lo que esta nación representaba. Incluso residiendo en la Argentina –hasta allí llegó porque la salud le impedía vivir en la alturas andinas– no ocultó la nostalgia que sentía por la tierra que le abrió senderos y le produjo buena vida. El napolitano acuñó prestigio y fortuna desde abajo, cuando tan sólo era un humilde inmigrante que se dedicaba a comerciar casimires trabajando tesonosamente al lado de su fiel y sacrificada compañera, Brígida Della Torre. Juntos contemplaron la posibilidad de buscar un mejor porvenir fuera de Italia y, siguiendo esos mismos dictados, organizaron su primer negocio en la sede del gobierno boliviano. Será pues en la calle Comercio donde establezcan su primer almacén en 1926, dedicándose exclusivamente a la venta de casimires importados. El negocio marchaba a pedir de boca, satisfaciendo las expectativas de la pareja italiana. Brígida se encargaba de las ventas del almacén con un entusiasmo desbordante y no perdía la ocasión para inyectar dosis agudas de energía en la mente de su marido. Los italianos de a poco consiguieron posesionarse en la cima del mercado local gracias a la calidad de los productos que ofrecían y al excelente trato otorgado a la clientela. Sin embargo, Brígida quería ir más lejos y por ello empujó a Soligno a tomar una decisión arriesgada pero posible de ejecutar, comprar equipos propios para instaurar una fábrica de textiles en ese suelo generoso que les estaba empezando a obsequiar beneficios diversos. Para ejecutar coordinadamente sus planes y salvar cuanto obstáculo se les presentase en el camino, quedaron en viajar hasta Italia buscando maquinaria accesible al bolsillo y adecuada a sus intereses. El viaje de los Soligno se realizó

sin ningún contratiempo. Italia trataba por todos los medios de desprenderse del caos y mal aspecto que había sembrado la Primera Guerra Mundial.

Por ese entonces, las principales empresas e industrias vendían sus equipos y maquinarias a precios bajísimos con la intención de renovar plantas enteras. Con este escenario favorable, los esposos de Secondigliano consiguieron lo que habían venido a buscar sin hacer demasiados esfuerzos. Soligno fue hábil a la hora de negociar precios y pronto se vio embarcado con todo el equipo rumbo a Bolivia, listo para iniciar con esperanzas el sueño de la fábrica propia.



Foto 156. La recordada Brígida Della Torre. Archivo: Marco Silvestro, 2006.

Sorpresivamente, los terrenos escarpados y baldíos de la zona norte paceña se llenaron de movimiento febril. El sonido acompasado de motores que provenía del primer galpón insinuaba la presencia real de las hiladoras cardadas, los lavaderos de lana y los telares. El gran paso estaba dado, con él se iniciaba un ciclo histórico para la incipiente industria textil boliviana. Corría el año de 1928 y la pareja emprendedora celebraba la confección del primer casimir cardado con expectativas y emoción contenida.

Surgen las hilanderías

Al principio las prendas no resultaron ser las mejores. Demasiado gruesos o mal teñidos algunos casimires fueron rápidamente desechados por los compradores. Para el neófito empresario textilero no habían excusas y pronto las fallas estaban corregidas. Soligno perseguía la perfección en su negocio y no dio marcha atrás en su consecución. Pronto, el galpón solitario se transformó en una colmena rebosante de actividad, las novedosas implementaciones hechas en la fábrica empezaron a delinear el trabajo ponderable del lanificio en suelo boliviano. En 1933 los encargos llegaban por donde se dirigiese la mirada y hasta el propio ejército se vio beneficiado al vestir las prendas hilvanadas en el lanificio del destacado napolitano.

Durante la década de 1940 el próspero empresario adquirió una nueva hilandera peinada para confeccionar casimires de calidad y, no satisfecho con ello, amplió toda la sección de tejeduría. Rico y con la satisfacción de poder incrementar su patrimonio, Soligno se traslada hasta Buenos Aires para inaugurar otra hilandería a la que bautizaría como Los Andes. Para 1952, Domingo Soligno consolidaba su imperio de casimires y paños cardados al obtener de parte de las autoridades argentinas la licencia de funcionamiento de la fábrica Matazza. Si bien gozó de la fortuna y las bondades que ella otorga, también tuvo que lamentar la muerte prematura de Brígida y el deceso trágico de su hijo Francisco. Triste y con los ánimos desgarrados, la fortaleza espiritual y el raciocinio se impusieron ante la congoja y, valiente como era, continuó caminando sin desmayo. Los obreros que con él trabajaron aprendieron a quererle con la estima y aprecio de un hijo para con su padre. El napolitano trataba a todos por igual, con palabras de aliento y agradecimiento constante. Por ello, movido tal vez por un impulso solidario que brotó dentro de su ser, organizó un departamento jurídico y de asistencia social para los obreros y sus respectivas familias. Con 58 años de vida en las espaldas y teniendo todavía un tramo amplio por recorrer, halló la muerte inesperadamente mientras hacía la visita rutinaria de inspección a una de sus fábricas en la Argentina. Soligno fue enterrado en Buenos Aires pero su corazón se guarda todavía en Bolivia.



Foto 157. El exitoso empresario Domingo Soligno. Archivo: Marco Silvestro, 2006.



Foto 158. Soligno del brazo de su hija Generosa, en total tendrá más de diez hijos.
Foto 159. La camaradería fue invitada permanente en las recepciones del empresario. Archivo: Marco Silvestro, 2006.

El intrépido Nello Tamarri

Después de estacionar con destreza el viejo pero conservado todo-terreno japonés, Nello ingresa a paso acelerado a las instalaciones del Circulo Italiano de La Paz. Tiene una cita y no es amigo cercano de la impuntualidad, al menos huye de su presencia constantemente. Ya en el lugar, luego de haber echado un vistazo fugaz a la sala de reuniones y saludar con la afabilidad de siempre a la secretaria, el piemontés de figura larga y delgada ajusta los espejuelos que se deslizan caprichosos sobre su gran nariz acomodándolos de manera que puedan enfocar con precisión cada uno de los objetos que lo rodean. Los minutos que anteceden a la entrevista son dedicados a la rememoración de hombres y eventos que desfilaron por el lugar. Nello hace un esfuerzo por tratar de recordar nombres y apellidos de viejos inmigrantes que solían frecuentar asiduamente la casona de la avenida 6 de agosto. Más allá de sus setenta y un años y de haber vivido a pleno cada instante de su existencia, la memoria no lo traiciona y lo pone a resguardo cuando comienza la recapitulación de su vida.

–Todo comienza con la llegada de mi padre a Bolivia en 1948– empieza relatando mientras busca la mejor postura para apoyar la espalda sobre el sillón– él vino hasta acá después de haber permanecido temporalmente en el Perú. Allí trabajó como transportista de carga pesada con otros italianos –según lo que recuerdo eran diez– pero surgieron imprevistos y, en el acto, todos ellos coincidieron en buscar una mejor opción laboral tomando la decisión consensuada de trasladarse a la Argentina. A su paso por Bolivia, mi padre, Luigi Tamarri Zampa, consigue de manera fortuita un contrato con la empresa nacional de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos y suspende de inmediato el viaje hacia el sur. Más tranquilo y con la certeza de poseer un trabajo seguro, envía a mi madre dinero suficiente para que aliste nuestras valijas y compre los pasajes para poder trasportarnos por barco hasta Sudamérica.

Leonello, o Nello, como le gusta que lo llamen, llega a Bolivia en marzo de 1949, acompañado de su madre Lidia y su hermana Diana. Siendo un adolescente todavía –contaba por ese entonces con catorce años– y con una nostalgia leve por la infancia abandonada en su natal Vercelli, el muchacho deberá trasladarse con su familia hasta Sucre, ciudad donde su padre tenía contratos laborales que cumplir. Con el segundo año de secundaria vencido en Italia, Nello ingresa al colegio Sagrado Corazón de la capital boliviana. La estadía en la urbe chuquisaqueña será corta, no más de un año y medio, ya que Luigi consigue un nuevo contrato, esta vez en Cochabamba, y juntando por segunda ocasión pertenencias y optimismo, los Tamarri parten hacia los valles centrales del país. De esta forma el joven italiano tendrá la oportunidad de culminar sus estudios escolares en las aulas de Instituto Americano. Ansioso por seguir descubriendo los talentos

y aptitudes que su mente guardaba, busca por todos los medios inscribirse a la carrera de ingeniería, pero, por ese entonces, la universidad no tenía aún habilitada esta cátedra, por lo tanto, Nello asiste por seis meses a la facultad de agronomía tratando de ganar tiempo hasta que sea finalmente incorporada la carrera que deseaba estudiar. Los seis meses transcurren serenos y sin motivaciones dentro de las aulas de la universidad, y no es hasta que Luigi le sugiere a su hijo optar por otros caminos para hacerse con un título profesional. Nello escucha los consejos de su padre sin contradecirle y juntos parten con destino a La Paz. Con veinte años encima y una ansiedad incontrolable por iniciar su propio camino, el hijo de Tamarri obtiene un espacio dentro de las concurridas aulas de la Universidad Mayor de San Andrés, por fin tenía lo que quería y sólo de él dependía salir bien librado en esos complejos escenarios de números y cálculos. Pero definitivamente el destino le tenía abiertos otros senderos donde las ramas elásticas de la ingeniería no hallarían extensión alguna.

Papaya y cerveza

Un año y medio dentro de los salones universitarios no fue tiempo suficiente para colmar las expectativas e inquietudes que Nello había almacenado desde temprana edad. En otros días, cada vez más lejanos y ausentes del pensamiento afiebrado del piemontés, ejercer como ingeniero hubiera significado la consecución de un anhelo largamente acariciado. Sin embargo, el joven Tamarri decidió darles un giro violento a las manivelas que conducían su existencia para dirigirse hacia otros horizontes totalmente distintos a los que él imaginaba para su vida.

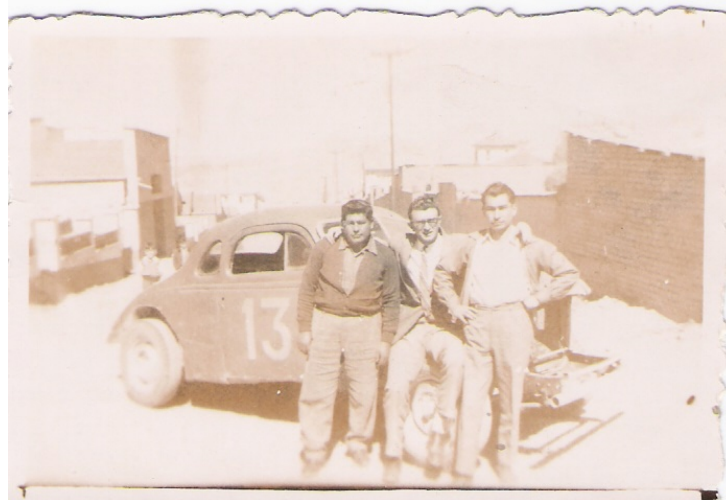
—No es hasta que me entra la ansiedad por conseguir mis propios recursos. Ahora yo deseaba trabajar y este deseo se cumplió cuando trabé amistad con vendedores y comerciantes de toda clase de productos. El Estado, por medio de las autoridades pertinentes, extendía un cupo para cualquier cosa, desde bolsas de arroz, costales de harina, llantas hasta la adquisición de vehículos, en fin, una variedad inacabable de mercadería. Entonces, lo que yo hacía era vender mi cupo a un precio más bajo a estos mis amigos comerciantes, ellos me daban un porcentaje sobre la venta de los productos haciendo que las ganancias resultasen cómodas— recuerda con algo de picardía en la mirada el italiano de cabellos nevados. Por la misma época Nello conoce a Nelly Galarza, joven boliviana y desde ya dueña absoluta de su corazón. La pareja se casa en la Sede de Gobierno y juntos crían a sus dos hijas: Nelly y Rossana. La dicha fue grande como grande también fueron las responsabilidades contraídas por el nuevo hogar. Con dos bocas más por alimentar, y no siendo más amigo de los comerciantes, Nello sale decidido a la calle buscando la manera adecuada de ganarse el pan diario. Cierto es que

no deberá buscar demasiado, la sede diplomática de Italia de La Paz requiere con premura un secretario particular para su embajador y quién mejor que Tamarri para desempeñar tal función. Luego de sostener entrevistas con el agente comercial y el propio jefe de misión, Nello queda contratado por un periodo de tres años. Todo anduvo bien y podría haber seguido de esa forma si es que no hubieran surgido las discusiones airadas y roces permanentes entre el secretario particular del embajador y un funcionario italiano. Al final, y después de sostener una reunión privada con el embajador, el secretario particular acepta sin protestas la solución final puesta al conflicto: al término de su contrato –le quedaban dos meses clavados en el calendario– deberá marcharse sin opción a reintegrarse en la embajada. Nello, desempleado nuevamente pero sintiendo que su orgullo permanecía intacto, retoma la búsqueda de empleo. La situación era difícil y las oportunidades eran contadas y escasas. Antes de coger desesperación y desaliento, Nello escucha las sugerencias de un amigo que deseaba explotar al máximo las habilidades técnicas del italiano con el dibujo y el diseño. El hombre de Vercelli no acaba de entender lo que su buen amigo deseaba con el manejo del lápiz y el diseño de planos. Al rato, luego de una explicación clara y sencilla, los dos acuerdan levantar un taller donde se especializarían en la fabricación de herrería artística. La idea no fue concebida con mucho entusiasmo, al menos no con el debido, y su duración fue limitada, tan sólo tres años. Sin trabajo y con la familia dependiendo de su bolsillo, los días no se pintarían halagüeños sino se llevaba alimento al hogar, Nello hace uso de sus conocimientos en mecánica, habilidad que fluía desde la vena paterna, y pronto monta un taller el cual serviría también para la compra y venta de vehículos, además utilizaba la noche como compañera de trabajo mientras recorría las calles silenciosas de la ciudad a bordo de su taxi buscando pasajeros nocturnos. Con estas dos actividades, llevadas adelante de forma paralela, las ganancias se incrementaron favoreciendo el mantenimiento del hogar y los buenos ánimos de sus miembros. Sin embargo, el negocio máspreciado y el que mayores beneficios acarreo a Nello fue el transporte de gaseosas a la zona de los Yungas.

–Comencé utilizando un camión destartado, lo recuerdo bien, era un Chevrolet de seis toneladas y averías constantes. Todo el tiempo me estaba jugando la vida mientras conducía ese carro por semejante camino. Iba y venía transportando en la carrocería Coca Cola, Papaya Salvietti y cerveza.

Nello debía controlar el volante con firmeza, la ruta angosta y desnivelada por las huellas constantes de los vehículos pesados que transitaban por el sitio no daba lugar a ninguna distracción y, para colmo de males, sus oídos tenían que tolerar el cacareo incesante de las cientos de botellas de vidrio que se encontraban alineadas detrás

de él. Así, con el Jesús en la boca todo el tiempo, el piemontés se internaba por esos accidentados parajes montañosos del norte paceño.



160. Nello Tamarri, al centro, apoyado en su bólido de acero.
Archivo: Leonello Tamarri, 2006.

Si no me pasó nada es porque Dios es grande. Claro, todo sacrificio tiene su premio. El mío fue el de incrementar considerablemente el dinero que percibía por el transporte de gaseosas, a tal punto que obtuve mi propia flota de camioncitos Toyota. Con ellos me transformé en el mayor comerciante de la zona sur de Yungas por largas temporadas.

Satisfecho y con el bolsillo conforme, el hijo de Luigi se podía permitir ventajas y gustos que en anteriores circunstancias no los hubiera ni imaginado. Por su lado, los pobladores yungueños le guardaban aprecio y lo recompensaban con toda clase de presentes cuando éste arribaba con su carga. Nello se empezó a identificar con esta región subtropical boliviana a tal grado que logró inscribir su nombre como corredor de autos representando a la zona en un campeonato interprovincial. Fui el primer competidor que corrió por Yungas y en esa misma región.

–Mi primer auto fue un Toyota 68 y en mi casco se podía leer los caracteres de Yungas e Italia. Así, envalentonado y listo para competir, gané las dos primeras etapas sin complicaciones y en la tercera el barranco engulló mi carr,o dejando angustiada a todo el mundo. Tuve suerte, lo reconozco, me fracturé la pierna y tuve lesiones en el abdomen– recuerda excitado Tamarri.

Leonello tuvo una recuperación lenta pero favorable. En su espíritu impetuoso amainaron las empresas arriesgadas y estrambóticas. Los siguientes años los dedicó al comercio y, antes de retirarse de esta actividad, compró un par de colectivos con la intención de volver a prestar servicios en el transporte público.

Leonello Tamarri, ex presidente del Circulo Italiano de La Paz, cierra la entrevista con un suave adiós, se levanta del sillón y antes de abrir la puerta de su jeep escudriña desde la vereda de enfrente una vez más la casa de los italianos.



Foto 161. Leonello y Nelli en Los Yungas. Archivo: Leonello Tamarri, 2006.



Foto 162. El pequeño Nello en Vercelli. Foto 163. El joven piemontés porta la bandera italiana durante un desfile de la colectividad en Cochabamba. Archivo: Leonello Tamarri, 2006.

Eldo Todesco

Cada quien tiene asignado su cuarto de hora en esta vida y está en uno mismo sacarle el mayor de los provechos. De esta manera pensaba Eldo cuando leyó satisfecho las cartas que su tío Giovanni le había enviado desde Bolivia. El destacado constructor de Belluno deseaba cuanto antes contar con la ayuda profesional de su sobrino en las múltiples obras que venía ejecutando en las principales ciudades bolivianas. En aquel entonces, Giovanni De Col empezaba a perfilar el cronograma de trabajo para ejecutar sin contratiempos la construcción del ferrocarril La Paz-Beni. El proyecto era ambicioso y, estando próxima su realización, debía ser atendido con el mayor profesionalismo y seriedad. Por ello, qué mejor que contar con los conocimientos puntuales de Eldo para afrontar la situación sin improvisaciones y desajustes que podrían acarrear problemas posteriores, además tenía puestas la seguridad y confianza en la buena labor que realizaría el hijo de su hermana María en esta nueva

empresa fuera de Italia. En el año de 1947 Eldo Todesco llega a Bolivia trayendo consigo a Giovanna María, su mujer, y los tres niños que la pareja tenía: Batista, María Luisa y Ángel. A partir de 1948 Eldo, perito minero como De Col, se hace cargo de la Superintendencia del ferrocarril que pretendía entrelazar las selvas frondosas de la amazonía boliviana con los páramos áridos del occidente.

Pero no será éste el único trabajo que realiza Todesco, su encomiable labor también se incrusta en los edificios y construcciones que junto a la empresa constructora De Col llevara a cabo. Basta citar algunos ejemplos para demostrar la jerarquía del italiano que vino desde Belluno. Su labor empieza con la construcción de los edificios Presencia y Mac Donald en la ciudad de La Paz, luego la apertura del camino Tarija-Patcaya, posteriormente amplía las instalaciones de la Teléfonos Automáticos Sociedad Anónima (TASA), y se cambia la aducción de agua del dique Jampaturi. También se yerguen, bajo contrato con la empresa SAMAPA, dos tanques para almacenamiento de agua potable en la Sede de Gobierno. Eldo y su hijo Batista, ingeniero egresado en Argentina y capaz de grandes emprendimientos como su progenitor, edificaron los cimientos del edificio De Col en la céntrica avenida Montes, hoy Fuerza Aérea Boliviana, y juntos levantaron las instalaciones de Labofarma en la ciudad de El Alto, laboratorio dedicado a la elaboración de productos farmacéuticos.

Después de todo, Eldo trabajó incansablemente, tal cual lo hacia cuando fungía de perito minero en las tiznadas tierras de Carbonia en Italia, y aprovechó coherente y oportunamente su cuarto de ahora en Bolivia.



Foto 164. Eldo Todesco, puntal de las grandes construcciones. Archivo: Batista Todesco, 2006.



Foto 165. El dique de Jampaturi en la Sede de Gobierno. Foto 166. Una imagen del puente Tarija. Archivo: Batista Todesco, 2006

Andrés Tomsich, el constructor de aviones

Andrés medía casi dos metros y sus manos eran tan grandes y poderosas que le bastaba sólo su intervención para ejecutar labores diferentes que en cualquier otra circunstancia requerirían la asistencia inmediata de una herramienta mecánica. Pasaba el día entero en el interior del taller vestido con overol, lo cual agigantaba aún más su corpulencia, y un lápiz gastado que, con frecuencia, se inclinaba sobre alguna de sus orejas. Lo suyo era la confección de muebles, aunque no descartaba incursionar en el sector de la mecánica, después de todo el joven carpintero tenía habilidad y empeño de sobra. Dueño de una sonrisa amplia y bonachona que a menudo escapaba por debajo de su fino bigote marrón, Andrés regalaba bondad y entusiasmo a todo aquel que se le cruzaba en el camino, muchos lo sabían y por ello apuraban el paso para encontrarlo trabajando en la carpintería. Una vez allí, el ambiente se tornaba ameno, la conversación franca y desinhibida parecía surgir de las virutas esparcidas y el aserrín amontonado en el suelo, claro,

por ese entonces no todo era risotadas y buen humor, la vida se empezaba a vestir con trajes grises brindando a la economía familiar italiana espectáculos desalentadores. Andrés tomó conciencia de ello y en una determinación inesperada dio a conocer sus ideas y propósitos. El trabajo escaseaba y, lo peor de todo, la política ejercida en ese entonces le repugnaba. Con este panorama adverso, Andrés Tomsich opta por emigrar hacia la Argentina dejando descorazonados a sus padres, pero prometiéndose a si mismo y a su pequeña hija Vera un porvenir más halagüeño.

A comienzos del siglo XX Buenos Aires albergaba casi a media Italia. Millares de hombres y mujeres pululaban por las calles porteñas buscando con ansiedad un oficio que les permitiese subsistir. Encontrar trabajo lejos de casa y con la dificultad añadida de no poder dominar el español fue penoso y desmoralizante al principio. Pero el espíritu de un inmigrante conserva en su interior una llama inextinguible que propaga voluntad y fortaleza, por lo tanto nada puede vulnerarlo con facilidad. Andrés pertenecía a este tipo de personas y su coraje le permitía emprender labores arriesgadas y no aptas para cualquier individuo. Es por eso que no tardó en emplearse como mecánico dentro de un hangar. Allí trabajaba a gusto ensamblando aviones y por las noches, después de haber armado piezas enteras de metal y aluminio, soñaba con el rostro rubicundo y sonriente de su primogénita. Aunque se sentía cómodo armando y desarmando la compleja estructura de aquellas aves mecánicas, tuvo que aceptar la propuesta que le hizo el gobierno boliviano para ejecutar una idea largamente anhelada por los militares de aquel país, la construcción de su primer avión. De esta forma, el italiano se desplazó hasta la vasta pampa del altiplano con el propósito de colaborar a los bolivianos con la experiencia y capacidad que lo distinguían. Después de todo, él también se había unido al grupo de quienes deseaban implorantes ver volar por el inmenso cielo azul de los andes la silueta magnífica de la primera nave boliviana. Sin decir más y con un overol beige claro puesto sobre su cuerpo macizo, Tomsich inicia su esforzada tarea en pleno altiplano. Las autoridades militares, concientes de la empresa que se estaba gestando, dispusieron en el acto el levantamiento de un hangar cercano a la población de Viacha. Así, con los acuerdos suscritos entre las partes, el ejército boliviano por un lado y Tomsich junto al aviador Albert Jarfelt por el otro, se inicia la construcción del biplano denominado con anticipación y consenso mutuo "Condor". En esas semanas las jornadas fueron extensas y agotadoras en el interior del galpón. Andrés trabajaba bajo capas de sudor reprimidas en aquel paraje de clima seco y ventarrones gélidos. La presión impuesta por desarrollar un aparato eficiente capaz de sobrevolar aquellos parajes y no defraudar a sus entusiastas contratistas lo tenía nervioso y lo llevó a mantener intacta la consigna autoimpuesta de no otorgarse demasiados recesos durante la ejecución del trabajo. Además, tenía

al acoso la figura puntillosa de Jarfelt, quien, estricto y severo como se lo conocía, no dudaba en resaltar algún desajuste dentro la labor del italiano. Bajo estas condiciones, Andrés adquirió una mirada penetrante con fuertes destellos de severidad cuando observaba percances que pudieran perjudicar sus planes y estrategias. Como aquella vez en que los recursos económicos dispuestos por el ejército comenzaron a escasear poniendo en figurillas su existencia y la de los hombres que lo colaboraban. Para fortuna de todos, el ingenio del mecánico constructor era inacabable y pronto elaboró con presteza un plan para combatir los problemas surgidos y así continuar con la compra de materiales y herramientas requeridas. Como el avión se armaba dentro de un galpón cerrado su avistamiento resultaba difícil para los eternos curiosos que merodeaban por el lugar, Tomsich, con la mente encandilada, permitió el ingreso a la población cobrando en la misma entrada del hangar una suma módica que permitiese al vulgo contemplar el ensamblado del avión. Finalmente llegó el día de la prueba. Para remover al "Cóndor" se tuvo que desarmar el techo del galpón utilizando equipo mecánico pesado. Luego de sortear éste y otros escollos, el primer aeroplano ensamblado en Bolivia estaba listo para realizar un despegue estelar. Jarfelt, después de haber inspeccionado meticulosamente el motor y la estructura del avión, tomó los controles de la nave y se dispuso a levantar vuelo. Por más que lo intento una y otra vez, vanos fueron los esfuerzos por suspender las alas del artefacto. La jornada definitivamente se presentaba no apta para ejecutar la prueba añorada. Jarfelt sugirió a Tomsich hacer algunos ajustes en la hélice para así reprogramar una nueva fecha de despegue. El mecánico constructor, triste pero no derrotado ante este primer fracaso, realizó las modificaciones propuestas por el aviador en la hélice. Los resultados del segundo intento no variarían demasiado. Si bien la hélice reparada aportó más potencia al motor, esto no fue suficiente para propulsar por los aires al "Condor". El desánimo se apoderó nuevamente de Andrés, y Jarfelt declaró con aires de suficiencia inhábil al aeroplano. Tomsich echó por tierra esas declaraciones y para probar que el Condor podría volar hizo venir desde la Argentina al piloto y amigo Chumiento. Andrés puso en marcha su segundo intento, pero ni la buena voluntad del aviador amigo ni el coraje y tozudez del constructor pudieron impedir que el avioncito se accidentará provocando lesiones de consideración en la humanidad de Chumiento. Andrés estaba afligido, su esfuerzo y dedicación no hallaban recompensa. De qué servían las jornadas enteras dedicadas al ensamblaje del "Cóndor", si éste se empeñaba en no alzar vuelo. El teniente Horacio Vásquez, miembro de la comisión que construyó el avión, trató de oxigenar los ánimos al postularse como piloto de prueba. Después de presentar un informe donde se describía las condiciones óptimas del artefacto, Vásquez se encaramó sobre el biplano intentando darle vida a los sueños de Tomsich y su equipo. De no ser por la buena fortuna, Vásquez habría perecido aquella tarde, el "Cóndor" se levantó apenas

unos metros pero se vino abajo estrepitosamente cayendo de forma invertida. El teniente salvo la vida por casualidad y los sueños de Andrés se esfumaron con ese último intento.

A pesar de los múltiples inconvenientes y posteriores sinsabores que experimentó Andrés durante las diferentes etapas de la construcción del aeroplano, su esfuerzo y participación dedicados fueron reconocidos por la población boliviana. Aunque no parezca, un avión de las características del "Cóndor" –sistema Taube con motor Argus de 100 hp– no era tarea sencilla de realizar, y mucho más si se toma en cuenta las circunstancias precarias con las que acompañó sus jornadas de trabajo el mecánico italiano. Lo cierto es que Tomsich no regresó a la Argentina. En Bolivia había encontrado amigos y, sobretodo, oportunidades exquisitas para desplegar el talento que traía desde Italia. Recorrió el país de arriba para abajo y visitó lugares desconocidos hasta para los propios bolivianos. En estas incursiones entabló amistad con el distinguido arqueólogo norteamericano Wendell C. Bennett. Y es precisamente a él a quien presta colaboración con el traslado del monolito desde las ruinas de Tiawanaku hasta el centro mismo de la ciudad de La Paz. La ejecución de semejante empresa sólo podía ser realizada por Andrés. Con calma y paciencia, sirviéndose de rieles de ferrocarril como herramienta básica, depositó la reconocida pieza precolombina en la plazoleta del antiguo estadio Hernando Siles. Y no satisfecho con ello, colabora a su compatriota, Bruno Campaiola, con la instalación de las puertas de la catedral en la Sede de Gobierno. Su mano laboriosa también se halla presente en la instalación del torno giratorio que expone a diario la imagen venerada de la Virgen de Copacabana en el santuario del mismo nombre. Incansable y ansioso por seguir catapultando obras descomunales, incursiona como constructor en la edificación del Banco Central Boliviano en distintas ciudades bolivianas. Por ese entonces Andrés contrae matrimonio con Dora Cozzi, con esta simpática muchacha de origen italiano tendrá cinco hijos: Lilla, Giacomo, Margherita, Anna Marietta y Carmen Amanda.

Tomsich ya no estaba más solo. Su familia era grande y por ello debía buscar lo mejor para su bienestar. Con el dinero que había acumulado durante años y aprovechando las tierras que poseía en Cochabamba, bienes que el propio estado le otorgó en clara muestra de reconocimiento a su trabajo esforzado, se trasladó al templado valle central boliviano. Cochabamba era apenas una ciudad pequeña, de casonas amplias y terrenos extensos con una variedad importante de árboles frutales y jardines floridos. La imagen que presentaba la ciudad concordaba más con la fachada de una aldea grande y campestre. Andrés, trabajador y cumplido, invirtió dinero y tesón en esas tierras de aire bucólico. Colmó manzanos enteros con casonas elegantes, y deseoso de agrupar a los paisanos residentes en el lugar

funda, con otros italianos destacados, la Sociedad Italiana de Beneficencia en Cochabamba a finales de los años cuarenta.



Foto 167. Andrés Tomsich, segundo de la derecha, durante la construcción del avión el "Cóndor" en 1917. Archivo: Marietta Tomsich, 2006.

En el interior de un alambique

Andrés pasaba la mayor parte de los días dedicados al descanso contemplando los juegos infantiles de sus hijos y elaborando vino casero en el patio de su casa. Se sentía dichoso cuando la familia entera, junto a un grupo numeroso de amigos, colmaba la casona del Barrio Norte extendiendo el jolgorio por toda la vecindad. Los hijos de Tomsich estaban acostumbrados a observar la elaboración del vino y de a poco iban familiarizándose con el proceso, incluso intervenían en él, claro, los más pequeños no perdían la ocasión para saltar alegres sobre la uva aplastada, mientras su padre sonreía a un costado de la escena. Anna Marietta, la cuarta de sus hijas, recuerda con nostalgia el carácter de su padre; "Tenía un corazón muy grande y sus deseos de progreso eran inabarcables. Si algo distinguió a la figura de mi padre fue la solidaridad con la que desempeñaba sus funciones. Muchos operarios bolivianos que trabajaron con él, sobretodo en los bancos, le guardaban un afecto especial por sus dones de gente y cada 1ro. de mayo no dudaban en gritar a los

cuatro vientos el característico 'Gloria a Sacco y Vanzetti y viva Don Andrés Tomsich'".

Antes de fallecer –su cuerpo robusto no pudo frenar la arremetida de una embolia cerebral– dona parte importante de los terrenos que poseía para, así, contribuir con el crecimiento urbano de la ciudad de Cochabamba. A su deceso, 1964, el entonces presidente boliviano René Barrientos Ortuño, dispone de manera oficial la construcción de un mausoleo en el Cementerio General para de esta forma rendir tributo a la loable labor del constructor de aviones.



Foto 168. Los esposos Tomsich, Dora y Andrés Archivo: Anna Marietta Tomsich, 2006.

Silvio Torossi y "La Veneciana"

"Su generosidad, bondad y fino trato con todos, además de su vasta cultura, le merecieron el reconocimiento y hasta ahora el recuerdo de haber sido un verdadero *gentiluomo*.

Su hija, Silvia Torossi Tudela, sus nietos: Dante Leonardo y Silvia Tatiana, lo mismo que sus bisnietos, atesoran su esencia y su corazón italiano." **Silvia Torossi T.**

Por más que se empeñaba, una y otra vez, en olvidar aquellas escenas desgarradoras, Silvio volvía a sucumbir ante el llanto y la impotencia. Su dolor era inmenso y las dimensiones que éste alcanzaba eran similares a las del océano que estaba contemplando desde la cubierta del barco. Sólo cuando la marejada cesaba en su empeño feroz por sacudir la embarcación, una débil sensación de consuelo parecía apoderarse por breves instantes de su espíritu apesadumbrado tratando de despejar la tristeza y el desconsuelo que

lo laceraban por dentro. No había pasado mucho tiempo desde que vio por última vez aquel rostro pálido, aún bello, de la novia que se iba, con el mismo traje nupcial que lo había deslumbrado horas atrás en el altar y el "sí" anhelado como respuesta todavía entre los labios fríos, al fondo de la sepultura entre lágrimas de consternación y rosas esparcidas. El recuerdo de la tragedia estaba fresco y Silvio luchaba contra él desprovisto de armadura y espada. Sólo deseaba apartarse de todos los lugares, objetos o situaciones que pudieran traerle a la memoria imágenes de su amada desaparecida prematuramente. Para resolver aquello decidió embarcarse en el primer vapor que salía rumbo a la Argentina.

Lejos de Italia y con la idea establecida en reorganizar su vida y emprender proyectos duraderos, Silvio Torossi empieza a ejecutar planes y propósitos para darle sentido a su conmovida existencia. En Udine, de donde era oriundo, su familia contrajo amor por la arquitectura mientras él prefirió merodear por los senderos siempre atractivos de la escultura y la pintura. También halló posada para los negocios, en Italia tenía una ferretería, y esto último le proporcionaría mayores beneficios a la hora de trabajar fuera de casa. En 1927 llega a Bolivia y se establece en Oruro dedicándose en un principio a la escultura. Acostumbrado al lugar y dueño por fin de una vida más llevadera, Silvio se da una segunda oportunidad para ser feliz y contrae matrimonio con Rosa Tudela; joven cochabambina y madre de quien sería a la postre su única hija, Silvia. Con Rosa en un principio y Silvia después, trabajará detrás de los mostradores de la tienda "La Veneciana", negocio dedicado a la venta de casimires importados. La prosperidad hizo su arribo en tanto la dicha tocaba las puertas: Silvio les daba la bienvenida. En 1944, más por motivos de salud que otra cosa, el negociante italiano se traslada hasta Cochabamba para continuar con la venta de los elegantes casimires europeos. Una vez instalado en las fértiles tierras del valle boliviano funda, junto a otros residentes trasalpinos, la Sociedad Italiana de Beneficencia como muestra viva de agradecimiento a ese pueblo benefactor que le brindó acogida. Corría el año de 1947.

Luego de haber experimentado sentimientos y vivencias disímiles, Silvio Torossi deja este mundo el 26 de enero de 1975. Ese mismo día se cerró definitivamente "La Veneciana".



Foto 169. Silvio Torossi en Udine, antes de llegar a Sudamérica. Foto 170. Matrimonio de Silvio Torossi y Rosa Tudela. Archivo: Silvia Torossi Tudela, 2011.



Foto 171. La veneciana, Oruro. Foto 172. Silvia posa junto a su padre. Archivo: Silvia Torossi Tudela, 2011.

Giovanni Valdata: explorando los sueños

Cuando la Primera Guerra Mundial estaba próxima a desencadenar la violencia y alteración del orden en Europa, Giovanni alistó las valijas y no quiso involucrarse en ninguna conflagración bélica que afectase la integridad de su patria y las emociones del espíritu. Presuroso se encaramó en un vapor que se dirigía a la Argentina con la convicción de encontrar un mejor destino. En Buenos Aires consiguió atemperar las ansiedades y bajo un clima descontaminado de confrontaciones, consiguió estabilidad emocional y alentó a su corazón a fortalecer la relación amorosa que sostenía con una muchacha argentina. Finalmente los enamorados sellaron su compromiso contrayendo nupcias. Entretanto, el escenario laboral en Buenos Aires se

empezaba a manifestar complejo para todos aquellos que habían elegido a esa capital sudamericana como destino de vida. El desembarque continuo de hombres y mujeres provenientes del viejo continente atestaba la ciudad y con ello se diluían las posibilidades de hallar un empleo. Ante esta difícil realidad, Giovanni y su joven mujer debieron replantear los planes trazados para organizar un hogar en Argentina. Finalmente, el afligido matrimonio tomó una decisión que no iba a beneficiarlo. La pareja cruzó la frontera hacia el norte y en Bolivia intentó conseguir lo que Argentina le negaba: estabilidad económica y lógicamente emocional. La esposa de Giovanni no pudo habituarse a los cambios culturales que la nación andina le proponía, y en una decisión repentina le confesó a su marido que deseaba regresar a la Argentina. Giovanni intentó, una y otra vez, convencer a la mujer, pero la joven había tomado una determinación que ni las súplicas de su marido iban a revocar. El viajero lombardo tuvo que afrontar en soledad su destino en Bolivia.

Con frecuencia la tempestad invoca ráfagas violentas de viento y los aguaceros se valen de éstas para barrer con todo lo que encuentren a su camino. Al final, cuando las fuertes aguas dejan de caer del cielo, la atmósfera en los campos entra en armonía y con ella se renueva un nuevo compromiso de vida. Giovanni Valdata supo entender que su historia personal se extendía más allá de las serranías y aunando fuerzas continuó con su camino hacia los Andes. En la ciudad de La Paz encontró albergue y al final pudo suspirar tranquilo porque en ese pueblo tan distinto a Italia y a la misma Argentina, las oportunidades estaban esperando por él desde hace un tiempo atrás.

Las calles de la ciudad eran menos agitadas que los ámbitos urbanos de Buenos Aires, la gente recorría con parsimonia las calzadas y con frecuencia se podía observar a las personas de clase media-la mayoría de ellas tenía apariencia europea o sutiles rasgos mestizos-saludarse con afectación entre ellas a tiempo que continuaban su camino. Ni bien habían avanzado un par de cuadras éstas volvían a repetir la ceremonia con otros conocidos. Por un instante, el italiano creía adentrarse en una pequeña aldea italiana donde todos se conocían entre si. Sin embargo la diferencia residía en el amplio rostro indígena. Éstos constituían el grueso de la población y sólo intercambiaban palabras con la clase acomodada en determinadas circunstancias. Valdata pudo comprobar esta situación visitando los mercados afincados en los extremos de esa pequeña urbe. Ascendiendo por empinadas calles el extranjero pudo dar con algunos de los puestos donde las indias sentadas sobre el suelo ofrecían vegetales, frutas y productos cárnicos a la clientela que llegaba hasta allí desde las zonas residenciales próximas a la plaza principal de la ciudad. Los comestibles lucían frescos y hasta apetecibles, pero en el lugar la falta de higiene era evidente y los puestos no estaban

acomodados con prolijidad. Los niños indígenas correteaban con las caras sucias y sin taparrabos por los puestos de venta mientras los perros paseaban por los alrededores atentos a que la carnicera descuidara la mercancía para llevarse una presa en la boca. Tiempo después, esta primera imagen de los mercados y tambos de La Paz se presentaría intacta cuando Valdata trabajaba en la construcción del mercado Camacho.

Habituado a estas nuevas costumbres, Giovanni empezó a trabajar como constructor en diferentes obras que se presentaban regularmente en su agenda de actividades. Además, ejercía sus labores con serenidad y alegría. Al regresar a casa sabía que su familia, compuesta por su esposa Elvira y el pequeño Carlos, lo aguardaba impaciente para disfrutar de su compañía. Las jornadas hubiesen continuado de esa forma si es que Giovanni no encontraba atractiva la idea de trasladarse a Los Yungas para explotar madera gracias a los consejos y recomendaciones vertidas en su cabeza por un paisano. En 1960, con la intención de mejorar la economía de sus respectivas familias, ambos italianos viajaron hasta la provincia de Nor Yungas visitando comunidades distintas hasta detenerse en un caserío conocido como Taypi Playa. La zona presentaba diversos atractivos naturales-destacándose las espectaculares caídas de agua y la exposición permanente de magníficos ejemplares de mariposas-y era apta para que las nietas de Giovanni encontraran regocijo y distracción durante la época de vacaciones escolares. Valdata montó el aserradero sin detenerse a pensar.

Las jornadas de trabajo transcurrían en orden con disciplina y en algunos momentos deparaban amenidad. Giovanni dispensaba un trato amable a sus empleados y cada fin de semana compartía un plato de puti¹¹⁷ con ellos. De esta forma el italiano de Pavia se comprometió hasta los huesos con sus actividades y no era para extrañarse encontrarlo encima del camión que trasladaba la pesada carga de madera por la accidentada geografía yungueña. Los sonidos ásperos del motor del vehículo alteraban el sosiego de las bandadas de loros que se hallaban descansando en los árboles colindantes con el camino. Ni bien el camión pasaba cerca de los bordes del precipicio, un manto verde de aves bulliciosas salía con estrépito desde el follaje. Al final, después de haber recorrido doce horas de viaje, el coche con la carga de madera llegaba a la ciudad.

Los meses pasaron y el contrato que ligaba a Valdata con la comunidad de Taypi Playa feneció. En ese entonces Giovanni contaba con la colaboración de su hijo Carlos quien lo ayudó a buscar en la

¹¹⁷ Plátano verde cocido. Los pobladores de Los Yungas acostumbran hasta hoy sustituir el pan con esta fruta en el desayuno y a la hora del almuerzo. Actualmente es muy requerido en las meriendas de los campesinos que cultivan coca.

zona de Caranavi un nuevo sitio para instalar el aserradero. No tuvieron que andar demasiado para dar con un lugar propicio. El poblado montañoso de Bolinda ofrecía las condiciones necesarias para armar el galpón y poner cuanto antes a funcionar las máquinas. Luego de llegar a un acuerdo previo con los pobladores, éstos aceptaron que el italiano y su hijo explotasen la madera de la zona a cambio de utilizar el tractor de los Valdata para abrir un camino en la comunidad, Giovanni instaló el aserradero y puso a trabajar el tractor que poseía cumpliendo la palabra empeñada. Pero en esta oportunidad la suerte nos iba a estar de su lado. Transcurridos unos meses después que se cerró el trato, el tractor no pudo abrir totalmente el monte y los pobladores de Bolinda comenzaron a enfurecerse al no ver avances significativos en la construcción del camino. Un día, presos de la ira y con alcohol en las venas, emplazaron al italiano a que abandone en el acto la zona. Giovanni y Carlos tuvieron que escapar a toda prisa porque el grupo de campesinos enardecidos deseaba ejecutarlos inmediatamente.

Con esta desafortunada anécdota echada en el olvido, los Valdata no descansaron hasta iniciar otro negocio relacionado con el comercio de la madera. En la calle Santa Cruz, cerca de la casa donde vivían, Giovanni y su hijo abrieron una barraca. Carlos se encargaba de traer la madera de Los Yungas mientras su padre controlaba las labores en la ciudad. Allí, entre el sonido estremecedor de las sierras y las virutas esparcidas por el suelo, Giovanni Valdata pasó los últimos días de su existencia. Al sepelio del rubio lombardo acudió acongojada la colectividad italiana recordando los nobles servicios que éste prestó cuando fungía como socio activo del Círculo Italiano de La Paz.



Foto 173. Giovanni Valdata. Archivo: Dennise Valdata, 2011.

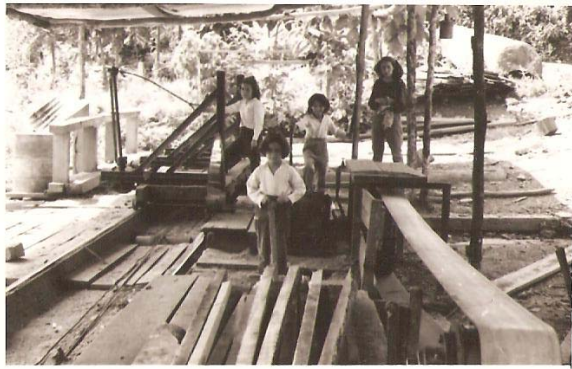


Foto 174. Las nietas de Giovanni en el aserradero de Los Yungas. Foto 175. Giovanni Valdata con su nieta Dennise. Archivo: Dennise Valdata, 2011.

Ernesto Valdenassi, el hombre de corazón grande

Antes de que el reloj de pared marcara con sus agujas puntudas y precisas las dos de la tarde, hora en que se daba inicio a las clases, el salón entero se hallaba sometido bajo la presión de la chacota y el desorden generalizado. Salvo cuatro o cinco personas, la mayoría se distraía con las morisquetas del más ocurrente o simplemente se hallaba abstraído con la charla atropellada de alguna muchacha enamorada, eran pocos los alumnos que aguardaban la presencia del profesor de lenguaje. Casi siempre, estos tenían preparada la lección del día y ésta no era otra que un nuevo capítulo del inagotable don Quijote. No era sino hasta que la figura alta y robusta del pedagogo ingresara al aula para que todos los cotilleos y bromas se apagaran súbitamente cediendo espacio al silencio. “De pie señores” decía la voz regulada y algo grave del maestro mientras iniciaba el saludo de rigor para después comenzar con la pesquisa diaria buscando en la lista de apellidos al ausente de turno. Una vez acabada la inspección de rutina, los libros voluminosos que ilustraban la vida y desventuras del viejo hidalgo y su gordinflón acompañante eran abiertos para dar paso al control de lectura y comprensión. Había que ver la expresión

de conformidad que dibujaba aquel rostro rubicundo de rizos rubios y mirada severa cada vez que un estudiante hacía una interpretación acertada de la lectura cervantina. Complacido, el profesor terminaba la clase y el bullicio nuevamente se apoderaba del lugar. Claro, al profesor de lenguaje, Rómulo Valdenassi, también le gustaba distraerse con algunas de las muchas peculiaridades que ofrecía el salón de clases. Por ejemplo, mientras el reloj empotrado en la pared no marcaba la hora anunciada para iniciar la lección, el docente se entretenía enseñando a pronunciar correctamente el apellido italiano de algunos escolares. "Paravicini se pronuncia con ch y se debe decir Paravichini y que Zaratti no olvide el sonido agudo de la zeta", y sus incursiones en la heráldica trataban de ir un poco más lejos. "Belmonte en italiano significa monte bello" solía repetir el maestro. Y fue precisamente esto lo que más tarde permitiría saber más acerca de su historia familiar, aquella que guardaba celoso en la memoria y la misma que lo acompañó hasta el último día de su vida.

Ernesto Valdenassi Martelli, piemontés y ex combatiente de la Segunda Guerra Mundial, su participación decidida en la incursión italiana por las trincheras del África Oriental fue reconocida al otorgársele una medalla conmemorativa por el entonces ministro Benito Mussolini en 1937, llegó a Bolivia para administrar el Circulo Italiano y dar respaldo a todos los compatriotas que necesitasen abrigo y comida. Su bondad traspasaba límites y no son pocos los italianos que se acuerdan de él como hombre filántropo y noble. José Fusi lo recuerda de esta manera: "Valdenassi, por ese entonces, trabajaba en la cocina del Circulo, allí extendía su mano amiga a todos los italianos que llegaban a pedir colaboración. Siempre les tenía un plato extra de comida y, si podía, les conseguía techo". Pero Ernesto no sólo administró el Circulo Italiano, también fue su fundador y junto a otros inmigrantes engrandeció el sentido de beneficencia de esta entidad. En Bolivia también conoció el amor y éste llegó con Ada Camarlinghi, hija de italianos y madre de sus dos hijos: Rómulo y Eduardo. Dueño de una actividad febril Ernesto trabajó como embutidor de fiambres y sus productos eran comercializados en varias tiendas y almacenes de La Paz. El ejemplar padre y amigo murió en La Paz después de haber obsequiado amor y amistad.



Foto 176. Ernesto Valdenassi con Ada y sus hijos Romulo y Eduardo.
Archivo: Andrei Valdenassi, 2006.



Foto 177. Valdenassi con el sombrero en la mano durante una tregua
en el África, mientras servía al ejército. Archivo; Andrei Valdenassi, 2006.

Epílogo

Después de haber recorrido kilómetros enteros de papel y tinta visitando bibliotecas, hemerotecas, librerías y todo cuanto estuvo al alcance de mis manos-sin olvidar la ayuda útil de las diversas páginas Web consultadas y la valiosa información que se obtuvo de las entrevistas programadas a los descendientes de inmigrantes-me veo en la necesidad de esclarecer algunos puntos centrales de este trabajo que ahora deviene libro. Quizá-a decir la verdad lo que anhelo-es satisfacer ciertas inquietudes de los lectores con respecto a la labor que desarrollaron los inmigrantes italianos en este país.

Durante el proceso de investigación no se pudo reseñar en estas páginas las actividades y los nombres de muchos de los inmigrados

que arribaron a Bolivia. Semejante empresa implicaba sortear obstáculos diversos de los cuales el más complejo estaba en no poseer un registro adecuado de todos los extranjeros residentes durante los primeros años del siglo pasado. Tomando en cuenta los números cuantiosos que dejó la inmigración italiana en las naciones vecinas-los casos de Argentina y Brasil son ejemplos ilustrativos al respecto-el trabajo de investigación en esta parte del continente hubiese resultado menos complejo dado el reducido porcentaje de transalpinos que atravesó las fronteras bolivianas.

Como se lo comenta al principio del texto, Bolivia no se caracterizó por ser un país receptor de inmigración europea-por el contrario, hoy muchos de sus ciudadanos migran al exterior buscando mejores condiciones de vida para paliar la crisis que carcome sus hogares-porque los distintos gobernantes no establecieron normas o leyes que hubieran permitido el asentamiento legal de labriegos, técnicos o profesionales en las ciudades despobladas del oriente o en la fértil campiña de los valles meridionales. Los europeos, en su mayoría gente proveniente de climas bajos, que desembarcaron en las principales urbes encontraban obstáculos naturales como la elevada altitud de la meseta andina y la carencia total de infraestructura en la red caminera central. En un principio estos se emplearon en vecindades próximas a los centros mineros pensando ingenuamente que pronto hallarían fortuna y comodidad en esas latitudes. Otros, en cambio, buscaron fuentes de trabajo comerciando productos alimenticios y textiles para satisfacer la canasta familiar del vecindario. Algunos tuvieron suerte y conforme pasaban los días adquirieron bienes y servicios que en su tierra natal difícilmente hubieran conseguido. Estos laboriosos comerciantes cambiaron mandiles por elegantes vestidos de paño y su nombre empezó a repercutir dentro de la sociedad receptora. Además, concientes de las bondades que encontraron en suelo ajeno no demoraron en retribuir su agradecimiento sembrando industrias textiles, construyendo obras y caminos por diferentes regiones. La mano generosa de la inmigración también se extendió en el campo social. Fueron bastantes las personas de escasos recursos que encontraron empleo en los negocios habilitados por los extranjeros y las instituciones italianas edificadas en Bolivia, primero la Società di Beneficenza Roma, luego el Círculo Italiano, contribuyeron con importantes obras sociales. Como se observa, la labor loable de los inmigrantes se extendió por donde estuvieron dejando constancia de su esfuerzo en todos los trabajos que realizaron. Claro ejemplo de ello es la valiosa participación de Leopoldo Benedetto Vincenti, destacado romano quién se animó a componer la música del Himno Nacional Boliviano y no menos importante resulta la contribución artística de Emilio Amoretti, el cual ilustró publicaciones oficiales como el Himno a La Paz con sus grabados y dibujos. Por ello este humilde pero valedero homenaje a todos esos hombres y mujeres que navegaron estoicos

por aguas turbulentas soportando penas indecibles para después atracar en puertos distantes y desconocidos donde su coraje se puso a prueba constantemente. Ahora quedan sólo vestigios, ruinosos muchos de ellos, del trabajo que emprendieron pero la disciplina y el vigor que depositaron en cada una de sus empresas perdurarán a través de los años.

La Paz, diciembre de 2009

Bibliografía

Aranzáes, Nicanor. *Diccionario Histórico Biográfico de La Paz*. Casa Editora "La Prensa": La Paz, 1915.

Belmonte, Peter Louis. *Italian Americans in World War II (Voices of America)*. Ed Arcadia Publishing, Chicago: 2001.

Bruce S, Ronald. *La Política Exterior del Perú*. Exituno, Lima: 1999.

Clemente, Hebe. Artículo "Artistas italianos en la Argentina". Fundación PROA, Buenos Aires: 1998.

Colegio de Arquitectos de Bolivia. *Cien Años de arquitectura paceña (1870-1970)*. Editorial Educacional, La Paz: 1990.

Crespo, Alberto. *Alemanes en Bolivia*. Editorial Los amigos del libro, Cochabamba: 1978.

Christopher, Duggan. *Historia de Italia*. Editorial Universidad de Cambridge, Nueva York: 1996.

Dorado, Elsa. Artículo: "Anna Cultrera de Dalenz. Digna representante de la alta expresión artística y humanística de Italia", Suplemento Femenina, El Diario, La Paz: 28 de marzo de 2002.

Embajada de Bolivia en Colombia, Convenio Andrés Bello. *Bolivia, misiones jesuíticas de Chiquitos*. Bogotá: 2000.

Escobar, Silvia. Ledo, Carmen. *Urbanización, migraciones y empleo en la ciudad de Cochabamba*. CEDLA, CIDRE, La Paz: 1988.

Filippa, Marcella. *Hubiera sacudido las montañas, Georgina Levi en Bolivia (1939-1946)*. Editorial CIMA, La Paz: 2005.

Freddi Tanghetti, Valentino. *Presencia italiana en Santa Cruz, actores y pioneros en el desarrollo cruceño desde 1900 al 2000*. Empresa Editora Sirena, Santa Cruz: 2003.

Garibaldi, Italo. *Los genoveses en Buenos Aires: la fe y el trabajo*. Talleres Publimpres, Buenos Aires: 1983.

Gerl, Carlos. Chávez, Randy. *Patrimonio Escultórico Público de la ciudad de La Paz*. Gobierno Autónomo Municipal de La Paz, La Paz: 2010.

Glantz, Margo. *Las genealogías*. Editorial Alfaguara, México: 2002.

Gradenigo, Gaio. *Italianos, entre Rosas y Mitre*. Ediciones Ediliba, Buenos Aires: 1987.

Grinberg, León y Rebeca. *Identidad y Cambio*. Editorial Paidós, Buenos Aires: 1976.

Guarnieri, Luigi. Carducci, Calo. *Dizionario Storico-Biografico degli italiani in Ecuador e in Bolivia*. Ed Il Molino, Bologna: 2001.

Hernández, José. *Martín Fierro*. Editorial Oveja Negra, Bogotá: 1987.

Honorable Consejo Municipal. *Recopilación de Ordenanzas y Reglamentos Municipales*. Edición Tipográfica "La Prensa", La Paz: 1935.

Honorable Municipalidad de La Paz. Departamento de Prensa y Difusión. *Compilación de Ordenanzas Municipales (1945-1954)*, La Paz: 1955.

Maciel, Carlos Néstor. *La italianización de la Argentina: tras la huella de nuestros antepasados*. Nueva Ed, Buenos Aires: 1936.

Nobile, Guisepppe. *Bolivia e Italia, Brevi cenni di orientamento sulle relazioni culturali o commerciali fra due paese*. Genova: 1962.

Rosoli, Gian Fausto. "Un quadro globale Della diaspora italiana nelle Americhe". <http://www.altreitalie.it>: diciembre, 1992.

Sabbioni, Dante. *El censo comercial e industrial de la colonia italiana en América*. Editorial Río de La Plata, Buenos Aires: 1928.

Saéz Capel, José. "Los inmigrantes y la discriminación en Argentina". Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales *Scripta Nova*, Barcelona: 2001.

Teitelbolm, Volodia. *Los dos Borges, vidas, sueños, enigmas*. Editorial Hermes, México: 1997.

Última Hora (artículo), *Italia ofrece plan para el Noroeste*, La Paz: 24 de agosto de 1973.

Wiener, Guillermo. *La década olvidada de Bolivia (Los años 40)*. Editorial CIMA, La Paz: 2005.